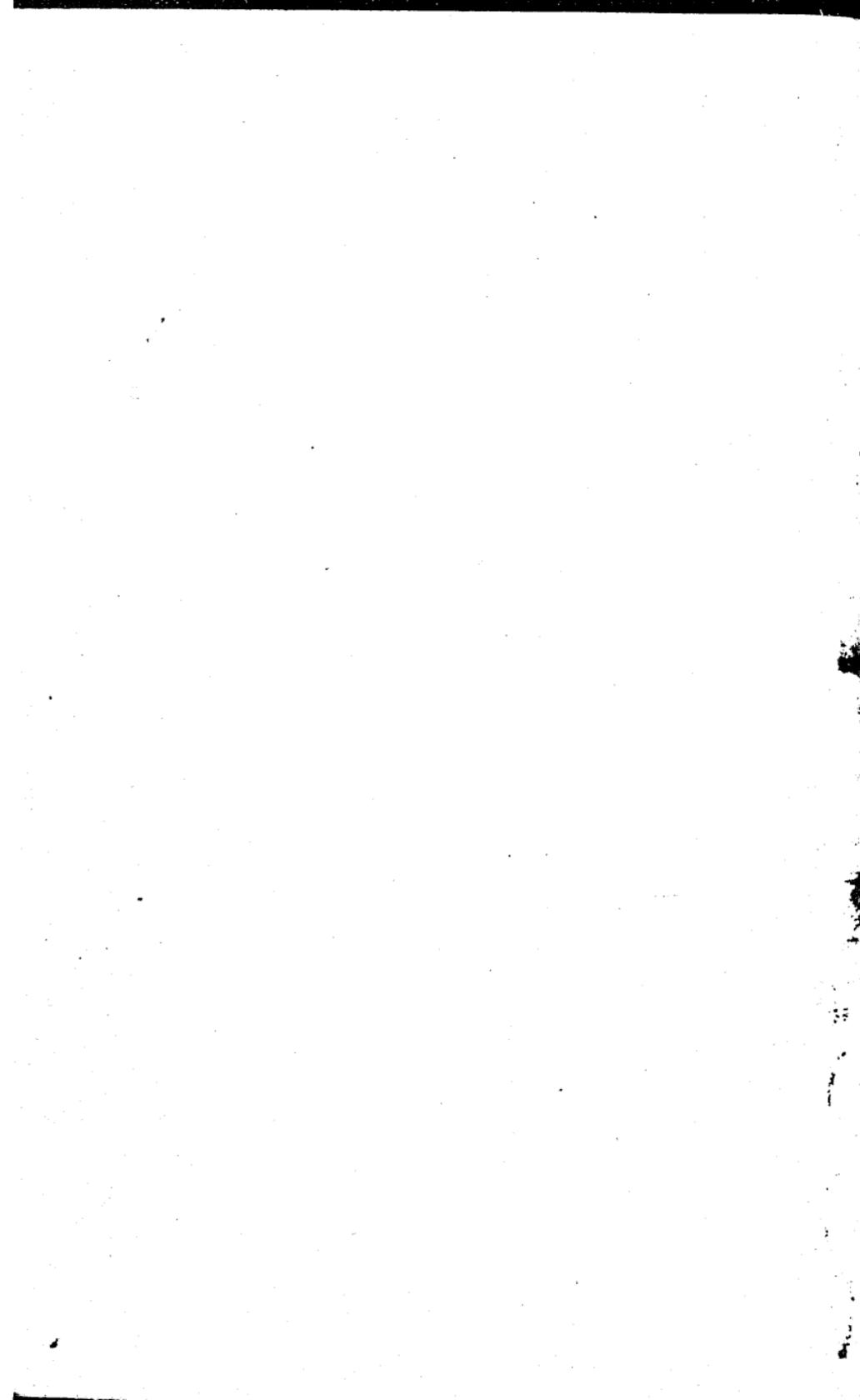
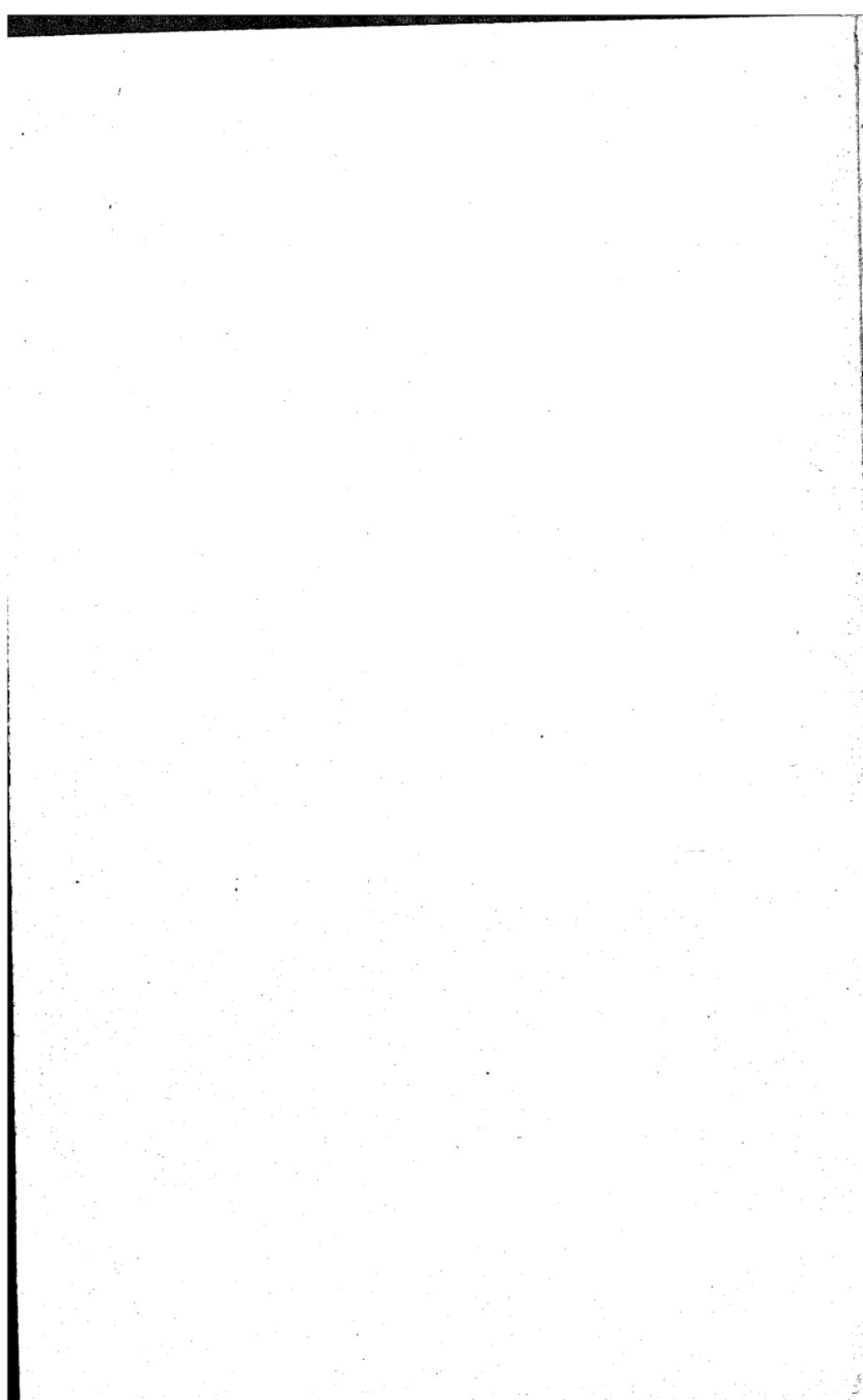


M. FERNANDEZ Y GONZALEZ



La Cabeza del Rey  
Don Pedro .





**LA CABEZA  
DEL REY DON PEDRO**



19 003

R-90879

M. FERNANDEZ Y GONZALEZ

# LA CABEZA DEL REY DON PEDRO

(NOVELA HISTORICA TRADICIONAL)



EDITORIAL TESORO

Avda. José Antonio, 43

MADRID

---

DERECHOS RESERVADOS  
NOVIEMBRE 1951

---

---

JOSÉ RUIZ ALONSO, impresor - Quiñones, 2 - T. 24 86 51 - MADRID

## INTRODUCCION

Hay en la muy ilustre y celeberrima ciudad de Sevilla, en la Parroquia de San Isidoro, y cerca ya de la puerta de Carmona, una calleja estrecha, mal empedrada, sucia, cuyas diez viejissimas casas están completamente blanqueadas, a excepción de las corroidas maderas de sus postigos y de sus aleros, con blanquísima cal de Morón; los extremos de esta calle se apoyaban el uno en la de Mesones y el otro en la del Candilejo; y por esta parte, junto a una esquina, dentro de un nicho de piedra blanqueado, hay un busto de rey con corona en la cabeza, manto real en los hombros y un dogal al cuello; siendo de notar que esta cabeza, como el nicho y como las casas de la calle, está blanqueada. Debajo, en un azulejo, se lee en letras azules: *Calle de la Cabeza del Rey D. Pedro.*

Y en efecto, quien, conocedor de nuestra historia, se detenga a contemplar aquel busto, y lea aquel letrero, no podrá menos de reparar en la escultura, aunque esté estropeada y mutilada y enjalbegada, algo de ese fino aspecto, de esa fijeza incontrastable, que nos han transmitido las crónicas como semblanza del rey don Pedro el Cruel.

¿Pero aquella cabeza es un monumento de honor o un padrón de infamia? ¿Por qué junto a su atavío regio figura un dogal como en muestra de justicia? ¿Fue puesto en aquel lugar apartado como en señal de infamia por Enrique II *el fratricida*?

He aquí la pregunta que nos hicimos al detenernos a contemplar aquel resto de la Edad Media un encapotado día de invierno, en que lo opaco del celaje daba un color casi fantástico al busto tradicional. Años después encontramos datos suficientes para poder escribir de una manera fiel la tradición que seguidamente vamos a relatar a nuestros lectores.



## CAPITULO PRIMERO

Daba la oración en un oscuro día de invierno, del año de gracia de 1354, en la morisca torre de la iglesia de San Juan de la Palma, de Sevilla, cuando, merced al débil crepúsculo, que prometía una noche densamente oscura, se vió desembocar por la plazuela que ahora lleva el nombre de la iglesia y por la calle de los Viejos (1) a un hidalgo, que tal lo parecía por su talante y su larga espada, rebozado en una loba parda, y calada hasta los ojos una gorra de velludo; estas dos prendas, unas calzas atacadas de grana, y unos borceguíes de ante, armados de espuelas, eran lo único que se veía del traje del encubierto, que al entrar en la plazuela se detuvo un momento, irresoluto, delante del pórtico de la iglesia, en la cual había un pequeño postigo abierto.

En aquel momento, a pesar de que Sevilla, por ser corte, era más populosa y más rica que ahora, no pasaba un alma viviente por la plazuela, y nuestro embozado pudo, sin ser visto, acercarse rápidamente a un cepillo, y con una ligereza y una habilidad dignas del más sutil y experimentado, forzarle con un puñal y sacar de él..., no las miserables monedas de cobre que se veían diseminadas acá y allá, sino una pequeña carta y una llave, después de lo cual dejó en el cepillo una moneda de oro, dejó caer la tapa, de manera que parecía que había sido violentada. Luego, mirando de nuevo si alguna persona en la calle o en la ventana podía haber sido testigo de su fechoría y, viendo que no, entróse decididamente en la iglesia, y ante una sombría capilla, y con despreocupada irreverencia, se puso a leer la nota que había encontrado en el cepillo, lo que sólo le ocupó un momento, porque aquella carta, que sólo contenía dos renglones, decía únicamente:

*Al fin vuestro amor vence, y os dejó la llave del postigo y, con ella, mi honor.*

Este hombre guardó aquella carta en su escarcela con esas inequívocas y mudas señales de contento de quien ha vencido un

---

(1) Entonces se llamaba del Cristo Negro, en razón a un crucifijo de color oscuro, por su antigüedad, que se veía en un nicho, continuamente alumbrado por una lámpara.

imposible, y adelantó hacia el fondo de la iglesia, donde, delante del presbiterio, oraban dos mujeres; dando la vuelta a una pilastra, se puso a contemplar a las devotas tan tranquilo y confiado como si nada tuviera que temer de este mundo ni del otro.

Pero el desconocido se engañaba, y seguramente no hubiera estado tan tranquilo si hubiera sabido que durante su rápida operación de forzar el cepillo y sacar de él la carta y la llave habían sido testigos de ello, aunque ocultas, dos personas de distinta clase y posición, en verdad, pero que no por eso dejarán de figurar de una manera digna en esta historia.

\* \* \*

Antes de describir a dichas personas, debemos ocuparnos del lugar en que se encontraban, y para ello nos es preciso hacer una ligera descripción de la plazuela de San Juan de la Palma. Era ésta un espacio de forma irregular, que a lo que más se parecía era a un triángulo truncado en su vértice por la parte de la iglesia, y mutilado en su base por la desembocadura de la calle de Mengibar y de la plazuela del Espíritu Santo; constituían los lados de este triángulo alterado, quince casas feísimas, negras y destartaladas, exceptuando una sola, y la iglesia, cuya torre, de bella forma árabe, que ya no existe, habiendo sido reemplazada por otra, formaba una esquina confinante con las calles llamadas de Cañoquebrado y de los Viejos.

La casa, cuyo aspecto hemos exceptuado del ruinoso, denegrido y feo de las otras, era una hermosa mansión con aleros, en que había resabios del gusto árabe, muro de piedra blanqueado, a excepción de los marcos bizantinos de algunas ventanas, salpicadas acá y allá, sin simetría ni uniformidad, con ese bello y romántico desorden de las distribuciones arquitectónicas de la Edad Media y con una bellísima ventana ojiva, partida por una columna de mármol blanco, con vidrieras de colores, sustentada por una puerta de arco y adornos bizantinos, cerrada por un enorme portón, con postigo tachonado de enormes clavos y adornado en el centro con un monstruoso llamador de hierro cincelado; entre la clave del arco y el ábaco de la ventana había un colosal escudo heráldico, o que debió serlo, puesto que, a pesar de no haber pasado desde la conquista de Sevilla años bastantes para que los cuarteles, el yelmo y los lambrequines, que apenas se adivinaban en la escultura, como se adivinan los caracteres en un escrito a medio borrar, hubiesen sido corroídos

por el salitre, ese enemigo mortal de la piedra; era necesario en vista de su estado creer, atendiendo a las costumbres de la época, que aquel escudo debía de haber sido picado por el verdugo en castigo de alguna traición o rebeldía de su amo.

Sea como quiera, esta casa que, comparada con las otras, podía llamarse palacio, y que abrazando su muro de piedra un gran espacio formaba ángulo en su plano con la tortuosa calle de Regina, hasta cuyo primer ángulo continuaba, había puesto en gran cuidado y confusión a maese Longinos, sacristán de la Parroquia; a Genoveva, su mujer, y a Deogracias, su monago, que por razón de su oficio respectivo vivían en las habitaciones del primer tramo de la torre de la iglesia, y se admiraban de que, no teniendo la casa de piedra otra puerta que la que correspondía exactamente de frente a la de la iglesia, sin que hubiese postigo ni señales de haberle habido en la parte correspondiente a la calle de Regina, no se abriese jamás aquella puerta, ni se oyese ruido en la casa, muda siempre como una tumba, siendo así que estaba habitada, y no por gentes que pudiese creerselas por su vejez apartadas del mundo y reducidas a la soledad, sino por dos jóvenes de distinto sexo y hermosos, a juzgar por las sombras que más de una vez se habían detallado sobre la vidriera de colores al interponerse un cuerpo a la luz que iluminaba el interior.

Algunas veces, y como si hubiera estado apoyada en el alféizar de la ventana, y a una distancia próxima, lo bastante para que no se alterasen las formas en la proyección de la sombra, habían visto medio cuerpo de mujer de una esbeltez suma, sobre cuyos anchos y redondos hombros se erguía un delicioso cuello, y sobre el cuello una cabeza con un semblante cuyo perfil enamoraba, y un peinado que en lo voluminoso parecía indicar que no eran los cabellos la prenda más pobre de aquella mujer, aunque el seno, cuyo perfil se dibujaba algunas veces, fuese también otra riqueza inequívoca: aquella mujer debía ser muy dama, a juzgar por lo indolente de su postura, por el altivo movimiento de su cabeza y, además, por lo delicado de sus manos, que algunas veces recortaban su sombra en los vidrios, mientras un precioso dedo parecía seguir distraído el contorno de alguna de las grotescas y semibárbaras figuras pintadas en las vidrieras.

Había ocasiones en que junto a la sombra de la dama se destacaba la de un caballero, y decimos caballero, siguiendo la opinión expuesta por maese Longinos a su mujer, porque sólo un caballero muy noble, muy valiente y muy rico podía tener la soberbia y la indescribible altivez que se notaba en la cabeza de

la sombra: hablaban en pro de su hermosura y de su juventud el perfil de su semblante y la impaciencia de sus movimientos, y, en cuanto a la posición respectiva de las dos sombras, el buen sacristán había deducido en una ocasión, con una exquisita perspicacia, que eran amantes, al ver con grave escándalo que los brazos de entrambas sombras se enlazaron y que sus cabezas se unieron. Después, las dos sombras se habían separado, asidas de las manos, y desaparecido la luz, quedando la ventana borrosa, perdida, como tragada por la oscuridad general del muro.

Afortunadamente la señora Genoveva no había sido testigo de este escándalo; y su esposo, el digno sacristán de San Juan de la Palma, se guardó muy bien de relatárselo, teniendo en cuenta cuánto debía haber hecho sufrir a la susceptibilidad de la honestísima y tan pudibunda matrona; pero no se recató del mismo modo de su zanquillargo monago, especie de orangután humano, que convino con su amo en que en aquella casa vivían almas condenadas que se abrazaban, y que era necesario ahuyentarlas con algunas hisopadas de agua bendita.

Pero por más que el cura, y el beneficiado, y el acólito arrojaron exorcismos y agua bendita a la tal casa (por supuesto, de noche, a oscuras y en voz baja), la casa continuó en el mismo estado, con la puerta hermética y continuamente cerrada y llena de telarañas, sin que se abriese un solo boquete situado sobre la calle, y sin que aun desde la torre de la iglesia, que la dominaba, se viese en la parte visible de su interior otra cosa que la galería alta de un patio, tan desierta, polvorienta y llena de telarañas como el exterior.

Es verdad que un día hubo una conmoción en la casa del sacristán: Deogracias había visto algo en la casa maldita, como habían acabado por llamarla; pero aquel algo, tan misteriosamente anunciado, no era otra cosa que... un gato negro.

Sabido es que los gatos negros son muy respetados por ciertas gentes, que creen de buena fe que el demonio toma con mucha frecuencia la forma de uno de estos animales; cuya creencia aceptada, o, por mejor decir, heredada por maese Longinos, sin que jamás le hubiese ocurrido la impiedad de pasarla por el tamiz de la razón, le hizo declarar solemnemente que la casa en cuestión estaba ocupada por el mismo diablo, circunstancia bastante por sí sola a hacerle huir de su vecindad, a no vivir en la parte adyacente de una iglesia, lugar sagrado y, como todos saben, inmune de demonios, duendes, trasgos y demás gente.

Así, pues, desesperados de no saber nada, se contentaron con su sentencia ejecutoria respecto a la dicha casa, que permaneció cerrada y silenciosa, y en cuya magnífica vidriera tenía lugar de tiempo en tiempo una representación de sombras chinescas.

Somos enemigos de los misterios, y, por tanto, vamos a empezar a descorrer el velo que cubría aquella casa tan espiada, tan murmurada, y cuyo interior era tan desconocido. Para ello será necesario que tomemos nuestra relación desde algún tiempo antes del momento en que el hombre de la gorra negra, la loba parda, las calzas de grana, los borceguíes de ante y la larga espada forzase el cepillo de ánimas de la iglesia y sacase de él una carta y una llave.

Era la caída de la tarde, cuando un hombre de buena estatura y noble talante, tan encubierto como el primero que hemos descrito, entre un birrete de brocado y un manto rojo que le caía hasta los pies, dejando apenas ver sus ricas calzas azules, sus borceguíes atacados y la limpia contera de una larga espada, entró en la calle de Regina, y por la parte de la plaza del Mercado, y después de haber doblado y rodeado cinco ángulos salientes y entrantes de dicha calle, se detuvo en el sexto, formado por la pared de una casucha con el muro de piedra de la casa misteriosa; sacó una mano de debajo del manto, de la mano, una llave, y con ella abrió la puerta de la casucha; entró, cerró, subió una oscura escalera, abrió con la misma llave una puertecilla, dobló un ángulo, y, siempre con la misma llave, abrió otra puerta, que cerró tras sí; atravesó una pequeña antecámara; y entró en una cámara caliente y perfumada por el fuego que ardía en dos perfumeros de plata colocados a los pies de un diván, en los que se quemaban mirra y aloe.

Al entrar, él hombre lanzó una mirada en torno suyo: la cámara estaba desierta; entonces arrojó el birrete y el manto sobre un sillón, se desató la espada y el puñal, y los puso sobre una mesa; y luego, contemplándose en un gigantesco espejo de acero, puesto sobre ella, se alió su magnífica cabellera rubia, estiró bajo su cinturón los pliegues de su sayo de brocado verde, colocó en el centro de su pecho un sello que pendía de una gruesa cadena oro, después de lo cual fué a una puerta de cedro, situada a un extremo de la cámara, tocó suavemente en ella por tres veces con la palma de la mano, e inmediatamente se oyeron unas de esas enérgicas pisadas de mujer que nos hacen concebir, antes de que la veamos, a una *buen moza* (permitasenos esta frase, aunque vulgar, significativa y puramente española); y luego se abrió aquella puerta, y una hermosísima mujer dió un

grito de alegría al ver al hombre y se arrojó en sus brazos, exclamando:

—¡Ah, Perucho! ¡Perucho mío! ¡Al fin has venido! ¡Tres días mortales! ¡Tres días de sufrir y dudar!

—¡El rey, siempre el rey, Salomé!—exclamó el joven, que joven era, estrechándola dulcemente entre sus brazos.

—¡Maldiga Dios al rey!—exclamó la mujer, asiendo de la mano al que llamaba con el extraño nombre de Perucho—. Ven, ven, sentémonos; tengo que reñirte mucho.

\* \* \*

La cámara era un extenso espacio, con artesonado de madera tallado al gusto gótico, pintado y dorado, con paredes revestidas de tapicería de seda roja, bordada de oro, y sobre la tapicería espejos de acero brillantados; una mesa dorada, sillones dorados, alfombra de vivos colores y dibujo semibárbaro, de flores, frutas y animales en la orla, y una escena de montería en el centro; un diván de damasco blanco, recamado de plata, sobre una grada; dos perfumeros de plata cincelada en los ángulos de la grada; al fondo, una ventana gótica con vidrieras pintadas, partidas en dos hojas (la misma ventana, cuyas sombras tenían excitada la curiosidad de maese Longinos, de su honesta Geneveva, y del excéntrico Deogracias); una pequeña puerta en la pared de la derecha que forma ángulo con la pared en que está la ventana, y enfrente a esta ventana, en el muro opuesto, la puerta de cedro por donde entró Salomé, delante de la cual hay un bello tapiz corrido.

En cuanto a Salomé, era una joven de diecisiete años, con la estatura y el desarrollo de una mujer formada, hermosa como un ángel, cabellos y ojos negros; ricos brillantes y ondulados los primeros; centelleantes, ardientes, apasionados, iluminados con un fuego recóndito y abrasador los segundos, bajo la sombra de suaves y convexas pestañas, bajo unas cejas dulcemente arqueadas. Tez del color blanco de la perla; labios semejantes a las entrañas de una rosa de Oriente; rostro de forma oval; frente majestuosa, limitada por el arco ojivo de dos anchas trenzas, sembradas de brillantes; nariz como no habéis visto dos narices, y descendiendo, cuello, hombros, seno, brazos, manos, talle, todo puro, bello, hermoso, inusitado, admirable.

Hija de una raza oriental, en que el desarrollo en la mujer es muy prematuro, la judía Salomé, a los diecisiete años era una hermosura enteramente formada.

El llamado tan cariñosamente Perucho era un mancebo de veinte años a lo más; todo en él provocaba esa atención profunda que produce el aspecto de un hombre notable por más de un concepto; aparte de la riqueza de su traje que, como hemos indicado, era extremada, había en su semblante, en sus miradas, en sus maneras, un no sé qué que imponía a primera vista respeto. Conociase que dentro de aquel cuerpo de niño se encerraba un alma experimentada, profunda, pensadora y un tanto contrariada, en cuanto a su físico, tenía tanto de hermoso como de terrible; su rostro oval, un tanto angular en su parte inferior, era blanco, blanquísimo, terso, aterciopelado como el de Salomé; sus cabellos, de un rubio dorado, cortados sobre la frente a manera de cerquillo, y prolongados en largas y sedosas güedejas sobre sus hombros y sobre su espalda; sus ojos azules oscuros, enormes, redondos, cuyas miradas tenían una fijeza y una fuerza incontrastables; su boca, generalmente entreabierta, de grandes labios, pero de bellas formas, parecía acostumbrada al mando por cierta expresión habitual de desdén y de orgullo; su nariz, magníficamente configurada, un tanto robusta, se comprimía o se dilataba, según que sus ojos y su boca cambiaban de expresión; su semblante, de una gran hermosura, ya se le considerase en el conjunto o en las partes, tenía, sin embargo, algo de bravo y dominador; pero cuando enamoraba, cuando su alma dormía tranquila, aquel semblante era dulce y simpático, sus ojos decían amor y su boca sonreía; cuando estaba en esta situación, Salomé le llamaba Perucho a boca llena; pero cuando un pensamiento sombrío unía en un áspero frunce las cejas rubias del mancebo, cuando en el fondo oscuro de sus ojos lucía un fuego siniestro, cuando su labio superior, apenas cubierto por un ligero bozo, temblaba, Salomé temblaba también, y no se atrevía a llamarle Perucho.

Y esto que Perucho, según las noticias de Salomé no era otra cosa que el paje favorito del rey don Pedro, que se llamaba Pedro como él, y a quien el terrible monarca nombraba familiarmente Perucho.

Sabía que el paje la amaba, porque le había dado indudables muestras de ello: que era valiente, porque él solo, a pesar de una resistencia armada, la había sacado de una Judería, a despecho de su tío Saul; que era noble e hijo de una familia poderosa, se lo demostraban sus vestidos, su manera de llevarlos, sus costumbres altivas, y la indomable voluntad que sólo puede tener el que esté acostumbrado a ser obedecido por viejos servidores; y en cuanto a su riqueza no podía dudarse de ella, puesto que

había gastado un tesoro en joyas, brocados, sedas y encajes para hacer habitable, cómoda y aun ostentosa aquella casa que antes de vivir en ella Salomé estaba abandonada.

Por lo demás, la joven no sabía de él otra cosa sino que se llamaba Pedro, diminutivo cordialmente transformado en Perucho por el rey, a quien servía en su cámara como paje.

Es verdad que el señor Perucho usaba continuamente cadena de oro al cuello, espada y puñal de caballero; pero Salomé tomaba este uso como una licencia y nada más. Por otra parte, la joven judía era una mujer que en sabiendo que era amada, no necesitaba saber más, y no podía buenamente dudar del amor del altivo paje.

Pero su sangre oriental hacía demasiado exigente a Salomé, cuando se trataba del amor; pasión para ella desconocida hasta que había visto a Perucho, pero desarrollada con una rapidez maravillosa, acrecida, llegada a un límite fabuloso, por lo reconcentrado, por lo dominante, por lo intenso; por el amor de Perucho era capaz Salomé de todo, hasta de matar, y esto que su carácter era dulce y compasivo como el de un ángel; pero lo que Salomé no podía llevar con paciencia era no ver todos los días, y por un largo espacio, a su adorado paje. Así es que la ausencia de tres días a que según ella nos ha dicho la había sentenciado Perucho, la tenía intranquila y aun irritada.

—Veamos, veamos, ¿dónde habéis estado, caballero?—le dijo con impaciencia, posando en él de una manera interrogante y celosa la elocuente mirada de sus expresivos ojos negros, apenas se sentaron en el diván—. No he dejado yo la casa de mi Malaquías, con grave escándalo de mis compatriotas, ni os he seguido, ni me he constituido vuestra como una esclava, para que me tengáis así, deseándoos durante tres días..., ¡durante tres eternidades!... Vamos, caballero, contestadme: ¿Dónde habéis estado? ¿Qué habéis hecho? Quiero saberlo.

—¡Ah, ah!—dijo sonriendo el joven—. He estado ocupado en enamorar a otra dama.

En mala hora dijo Perucho estas palabras, porque al escucharlas el rostro de Salomé se puso, primero, densamente pálido; luego, lívido, y sus ojos destellaron un sombrío relámpago.

Pero instantáneamente, y merced a la sonrisa franca y leal de Perucho, que había pasado a ser risa; a la vista del furor de su amante, ésta se serenó y se sonrió también, con ese infantil cambio de carácter de las mujeres que aún no han dejado enteramente de ser niñas.

—He estado ocupado en el servicio del rey—explicó el paje.

—¡El rey! ¡El rey! Ese feroz rey que de seguro no es tan hermoso como tú, pero que te ha hecho tan cruel como él.

—¡Bah! Tú no conoces al rey, Salomé... Cuando le conozcas, estoy seguro de que le amarás...; entre tanto...—añadió el paje, levantándose.

—¡Cómo! ¿Te vas otra vez?

—Sí, me voy... a aquella vidriera.

—¿A aquella vidriera?

—Sí, pardiez.

—¿Y para qué?

—Sirviendo siempre al rey.

—¡Oh!, permita Dios que pronto los bastardos den al traste con ese rey que tanto te me roba.

Brillaron de una manera particular los ojos de Perucho.

—Escucha—le dijo—: Esta noche se tramará una conjuración contra el rey en la vecina iglesia de San Juan de la Palma; por lo tanto, esta ventana es un acechadero...; es necesario que me dejes en ella solo y a oscuras; tu hermosura me distrae y necesito de toda mi atención. Vete.

Era tan resuelto el acento del paje, que Salomé, aunque contrariada, salió de la cámara y le dejó solo.

Entonces, Perucho se acercó a la vidriera y se puso a mirar atentamente al pórtico de la iglesia. En aquel momento fué cuando el embozado que vimos aparecer en el principio del capítulo, después de mirar si podía ser visto por alguien, creyéndose seguro de la curiosidad vecinal o a causa del frío y de lo avanzado de la tarde, forzó la tapa del cepillo, después de la cual se metió en la iglesia.

—¡Ah! ¡Por Satanás y cien legiones de demonios!—exclamó Perucho—. ¡Que me condene Dios si ese encubierto no es el señor Alvaro Gómez de Santaella! ¡Famoso bribón!, pues no, no te me has de escapar...; asíéndote, tengo asido el primer hilo de la trama.

Y sin hablar más se separó violentamente de la ventana, tomó el manto, el birrete, el puñal y la espada con una precipitación febril; abrió violentamente la puertecilla por donde había entrado en la cámara, bajó por una escalera distinta a aquella por donde había subido, se encontró en un ancho zaguán, corrió mohosos y enormes cerrojos de la puerta principal y abrió el postigo y salió.

En aquel momento Salomé entró apresuradamente en la cámara, se asomó a la vidriera y vió...

Vió a Perucho que en el pórtico de la iglesia tenía agarrado

por el cuello al acólito Deogracias, a quien seguidamente aplicó un furioso puntapié en el sitio en que generalmente se aplican este género de caricias.

Después, Perucho y Deogracias hablaron algún tiempo, el primero mandando de una manera despótica, temblando el segundo como una liebre que se encuentra acorralada delante de un galgo.

Veamos cómo había podido acontecer el encuentro de estas dos personas, que, por su aspecto y su condición, constituían los dos extremos opuestos de la escala social.

No era sólo el paje el que había sido testigo de la violación del cepillo de las ánimas. Deogracias, asomado a un respiradero de la torre de la iglesia, lo había presenciado también, y, por su posición lateral, había visto más que el paje, a quien el cuerpo de Alvaro Gómez de Santaella, según le hemos oído nombrar, impedía ver el cepo. Deogracias, por el contrario, colocado de costado, veía al encubierto, al cepillo, y, por consecuencia, su rompimiento y la extracción de la carta y de la llave.

—¡Ah! ¡Ah!—dijo Deogracias, obedeciendo a sus rapaces instintos de mozagón pobre y mal criado—. Ya va de muchas veces la rotura del cepillo, y, sin embargo, maese Longinos no se queja de ello. Vuelve a componerlo, y cuando esto acontece, está de muy buen humor durante algunos días. Algo queda en el cepillo; bastante para hacer alegrarse a mi amo, que generalmente anda silencioso y cariacontecido; pues bien, juro a Dios que por esta vez yo seré quien sepa en lo que la alegría de maese Longinos consiste cuando encuentra roto el cepillo.

Deogracias formuló rápidamente este pensamiento, mientras bajaba de tres en tres las escaleras de la torre; luego el postigo se abrió, sacó primero la cabeza, luego los hombros, y al fin dió a luz enteramente su cuerpo cubierto, sin más atavío por un viejo bonete que había perdido enteramente su forma, un balandrán harapiiento, de color indefinible, unos calzones con flecos y unos zapatos, por los cuales salían los dedos y entraba el aire en todas direcciones.

Por algún tiempo, Deogracias miró en torno suyo, con la misma expresión de un gato que se aprovecha de un descuido para apoderarse de una presa, y creyéndose libre de observaciones, fué al cepillo, levantó la tapa y miró al interior, quedando sobrecogido, encorvado, dominado por una conmoción terrible, ni más ni menos que si en el fondo del cepillo hubiera visto la cabeza de Medusa.

Lo que de tal modo trastornaba, fascinaba y conmovía a Deo-

gracias, era un dorado y reluciente florín del cuño de Aragón, que su vista perspicaz, a pesar de la poca luz, había visto sobre algunos negros y mugrientos maravedises de cobre.

Esta confusión, causada naturalmente en Deogracias, por la, para él, primera vista de una moneda de oro, dió lugar a que Perucho, que no había podido ponerse tan rápidamente en la calle, a causa de la mayor complicación de su traje y de la distancia, le sorprendiese en el mismo momento en que introducía su mano crispada por la codicia en el cepillo.

—¡Ah, ladrón!—le dijo Perucho, asiéndole por el cuello y apli-cándole, como hemos dicho, un descomunal puntapié.

Deogracias dió un salto puramente nervioso, pero sujeto por la formidable mano del paje, que le oprimía como unas tenazas, volvió a quedar en una posición encorvada y miserable; no pudiendo hacerse cargo de que se las había con un noble, sino por el extremo de su manto rojo, por sus piernas y por sus bor-cegües.

—¡Ah! ¡Señor caballero!—exclamó con voz plañidera—. Vue-sa merced se equivoca; yo no soy ladrón. Por el contrario, venía, como todas las noches, a sacar la limosna de las ánimas.

—Y si a eso venías, ¿dónde está la llave, bribón? ¿Cómo has forzado la tapa?...

—Es, señor, que la llave se ha perdido—contestó angustiosa-mente el monago.

—La piel vas a perder entre mis manos si no cantas claro cuanto sepas... Qué, ¿en estos tiempos se dejan florines de oro en los cepos de ánimas?

Y Perucho tomó del fondo del cepillo la moneda de oro, causa de aquella escena; la mostró a Deogracias y volvió a dejarla en el lugar de donde la había tomado, después de lo cual cerró el cepillo.

—Dime—continuó—: ¿Para qué ha forzado el cepillo el hi-dalgo que acaba de entrar en la iglesia? Yo no he podido ver-le. ¿Lo has visto tú?

—Yo no sé nada, señor.

Perucho echó mano a su escarcela, sacó de ella no ya uno, sino tres florines, y dijo a Deogracias, mostrándoselos:

—Tuyo es este oro si me cuentas cuanto sepas.

Deogracias, triplemente fascinado, se entregó a discreción.

—Lo que yo sé, señor—dijo—, es que ese caballero que acaba de entrar en la iglesia, ha violentado la tapa del cepillo.

—¿Y para qué?

—Ha sacado de él una carta y una llave.

—¡Ah! Ha sacado una carta y una llave. Y dime: ¿tiene la iglesia otra puerta por donde ese hombre pueda haber escapado?

—No, no, señor; y pronto tendrá que salir, porque muy pronto maese Longinos bajará a cerrar la iglesia.

—Entra y mira qué personas hay en ella.

—Es inútil, señor; sé quién está dentro.

—¿Quién?

—Dos damas, una dueña, un rodrigón y un paje, amén de ese hidalgo.

—¿Y no ha entrado ni salido nadie más?

—Sí, sí, señor; una dama alta, muy matrona, muy hermosa, que a media tarde llegó en una litera acompañada de un escudero; entró en la iglesia, estuvo un momento y luego salió, y antes de que saliése el escudero, echó precipitadamente en el cepillo la carta y la llave.

—Bien, muy bien; toma—y le dió los tres florines—; si me sirves bien, te haré rico.

—¿Y cómo queréis que os sirva, señor?—exclamó Deogracias, a quien la conmoción y el entusiasmo hacían que se le atragantasen las palabras.

—Escucha; esta noche podrá suceder que entren algunas gentes en la iglesia, tarde; mas tarde yo quiero entrar también sin ser visto. ¿Puede ser eso?

—Sí, sí, señor...; por la puerta del cementerio.

—¿Adónde da esa puerta?

—A la calle de Caño Rompido.

—Pues bien, vete; pero acuérdate de estar junto a la puerta del cementerio esta noche a las doce. Y si no estás, o si me vendes, ten por seguro que mañana no faltará quien te desuelle vivo.

Dicho esto, el señor Perucho se rebozó en su manto y entró en la iglesia; poco después Deogracias atontado, vacilante, trémulo, entró por el postigo, exclamando:

—¿Quién será este caballero tan joven, tan hermoso, que tanto aprieta y tan bien paga?

Todo esto lo había visto Salomé tras de las vidrieras. Apenas Perucho había entrado en la iglesia, cuando la joven, con el semblante descompuesto por la duda y por los celos, atravesó rápidamente la cámara, salió de ella, cruzó algunas habitaciones, y entró en una donde, al amor de una chimenea, dormitaba una dueña.

—Pronto, doña Berenguela—le dijo—; una túnica negra y vuestro manto.

—¡Cómo, señora! ¿Qué decís, qué vais a hacer?

—Quiero que se me obedezca sin replicar; dadme lo que os he pedido.

En un momento estuvo hecha la transformación de la joven.

—Ahora avisad a Juan; quiero que me acompañe.

La dueña obedeció, y poco después apareció un escudero cubierto con una larga capa y armado de una tremenda espada.

—Quiero que me acompañes, Juan, y sobre todo que te encubras de manera que por ti no puedan reconocerme.

—Muy bien, señora.

—Pues al momento; sígueme, seguidme vos también. Berenguela.

Y la joven, impaciente, salió apresuradamente del aposento.

—¿Y os atrevéis, señor Juan? Ved que es su ojo derecho, que está locamente enamorado de ella—dijo la dueña.

—¡Oh! ¡Oh! Va conmigo—dijo con acento feroz el escudero; no hayáis miedo. La señora no irá sino adonde yo no pueda perderla de vista. Además, ya sabéis..., es bueno conocer lo que son las gentes, y así me lo tiene encomendado mi señor; libertad absoluta para salir y entrar conmigo...; en cuanto a vos, es diferente...; no le inspiráis tanta confianza como yo.

—¡Señor Juan!—exclamó colérica la vieja.

Afortunadamente, para evitar una disputa, Salomé los llamaba impaciente desde el zaguán y se apresuraron a bajar.

—Cerrad por dentro, doña Berenguela, y esperad sin dormiros—dijo Salomé, saliendo por el postigo que sólo había dejado encajado Perucho—. Tú, Juan, sígueme.

Entonces en tres saltos Salomé salvó el espacio que la separaba de la iglesia y entró en ella; el escudero la siguió.

Poco después apareció en el postigo de la torre un hombre con sotana, bonete y manteo, restregándose los ojos.

—¡Diablo!—dijo—. Mi siesta ha durado demasiado; es ya de noche y aun la iglesia está abierta. Veamos antes si ha ocurrido alguna novedad en el cepillo. ¡Diablos!—dijo—. Roto, forzado...; ésta es la quinta vez que esto sucede, y he aquí el quinto florín de oro... Vamos, las ánimas nunca hubieran creído que habían de servir para que se entendiesen dos enamorados... Compondremos de nuevo el cepillo, y Dios quiera que lo vuelvan a descomponer pronto... Esto es ingenioso y cómodo... Sí..., muy cómodo y muy ingenioso.

Y guardando cuidadosamente el florín en un bolsillo y recogiendo con cierto desdén los maravedises de los fieles, entró seguidamente en la iglesia, sonando un haz de llaves como en señal de que los devotos debían apresurar sus rezos.

## CAPITULO II

Salomé hizo esperar a Juan en una oscura capilla de la entrada y adelantó, fingiendo admirablemente el paso trémulo y la actitud encorvada de una vieja, a lo largo de la sombría iglesia, que sólo estaba iluminada por la lámpara del crucero.

A primera vista Salomé notó que había en la iglesia, en el centro de ella, junto a la lámpara, dos damas, a juzgar por su apostura, arrodilladas sobre cojines, y a una respetuosa distancia una dueña, un rodrigón y un paje, arrodillados también.

Salomé adelantó hasta ponerse en línea con las damas, y se arrodilló, afectando devoción, a pesar de la repugnancia que, como judía, le causaba todo lo que tenía relación con el rito cristiano; pero aunque afectaba orar, su atención estaba intensamente fija en las dos damas.

La una era una señora de cincuenta años, que demostraba por algunos restos de belleza que debía haber sido hermosísima en su juventud; la otra era una joven como de veinte años, de una hermosura extremada, pero altiva, grave, pensadora; parecía que aquella mujer cuya frente era tan blanca y tan pura, sus ojos tan negros y tan poderosamente bellos, tan contorneadas y deliciosas sus manos, que sostenían un largo rosario de azabache, debía sufrir grandemente; sus ojos se fijaban suplicantes en el altar, su boca oraba de una manera suspirante, y de tiempo en tiempo la agitaba un estremecimiento nervioso.

A medida que Salomé observaba a la dama joven, le parecía más hermosa, más noble, más pura, y los celos, esa horrible pasión que envenena el alma y la hace cruel y perversa, se apoderaban a cada momento con más intensidad de ella; esto consistía en que, a alguna distancia, apoyado en una pilastra, y aunque encubierto, fijando una mirada tenaz en la hermosísima dama, estaba Perucho.

Perucho, a quien ella amaba con toda su alma, con toda la bravura, por decirlo así, de las mujeres de su raza; Perucho, a quien sin conocerle había seguido; a quien ella, hermosísima heredera de un judío riquísimo, se había entregado, atrayendo sobre sí la maldición de sus compatriotas; Perucho, el traidor Perucho, a pretexto de espiar enemigos del rey, había esperado, sin duda, a que aquella dama entrase en la iglesia para correr

a contemplarla; y luego, ¿qué podía haber hablado Perucho con el monago? ¿Por qué le había dado dinero y por qué había abierto y cerrado aquella arquilla de madera clavada en la pared?

Esto para Salomé no tenía duda. Peruche confiado en su voluntaria reclusión, la engañaba; amaba a otra, señal segura de que había dejado de amarla a ella, y después de un ausencia de tres días, sólo había ido a su casa para esperar de una manera encubierta a su rival.

Salomé tuvo terribles tentaciones de embestir allí mismo con aquella mujer, que sólo conocía desde un momento antes y ya le inspiraba un odio a muerte; sin embargo, el pensamiento de refinar aquella venganza la contuvo, y exclamó con acento opaco y reconcentrado:

—Yo sabré quién es esta mujer.

En cierto modo, Salomé no se engañaba en tener celos; el señor Perucho, bien ajeno de estar vigilado por su hermosísima judía, miraba con un dulce asombro a la joven castellana.

—Vive Dios que es una perla—decía para su embozo—. ¿Y de dónde, de dónde ha salido eso? Parece noble y, sin embargo, nunca la he visto en la corte, y es más hermosa, más pura, más apasionada, a lo que parece, que la Coronel, y la Castro, y la Padilla. ¡Ah! He aquí un buen hallazgo... ¿Y qué diablos tiene que hacer con ella el señor Alvaro Gómez, que de tal modo y con tal descaro la contempla?... ¡Ah! La noche está sumamente oscura; la iglesia no tardará en cerrarse... Saldremos, saldremos todos y luego nos veremos, señor Alvaro, nos veremos. ¡Gracias al diablo! He aquí el sacristán que se acerca.

En efecto, maese Longinos adelantaba haciendo sonar sus llaves.

A aquel ruido las dos damas apresuraron sus devociones, se levantaron y salieron. Salomé notó que un hombre, en quien no había reparado hasta entonces, situado a su derecha, las seguía, y que Perucho seguía a aquel hombre. Levantóse ella a su vez y siguió a Perucho.

Al llegar a la capilla donde había dejado a Juan, se le incorporó el escudero.

Así, unos después de otros, y a buenas distancias, se siguieron. Las dos damas, sin duda por lo avanzado de la hora, por lo oscuro de la noche y por el ruido de las espuelas de Alvaro Gómez que las seguía, caminaban apresuradamente; Perucho seguía silenciosamente a alguna distancia a Alvaro; y Salomé y Juan seguían a una distancia proporcionada a Perucho.

Así, de una manera apresurada, atravesaron las calles que hoy se llaman de Regina, la plaza del Mercado, la calle de Cantillana, la de la Corona, atravesaron la plaza de las Carnecerías, y por una travesía entraron en la plazuela de San Isidoro, en la cual las dos damas penetraron precipitadamente con sus criados en una casa situada frente a la iglesia.

Alvaro Gomez adelantó entonces algún trecho, y se detuvo en una esquina de la calle del Velador, mientras Perucho se fué decididamente para él.

Salomé y Juan esperaron ocultos por las tinieblas en una esquina de la iglesia.

Poco después se escuchó áspero chocar de espadas, que duró un momento; resonó un grito de muerte, y poco después pasó apresuradamente por delante de Salomé, que temblaba, y sin reparar en ella, un bulto rebozado.

—Es él, es él—dijo Salomé—. Sigámosle.

—Sí, sigámosle—dijo con un gran interés Juan.

—¿Qué iglesia es ésa—preguntó Salomé—, junto a la cual hemos estado parados?

—Es la iglesia de San Isidoro—contestó Juan.

—¡La iglesia de San Isidoro!—murmuró Salomé de una manera ininteligible—; no se me olvidará.

Y sin decir una palabra más, siguió a Perucho, que atravesaba rápidamente calles y calles.

Al fin se detuvo en una calle angular sin salida y entró en su fondo en una casa que tenía la puerta abierta y tras la cual se veía luz.

—¿Qué calle es ésta?—preguntó de nuevo Salomé.

—Esta es la calle de los Gatos (1).

La judía y el escudero permanecieron ocultos en un zaguán sin perder de vista la casa donde había entrado Perucho.

Era ésta una taberna; el dueño de ella estaba sin duda acostumbrado a nobles y ricos parroquianos, puesto que no se maravilló de la presencia en su casa del apuesto paje, que por otra parte entró rebozado hasta los ojos, y se coló de rondón en un aposento oscuro.

El tabernero se apresuró a llevar luz.

—¿Qué queréis, hidalgo?—le dijo—. Tengo...

—Sólo quiero silencio y soledad—dijo Perucho, encubierto siempre, arrojando una dobla sobre la mesa—. Tomad eso, salid y cerrad; que nadie entre aquí... ¿Lo entendéis?

(1) Hoy de la Cuesta.

—Lo entiendo, señor—dijo, maravillado, el tabernero—, y nadie entrará.

Dicho esto, salió y cerró la puerta.

Perucho se colocó en un lugar, en el cual no podía ser visto desde la puerta; miró si la habitación tenía algún resquicio o respiradero, y sólo después de haber visto que no, se descubrió, puso la luz sobre una mugrienta mesa y se sentó detrás de ella.

Luego sacó de una escarcela una llave y algunas cartas manchadas de sangre.

—Me parece—dijo—que el señor Alvaro Gómez queda allá bien muerto. Nadie me ha visto, nadie. Nadie, por consecuencia, ha podido conocerme; gota de agua que cayó en la mar; por otra parte, el tal Alvaro Gómez ha sido muerto con justicia y de una manera limpia, a estocadas... De todos modos, y tal vez muy pronto, hubiese ido a dar en las manos de Juan Diente. Lo que me inquieta un tanto es que he perdido mi birrete en la riña y he tenido que apelar, no encontrándolo en el momento, a la gorra del muerto. Pero ¡bah!, el birrete que llevaba esta noche no pasaba de ser un gentil birrete de paje, lo que de seguro desorientará a la justicia.

En efecto, el tremendo Perucho, en vez del brillante birrete de brocado con que le hemos descrito, llevaba cubierta la cabeza con la gorra de velludo negro de Alvaro Gómez.

—Veamos ahora—dijo Perucho—lo que se encierra en estas cartas; después sabremos lo que encierra esta llave; procedamos con orden—añadió, abriendo las cartas, que llegaban a cinco, y superponiéndolas por orden de fechas—. Veamos.

Y leyó la primera, que decía:

*Hace tres días que al levantarme he encontrado, cada uno de ellos, una carta vuestra en mis miradores, arrojada sin duda durante la noche. Cada una de ellas estaba arrollada en una rica sortija con un diamante de grueso valor; sin duda sois de aquellos hombres que creen que "dádivas ablandan peñas", y habiéndome encontrado siempre dura como una roca a vuestras pretensiones de palabra, habéis recurrido a los dones, porque no puedo creer que las tales sortijas hayan sido unidas a las cartas para darlas peso y lograr que de este modo lleguen a mis miradores. Hubiera bastado para este objeto haberlas atado a una piedra, pero la altura a que se ha querido llegar es a mi altura, y os digo fracamente que para llegar a ella no os bastarían todos los ponderados tesoros del rey de Castilla. Debisteis tener presente que una mujer como yo no se vende, porque se aprecia*

en mucho, en tanto que para lograr su amor se necesita pagarla con el alma entera; y un alma vale más, cuando es de ley, que todos los tesoros del mundo. Que me amáis o que habéis tomado por mi posesión un gran empeño, ya se conoce, cuando os habéis deshecho de tres alhajas, cuyo valor monta a más de cualquier fortuna. Por lo mismo, y obrando en caridad, aunque no pensase también en mi decoro, debo devolveros esas alhajas. Me decís que el medio que tenemos de entendernos, sin que haya manos intermedias que puedan comprometer mi dignidad, es que yo deje la contestación a vuestras tres veces reiterada y formal demanda, en el cepillo de ánimas puesto en la puerta de San Juan de la Palma. El medio, lo confieso, es ingenioso, y se conoce por él que sois galanteador de oficio, y que le habéis usado más de una vez, porque a mí, que no conozco los galanteos, nunca se me hubiera ocurrido. Esto me haría ser más dura con vos, si ya no lo fuese bastante, porque si alguna vez amo, querré ser la única, la primera mujer amada por un hombre. Añadiré que para saber exactamente el día en que mi contestación esté en el cepillo, deje como señal precisa abiertas de par en par las vidrieras de mis miradores a las doce del día y completamente cerradas a la una, después de lo cual vuelva a abrirlas a las dos. Eso haré hoy, que voy por la mañana a dejar ésta en el cepillo, y de antemano me causa risa el pensar las locas esperanzas que os hará concebir el cerramiento y abrimiento de mis vidrieras. Estas esperanzas, esta alegría, que sólo durará hasta que veáis mi carta, es lo único que debéis a vuestras tres sortijas, a no mediar las cuales, no recibiríais de mi contestación de ningún género. Os dejo las tres sortijas y os suplico que no volváis más a dejar tales papeles en mis miradores, puesto que aunque sabéis bien por vuestros continuos rondamientos que yo soy la primera que los abro todos los días, pudiera acontecer que los abriese alguna de mis doncellas, lo que no sería por cierto en beneficio de mi recato. Dios os guarde.

Perucho pasó sin comentario a la segunda carta.

Vuestra insistencia—decía—toca ya en contumacia. Os habéis, sin duda, propuesto haceros necesario por la costumbre de sentiros, ya que no de veros. Me ponderáis de tal manera vuestro amor, y os disculpáis de tal modo de lo demás, que ya os perdonaría si no supiese que nada hay tan ingenioso como un necesitado. Me habláis de compasión y bueno será que yo os recuerde esta virtud acerca de vuestra esposa, que no merece por cier-

to que la afrentéis prefiriéndome a ella, siendo más hermosa que yo y amándoos como, según dicen, os ama. Me habláis del extremo a que os tiene reducido vuestra desesperación, y os ruego que miréis a vuestros hijos. No hagáis una locura atentando a vuestra vida. ¿Cómo queréis que os crea cuando, estando empeñado en la tierra con tales obligaciones, aun queréis contraer nuevos empeños? Reconoceos, caballero; medita que una mujer no vale más que otra, y tened en cuenta que no es la mejor manera de conseguir el amor de una mujer ofendiéndola, y vos, como hombre casado, me ofendéis con vuestros galanteos. Dios os guarde.

Perucho apartó esta segunda carta y embistió con la tercera.

Vuestra insolencia raya en la insensatez—decía—, y me será preciso advertiros que el loco por la pena es cuerdo. Os digo esto para que no insistáis, porque ya me canso, y estoy resuelta a hacerme respetar de vos. Si no os basta esto, os digo que aunque fuerais libre, jamás aceptaría vuestro amor, porque tenéis la desgracia o la felicidad de que nuestros "ángeles" están como San Miguel y el diablo. Basté ya, y puesto que no sois juicioso, sed cortés.

Perucho pasó a la cuarta carta, que decía:

Os juro por mi honor, que tan poco respetáis, que os acordaréis de mí.

Por último, leyó la quinta, que era la que Alvaro Gómez había extraído aquella tarde del cepillo; decía, como recordarán nuestros lectores:

Al fin vuestro amor vence; os dejo la llave del postigo y con ella mi honor.

Al ver esta última carta, Perucho no pudo contenerse ya. —¡Diablo!—murmuró—. No sería yo quien asistiese a la cita de la tal dama sin ir bien armado y prevenido, si son de apreciar las amenazas anteriores. Yo no sé lo que hubiera hecho el señor Alvaro Gómez si yo le hubiera dejado en disposición de acudir a la cita. Ello es que la llave de ese postigo está en mi poder; que la dama, a todas luces, según lo demuestran sus cartas, vale un mundo por lo discreta y por lo valiente; que debe ser hermosa

cuando tanto se esforzaba por obtenerla el difunto, que tenía fama de afortunado con las mujeres y que era hermdso, audaz y valiente como mi bravo hermano de leche el señor Juan Tenorio. Además, aquella especie de mico, aquel monago de San Juan de la Palma, me dijo, si no recuerdo mal, que la que había dejado la carta y la llave en el cepillo era una dama alta, muy matrona y muy hermosa... «¡Muy matrona!»; esto quiere decir: una de dos, o que es una de esas hermosísimas y robustas damas que nos vienen de la montaña, o que está ya en esa edad en que las mujeres tienen pasiones impetuosas, enérgicas... Pero, ¡vive Dios!, ¿quién es esa dama? Su secreto ha muerto con Alvaro Gómez, y échese vuesa merced a probar esta llave en todos los postigos de Sevilla. Pues no, no; es necesario dar con ella...; este misterio, estas cartas, la manera como las he adquirido, la sangre que las mancha..., todo, todo me empeña... ¡Ira de Dios!, me parece que estoy enamorado, y enamorado de un fantasma. Vamos, vamos—exclamó Perucho—; si no es por medio del monago y haciéndole seguir a la primera ocasión que la vea a la tal dama...; pero esperar..., yo no sé esperar...; vaya al diablo la matrona, y su virtud, y su discreción... Por muy hermosa que sea, no lo será tanto, vive Dios, como Salomé.

Y Perucho guardó las cartas y la llave en su escarcela y se encaminó a la puerta; pero de repente se detuvo: había oído una voz que le era conocida detrás de él.

—Pardiez—dijo—; cualquiera creería que quien habla ahí fuera es el señor García de Coca, escudero de mi buen amigo Hines-trosa... ¡Oh!; pero no entiendo bien... ¡Ah! Me parece haber oído el nombre de Alvaro Gómez... ¡Diablo! Sería casualidad; probemos. ¡Hola! ¡Eh! ¡Tabernero!—gritó Perucho con todo el lleno de su voz.

Inmediatamente se estableció un silencio profundo en la habitación inmediata.

—¡Me ha conocido!—dijo Perucho, y entreabriendo la puerta a punto que llegaba el tabernero, dijo—: ¡Hola!, señor García de Coca, entrad, entrad, si queréis pasar un rato con un amigo; vos, traed de vuestro mejor vino; entrad, entrad, señor escudero.

García de Coca entró temblando, y antes de cerrar la puerta, Perucho, en una rápida mirada, notó que quedaban en la habitación cuatro hombres de mala facha, de aquellos que en aquel tiempo se llamaban rufianes.

Perucho permaneció encubierto hasta que el tabernero volvió.

y después de haber dejado un enorme jarro lleno de vino y dos cubiletes de estaño, salió, cerrando la puerta.

—Bebe—le dijo Perucho con autoridad.

—Perdonad, señor—dijo el escudero, descubriéndose con gran respeto, al mismo tiempo que Perucho dejaba caer el embozo de su manto—. No me haría provecho el vino.

—Bebe; es necesario que pasemos aquí por dos buenos conocidos y que ese jarro se vacíe.

El escudero bebió.

—Quiero que me contestes lo que sepas a lo que voy a preguntarte—continuó Perucho.

—Pregunte vuestra...

—Basta..., basta; aquí soy el paje Pedro de Espinosa.

—Pues bien, preguntadme.

—¿Para qué has venido con esos tunantes a esta taberna?

—¡Ah!—dijo el escudero, respirando libremente—. Vine a un asunto de mi señora.

—¿Un asunto de tu señora?

—Sí, sí, señor; se trata de dar una paliza a cierto importuno.

—¡Ah!, pues es necesario que no se dé esa paliza.

—Me comprometo, señor... Doña María, ya sabéis.

—No conozco a doña María; sé que su hermano la ha traído a la corte y que la ha puesto casa...; pero sin duda por recelo...

—No la ha presentado, es verdad. Doña María vive como una monja, y sólo sale para ir a la iglesia.

—Por lo mismo, mujer tan recatada no debe dar un escándalo... Yo sólo basto...

—¡Pero señor!

—Lo quiero y lo mando.

—Vuestra vida...

—Y qué, ¿es ésta la primera vez que yo he arreglado sólo mis negocios?

—Permitid al menos, señor, que yo os acompañe...; si os sucediera una desgracia...

—Guárdate bien de vigilarme, porque si llego a entenderlo, no será a mí a quien suceda esa desgracia, sino a ti.

—Como queráis, señor; pero mis intenciones...

—Son sin duda buenas, y te las agradezco; pero quiero para mí solo esta aventura; no sé qué hacerme y quiero entretenerme en algo. ¿Dónde vive esa misteriosa doña María?

—En la calle de las Culebras, muy cerca de aquí.

—Alguna señal de la casa.

—Un mirador de piedra sobre un pequeño postigo; junto al postigo, una reja, y junto a la esquina la puerta principal.

—Muy bien; olvida que me has hablado y que me has visto en esta cita; toma estos diez escudos para ti; estos cuatro florines, para esa gente. Quédate y paga al tabernero.

Y dicho esto, salió cuidadosamente el caballero, se deslizó a lo largo de la calleja sin reparar en Salomé y en Juan, que estaban embebidos, por decirlo así, en el dintel de la puerta, y siguió adelante murmurando entre otras cosas:

—¡Vive Dios!, que ya sé a qué postigo viene esta llave, y por lo demás, una sucesión afortunada de casualidades me permite conocer de una manera recatada y misteriosa a esa ponderada doña María; vive Dios que el buen Juan Fernández de Hinestrosa no había contado con el acaso para exponer la virtud de su hermana, trayéndola a la corte.

### CAPITULO III

Poco antes de los acontecimientos que acabamos de relatar, en un pequeño gabinete redondo, en que había una chimenea encendida, casi tan grande como él, sentada entre la chimenea y una mesa en que había un velón de plata estaba una mujer severamente vestida con un ancho traje negro, sin joyas ni adornos pero hermosa lo bastante para no necesitar de ellos.

Esta mujer estaba profundamente pensativa y al parecer disgustada; sus ojos negros y hermosísimos, de una gran fuerza de expresión, representaban un pensamiento recóndito con el que parecía luchar, y una impaciencia que por momentos crecía.

A pesar de estar sentada, se comprendía perfectamente que era alta y esbelta, y en cuanto a su hermosura, era uno de esos espléndidos conjuntos que seducen, que enamoran a primera vista y, sin embargo, inspiran respeto; su edad parecía, más por su gravedad que por el estado de su físico, llegada a los treinta años; y decimos que más por el estado de su físico porque no podía ser más fresco, más inmaculado, más resplandeciente; brotaba de su semblante una tal fuerza de salud y de vida; era tan incitante su diáfano y purísimo color sonrosado y blanco hasta el último límite posible del blanco en los seres humanos; tan tersa su frente, tan abundantes y tan negros sus cabellos, tan virginal, tan poderosa, tan pura, tan intensa la expresión de

sus bellísimos y grandes ojos negros, a los que daban una fuerza increíble sus largas y espesas pestañas, proyectando sobre ellos una oscura sombra; tan deliciosamente perfilada su nariz; tan encendidos y húmedos sus labios y tan incitantemente mórbido su cuello, que hubiera sido pedir demasiada frialdad de corazón al hombre que al verla no se hubiera enamorado de ella.

Brillaba además en aquel semblante una expresión tal de inteligencia, de severidad de pensamiento y de pureza de costumbres, que, como hemos dicho, imponía respeto.

A medida que el tiempo avanzaba, la impaciencia y la vacilación de la dama crecía; al fin no pudo contenerse y exclamó:

—He hecho mal, indudablemente mal; es cierto que era necesario castigar la insolencia de ese hombre; pero he avanzado demasiado... ¡Enviarle una llave de mi casa! Es cierto que de este modo García de Coca, con sus gentes, puede darle una furiosa paliza en el patinillo...; pero si le ven entrar... ¡Oh! He hecho mal, muy mal, y es necesario evitarlo.

Y decidiéndose al fin, dijo:

—¡Hola! ¡Doña Juana!

Presentóse una doncella.

—Tengo una aprensión, un temor vago—le dijo.

—¡Aprensión, señora! ¡Temor! ¿Y de qué?

—Páreceme que el postigo que está bajo mi cámara, y que se comunica con ella por una escalera, está mal seguro.

—Sin embargo, nada ha sucedido.

—No importa; id, doña Juana, id y corred sus cerrojos si no lo están.

La doncella salió, y doña María quedó más tranquila; pero de repente su rostro se nubló de nuevo, y una expresión de mayor inquietud se pintó en él.

—¡Oh! ¡Me había olvidado!—exclamó—. He sido dos veces imprudente contra la audacia, contra la tenacidad de ese hombre. ¡La carta que he dejado esta tarde en el cepillo! ¡Oh!, la cólera es muy mala consejera; le hablaba de amor, le entregaba mi honor... para engañarle..., y no he debido obrar así, y Dios me castiga indudablemente; yo he debido callar para él y entregar a mi hermano los tres diamantes que ese miserable se ha atrevido a arrojar a mis miradores con sus tres miserables cartas. Sí, mi hermano hubiera sabido castigarle...; pero esto, ¡oh Dios mío!, no tiene remedio ya; si entra..., la audacia de ese hombre..., si se encuentra burlado..., esa carta..., esa carta...

Doña María hubiera dado más de lo que nunca había pensado

dar en amor al hombre que le hubiera presentado aquellas prendas tan imprudentemente aventuradas en un momento de cólera, y que podían deshonrarla como una prueba ante el mundo que sólo juzga por las apariencias.

No tardó en presentársele la dama, que venía pálida y sobrecogida.

—¡Ah, señora!—exclamó, entrando violentamente en el gabinete.

—¿Qué os sucede?—exclamó doña María—. ¡Venís pálida, sobrecogida.

—Es que al bajar por la escalerilla me pareció sentir pisadas de hombre.

—¡Pisadas de hombre!—exclamó doña María, disimulando, aunque el encendido color de sus mejillas desapareció. ¡Bah! ¡Imposible! Por esa parte no anda la servidumbre..., y el postigo estaría cerrado...; esto es, si os habéis atrevido a llegar hasta el postigo.

—Sí, sí, señora; aunque muerta de miedo, he bajado y he corrido los cerrojos.

—¿Y qué tenéis entonces?—exclamó doña María, conservando a duras penas una serenidad aparente.

—Yo, señora, me atrevo a aconsejaros...

—¿Y qué, qué queréis aconsejarme?—contestó con altivez doña María.

—Perdonad, señora; pero sería prudente que vuestros escuderos registrasen vuestras habitaciones, las escaleras, el patinillo y las habitaciones bajas.

—No, no; eso sería dár un escándalo sin motivo; el miedo debe de haberos engañado...; en todo caso, con cerrar las puertas de nuestra cámara que comunican con las escaleras, hemos concluido. Id y ved si está en casa el señor García de Coca.

La dama salió murmurando:

—Me llama medrosa; pero ella también ha palidecido, y ahora llama al señor Coca... Bien, mejor..., a solas, sin que nadie se entere, el señor García de Coca dará una buena lección al miserable. Vaya, si eran pisadas..., y unas pisadas extrañas..., como que parecía que al tal hombre le crujían al andar los huesos.

—La doncella se perdió con todo su miedo por una lóbrega galería, y poco después el señor García de Coca estaba delante de su señora.

—Cierra la puerta de la antecámara—le dijo doña María—; es necesario evitar que nadie nos escuche.

El escudero salió, y estuvo fuera un momento, durante el cual se oyeron cerrar dos puertas.

Cuando volvió, continuó doña María con la mayor naturalidad:

—¿Has introducido ya esos hombres en el patinillo?

—Perdonadme, señora—dijo el escudero—; pero no he podido dar con ellos.

—De modo que nadie ha entrado por el postigo...

—Nadie.

—Pues bien: renuncio al medio de escarmentar a ese importuno; mejor es despreciarle; mi desprecio le cansará...; esto es mejor...; lo otro podría producir un escándalo...

—Sí, sí, en verdad, señora—dijo, respirando el escudero como aquel a quien alivian de un peso—; si yo me hubiera atrevido, os hubiera aconsejado lo mismo.

—Sí, sí; es lo más prudente; vete.

García de Coca salió murmurando:

—Nunca lo hubiera creído...; vamos, al fin mujer...; el otro... el de la paliza, debía ser un intermediario...; sin duda ha tenido sus razones doña María para variar de propósito...; qué felices son algunos hombres, Dios mío...; y no será porque no se lo dije al señor Juan Fernández de Hínestrosa: la hermosura de vuestra señora hermana es tal, que no debíais llevarla a la corte, donde sabéis que nada hay seguro...; la vais a meter en la boca del lobo...; pero, ¡bah!, allá se entenderá el señor Juan Fernández... Sin duda quiere comer a dos carrillos...; no le basta la sobrina..., sino que también quiere aprovecharse de la hermana...; y luego esta reclusión de doña María..., ese postigo, esa escalera que va a dar a su dormitorio...; sí, sin duda... doña María debe de haber tenido grandes motivos para variar de opinión.

Mientras el escudero murmuraba estas razones, que él entendía muy bien, y que más adelante entenderán nuestros lectores, doña María cerró todas las puertas que comunicaban con el interior de la casa; luego abrió un armario que había en su gabinete, tomó de él un puñal, le ocultó entre sus ropas, y luego, alumbrándose con una bujía, salió del gabinete, atravesó una cámara, abrió una puertecilla, pasó un estrecho corredor, bajó unas escaleras de caracol, y se encontró en un lóbrego patinillo, que atravesó con paso firme, y llegando a un postigo descorrió sin vacilar sus triples cerrojos, y permaneció inmóvil en silencio, decidida, resuelta detrás del postigo, esperando a que sonase una llave en la cerradura.

Pero pasó algún tiempo y nada sonó; doña María esperó aún.

y oyó tocar a ánimas en la inmediata iglesia del Salvador. Esperó aún más, y no sólo nadie llegó al postigo, sino que ni aún se escuchaba el paso de un solo transeúnte en la calle. La organización de la mujer es singular: doña María creyó que había algo de desprecio, de indiferencia en aquella tardanza, y se resentió. Casi impulsada por su amor propio, deseó que sonase la llave en aquel postigo..., y, sin embargo, la llave no sonaba; ni un paso en la calle. Entonces le pareció menos odioso Alvaro Gómez; porque está visto que como mejor se conquista a cierta clase de mujeres es tratándolas con indiferencia. Al fin, una lluvia menuda y fría que empezó a caer la obligó a retirarse, y subió las escaleras más despacio que las había bajado. Entró en su cámara y, al poner la luz sobre la mesa, lanzó un grito ahogado de sorpresa: la llave del postigo y un paquete de cartas ensangrentadas estaban sobre la mesa, junto a un papel que había sido tomado de entre los que sobre aquella mesa había; fuera del tintero y abandonada, una pluma, en que se veía aún la tinta fresca.

Doña María recogió con ansia el papel, y lo leyó, anhelante.

*El insensato—decía—que se ha atrevido a insultaros, señora, no existe ya; su sangre mancha las divinas cartas (divinas por haberlas escrito vuestra mano), en que con tanta discreción, virtud y firmeza habéis rechazado los amores de ese importuno, y en que, irritada al cabo, le habéis atraído para castigarle. Yo he comprendido perfectamente la noble y generosa intención de vuestra última carta: habéis sido, en verdad algo imprudente; pero Dios ha querido que yo sea el primero con quien Alvaro Gómez se ha jactado de lo que él no comprendería; vuestra intención llamaba su buena suerte; yo, que os amo, como se ama a los ángeles; yo, que he callado respetuosamente mi amor, he sellado con la muerte la boca de ese miserable, y he venido a traeros yo mismo esas cartas y esa llave que debían teneros inquieta. El temor de que esas prendas, en que está vuestro honor, se extraviasen, me ha obligado a traéros las yo mismo, sin reparar en el peligro que tal vez esperaba dentro de vuestra casa a Alvaro Gómez en castigo de su audacia. Por lo mismo, para que no os inquiete la pérdida de esa llave, para que la tengáis al momento en vuestro poder, me ha sido preciso quedarme oculto en vuestra casa. Perdonad si no ha estado en mi mano el evitarlo. Aunque me haya atrevido a deciros que os amo, tenedlo por no dicho si os ofende; si, por ventura mía, no os ofendiese, si sois tan compasiva que me permitis gozar un momento de la*

*vista de vuestra hermosura, decid: «Os espero», y me tendréis ante vos; pero si no quisieréis concederme esta felicidad, salid de vuestra cámara, señora; permitidme que, sin ser visto de vos, y sin que yo os vea, tome la llave, salga y cierre. En ese caso, dejaré la llave debajo del postigo, y ni sabréis quién soy, ni jamás os recordaré este yerro, ni os veré, ni os hablaré.—Vuestro, enteramente vuestro, PEDRO DE...*

El firmante había suprimido prudentemente su apellido.

Difícilmente quisiéramos describir la emoción que se apoderó de doña María; en realidad, tenía que agradecer a aquel desconocido el importante servicio que la había hecho, y, aunque en aquella ocasión no fuera muy generoso hablarla de amor, sin embargo, aquel amor estaba expresado de una manera tan respetuosa, tan humilde, tan resignada a la voluntad de doña María, que ésta no podía buenamente ofenderse; sin embargo, lo rígido de sus costumbres la tenía violenta, confusa, avergonzada al saber que dentro de su misma cámara, en su dormitorio, porque no había otro lugar en donde pudiera estar, había un hombre oculto que acaso la miraba, que acaso espiaba un movimiento; doña María, pues, se dominó, tomó las cartas, vió que no faltaba ninguna, estremeciéndose al ver la sangre fresca aún que las manchaba, y, acercándose a la bujía, las quemó una a una.

Luego tomó la luz, y, con paso firme, se dirigió a la alcoba y abrió los tapices; nadie había tras ellos; adelantó, y de repente se detuvo fascinada en medio del dormitorio: un hombre hermosísimo, extremadamente joven y hermoso, estaba echado sobre su blanco lecho, con el semblante vuelto hacia ella, durmiendo, o fingiendo que dormía, iluminada, por decirlo así, su boca con una sonrisa de felicidad como emanada de un delicioso sueño.

Aquel hombre era Perucho, que el tranquilo aspecto que había sabido dar a su semblante, su sonrisa voluptuosa, su energía, su elegantísimo traje estaba tan poderosamente bello e incitador que doña María, que aunque como hemos dicho nunca había amado, ni aun pensado en el amor, pero en cuya alma dormían pasiones profundas, palideció, tembló, lanzó un grito y se le cayó el candelero de las manos.

Al grito de doña María, Perucho fingió que despertaba, y se incorporó en el lecho; en aquel momento doña María, dominada por lo fuerte de la conmoción, vaciló sobre sí misma y cayó desmayada.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó Perucho con una serenidad de acento que demostraba que, a pesar de su juventud, no era novicio en

amor—. ¡Se ha desmayado! Y no ha sido de terror, no; no, vive Dios. A través de los párpados entreabiertos la he visto palidecer, temblar, arder en sus ojos un relámpago salvaje de amor. ¡Oh!; esta mujer no ha amado nunca. ¡Y qué hermosa es! ¡Ira de Dios!; buena perla nos recataba el señor Juan Fernández... ¡Oh! Cuando sepa que su hermana es mí..., vaya, si no hay que dudar en decirlo, es mi amante, se dará a los diablos y bien es necesario conformarse con la voluntad de Dios, señor Hinestrosa; me dísteis deliberadamente a vuestra sobrina, haciéndome primeramente y por vía de seguridad casar con ella, y ahora, sin saberlo, me dais a vuestra hermana, con quien no puedo casar del mismo modo. ¡Oh! ¡Oh! Serían demasiados casamientos..., pero no importa; vuestra hermana y yo nos entenderemos sin necesidad de vuestra licencia.

Mientras decía esto, Perucho, con una fuerza prodigiosa, levantó del suelo a doña María como si se tratase de una pluma, vaciló un momento entre si la pondría en el lecho o en el estrado de la cámara, y se decidió por esto último, teniendo en cuenta la posible susceptibilidad de doña María; la sacó del dormitorio, la puso en el estrado, tomó la bujía, la encendió en una lámpara que ardía delante de una virgen, en un reclinatorio, y la puso sobre la mesa.

Luego se acercó al estrado y contempló con delicia a doña María.

—¡Oh! ¡Qué hermosa, qué hermosa es!—exclamó con un acento profundamente apasionado Perucho—. No diré que es más hermosa que Salomé, ni más que mi esposa..., no, no; las dos son hermosísimas, tan hermosas como ésta...; cada cual en su género es un prodigio...; pues bien: no echemos a perder el buen camino en que estamos por una loca impaciencia; de seguro perderemos por esperar...; me conocerá esta mujer..., no, no; imposible; Juan Fernández la recató demasiado...; si me conociera..., si supiera que su sobrina doña María es mi esposa...; me parece que vuelve en sí...; preparémonos, veamos si ser respetuoso con una mujer que me enamora.

Doña María empezaba, en efecto, a volver en sí; primero abrió lánguidamente los ojos; luego, se incorporó; después, se apartó con sus magníficas manos de alabastro las bandas de sus cabellos que se habían desordenado sobre su semblante, y luego, aunque había visto a Perucho, apoyó uno de sus brazos en un almohadón del estrado, y guardó silencio como avergonzada, y en la lánguida actitud de quien descansa, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Perucho, en pie delante de ella a una respetuosa distancia, estaba inmóvil, cubiertos los hombros con su manto rojo que había dejado sobre un sillón de la alcoba, y con la gorra en la mano.

El silencio duró algún tiempo; pero al fin doña María comprendió que era inconveniente, teniendo en cuenta aquello de que *quien calla otorga*.

—En verdad, caballero—dijo con voz trémula, a pesar de sus esfuerzos—, que la situación en que nos encontramos...

—Es extraña, lo conozco, lo confieso; pero sin embargo, señora, he obrado según he debido obrar...; ese insolente...

—¡Y qué habréis creído de mí!—exclamó con angustia doña María.

—He comprendido vuestra indignación por la torpe insistencia de ese hombre, y vuestra intención al citarle.

—¡Oh! Sin duda que estaba abandonada de Dios cuando tuve tan mal pensamiento..., pensamiento que puesto en ejecución...

—Ha hecho sin duda, por la voluntad de Dios, que nos conociéramos..., porque de otro modo...

—¡Cómo! ¿No me conocíais, caballero?

—Sí, sí; yo os conocía, pero vos no me conocíais a mí.

—Y... ¿dónde me habéis conocido? Yo no salgo nunca sino para ir a la iglesia y aun recatada.

—Pues bien: yo frecuento la iglesia de San Juan de la Palma, donde hay santos de mi particular devoción; os he visto en ella cinco veces, y, por última vez, esta tarde.

Doña María se sonrojó y repuso:

—Sin embargo, yo no os he visto nunca.

—Vuestro recato, señora...; y, sobre todo, nada tiene de extraño que yo haya reparado en vos, y vos no hayáis reparado en mí. vos sois un sol que brilla con una luz deslumbrante, la influencia de vuestra hermosura se haría sentir de un ciego..., mientras que yo...

—¡Ah, caballero!—exclamó turbada y con acento de reconversión, aunque tímido, doña María.

—No os ofendáis aunque os llame hermosa, señora: no debe ofenderos la verdad; y luego, ¿no os he dado más de una prueba de respeto?

—¡Pruebas de respeto! ¿Y cuándo habéis tenido ocasión de dármelas, caballero?—contestó con dignidad doña María.

—¡Es verdad! Vos no sabéis cuánto os amo, y por lo mismo no podéis apreciar bien cuánto me ha sido penoso el sacrificio de no decíroslo, como os lo ha dicho Alvaro Gómez. Yo sabía que érais honrada, porque vuestra pureza está en vuestro semblan-

te; que érais noble, porque respirais grandeza; que érais digna y severa, porque en vos todo inspira respeto. Yo ignoraba si érais casada..., y en esta duda temí ofenderos con una demanda; no quise preguntar vuestro nombre ni vuestro estado, porque vos sois para mí un depósito sagrado. Por fortuna, apenas había salido de la iglesia de San Juan de la Palma Alvaro Gómez de Santaella, con quien me había encontrado en el templo, donde permanecí, después de haberos visto, pidiendo a Dios la gloria de poder llamaros legitimamente mía; apenas salimos del templo, cuando el miserable me reveló... ¡Ah! ¡Mi sangre hirvió como un volcán! ¡Acababa de cerrar la noche oscura; la calle era solitaria; puse mano a mi espada y embestí a Alvaro Gómez, que sólo tuvo tiempo para ponerse en defensa y caer con el corazón partido de una estocada!

—¡Ah!—exclamó con un acento indefinible de horror y de contento doña María.

—Entonces—continuó Perucho—le arranqué vuestras cartas, la llave..., vine..., entré..., encontré esta cámara desierta, os escribí...; vos, señora...

—¡Yo..., yo no sé lo que ha pasado por mí...!—respondió con precipitación doña María—. Pero... Pueden haber visto esa muerte, haberos conocido...

—¿Y qué os importa mi peligro?

—¡Ah! ¡Dios mío! ¿No ha sido por mí?

—¡Y creéis que no merezca una recompensa!...

—¿Y qué recompensa queréis de mí?

—Vuestro amor.

—¡Mi amor!... ¡Mi amor! Yo, afortunadamente, caballero, no conozco el amor.

—¿Y me sentenciareis a una desesperación eterna?

—Debéis comprender que yo no puedo ni debo amar sino al que sea mi esposo.

—¡Oh, sí!

—Pues bien; yo no me pertenezco..., tengo un hermano.

—¿Y quién es vuestro hermano?

—Juan Fernández de Hinestrosa, camarero mayor del rey.

—Pero ¿vuestro hermano...?

—Si mi hermano dice sí...

—¿Vos no diréis no?

—Una doncella honrada no tiene más voluntad que la de sus padres o la de los parientes que Dios ha puesto en su lugar.

—¡No, no!... ¡Yo no os pediré a vuestro hermano hasta que sepa que me amáis!

—Una dama noble y honrada ama siempre a su marido.

—¡El sacrificio no es el amor!... Dejádme, dejádme que yo os trate algún tiempo.

—¡Tratarme! ¿Y cómo? Estoy rodeada de una numerosa servidumbre, y mi hermano...

—Vuestro hermano no sabe ni sabrá que en este momento estamos solos, rodeados del silencio y de la noche.

Doña María arrojó en torno suyo una vaga mirada de inquietud.

—Y, sin embargo, señora—repuso Perucho—, ¿no os he tratado y os trato con el mismo respeto que si estuviérais rodeada de vuestras dueñas?

—Pero...

—Dadme una prueba, si no de vuestro amor, al menos de amistad, de confianza.

—¿Y qué prueba queréis? ¿Es posible?

—Dejad en mi poder la llave de ese postigo.

—¡Oh! ¡No, no! ¡Jamás... eso no!...

—Sin embargo, señora, esa llave ha estado en mi poder... y tened presente que con esa negativa os injuriáis y me injuriáis...

—Pero concederos eso, es ya un principio de liviandad... ¡No, jamás, no!

—¿Esto es decir que me rechazáis... que desconfiáis de mí?

—¿Pero no comprendéis que si os ven entrar?... ¡Oh! ¡Yo estoy muy segura de mí misma!... ¡Pero la murmuración, la vecindad!...

—Os prometo que seré tan prudente, que esperaré de tal modo las tinieblas de las noches oscuras, que nadie... permitidme que pueda hacerme amar de vos, confiando en mi fe de caballero.

—¿Sois noble?—exclamó profundamente doña María.

—Mi casa es la primera casa de Castilla.

—¿Cómo os llamáis?

—Pedro de Espinosa.

—¿Qué sois?

—Paje de su señoría el rey de Castilla.

—¿Conocéis, pues, a mi hermano?

—¡Mucho!

—¿A mi sobrina?

—¡Oh! ¡Mucho, mucho! Algunas veces, con gran frecuencia soy de su cámara.

—¿Sabréis que los Hinestrasas?...

—Son poderosos... lo sé... son hidalgos, sin tacha y sin man-

cha. aunque algunos envidiosos de su privanza digan que abusan mucho del favor del rey..., sé cuanto valéis, señora, por vuestra alcurnia..., sé cuanto valéis por vos misma.

—Pues si queréis que deje en vuestro poder esa llave, que de tiempo en tiempo os permita que me veáis, siempre con la condición de que no veréis en mí más que una noble amiga, venid.

Doña María se levantó, y llevando a Perucho junto al reclinatorio, le dijo:

—Juradme, no sólo que respetaréis en mí lo que se debe a una dama cuando vengáis a verme, sino que a nadie contaréis ni ahora, ni luego, ni nunca, lo que ha sucedido entre nosotros.

—¡Os lo juro, señora!

—Pues bien, en ese caso quedaos con la llave.

—¡Ah, doña María..., es eso decirme!...

—Que consiento en que vengáis a verme como un amigo.

—¿Y no como un amante?

—Mereced que os ame.

—Os juro, señora, que lo mereceré o moriré.

—Pues bien, empezad a hacer merecimientos dejándome sola; es ya tarde y si alguien os viese...

—¡Ah, señora, pues lo queréis, adiós!; pero prometedme que no os asustaréis si me veis aparecer de repente delante de vos!

—¡Ah!, os lo prometo; pero evitad imprudencias, porque no os perdonaría nunca el que por ellas se pensase mal de mi honor.

—¡Adiós, pues, doña María, y no me olvidéis!—dijo Perucho, encaminándose a la puertecilla que conducía a la escalera.

—¿Cómo—le dijo doña María—tan bien conocéis el camino que ni aun necesitáis luz?

—¡Ah, señora!—dijo Perucho con un acento particular, nunca he entrado en parte alguna sin haber conocido de antemano cómo he de salir.

Y desapareció. Doña María fué a las vidrieras de su mirador, las abrió y salió fuera; le importaba saber si el señor Pedro de Espinosa salía también. En efecto, poco después se oyó el ruido de la llave en el postigo que se abrió, salió una sombra, cerró de nuevo y luego una voz en la que la dama reconoció la del paje, la dijo:

—¡Adiós, hermosa mía, adiós!—luego se alejó hacia el Mercado.

Doña María permaneció en los miradores, y parecióle que

dos sombras seguían apresuradamente al paje y que una voz de mujer irritada decía:

—¡Oh! ¡Me engaña! Pues bien: ¡yo me vengaré!

—Pero ¿eso no puede tener relación con el señor Pedro de Espinosa?—dijo doña María, entrando y cerrando las vidrieras—. No ¿Qué tiene que ver una mujer que pasa por la calle?... No..., no... ¿Pero serán éstos celos? ¡Celos! ¿Y de qué? ¿Acaso amo yo?

Doña María calló sobrecogida al ver la respuesta que había dado su corazón a aquella pregunta, agitándose de una manera enérgica y violenta al recuerdo de Perucho. Doña María, en verdad, no podía comprender, clasificar, definir el sentimiento que le inspiraba el hermosísimo paje; pero poneos en su lugar, hermosas lectoras, era preciso que doña María que nunca había amado, porque no había podido amar a los hombres de armas del castillo solar de Hínestrosa, ni había salido jamás de bajo la regidísima férula de doña Luz de Hínestrosa, una su tía, doncella quintañona, que había hablado del amor como de un demonio, tentador, horrible, al cual no podían deberse más que desventuras, perdiciones y deshonoras; acostumbrada, decimos, a estas cosas resonando aún en su oído la áspera voz de doña Luz, por cuya muerte, su hermano Juan Fernández de Hínestrosa, camarero mayor del rey, como si dijéramos su favorito y señor absoluto, desde la muerte del poderoso valido don Juan Alfonso de Alburquerque, se concibe, pues, perfectamente, que la palabra amor la horrorizase; pero lo que ella no podía comprender era que aquella terrible palabra la sonase como una armonía dulcísima en los labios del joven paje y que al ver el amor al mismo tiempo en su mirada, se estremeciese, se alterase, se pusiera tal y tan dulcemente mala como le había acontecido; doña María, pues, se escandalizó de sí misma y luchó con la impresión que le había causado Perucho, para sacar el resultado que generalmente sacan las mujeres de estas luchas; esto es, enamorarse, hacerse una necesidad del hombre que la enamora, y en vez de vencer, ser vencida. Doña María, a los pocos momentos de lucha, se alarmó, comprendió que a poco trabajo se haría amar de ella el joven paje, y resolvió recogerle, en la primera ocasión en que le viese; la llave del postigo y no volverse a ver. Tomada esta resolución, doña María se creyó salvada; salió de la cámara, atravesó la inmediata sala, entró en otra habitación; y rodeada de sus dueñas y seguida de la servidumbre, fué al oratorio y rezó con sus gentes las oraciones cotidianas; no faltó, sin embargo, quien advirtiese entre los criados que el rezo ha-

bía empezado una hora más tarde que de costumbre, y que doña María estaba notablemente distraída.

Cuando doña María se retiró a su dormitorio, despidió a sus doncellas antes de que éstas la desnudasen, lo que fué un nuevo motivo de admiración y extrañeza.

Luego doña María levantó con mano trémula los tapices de su alcoba y lanzó una mirada recelosa al lecho; estaba solo, pero aun quedaba en él la huella del cuerpo del paje.

Doña María se desnudó y se acostó suspirando.

¿Durmíó o no? Esto lo veremos más adelante.

#### CAPITULO IV

Poco después de la queda entraron en Sevilla por la puerta de Adohar, y a punto que los guardas iban a cerrarla, dos hombres de extraño aspecto, montados cada cual de ellos, en un asno. Al pasar por delante de la hoguera que los soldados de la guarda tenían encendida junto a la puerta, pudo notarse que uno de estos hombres era joven y el otro viejo. Entrambos llevaban largas hopalandas de bayeta negra y gorros amarillos: eran judíos.

—Que me condenen—dijo un soldado, poniendo su partesana contra el muro interior para cerrar la puerta—, que me condenen a un trato de azotes si desde que estoy de atalaya, que bien habrá ya dos horas, no han entrado cincuenta de esos perros judíos a quienes Dios confunda.

—Ya se ve—dijo otro soldado—, el tesorero del rey es judío, el médico del rey es judío, los receptores de los tributos son judíos, ¿cómo han de andar los judíos sino con la barba levantada y atreviéndose a los castellanos?

—Y luego—añadió otro—no falta quien diga que como son tan hermosas esas judías y el rey tan enamorado...

—¡Eh! ¿Quién habla del rey?—dijo el cabo de la guardia, saliendo del estrecho aposento abovedado que había en el grueso del muro—; ¡silencio, hijos, silencio!, que no sabemos quién nos escucha, y puesto que ya está cerrada la puerta y ha sonado la queda, entrémonos y durmamos, y dejémonos de nombrar a su señoría, si no es ya que quien le nombre quiera que yo le haga probar el buen temple de mi toledana.

Calláronse los soldados, como acontece siempre a estas gentes cuando les habla un jefe; entráronse en la guarda, y entre tanto, los judíos que se habían aventurado por una estrecha calleja, entraron en el recinto cerrado de la Judería, que ocupaba entonces el espacio contenido hoy entre las calles de Santa María la Blanca, la de los Encisos y la de Lope de Rueda.

Este recinto cerrado, en el que se abrían cinco puertas a otras tantas calles, no era otra cosa que una población judía, enclavada, por decirlo así, dentro de una población cristiana; recinto en cuyo reducido espacio vivían dos mil familias hebreas, regidas por sus leyes especiales, con una sinagoga para el culto, con sacerdotes, jueces y cuanto correspondía a su administración particular; recinto donde sólo vivían judíos, sin que por esto dejasen de encontrarse riquísimos judíos en Sevilla, fuera de aquella demarcación, cuyos habitantes podían llamarse independientes, puesto que su vasallaje a la Corona de Castilla sólo se conocía en el distintivo que se les hacía llevar para diferenciarse de los cristianos, y en el fuerte tributo que se les cobraba y que podía considerarse como el alquiler del terreno que se les concedía en cada población, villa o ciudad. Es cierto que en estos recintos, bajo el manto de la abyección más servil, se ocultaba bajo todas las fases posibles el monopolio; que a la Judería iban a buscar dinero los ricos hombres arruinados por sus dispendiosos gastos; que en la Judería se encontraban las telas y las alhajas más ricas; que sus graneros estaban atestados de trigo, cuando no había un solo grano en Sevilla; esto no impedía el que los judíos fuesen despreciados y maltratados hasta por los habitantes más miserables de la ciudad; desprecio y malos tratamientos que ellos sufrían de muy buena gana, con tal de hacer pagar crecidas sumas a los ricos y algunos sueldos más caro el pan a los pobres, cuando tenían ocasión de hacerlo.

La Judería era un enmarañamiento de callejas oscuras, sucias, en cada una de las cuales había estrechas puertas siempre cerradas, y que jamás se abrían del todo, al salir o entrar los habitantes; pero dentro de aquellas casas tan apiñadas, de exterior tan tético, generalmente tan silenciosas, había encerrado tesoros inmensos, mujeres de una hermosura maravillosa, de las que era una muestra Salomé, la celosa y enérgica querida de Perucho, cámaras dignas por su magnificencia y su riqueza de un rey moro; el lujo en las habitaciones de las mujeres; en ellas los perfumes, los tapices de brocado, las alfombras de Persia; en las habitaciones de los hombres, el desaseo, la desnudez, la miseria; es verdad que el lujo de algunas de las habi-

taciones de aquellas casas sólo era, por decirlo así, el alivio de los almacenes donde se guardaban aquellas preciosidades, sucediendo que muchas veces se descolgaba de una de aquellas hermosas cúpulas una lámpara, o se levantaba una alfombra, o se sacaba un mueble para ser vendidos, siendo inmediatamente sustituidos con otros objetos semejantes o más ricos.

Los dos judíos que hemos citado se metieron en la Judería por la puerta más próxima a la de la Carne y se perdieron en aquel intrincable laberinto de callejas torcidas y tan estrechas, que sólo podía marchar un asno de frente, y aun así sin jinete, y no pararon hasta llegar al centro y a una casa de cuya apariencia no podía juzgarse, puesto que era tal la oscuridad de la noche, que los judíos habían llegado a ella por tacto más que por vista.

Uno de ellos llamó de una manera particular. Poco después se abrió una rejilla, asomó tras ella una lámpara y tras la lámpara un rostro pálido, macilento y receloso, y se oyó una voz desapaçible que dijo:

—¿Eres tú, Saul?

—Yo soy—contestó el de afuera.

—¿Vienes solo?

—No; viene conmigo Adonias.

—Que el Señor le bendiga—dijo dulcificando la voz.

Inmediatamente se abrió la puerta y Saul y Adonias entraron conduciendo los asnos del ronzal.

—Llévate esos animales a la cuadra, Ezequiel, y avisa a Thamar que aquí está Adonias.

Y dicho esto, Ezequiel asió a los asnos, y Saul y su compañero subieron a oscuras unas estrechas escaleras, atravesaron un corredor del mismo modo lóbrego, al fin del cual se oyó como crujir un resorte, rechinaron unos goznes y una lánguida luz, proveniente de un lindísimo salón, iluminó el semblante del viejo Saul.

—Entra y espérala, hijo mío—dijo a Adonias—; estará irritada, y es necesario que la hagas entrar en razón; acaso tú consigas lo que yo no he podido conseguir.

Y sin decir más, empujó al joven y la puerta volvió a cerrarse.

Cuando Adonias se volvió, nada, ni el más ligero vestigio de puerta, encontró tras sí.

—Este viejo zorro—exclamó Adonias—piensa demasiado en su provecho para que yo pueda fiarme de él; es cierto que soy judío; pero hace tanto tiempo que ando entre cristianos, que he perdido las costumbres de mi raza; soy un aventurero, ni más

ni menos, y entiendo más de dar cuchilladas y reveses que de mercaderías y créditos... El empeño de ese Saul... en que yo me case con una de sus hijas... A Salomé la amaba, la adoraba, la adoraría aun si no fuese porque...; pero Thamar... Thamar es demasiado altiva, demasiado envanecida con su hermosura... me parece que se acerca..., sí, sí, ése es su andar grave, fuerte, majestuoso...; pues bien..., procuremos parecerla lo mejor posible.

Y el joven arrojó a un rincón el manto y el gorro y quedó en el pintoresco traje de los aventureros de la época; sobre un camisote de mallas cuya capellina se plegaba sobre sus hombros y su espalda, llevaba una sobrevesta de ante forrada de grana pespuñtada y bordada de seda negra con arabescos; un ancho cinturón o talabarte de cuero de Córdoba con lucientes hebillas de acero, sostenía en sus triples tiros una pesada espada de Toledo y una agudísima daga de Milán; unas calzas de grana vestían sus robustas y bien formadas piernas, y calzaba unos borceguíes de ante bordados como el colete.

Además, Adonias era un joven como de veinticuatro años, de buena estatura, miembros fuertes y proporcionados, hermosura enérgica; cabellos largos, negros, brillantes y ondulados; semblante moreno; ojos negros, enormes, con esa fijeza y esa fuerza de expresión de los ojos de las razas orientales, pero con un oscuro fondo de doblez, de mala intención, por decirlo así, de recelo; expresión traidora que sólo aparecía un momento cuando su alma estaba excitada y desaparecía con la rapidez del relámpago.

Poco después de haber arrojado su ropón y su gorro, se levantó un tapiz y entró una mujer, tal como nos representaríamos a Judit, Ester o Jezabel: hermosa, con una hermosura épica, terrible, si se nos permite esta frase; mujer llena de todos los incentivos de la beldad y de la grandeza, a la que no podía llamarse ángel porque había en ella demasiada fuerza de pasiones, demasiada energía, demasiada altivez para un ángel, a no ser que nos figuremos al ángel rebelde, a Luzbel, en todo el esplendor de su hermosura. Thamar, con su ancha túnica azul de brocado, larga hasta cubrir sus pies, en una ondulante plegadura, ceñida por un cíngulo de oro; el cuello, los hombros, la parte media del pecho, descubiertos y resplandecientes de blancura; con una ligera toca de seda sobre los larguísimos cabellos peinados en gruesas trenzas más negras que el azabache, con su estatura aventajada, sus formas robustas, su semblante noble, más que noble altivo,

con una altivez de reina, y de reina despótica; era una verdadera figura épica que nos vendría muy bien en nuestros días para representar la tragedia.

Y, sin embargo, se concebía que aquella mujer, a pesar de su hermosura extremada, estaba sentenciada a no ser amada; sólo podía inspirar deseos, deseos rabiosos; pero esa dulce y desinteresada pasión que se llama amor, nunca, a no contarse con una aberración del espíritu humano, porque jamás se ha amado lo terrible, lo dominador, lo altivo, lo inflexible, y Thamar, en cuerpo y en alma, era todo esto a la vez.

Sin embargo, al ver a Adonias, su semblante se dulcificó; anduvo lenta y majestuosamente hasta llegar a alguna distancia de él, y le miró con la mirada húmeda de emoción.

—¿Cómo es esto? ¿Mi valiente, mi hermoso, mi amado Adonias no abraza a su Thamar, cuando vuelve de una larga ausencia?

—Tu padre me ha dicho que estás irritada.

—¡Irritada, sí—exclamó Thamar, cuya expresión cambió enteramente de dulce y sentida en profundamente feroz—. ¡Irritada!... ¿Y sabes por qué?

—Lo ignoro, Thamar.

—Y nunca te lo diría yo aquí. Mi padre debe estarnos escuchando.

—Y aunque eso fuese, ¿un padre no puede escuchar a su hija? ¿No tiene obligación de hacerlo?

—No, no. Saul no debe escucharme y no me escuchará. Ven conmigo.

Adonias siguió a Thamar, que le asió por una mano y salió con él. Apenas hubieron salido de la habitación, Thamar cerró por fuera la puerta, y Adonias se encontró en una magnífica cámara. Cuando estuvieron en ella, Thamar tomó de sobre una mesa un puñal y un pomo.

—¿Para qué es eso, Thamar?—le dijo el joven.

—Sígueme; aún no es tiempo de hablar; aún podemos ser escuchados.

Y llegando a un ángulo de la cámara, oprimió un resorte tan disimulado entre el adorno, que hubiera sido imposible encontrarle, y se abrió una estrecha puerta tan disimulada como el resorte.

La puerta se cerró y la lámpara de plata que llevaba encendida en la mano Thamar reflejó en el oscuro y estrecho arco de una pendienteísima escalera.

—En verdad, en verdad—dijo Adonias—, que yo creía conocer esta casa, en la que he nacido; pero esta noche he visto dos cosas que no conocía en ella.

—¡Ah! ¡La puerta por donde se entra a mi habitación, y esta por donde hemos bajado a esta escalera! El viejo zorro Saul cree sin duda que yo, aunque conozco la una, ignoro la otra

—¡Ve que Saul es tu padre!

—¡Oh! ¡Mi padre él!—exclamó con acento terrible Thamar—. Aquí ya no puede escucharnos, y puedo decirlo: ni Saul es mi padre ni Salomé mi hermana.

—¿Y quién ha podido revelarte eso?

—Quien me ha revelado la existencia de esta escalera y su comunicación con la casa endemoniada que tan terrible fama ha tenido entre nosotros.

—¡Ah! ¿Conque la casa endemoniada?...

—No es otra que un antiguo edificio donde se reúnen nuestros sacerdotes, los judíos que sirven al rey de Castilla, donde se conspira con seguridad...

—¿Y quién ha podido decirte eso?

—Un levita.

—¡Un levita!

—Sí; un anciano levita, por vengarse de Saul.

—¿Pero las pruebas?...

—Ven conmigo y las tendrás.

Adonias siguió a Thamar, y ésta continuó bajando la escalera. Cuando llegó al pie, se detuvo junto a una puerta cerrada, sacó una llave y abrió.

Inmediatamente se encontraron en un espacio lóbrego cuya extensión, perdida en la sombra, no podía calcularse: anchos y fuertes pilares sostenían la bóveda y se perdían en la sombra.

—Sígueme; aquí no estamos bien; podría bajar Saul.

—¿Pero si Saul entra en tu cámara y no te encuentra...?

—Saul creará que estamos encerrados en la habitación en que tú no has entrado nunca, ni entrará quien no sea mi esposo. Sígueme.

Adonias siguió a Thamar, que atravesó un lado del subterráneo; llegó a otra puerta, y la abrió; entonces el aire de la noche azotó el semblante de Adonias.

—¿Dónde estamos?—preguntó.

—En la calle.

—¿Y adónde vamos?

—A la sinagoga.

Y dicho esto, Thamar, asiéndose del brazo de Adonias y alumbrándose con la lámpara, siguió adelante.

Si hubiese tenido que andar gran trecho, indudablemente la lámpara, que hasta entonces no había sido agitada por una ráfaga fuerte, se hubiera apagado; pero Thamar sólo atravesó la calle, siguió un poco delante, y llegando a otro pequeño postigo, lo abrió con otra lleve.

Entró, siguióla Adonias y Thamar cerró de nuevo. Bajaron otras escaleras y se hallaron en otro subterráneo más reducido y menos lóbrego.

—¿Dónde estamos?—le preguntó Adonias.

—En los subterráneos de la sinagoga—contestó la joven—; siéntate—añadió, señalando un poyo de piedra al joven.

Adonias se sentó. Thamar puso la lámpara en el suelo y se sentó junto a él.

—¿Dónde has estado durante seis meses mortales, Adonias?—le preguntó la joven.

—En Francia, sirviendo al rey Carlos V, o mejor dicho, al delfín regente, bajo las inmediatas órdenes del valiente Juan Chandos, y junto a la bandera de Beltrán Duguesclin.

—¿Y has preferido...?

—Yo debía preferir...

—¡Sí, sí, ciertamente! ¡Desde que aquel terrible castellano nos robó a Salomé!...

Adonias palideció.

—¡Sí, sí, a Salomé, a quien tú amabas!... ¡A quien tú amabas!—repitió con energía Thamar, contestando a un movimiento de Adonias—; después de haberla buscado inútilmente, desesperado, preferiste abandonarme a verte obligado a decir amores a una mujer a quien sólo veías porque viéndola a ella te era fácil ver a Salomé.

—Te engañas; el mismo interés tenía Saul en que fueses tú mi esposa que en que lo fuese Salomé.

—Mientes, mientes, Adonias; en otro tiempo hubiera podido creerte, pero ahora no. Mas continúa, continúa, dime cuál fué el motivo que te obligó a dejarme sin despedirte de mí..., sin alentarme siquiera con una promesa..., sin decirme, aunque no hubieras pensado en ello: volveré.

—Y sin habértelo dicho, he vuelto, Thamar.

—Dime, dime, los motivos de tu ausencia, que después yo te diré los de tu vuelta.

—Eres impaciente, colérica e injusta, Thamar—dijo el jo-

ven—; jamás estás dispuesta a creer lo que no quieres creer. Escúchame con calma: estás temblando de cólera.

En efecto, Thamar golpeaba con la punta de su precioso pie en una resquebrajadura del pavimento.

El joven continuó:

—Ya sabes lo que yo era en casa de tu padre—dijo—: un simple cincelador de oro.

—Es verdad: un cincelador cuyo trabajo era preferido al de todos, y con el que se contaba cuando el rey pedía una joya de precio; un hombre que podía haberse hecho rico con sus manos.

—Pero yo no había nacido para eso...; es verdad que sin padres, pobre, recogido por Saul, se lo debía todo; pero pasar los días enteros sentado con una pieza de oro en las manos, sujetarse a las pequeñeces de un cincel...; vamos, te lo repito, Thamar..., yo no he nacido para esclavo; prefiero a la torre-cilla donde me confiaba con mis alhajas y mis herramientas Saul, el aire libre, los campos que yo veía con envidia desde la ventana enverjada, como un pájaro enjaulado; vagar por aquellos campos, no como ese miserable campesino que riega el suelo con el sudor de su frente, sino atravesándolos sobre un bridón, con un yelmo de hierro en la cabeza y un arnés sobre los hombros; yo quería ser como los soldados del señor rey; éste era mi sueño hacía mucho tiempo. Cuando Saul me daba una joya, me dedicaba a ella con ardor; procuraba concluir temprano mi tarea, y apenas la concluía cuando iba a ver tirar la espada en el Humilladero. Yo también tiraba, gastaba mis ahorros en aprender; al fin llegó un día, en que supe cabalgar, justar, romper una lanza y manejar una espada y una hacha de armas; entonces con los ahorros que tenía compré un caballo, un arnés..., y un día..., ya hace seis meses..., partí...

—Sí; desesperado por la pérdida de Salomé.

—Te juro que si yo hubiera estado aquella noche en la Judería no nos la hubieran arrebatado.

—Sí, el amor te hubiera dado fuerzas.

—Yo no amo a nadie más que a ti, y sólo por ti he venido.

—¿Que sólo por mí has venido?...

—Ciertamente; si no, ¿quién me obligaba? Yo vivía alegremente en Francia bajo las órdenes del señor Juan Chandos, y como él me llamaba Juan, nadie sabía si yo era judío o cristiano. Y ¿qué les importaba? Yo era un buen camarada, una buena lanza, un buen hombre de armas; en los saqueos sabía

apreciar las alhajas que caían en nuestras manos y evitar el engaño de los capitanes; me amaban en fin todos. Yo había hecho algún dinero y le había enviado a Saul, librándole sobre genoveses en Sevilla. Sólo por esto supo Saul dónde yo paraba. Al fin, un día, y no hace mucho tiempo, recibí esta carta de Saul.

El joven sacó una carta de su escarcela, que leió con avidez Thamar.

Aquella carta estaba concebida de este modo:

*Hijo mío Adonias: Si quieres que mi hija Thamar viva, vuelve, porque tú eres su vida; vuelve, porque tú eres para ella el sol vivificador, la luz de su existencia...*

—Saul mentía sin duda—dijo con una astuta flexibilidad Adonias.

—¡Que mentía!... ¡Que mentía...! ¿Acaso no sabes cuánto te amo?...—contestó Thamar, devolviendo a Adonias la carta que nada tenía de interesante después de las frases que hemos escrito.

—Y bien...: yo por ti abandoné mi sueño, mi ambición, la guerra, los reales, con sus tiendas de colores en desorden..., y eso que en el poco tiempo que había seguido la vida de aventuras había hecho nobles amistades.

—¿Y qué amistades son ésas—exclamó la recelosa Thamar.

—He conocido personalmente al conde de Trastámara y me he dejado conocer de él...

—Y bien...

—Don Enrique, al saber que yo conocía de una manera tan allegada al riquísimo Saul...

—¿Pensó alcanzar por tu mano un préstamo para hacer la guerra al rey de Castilla?

—Don Pedro es un cruel tirano—dijo con energía el joven, que había bebido en los campamentos franceses el odio que en ellos se sentía por el rey don Pedro.

—Pero es un tirano fuerte y poderoso—exclamó, palideciendo, Thamar.

—Por lo mismo es necesario unir todos nuestros esfuerzos para derribarle.

—El rey don Pedro lo ve todo, lo sabe todo; entra en todas partes. ¿Quién puede asegurarte que aquí mismo no nos escucha?

—En efecto—dijo una voz lúgubre desde un ángulo del sub-

terráneo—; el rey don Pedro sabría lo que acabáis de decir si no fuerais vosotros los que lo habéis dicho.

Adonias se puso en pie y empuñó con fiera su espada; una sombra alta, envuelta en un ropón blanco, adelantaba hacia ellos. Al llegar a cierta distancia, se descubrió.

—¡Ah! ¿Eres tú, Daniel?—dijo Adonias, dejando el pomo de su espada.

—¡El anciano levita!—exclamó Thamar.

—Seguidme, hijos míos, seguidme—dijo el hebreo—; aquí estamos mal; es necesario que estéis en un lugar más seguro.

Y tomando la lámpara de Thamar, desapareció, seguido por los jóvenes, por una pequeña y tenebrosa puerta que se cerró tras ellos.

## CAPITULO V

Atfavesaron algunos espacios lóbregos, y al fin subieron unas estrechas escaleras abiertas, según las apariencias, en el grueso de un muro; una vez en lo alto de ellas, Daniel abrió una puerta pequeña, pero fuerte, y entró con los jóvenes en una habitación pequeña, donde se guardaban los vasos de oro del Sacrificio, que estaban encerrados en fuertes armarios de hierro.

Apenas había entrado Daniel, cuando de un rincón del aposento se levantó de un escabel, en donde estaba sentada, una mujer.

—¿Ha venido ya?—dijo con voz áspera.

—Sí, buena madre; acaba de elgar. Thamar le esperaba, y en el momento ha venido con él—dijo el levita.

La mujer adelantó; tomó la lámpara de manos de Daniel, y poniéndola delante del rostro de Adonias, le examinó profundamente; luego le miró la oreja derecha, apartando los pesados rizos de su cabellera negra, y al ver una cicatriz que había en la oreja, en la parte baja de su borde exterior, dijo profundamente:

—El es.

—¿Y quién soy yo?—dijo Adonias, mirando a su vez a la mujer que había entrado ya en la vejez.

—Tú eres un noble y poderoso señor.

—Pues mirad, buena madre: yo, hasta ahora, no sabía que

era más que un bizarro aventurero, porque eso me lo han dicho muchas veces, y yo mismo lo he probado, haciendo medir más de una vez el polvo a los brazos arqueros del *Príncipe Negro*. Es verdad que, según dice Saul, me encontró una mañana, al rayar el alba, envuelto en paños de seda, recién nacido, en la puerta de su casa, y quien así se encuentra, bien puede ser hijo de un caballero, de un rico hombre, de un maestre o de un rey.

—Algo hay de eso—dijo la vieja, fijando con una expresión particular sus pequeños ojos grises en el joven.

—Sin embargo—dijo el joven—, si yo soy hijo de castellanos, no lo parezco.

—Tu madre era judía, la doncella más hermosa entre los vuestros.

—Qué, ¿vos sois judía?

—Yo soy cristiana vieja y neta, de las montañas de León—dijo con cierta dureza, que no se cuidó de ocultar, la vieja.

—¡Ah! Sois cristiana vieja..., y mi padre...

—Tu padre era también cristiano godo, por los ocho abuelos, sin mezcla de moro ni de judío.

—¡Rico!

—Poderoso.

—¡Noble!

—Nobilísimo.

—¿Su nombre?

—Antes de que sepas su nombre, es necesario que te hagas merecedor de llevarlo.

—¡Ah! ¿Conque, según eso, se piensa en que alguna vez aparezca el niño perdido?... Porque yo creo que soy un niño perdido.

—Tú has sido siempre un niño oculto—dijo la vieja—. Ya ha llegado el momento de que se te pueda dar a conocer; pero es necesario que demuestres que eres digno de ello.

—¿Y cómo lo he de demostrar?

—Sirviendo lealmente al rey don Pedro.

—¡Al rey don Pedro!—exclamó Adonias—. ¡A ese hombre que aún no tiene veinte años y ya está teñido en sangre de los pies a la cabeza! ¡A ese hombre que ha matado a su maestro, casi a su segundo padre, a don Juan Alfonso de Alburquerque! ¡Que ha asesinado a doña Leonor de Guzmán! ¡Que ha recibido con los ojos enjutos la noticia de la muerte de su madre! ¡Que ha obligado a sus hermanos... a salir de Castilla!

La vieja no pudo contenerse por más tiempo.

—¡Calla! ¡Calla!—exclamó colérica—. Ya se conoce el lugar de donde vienes. ¿Que mató a doña Leonor? ¡Mentira! A doña Leonor la mató doña María, irritada por sus largos celos de esposa abandonada. ¿Que mató a don Juan Alfonso? ¡Mentira! Pero aun cuando le hubiese matado, hubiera hecho bien..., muy bien... Don Juan Alfonso era un señor demasiado soberbio y altivo para que el rey no se viera obligado a castigarle... ¿Que ha obligado a sus hermanos a salir de Castilla?... No ha sido el rey, sino sus traiciones, los que han desterrado a los hijos de doña Leonor de Guzmán, a los miserables hermanos bastardos del rey.

—Y aunque todo eso sea cierto, aunque haya tenido motivos para obrar como ha obrado y obra, ¿los tenía también para haberse separado escandalosamente de la reina doña Blanca, su mujer, y para que haga vida pública con doña María de Padilla?

—Siempre responde en ti la voz de Francia. ¿Por qué le obligaron a casarse con doña Blanca?... Esto no era justo. Además, ya sabían que el rey estaba casado con doña María de Padilla.

—¡Casado con doña María de Padilla!—exclamó Thamar, que hasta entonces había guardado silencio.

—Esa es una torpe y grosera mentira—dijo con desprecio Adonias.

—¡Mentira grosera! ¿Conque es mentira que la Padilla es esposa del rey?... ¿Qué es la verdadera reina de Castilla?

—¡Oh! Si no fuera tan santa, tan buena doña María; si se prevaleiese del ciego amor que le tiene el rey, como se prevaleió doña Leonor de Guzmán del amor que le tenía el rey don Alonso... ¡Oh!, entonces se vería si era o no era esposa del rey doña María; entonces se vería que la primera esposa era la legítima, y que la segunda no tenía derechos ningunos, y se vería obligada a volverse a esa Francia, a esa Francia tan enemiga siempre de Castilla. Pero esto, al fin, mancharía el nombre del rey don Pedro, y doña María de Padilla le ama lo bastante para consentir en pasar por su manceba antes que el rey dé que decir a las gentes.

—Con mucho calor defendéis al rey, buena madre—dijo con sarcasmo Adonias.

—¿Pues no he de defenderle?—exclamó con doble calor la vieja—. ¿No he de defenderle si soy su nodriza?

—Entonces no es extraño el calor con que le defendéis. Las

nodrizas suelen amar más al niño que crían y son más indulgentes con sus vicios y aun con sus crímenes que su propia madre...; pero nada nos importa esto. ¿Me habéis hecho venir de Francia solamente para decirme que sirva al rey?

—Saul te ha llamado para que le hagas traición...

—Saul me ha llamado para hacerme esposo de su hija Thamar.

—Ese era el pretexto. Además de eso, Thamar no es su hija; como tú, sólo tiene sangre hebrea por parte de su madre, y como tú, tiene la señal de una cortadura en el dedo pequeño de la mano derecha.

—¡Seremos acaso hermanos!—exclamó con ansiedad Thamar.

—No, hijos míos, no; aún no ha llegado el momento de que se descorra el velo que cubre vuestro nacimiento... Básteos saber que entrambos, por vuestros padres, sois herederos únicos de dos grandes nombres, y que entrambos sois hermanos del rey don Pedro.

—¡Hermanos!—exclamaron los dos jóvenes a la par.

—Sí; hermanos de leche.

—¿Conque vos...?—exclamó. Adonias.

—Yo os he criado a entrambos como crié al rey don Pedro.

—Pero Saul dice que me encontró recién nacido en la puerta de su casa y que Thamar es su hija.

—En lo uno y en lo otro miente Saul. Saul no es más que hermano de vuestras madres.

—¿Pero esa historia?...—dijo Thamar.

—Aún no es tiempo... Más adelante, acaso...; todo consiste en que os hagáis dignos de vuestro nombre. Sirve lealmente al rey de Castilla y lo sabrás.

—¿Y creéis que yo puedo hacer mucho por el rey?

—Puedes salvarle.

—¿Cómo?

—Asistiendo esta noche a la conjuración de San Juan de la Palma.

—¿Pero Saul no me ha dicho nada de esa conspiración?

Saul te llevará consigo a la media noche, si le das una contestación favorable del asunto para tratar del cual te ha encerrado con Thamar.

—¿Y cómo sabéis?...

—Yo sabía que se te había mandado venir.

—Se me ha suplicado.

—Sea como quiera, Saul había ofrecido a Thamar que vol-

verías, y Thamar nos lo había dicho; yo sabía el verdadero motivo por que te llamaba Saul, y cuando te veo aquí, es que Saul te habrá encargado que hagas una petición a Thamar, sabiendo que ésta te ama y que todo lo hará por tu amor, y te habrá encerrado con ella; esto estaba previsto y Thamar te ha traído junto a nosotros.

—¿Y qué te había encargado Saul que me pidieses?—dijo Thamar.

—Saul—dijo la vieja, cortando la palabra al joven—ha emprendido algunos negocios que le han arruinado. Saul ha apelado en su desesperación a libramientos falsos, y cuando esos libramientos venzan, se encontrará sin recursos para recogerlos y destruirlos y será juzgado y sentenciado.

—¡Ah! ¿Y qué puedo yo hacer en ese caso por Saul?—dijo Thamar—. Yo soy pobre, nada tengo más que mis joyas.

—Esas joyas no servirán para llenar los apuros de Saul más que lo que servirá una gota de agua para volver a llenar un lago seco...; pero tú tienes tesoros—dijo la vieja.

—Pero—contestó Adonias—Saul me habló de inmensas riquezas que te había dejado la madre de Thamar al morir.

—¿Y esas riquezas?...

—Están depositadas en poder de don Samuel Leví, tesorero y favorito del rey.

—Pero ¿quién dispone de ellas?

—Tú y sólo tú, según la voluntad de tu madre—dijo la vieja—. Tienes veinte años y tu madre, al reconocerte, al hacerte su heredera, dejó esto escrito en su testamento: «Es mi voluntad que cuando mi hija Thamar cumpla veinte años, se la deje libre para contraer matrimonio, o disponer de sí misma a su arbitrio; entonces se la entregarán mis tesoros; pero no se la revelará su nacimiento sino cuando se vea que se ha hecho digna de llevar un nombre ilustre.»

—De modo que ya debíais haberme puesto en libertad..., porque ya he cumplido los veinte años.

—Los has cumplido hoy—dijo la vieja—; por eso Saul ha procurado que Adonias se encuentre hoy mismo en Sevilla.

—¿Es eso lo que te ha dicho Saul, Adonias?—dijo Thamar.

—Sí—respondió profundamente el joven.

—¿Con que es cierto que soy rica, que tengo tesoros, que soy libre..., que puedo contraer matrimonio?—exclamó con alegría Thamar.

—Sí—dijeron a un tiempo el levita y la nodriza.

—¿Y quiénes son los encargados de cumplir la voluntad de mi madre?

—Yo—contestaron a un tiempo Daniel y la vieja.

—¡Vosotros dos!—dijo pensativa Thamar—. ¿Y a cuánto monta mi herencia?

—A un cuento de doblas de oro en joyas y a cuatro cuentos de la misma moneda en dinero.

Thamar palideció de emoción y miró de una manera particular a Adonias, que al conocer la inmensa fortuna de la mujer que le amaba, había quedado profundamente abstraído.

—¡Un cuento de doblas de oro en joyas—se decía para sus adentros—, y cuatro en dinero! ¡Todo esto será del hombre que sea su marido! ¡La riqueza, que es el poder, el poder que es el orgullo! ¡Castillos, banderas, soldados!...

Pero una horrible ansiedad torturaba el alma del joven, que se había vendido a tanta riqueza. ¿Le amaría Thamar del mismo modo siendo independiente y rica que como cuando se creía hija de Saul, que no era más que un judío medianamente acomodado?

Así es que cuando Thamar posó en él su radiante mirada, cuando sus labios se abrieron para dirigirle la palabra, el joven lanzó toda su alma a sus oídos.

—¿Me amas, Adonias?—le dijo Thamar con acento ardiente.

—¡Que si te amo! ¿Pues por quién he dejado los campamentos de Beltrán Duguesclin sino por ti?

—¿Quieres ser mi esposo?—añadió con acento doblemente apasionado Thamar.

—¡Y creará la vírgen de mi amor que me vendo a su riqueza!—exclamó afectando timidez Adonias.

—¡Y qué es el vil dinero—exclamó con un ardiente entusiasmo la joven—cuando se trata del amor! ¿Crees tú que yo te desdeñaría por esposo porque fueras pobre, expósito, hijo de un verdugo y de una mala mujer? No, no, Adonias; el amor es superior a todo..., a todo, y yo te amo con toda mi alma. Contéstame pues: ¿Me aceptas por esposa?

—Sí—contestó con firmeza Adonias.

—La voluntad de vuestros padres se ha cumplido—dijo solemnemente el levita—, si, como espero, tú satisfaces de una manera sagrada esa promesa en las manos de un ministro del Señor.

—La ratifico—dijo Adonias.

Entonces el levita fué a un armario, lo abrió, sacó de él un

tintero y un pergamino y escribió rápidamente una larga fórmula en caracteres hebreos.

—Firmad—dijo, presentándoles sucesivamente la pluma.

Entrámbos firmaron: primero, Adonias, con una mano firme; después, Thamar, trémula de emoción.

—¿No tienes una sortija?—dijo Daniel a Adonias.

—Jamás he gastado mi sueldo de aventurero en joyas—contestó el joven.

—Pues bien, hijo mío—dijo la vieja nodriza con los ojos arrasados en lágrimas—: he aquí la sortija nupcial de tu madre que me entregó al morir entre mis brazos, y que yo, esperando que sucedería lo que sucede, he traído conmigo.

Y la vieja sacó de su pecho una bolsita de seda carmesí y de ella una magnífica sortija que entregó al joven.

Era de oro, guarnecida de gruesos diamantes en su aro, y teniendo en su centro un blasón esmaltado, en que se veía un águila negra despedazando un león de oro sobre campo de gules; sobre aquel escudo campaba una corona de infanzón de Castilla, que llevaba consigo el derecho de mesnada y banderas en las pequeñas calderas de oro que sobre fondo azul se veían en la orla.

Adonias examinó durante un momento y profundamente la sortija, y luego la puso en el dedo corazón de Thamar.

—Esposos sois ante Dios—dijo el levita con voz grave.

—¿Y cuándo lo seremos ante los hombres?—preguntó con afán Thamar.

—Vosotros haréis que ese momento tarde más o menos—dijo la nodriza.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Tú—dijo la nodriza, dirigiéndose a Thamar—, consintiendo en hacer a Saul el préstamo que solicita.

—Pero si necesitase tanto...

—Ofrecer no es dar—dijo la vieja—; lo que importa es ganar tiempo..., hacerse dignos el uno y el otro de heredar vuestros nombres. Tú será precisó que sirvas al rey don Pedro.

Adonias, vendiendo su espada como había vendido su libertad uniéndose a una mujer que no amaba, contestó con voz firme:

—Le serviré.

—Ahora bien: veamos de qué modo te envió Saul a Thamar y con qué mensaje—dijo la vieja, dirigiendo la palabra a Adonias.

—Hace un mes—dijo el joven, estaba yo en mi tienda a la

vista de Chalons-sur-Marne, cuando entró un mendigo, y mirando en torno suyo y cerciorándose de que me encontraba solo, me dijo: «Tú eres Adonias.» Contrariéme por el momento el que me llamase por mi nombre hebreo, porque ya sabéis que los hebreos son aborrecidos y despreciados por los cristianos, y yo me llamaba en el ejército del rey de Francia Juan, a cuyo nombre mis camaradas habían añadido el sobrenombre honroso *El Bravo*. Pero viendo que nadie podía oírnos y que el mendigo, a juzgar por las apariencias, era un judío disfrazado, le contesté afirmativamente. Entonces me dió esta carta de Saul, y mientras yo me ocupaba en abrirla aprovechando mi distracción, desapareció.

Adonias mostró al levita y a la nodriza la carta que antes había mostrado a Thamar. En ella le decía Saul que su hija palidecía y sufría por sus amores, y además que se presentaba una gran ocasión de hacer fortuna sirviendo de una manera importante al conde de Trastamara en daño del rey don Pedro, y que era necesario que estuviese precisamente cerca de Sevilla, junto a la ermita de la Cruz del Humilladero (1) al anochecer del día de hoy.

Después que el levita hubo leído esta carta, Adonias continuó su relato, intercalando en él algunas mentiras amorosas a que le obligaba la situación.

—Yo siempre había amado—dijo—con una pasión ardiente, pero respetuosa, a Thamar; la noticia de que por mí su hermosura palidecía de amor, me entristeció y me llenó al mismo tiempo de felicidad... No vacilé un momento en partir...; pero había una dificultad con la que no había contado Saul, y para salvar la cual era preciso que me hubiera enviado con la carta algunos miles de doblas. Beltrán Duguesclin, que estaba muy satisfecho de mí, me había adelantado algunas mesadas de mi sueldo. Yo no tenía un óbolo, mis camaradas se encontraban en la misma situación que yo, y me fué preciso esperar al próximo asalto de Chalons, que estaba ocupado por los ingleses. Al fin, a los tres días de haber recibido la carta de Saul, embestimos la ciudad, y al cabo de cuatro horas de combate sangriento, la entramos a escala franca, después de lo cual nos entregamos al saqueo.

—¿Cómo el ejército del rey de Francia saquea las ciudades francesas?—dijo Daniel, extrañado como era natural que

---

(1) Hoy Cruz del Campo.

llegase a tanto la horrorosa plaga que la guerra civil hacía pesar sobre el reino del imbécil Carlos V.

—Cuando una ciudad estaba ocupada por los ingleses, cuando se les desalojaba de ella, se consideraba como ciudad inglesa. Prosiguiendo, pues, fué la suerte de tropezar en el saqueo con una casa rica, y a pesar de que éramos muchos los saqueadores, saqué oro bastante para devolver al gran condestable Duguesclin el dinero que me había adelantado y para comprar un magnífico caballo de camino. Entonces me puse en marcha y logré llegar hoy, el mismo día prescrito en la carta de Saul, que ya me esperaba en la cruz del Humilladero con dos asnos. Dejé mi caballo en una venta del camino, y montando en el asno después de haber abrazado a Saul y pedídele nuevas de mi hermosa Thamar, nos encaminamos a la puerta de la Carne. Por el camino, Saul me dijo que estaba arruinado, que la deshonra pesaba sobre él, y más que la deshonra, un peligro inminente de su libertad, y que era necesario que aprovechando el amor que Thamar me tenía, la redujese a que de cierto depósito considerable que había dejado su madre con expresa condición de que sólo se pudiera tocar a él en todo o en parte cuando su hija hubiese cumplido veinte años, y con licencia de ella, la redujese a hacerle un préstamo considerable. Yo le prometí hacer lo que estuviese de mi parte, contando siempre para mis adentros con respetar la voluntad de Thamar, y me dejé conducir a su casa por Saul. Lo demás ya lo sabéis.

—Pues bien—dijo Daniel—: es necesario que digas a Saul que Thamar consiente; Saul te llevará después a un lugar donde deben reunirse algunos judíos enemigos del rey don Pedro... Sé leal a los compromisos que has aceptado, y si salvas al rey de un lazo, encontrarás una recompensa mayor de lo que jamás pudieras haber imaginado.

—Le serviré.

—Pues idos, hijos míos, idos, y hasta mañana.

Dicho esto, la anciana nodriza abrazó a los dos jóvenes, y Daniel, tomando la lámpara, les condujo por los mismos lugares que antes a la calle, entregó la lámpara a Thamar y cerró el postigo de la sinagoga. Poco después, sin haber tenido ningún tropiezo, Thamar y Adonias estaban en una admirable cámara, en cuyo fondo había un magnífico lecho nupcial.

—He aquí el lugar donde nunca hubieras entrado, a no ser mi esposo—dijo Thamar.

—Pero aún no lo soy ante los hombres—dijo el joven.

—¿Y qué importa, si ya lo eres ante Dios?

—Es ya tarde, y Saul me esperará impaciente.

—Sí, sí, ve—dijo Thamar—; dile que estoy dispuesta a darle cuanto quiera; sirve tú al rey don Pedro ciegamente...; procuremos que llegue un día en que se descorra el misterio de nuestra existencia y en que nos unamos para no separarnos más ¿Acaso vale nada tanto para nosotros como nuestro amor?

Y Thamar condujo a su amado al mismo lugar donde había ido antes a encontrarle y donde le dejó solo.

Poco después rechinó una puerta y el judío Saul, pálido, impaciente, receloso, apareció en la cámara.

—¿Ha consentido?—dijo.

—Sí, a todo—contestó Adonias—; pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que yo sea su esposo.

—¿Y tú?

—Yo he consentido también.

—¡Oh! Permíteme que vaya a escucharlo de sus propios labios.

—Adonias ha dicho la verdad—dijo Thamar, apareciendo detrás de un tapiz—. ¿Y cómo pudiste dudar de que tu hija lo sacrificaría todo por ti?

—Pero la suma es considerable; un cuento de doblas de oro.

—¿Y qué importa? Si mi herencia alcanza a ello, tuya es, señor.

—¡Oh! Benditos seáis hijos míos—dijo Saul.

—Pero aún me queda una condición—dijo Thamar.

—¿Cuál?—exclamó con ansiedad el judío.

—Entrega la llave de la puerta oculta que da a la galería a Adonias.

Saul, que en otra ocasión se hubiera enfurecido a aquella demanda de Thamar, sacó dulcemente una pequeña llave de debajo de su ropón y la entregó sonriendo a Adonias.

Aquello era equivalente a entregarle a Thamar, que compraba al precio de un millón de doblas de oro su libertad.

—Adiós, esposo mío, adiós; te espero—exclamó Thamar, desapareciendo tras el tapiz.

—Ahora—dijo Saul—, y puesto que aún no hemos concluido, vamos a concluir. Ponte de nuevo tu ropón y tu gorro, y sígueme, Adonias.

El joven obedeció y siguió al judío, ocultando cuidadosamente bajo su ropón su espada de Toledo.

## CAPITULO VI

—Tú no amas a Thamar—decía Saul a Adonias mientras atravesaban calles y callejas en dirección a San Juan de la Palma.

—¿Por qué me dices eso, Saul?—contestó el joven.

—Si la amaras, no te hubieras ido de mi casa.

—Me fui de ella para hacerme rico, para poder aspirar a ser su esposo.

—Piensas así desde que sabes que Thamar es poderosa...; pero si yo te dijese que vendiéndola a Thamar podíamos alcanzar una recompensa mayor que todos sus tesoros...

—¡Vendiéndola!

—Vendiéndola por un solo momento, como se vendió Judit a Holofernes.

—¡Ah!

—Si la hiciéramos ver al rey...

—¿Y con qué objeto?

—El rey se enamoraría de ella.

—Y acaso ella se enamoraría del rey.

—¡Enamorarse del rey! Está loca por ti.

—Thamar no ha conocido más hombre que yo.

—Y bien: ¿qué importa que ella se enamore del rey? Tendremos lugar de observar; y si se enamora, en vez de matarle ella, le mataremos nosotros.

—¿Y cómo hacemos conocer al rey a Thamar, y Thamar al rey?

—Después pensaremos el medio, que no será difícil tratándose de un rey tan galanteador. Lo primero es que tú consentas.

—Corriente; pues sólo he consentido en decirle amores por complacerte.

—¿Conque es verdad que no la amas?

—Yo sólo amo a Salomé.

—¡Salomé! ¡Salomé! ¿Quién sabe lo que ha sido de Salomé?

—Te juro que, si no ha muerto, yo lo sabré.

—Ya estamos cerca, Adonias... ¿Puedo contar contigo?

—Sí.

—¿Puedo prometer a los conjurados matar al rey?

—Sí.

—Pues silencio; ya estamos cerca.

—¿Adónde vamos?

—A la iglesia de San Juan de la Palma.

Saul y Adonias acababan de desembocar en la plazuela, y, como ellos, algunas sombras atravesaban rápidamente entre la oscuridad, llegaban a la puerta de la iglesia, empujaban la cancela de hierro, que rechinaba; llegaban al postigo, rendían una seña y pasaban.

Los dos judíos llegaron también. Al empujar el postigo, una voz ronca dijo entre la oscuridad:

—¡Castilla!

—¡Trastamara!—contestó Saul, y pasó con Adonias, entrando en la iglesia.

Era la media noche; en la nave, alumbrada sólo por una opaca lámpara, se veían confusamente multitud de sombras que se apiñaban en grupos, que se mezclaban, que hablaban sordamente; aquel conciliábulo nocturno en un templo casi en tinieblas tenía mucho de fantástico.

Y entre aquellas turbas, que turbas podían llamarse por su número, estaba lo mejor, más noble y más rico, sino lo más leal de Castilla, porque todós aquellos grandes, caballeros y prelados eran traidores. Estaban allí también representantes del estado llano de muchas ciudades y villas del reino, a quienes se había comprado o seducido. Era, en fin, un foco de deslealtad y de crimen, que, con una sacrílega irreverencia, se guarecía del altar para tramar a su sombra un horrible crimen.

Y no eran sólo los traidores los que asistían a aquel conciliábulo. Al punto mismo de la media noche, cuando daban las doce en el reloj de la torre de la iglesia mayor de Santa María de la Sede, un hombre embozado adelantó por la calle de Cañoquebrado, y, llegando a la puerta del cementerio, llamó tres veces con el pomo de su daga; abrióse un ventanillo, y la voz chillona y nasal del monago Deogracias dijo:

—¿Sois vos, señor?

—Sí, yo soy; abre.

—¡Ah, señor, cuánto miedo tengo! ¡Si maese Longinos nos cogiera!

—Maese Longinos sería el cogido, imbécil; abre, pues, y no tiembles.

El hombre que de este modo hablaba era Perucho.

Fuese que su codicia le estimulase, fuese que ejerciese sobre él un poder inexplicable el tremendo paje, Deogracias abrió la puerta y Perucho entró.

Apenas había entrado, cuando dos sombras adelantaron del

fondo de la calle, llegaron a la puerta del cementerio, y se pegaron a ella de tal modo que era difícil que se reparara en ellas, aunque se pasase a su lado, a causa de la oscuridad.

Entre tanto Perucho atravesaba un espacio de terreno desigual asido al harapiiento balandrán de Deogracias; por las prominencias de cierta forma que encontraba el pie por donde quiera, por ciertos objetos que se tropezaban acá y allá, y producían un ruido hueco, se comprendía que se marchaba sobre tumbas y se arrollaban con el pie cráneos humanos.

—Y ahora bien—dijo Deogracias—: yo no puedo introducirlos en la iglesia, caballero.

—¡Que no puedes introducirme!... ¿Y para eso he trasnochado yo y te he pagado a peso de oro, bribón?—dijo Perucho, asiendo con furia un brazo del monago, que por temor de ser oído ahogó el grito de dolor que le causó aquella terrible presión.

—Ved, señor, que no he podido procurarme más que la llave del cementerio, y aun así con grande trabajo y astucia; pero si no puedo introducirlos en la iglesia, puedo subiros a una tribuna del lado del Evangelio, donde asisten a las solemnidades los patronos de la iglesia; una tribuna muy cuca, que tiene sillones y cojines y celosías, y donde estaréis como un rey.

—¡Ah! Pues eso es mejor, mucho mejor—murmuró Perucho—. Así se evita un percance; llévame, pero llévame pronto, bribón. No sabes el tiempo que me estás haciendo perder.

Deogracias siguió adelante, llevando siempre asido de su ropón a Perucho: tomó por un callejón estrecho, subieron una escalera de caracol, atravesaron un espacio lóbrego y al fin el monago se detuvo y Perucho le oyó trastear en una puerta.

—¿Qué estás haciendo?—dijo Perucho.

—Dejadme hacer; estoy corriendo con los dedos el pasador de la cerradura, cosa que hago con mucha frecuencia, porque habéis de saber, señor, que como mi cama es tan dura, y mi cuchitril tan caluroso en el verano, cuando maese Longinos está fuera, suelo venirme a dormir sobre los almohadones de la correjidora, que son blandos... y sobre todo aquí en el verano hace fresco..., y en el invierno está templado que no hay más que pedir: yo me ingenié y logré abrir y cerrar sin llave la puerta.

—¡Insoportable y pesado charlatán!—exclamó Perucho—. ¿Acabarás?

—Ya está, señor, ya está, y podréis entrar cuando gustéis, —dijo el monago.

—Escucha: tiéndete en la puerta, y está atento para cuando yo te necesite.

—Muy bien, señor.

Perucho entró, buscó a tientas las celosías, las encontró, y junto a ellas un blandísimo sillón de terciopelo; al sentarse, reparó que había un papel doblado y redoblado.

—¡Ah! ¡Ah!—dijo Perucho guardando el papel en su escarcela—. Alguna aventura de esa buena corregidora; dicen que, aunque ya entrada en años, aún es hermosa, y sobre todo, que su hija es la doncella más hermosa de Sevilla; y un billete olvidado en su tribuna... Vamos, lugar tendremos de aclarar esto... no me podía venir mejor... me fastidiaba, me aburría, y Dios o el diablo me han procurado, sin saber cómo, una conspiración, una aventura amorosa y un negocio, un secreto sin duda de la corregidora o de su hija. Veamos: pareceme que allá abajo, en la iglesia, la gente se ordena.

En efecto, Perucho había llegado, como suele decirse, a la hora de levantarse el telón: desde la tribuna que con sus celosías podía llamarse un palco reservado, veía abajo, sí, a poca altura, el crucero de la iglesia: en el centro del crucero había una mesa con un tapete negro, guarnecido de galón de seda amarillo, con una calavera bordada sobre dos huesos puestos en cruz, bordados también; a todas luces aquel era un tapete de ánimas, sobre el cual había cuatro candelabros de cobre deslustrado con cuatro velas de cera encendidas; en el testero de la mesa estaban colocados los tres sillones del presbiterio, y delante un cuadro hecho con escaños.

Perucho reparó todo esto, y no pudo menos de exclamar:

—¡Ira de Dios! Los rebeldes han hecho muy bien en tener presentes para su traidora asamblea esos trebejos de muerte; juro a Satanás a Belcebú y a todos los diablos que para algunos de ellos eso no es más que un augurio terrible. Veamos, veamos, pues, quiénes son las gentes que tenemos delante. ¡Ah!, el que está en el centro es el bueno, el leal don Juan Alfonso de Alburquerque; el de la derecha, don Fernando de Castro, y el de la izquierda, el bastardo don Tello; y en los escaños... ¡poder de Dios!, los obispos de Avila y Salamanca, los buenos, los santos varones don Sancho y don Juan, y más allá, Gómez Carrillo, y luego, Pero Carrillo, y Diego de Mendoza, y Alvaro de Parreño. ¡Oh!, ¡oh!, y con ellos cabezas redondas y plebeyas, gentes que no conozco. ¿Y quiénes serán los que sólo veo por la espalda? Esas gentes hablarán, y les conoceré... ¡Y los imbéciles tan confiados, creyendo que la santidad de un templo les protegerá!... Deberían haber te-

mido que Dios, irritado por su sacrilegio, descubriese su traición; pero veamos: don Juan Alfonso se pone de pie los murmullos de la turbamulta cesan, esto comienza; atención, pues, mucha atención. Es necesario no perder una sola palabra y retenerlas de modo que no se olviden.

—Santos prelados, poderosos señores, nobles caballeros—dijo con voz robusta don Juan Alfonso de Alburquerque, que era un caballero de sesenta años, de continente altivo, cubierto de canas, antiguo favorito del rey don Alfonso XI, y que después de la muerte de este rey, había pasado como una herencia a su hijo el rey don Pedro, y de cuya privanza había caído a causa de la influencia de doña María de Padilla, por la cual había asaltado la privanza del rey su tío Juan Fernández de Hinestrosa—; honrados hidalgos y miembros de las comunidades, todos los que estáis aquí reunidos, ¿juráis por los santos Evangelios que tenéis presentes, delante de Dios que os escucha, guardar sigilo acerca de cuanto aquí se tratare, obedecer, aun con peligro de vuestra vida, lo que aquí se decretare, y servir leal y cumplidamente con lo que os pide el reino entregado a las tiranías y a los vicios de ese loco manco, a quien se llama el rey don Pedro el Cruel?

—Lo juramos—dijeron todos en coro.

—Si cumplís vuestro juramento—repuso Alburquerque—, Dios os lo premie, y si no, os lo demande.

—Así sea—respondieron todos.

—Escuchad, pues, ahora las razones que tenemos para destituir, condenar y aun castigar al rey don Pedro: Yo, por mi parte, os expondré mis agravios; después, cada cual de los ofendidos os expondrá los suyos; agravios que, ofendiendo los fueros y los derechos de los castellanos, no son ya particulares, sino generales, puesto que es de temer que quien ha sido tirano, soberbio, cruel y desagradecido para un hombre, lo sea para los demás.

Sucedió un murmullo de aprobación a estas palabras, después de las cuales don Juan Alfonso de Alburquerque se sentó y continuó con voz reposada:

—¿Todos me conocéis?

—Sí—contestaron todos a una voz.

—Todos sabéis que el rey don Alfonso XI, el gran rey, el vencedor de Tarifa y del Salado, me honraba con su absoluta confianza; todos sabéis que le serví y cumplidamente durante diez años de su reinado.

—¡Sí!; ¡sí!; ¡sí!—exclamó espontáneamente el coro.

—Al morir aquel gran rey, desgraciadamente a influjos de la peste negra en el cerco de Gibraltar, me llamó a su lado y me dijo: «Don Juan, eres uno de mis mejores y más leales vasallos; me has servido con valor y lealtad, y confiando en esa lealtad y en el resto que conservarás a mi memoria, muero tranquilo; dejo sobre la tierra una mujer noble, amante, pura, casi mi esposa; esa mujer es doña Leonor de Guzmán; defiéndela. Apenas yo muera, esa noble y desgraciada señora se verá cercada de peligros, amenazada, perseguida, porque mi esposa, la reina doña María de Aragón, con quien me casé en mala hora, la aborrece de muerte. Defiende a doña Leonor. Además, dejo cinco hijos: don Enrique don Fadrique, don Tello, don Juan y don Sancho. Estos hijos tienen otro enemigo terrible en mi otro hijo legítimo, el príncipe don Pedro. Acostumbrados don Enrique y don Fadrique al mando, conde de Trastámara el uno y maestre de Santiago el otro, será muy posible que, irritados por el odio con que los tratará su hermano don Pedro, que ya, por el estado en que me encuentro, puede llamarse rey, se rebelen contra él. Es necesario que evites toda rebeldía, todo choque, toda enemistad entre mis hijos bastardos, por desdicha, y mi hijo legítimo; por eso encargo y mando en mi testamento al príncipe don Pedro, mi hijo, te conserve, so pena de mi maldición, los honores, el poder, el oficio, la privanza que yo te he concedido. Si el príncipe don Pedro, siendo rey, escucha tus consejos, si ama y distingue a sus hermanos, será un rey más poderoso que yo, porque le dejo las arcas llenas, el reino fuerte, las fronteras respetadas, la autoridad real enaltecida; él puede hacer lo que la muerte me impide que concluya: la expulsión de los moros de España con la conquista de Granada y la unión de las coronas de Castilla y de Aragón por medio de una conquista sabiamente preparada o por medio de un matrimonio. El príncipe don Pedro es violento, está mal educado por su madre; pero tiene rectas ideas de justicia, talento precoz, ingenio, valor a toda prueba y una gran firmeza. Si tú logras hacerte escuchar y obedecer de él, será un gran rey, y yo, esperándolo así, muero tranquilo.» Esto me dijo aquel magnánimo rey, y poco después expiró entre mis brazos.

Don Juan Alfonso de Alburquerque fuese por un verdadero sentimiento, fuese por hipocresía, se enjugó los ojos con el envés de la mano. Los conjurados guardaban un profundo silencio, y Perucho escuchaba con no menos atención que ellos.

—Apenas hechas las exequias de aquel gran rey, exequias

que fueron honradas aun por los mismos moros cercados de Gibraltar, qua al pasar el cadáver se extendieron en forma de batalla con las banderas enlutadas en señal de dolor y abatidas al polvo, debajo de los muros de Gibraltar, después de estas exequias en que un rey valiente y caballero fué honrado hasta con el homenaje de sus enemigos; caliente aún el cadáver del rey, empezaron a germinar los bandos y las rebeldías que aún hoy lamentamos; Alonso Fernández Coronel fué el primero que abandonando a la triste viuda, que así podía llamarse a doña Leonor de Guzmán, la entregó la tenencia de sus fortalezas, la retiró su pleito homenaje y se presentó al rey don Pedro, haciendo gala de su cobarde abandono. El rey don Pedro, más tarde, le premió, degollándole como traidor en su castillo de Aguilar. Poco tiempo después de la muerte del rey, la infeliz doña Leonor fué envenenada en Talavera...

—Pero ese crimen no fué crimen del rey—exclamó don Fernando de Castro—, y mi testimonio no es dudoso, puesto que si hay alguien que aborrezca de muerte al rey don Pedro soy yo. Ese crimen pertenece a la reina viuda doña María, que vengó sus celos de esposa injuriada, matando a su rival en el momento en que le faltó la protección del rey don Alfonso.

—Si el rey don Pedro la hubiera protegido, respetando en ella la memoria de su padre—exclamó con calor Alburquerque que la reina doña María la hubiera respetado; pero don Pedro celebró aquel crimen y así, pues, si su ejecución pertenece a la reina doña María, su permisión pesa sobre el rey don Pedro el Cruel.

Un murmullo de asentimiento sancionó la opinión de Alburquerque, que continuó:

—Desde entonces todos mis esfuerzos por sostener la unidad de la nobleza, y con ella la pujanza del reino, fueron inútiles: los hijos de doña Leonor de Guzmán, heridos cruelmente en el corazón por la muerte de su madre, temerosos de sus propias vidas, se apartaron violentamente de la obediencia del rey y con ellos se dividió la nobleza, espantada también por algunas muestras de ferocidad del rey.

—En las que vos tuvisteis no poca parte—dijo con audacia un plebeyo.

—Desgracia es de los que gobiernan—contestó con mansedumbre, pero con dignidad, don Juan Alfonso—responder de los buenos o de los malos hechos del rey a quien sirven; pero numerosos ejemplos nos prueban que el rey no necesita de consejos ni de ayuda para dar rienda suelta a su terrible propen-

sión al exterminio. ¿Y a qué cansaros, preladados, caballeros, hidalgos y procuradores del reino? Todos hemos venido ocultos, exponiéndonos a muerte, para volver por la defensa del reino, entregado a los desórdenes de un rey tan feroz como Calígula y Nerón. Todos sabéis que yo, por apartarle de las mancebías a que se entregaba sin freno, de los locos desórdenes de mancebo traté y concluí para él una boda con la hija del duque de Borbón, con una sobrina del rey de Francia, con la desdichada doña Blanca, en fin; el matrimonio se hizo y... ¡ojalá nunca se hubiera hecho! Juan Fernández de Hinestrosa se había adelantado, haciéndole conocer a su sobrina doña María de Padilla que le tenía hechizado. Don Pedro apenas, casado con doña Blanca, la abandonó, dejándola virgen como había venido de Francia, y se entregó todo entero a la Padilla y a su tío Hinestrosa; los resultados fueron fatales: Garcilaso de la Vega fué asesinado; asesinado también el maestro de Calatrava don Juan Núñez de Prado, y dado su maestrazgo a Diego García de Padilla, hermano de la favorita... No se perdonó medió para alejarme del rey, y en vano le llevó a Toro y le tuvo como preso ocho meses en compañía de su legítima esposa la reina doña Blanca, de la que no por eso se cuidó más; al fin tuvo ocasión de escapar y se fué a Montalván, donde estaba la Padilla. Se pensó en mi pérdida, y se ha llegado al caso de pedirme cuentas por el tiempo de mi gobierno; las cosas han llegado a un punto del que no podemos pasar... Os he expuesto las razones generales y particulares que tengo para ser enemigo del rey, y dejo de hablar para que otros puedan exponer sus agravios.

Levantóse entonces don Fernando de Castro.

—Yo tengo una hermana—dijo—, una noble hermana, injuriada vilmente por el rey. Esa hermana se llama doña Juana de Castro. El rey la vió, la encontró hermosa y la requirió de amores...; pero doña Juana es honrada, hasta el punto de rechazar los amores de un rey, y don Pedro, para quien nada hay sagrado cuando se trata de satisfacer sus torpes pasiones, apeló al más miserable de los engaños. Engañada por un falso enlace, mi hermana fué escarnecida, abandonada por ese torpe mancebo, de cuyo amor quedó encinta, dando a luz un hijo. Don Pedro se ha negado a reconocer a ese hijo como príncipe legítimo, alegando que antes de su casamiento con doña Blanca, estaba casado con doña María de Padilla.

Levantóse un murmullo amenazador y justificado. Don Pedro aparecía no sólo cruel, violento y sanguinario, sino sen-

sual e impío hasta el punto de haber abusado del sacramento del matrimonio siendo trígamo.

—Así, pues—exclamó con energía don Fernando—, os pido justicia y venganza.

—¡Sí! ¡Justicia y venganza!—gritaron los conjurados, que empezaban a embriagarse, porque las reuniones revolucionarias tienen su embriaguez.

—Escuchadme—dijo, levantándose de su escaño, uno de los que estaban a espaldas de Perucho, apenas se hubo sentado don Fernando de Castro.

—¡Ah!, ¡ah!; es mi buen amigo don Juan de la Cerda. Le conozco en la voz—exclamó el paje, replegándose con cierta impaciencia colérica en el sillón de la corregidora; pues te escuchamos, don Juan, te escuchamos.

—Aquí se ha dicho—exclamó con energía el orador, que don Alonso Fernández Coronel pagó la traición que había hecho a doña Leonor de Guzmán, siendo degollado de orden del rey don Pedro en su castillo de Aguilar. Esto no es más que una suposición injuriosa.

—Da placer considerar cuán avenidos están entre sí esos rebeldes—dijo Perucho—; si dura mucho tiempo esta peregrina asamblea, acabarán por venir a las manos.

—Por el bien del reino, por nuestro honor injuriado, por desagravio nuestro—exclamó el obispo de Salamanca, que pensaba sin duda del mismo modo que Perucho; dejemos a un lado recriminaciones imprudentes que podrían producir entre nosotros una división que no redundaría en provecho de otro que del rey don Pedro.

—¡Sí, sí, unión entre nosotros!—exclamaron los más prudentes de los conjurados.

—No ha sido mi ánimo—continuó don Juan de la Cerda—producir un conflicto; sólo he querido decir que don Juan Alfonso de Alburquerque, a quien amo y respeto como pariente y amigo, se ha equivocado.

—¡Bien! ¡Bien!—exclamaron algunas voces.

—Vengamos a mi injuria. Yo soy esposo de doña María Coronel, hija de don Alonso Fernández Coronel, y como tal, debo sentir aborrecimiento y sed de venganza contra quien ha vertido injustamente la sangre de mi suegro.

—¡Sí!, ¡sí!, ¡sí!—exclamaron todos.

—Y no es esto solo... Mi esposa, mi virtuosa esposa, se ha visto obligada a encerrarse en un convento para evitar las torpes pretensiones del rey. ¿Y podemos tolerar en el trono un

rey que amenaza nuestras vidas, nuestras honras, nuestras haciendas?

—¡No!, ¡no!, ¡no! ¡Venganza, venganza contra el tirano!

—¡Sí! ¡Venganza!—exclamó con voz estentórea un villano, levantándose de la extremidad de un escaño—. Yo, Juan Diego, vecino de Sevilla, tratante en cerdos, pido también venganza contra el rey.

—¿Y cuál es la injuria que os ha hecho el rey, Juan Diego?—dijo don Juan Alfonso de Alburquerque.

—Qué, ¿os parecen poco las ordenanzas que acaba de promulgar? ¿No impide por ellas que los cerdos puedan estar dentro de la ciudad, so pretexto de que son perjudiciales a la salud, que la peste negra se fija más y más en los lugares infectos, y qué sé yo qué más cosas? ¡Perjudiciales a la salud los cerdos! El rey don Pedro es judío.

—¡El rey don Pedro no es ni judío ni cristiano!—dijo, levantándose, Saul.

—¡Afuera! ¡Afuera! ¡Afuera el judío!—exclamaron los conjurados.

—¿Y qué? ¿Los judíos no son hombres como vosotros? ¿No tienen hijas que guardar de la deshonra, y riquezas que defender de la rapiña? ¿Acaso no nos vemos más azotados con exacciones que vosotros? Y, en fin, para levantaros contra el rey, ¿no necesitaréis el oro de los judíos?

Eran estas razones tan concluyentes, sobre todo la última, que todos callaron, no sin que se sintiera un murmullo de disgusto.

—Ahora bien—continuó Saul—: para vencer al rey necesitaréis haceros numerosos partidarios, oro para levantar un ejército..., y aun así tenéis muy pocas probabilidades de triunfo, porque el rey tiene partidarios numerosos, oro a montones y soldados.

Un murmullo de convicción acogió las palabras del judío.

—Ahora bien: yo, sin oro, sin partidarios y sin ejército, me obligo a entregaros el cadáver del rey.

Siguió a estas palabras un murmullo de asombro.

—Yo os daré muerto al rey don Pedro antes de tres días, aprovechándome de sus debilidades como humano que es.

Creció el asombro de la asamblea, y don Juan Alfonso de Alburquerque creyó llegado el momento de intervenir en aquellas formalísimas proposiciones.

—¿Y cómo piensas llevar a cabo tus ofertas, judío?

—¿Qué os importa el medio, con tal de que sean seguros los resultados?

—¿Y estáis cierto de esos medios?

—Ciertísimo; la única dificultad consistirá en vosotros.

—¿En nosotros?—dijo Alburquerque.

—Sí, en vosotros.

—No te comprendo.

—Todo consistirá en el precio que me deis por la cabeza del rey don Pedro.

—¡Ah! ¡Eres un asesino que te vendes!

—No; soy un hombre que se venga; pero que pudiendo venderla, vende su venganza.

—¿Y cuánto quieres por la cabeza del rey?

—Poca cosa, nobles señores: conquie cada uno de vosotros exprima un poco su bolsa, quedaré satisfecho. Antes de oír el precio que pongo a la cabeza del rey, considerad lo que ganáis con su muerte, que no haréis otra cosa que sembrar un poco de dinero que os producirá mil por uno.

—Pero, en fin...—dijo impaciente Alburquerque.

—Más despacio, más despacio, señores. Debo confesaros que esta buena idea se me ha ocurrido en el momento y es necesario calcular. Os he dicho que os vendo mi venganza, y he dicho mal: no os la vendo, os pido únicamente los medios para llevarla a cabo.

—¿Y qué medios son éstos?—dijo don Fernando de Castro.

—El amor, que es la debilidad más vituperable del rey, será quien le mate.

—¿Y cómo?—dijo Alburquerque.

—Comprando una mujer de mi raza que sea para este cruel Holofernes una nueva Judit. Será necesario seducir a esa mujer, que es hermosa, altiva y, sobre todo, ambiciosa. Para esto se necesitan al menos doscientas mil doblas.

Al oír aquella enorme cifra, levantóse un murmullo general de reprobación.

—¡Silencio, silencio!—exclamaron las voces de algunos cuya curiosidad se había excitado con el extraño incidente promovido por el judío.

—Habéis dicho que las mujeres no se hacen violencia para fingir el amor, y yo os digo que la mujer de que se trata no le fingirá si no se procura que a fuerza de dinero su ambición venza a su orgullo; además, no creo que haya otra mujer en Sevilla tan capaz por su hermosura y por su ingenio de enloquecer al rey don Pedro; en fin, no es solamente la entrega

de su cuerpo lo que se la pide, sino la perdición de su alma, porque se exige de ella un asesinato.

—Estamos perdiendo el tiempo con disputas inútiles—dijo don Fernando de Castro—; vamos en derechura a lo que importa. Sea cual fuere el precio que haya de darse al puñal que exterminie al rey don Pedro, la nobleza, que por este medio evita una guerra sangrienta, está dispuesta a pagar lo que se le pidas. Pero ¿quién nos responde de la sinceridad de tus palabras, judío?

—Yo me llamo Saul-el-Julam, y todos vosotros me conocéis.

—Sí, te conocemos—dijo Alburquerque.

—A todos os he dado generosamente dinero cuando lo habéis necesitado.

—Es verdad; pero te hemos pagado con usura, y te lo hemos asegurado con nuestras villas y castillos.

—Yo os aseguro de mi promesa con mi vida.

—¿Consientes en quedarte en rehenes entre nosotros?

—Sí; me quedaré en el momento en que me hayáis entregado el dinero.

—Una condición—dijo don Juan de la Cerda.

—¿Cuál!—respondió el judío.

—Si tu promesa no se cumple en el plazo de tres días, te concedemos otros seis; si tampoco en ese plazo tuviese cumplimiento, tu vida es nuestra.

—Vuestra es—exclamó con una seguridad y una fe que no permitían género alguno de duda el judío.

—Concluyamos pues. ¿Cuándo se te han de entregar esas doscientas mil doblas?

—No bastan.

—¡Aún se necesita más!—exclamó con asombro Alburquerque

—Esa mujer necesita, para realzar su belleza, ricas joyas y espléndidas vestiduras.

—Adelante.

—Y además, una casa regia fuera de la judería.

—El precio, el precio...—dijeron algunas voces.

—Quinientas mil doblas de oro.

Era una suma fabulosa, cuya anunciación hizo nacer un rumor de sombrío disgusto.

—Con ese dinero hay para sostener noblemente una guerra de cien años—dijo un procurador de las Comunidades.

—Sí; pero don Pedro tiene más dinero, infinitamente más: centuplicado. El rey don Pedro, repito, tiene ejércitos y

valientes capitanes, y no es con dinero con lo que se le hace la guerra; si se pudiera, ya se le hubiera hecho; así, pues...

—Por mi parte acepto tu precio, en nombre de mis hermanos y en mi propio nombre—dijo don Tello, hablando por primera vez.

—La aceptáis porque de ese modo compráis una corona para vuestro hermano el conde de Trastamara—dijo un diputado—; pero las Comunidades prefieren una guerra franca, abierta, a un cobarde asesinato.

—Siempre el pueblo ha sido más generoso y valiente que la nobleza—dijo desde su acechadero Perucho—, y sin disputa un rey debe apoyarse en el pueblo.

—Las palabras que acabáis de pronunciar, señor Diego Cervantes, son graves—dijo don Juan Alfonso de Alburquerque—; vos, apoyándoos en la opinión de las Comunidades, a quienes en este lugar representáis, habéis acusado de cobardía a la nobleza; vuestro valiente corazón os engaña: la nobleza no es cobarde, sino prudente. Fijemos la cuestión: vos, como nosotros venís aquí rebelado contra el rey.

—Rebelado, no—contestó con orgullo el plebeyo—; levantado, sí. El rebelde es siempre traidor, y las Comunidades a quienes represento, al sublevarse contra don Pedro, no miran en él un rey, sino un tirano ominoso, al que es necesario derrocar, mirando a la salud del reino... Un reino puede sublevarse sin ser traidor, porque...

—Ya sabemos las razones que podéis alegarnos—repuso Alburquerque, porque esas mismas razones son las que impulsan a la nobleza que forma una parte, y no la más pequeña del reino, para acometer al rey don Pedro. Sea, en buena hora, la nuestra, sublevación, y permitidme que continúe. Vos, como nosotros, venís aquí sublevado contra el rey, y por lo tanto, vuestro carácter como procurador de las Comunidades os da voz y voto entre nosotros. Vos habéis propuesto la guerra. Veremos, pues, si esa guerra es justa.

—¡Sí!, ¡sí!, ¡sí!—exclamó en coro la asamblea.

—Veamos ahora. ¿El objeto de esta guerra no es destronar al rey?

—¡Sí!, ¡sí!, ¡sí!—respondieron todos.

—En esa guerra no sólo se gastará más oro e infinitamente más tiempo que el que pide ese juicio; no sólo se correrán azares y peligros, sino que antes de que se vierta la sangre del rey, si es que consigue verterse, lo que por muchos conceptos es dudoso, se habrá vertido un torrente de sangre castellana;

se habrá asolado el reino con la guerra que es una de las mayores calamidades que pueden caer sobre un pueblo, y se habrá perdido un tiempo precioso, porque siempre es precioso el tiempo que puede emplearse en hacer fuerte, rico, feliz y respetado a un reino. Habéis hablado con acento hueco de un cobarde asesinato. No puede llamarse tal a un hecho preciso, dictado por la justicia, que ahorra sangre, dinero y tiempo, esos tres poderosos elementos de vida de los pueblos; así, pues, señor Diego Cervantes, vuestras palabras nos obligan a preguntar a esta asamblea si considera como justicia la muerte del rey, siquiera se haga con cautela, con engaño y por la mano de una mujer armada con un puñal o un veneno.

—¡Cómo justicia! ¡Cómo justicia necesaria!—exclamó unánimemente la asamblea.

—¡Se aceptan las proposiciones del judío Saul-el-Julam! Hay entre nosotros—continuó—un valiente noble incapaz de una traición, de espíritu fuerte y de voluntad de hierro; ese noble tiene bien guardados castillos y es, por otra parte, enemigo irreconciliable del rey. Ya comprenderéis que me refiero a don Juan de la Cerda. ¿Os satisface como guardador de Saul?

Y Alburquerque se volvió a don Juan de la Cerda.

—¡Sí!, ¡sí!, ¡sí!—exclamaron todos.

—Y vos, don Juan, ¿os encargáis de buena voluntad de guardar al judío Saul?

—Sí.

—¿Y de respondernos de él?

—Sí.

—Nobles prelados, hidalgos, mesnaderos y procuradores de las Comunidades y universidades del reino, todos los que estáis aquí reunidos conmigo, ¿aceptáis la propuesta del judío Saul-el-Julam?

—¡Sí!, ¡sí!—todos contestaron.

—¡Sí, todos menos yo!—dijo el inflexible procurador de las Comunidades.

—¡Ah!, ese hombre encontrará una recompensa digna de su nobleza—exclamó Perucho.

—Se tendrá presente vuestro voto, señor Diego Cervantes—dijo con un ligero acento de amenaza Alburquerque; pero como el reino, legítimamente representado, ha optado entre la guerra y el asesinato, me veo obligado a declarar, *por más que lo sienta*, que el reino acepta las proposiciones del hebreo Saul-el-Julam.

Una sonrisa innoble asomó en el semblante del judío.

—Por lo tanto, Saul—añadió Alburquerque—, dentro de tres días tendrás en tu poder las quinientas mil doblas estipuladas.

—Yo aprovecharé esos tres días de modo que tres días después de la entrega del dinero haya muerto don Pedro

—Al recibir ese dinero, cuida de que haya una persona que se haga cargo de él; porque te quedarás en poder de don Juan de la Cerda.

—Descuidad; todo está preparado.

—En ese caso, señores, hemos concluido; la nobleza reunirá esa suma. Dentro de seis días volveremos a congregarnos aquí para recibir la nueva de la muerte del rey o para obrar en justicia contra Saul.

Alburquerque se levantó y apagó las luces, quedando de nuevo la iglesia envuelta en las sombras, que no bastaban a esclarecer la turbia luz de la lámpara del altar.

Oyéronse por algún tiempo murmullos, pasos, rumor confuso de gente que se alejaba, y al fin la iglesia quedó silenciosa y desierta.

—¡He aquí, he aquí un rato bastante divertido y una excelente banda de traidores que se van alegres y descuidados! Pero ¡bah!, ellos volverán dentro de seis días, y como tendremos preparada la red, no se nos escapará ninguno; sacaremos de la tal red por una oreja al señor Diego Cervantes y veremos si merece que le perdonemos o que le volvamos a echar dentro. Y esta carta que he encontrado en el sillón, ¿será de la madre o de la hija? No importa; las dos son bellas, fruta de primavera la una y de invierno la otra, pero que entrambas parece deben ser exquisitas. Vamos, que el rey, en buena hora, se muestre delante de su corte circunspecto y grave; aunque no es viejo, está muy puesto en razón; pero el paje Pedro, que anda envuelto en nube de aventuras y perdido tras ellas en las calles de Sevilla, es distinto. Salgamos de aquí, donde nada tenemos que hacer, y trasladémonos a otra parte donde, acaso, hacemos mucha falta.

Dicho esto, se levantó, buscó a tientas la puerta, y al llegar a ella sintió un poderoso ronquido.

—Este maldito monago duerme que no ha más que pedir—dijo el paje—; pues será necesario que despierte mal que le pese. ¡Eh, bribón!—añadió, dándole fuertemente con el pie—, arriba. ¿Pensas que hemos de estar aquí toda la noche?

—¡Ah! ¿Sois vos, caballero?—exclamó, incorporándose—. Pues mirad, me había olvidado. Y es verdad; es necesario

echaros a la calle; dejad que cierre la puerta de la tribuna; vamos, ya está, asíos a mi balandrán y seguidme.

El paje se asió al ropón de Deogracias, y por el mismo camino que habían seguido antes, llegaron al cementerio.

Deogracias llegó a la puerta y metió la llave en la cerradura; si la puerta hubiera sido de cristal, hubiera podido ver Perucho dos sombras que, al sonar la llave en la cerradura, huyeron precipitadamente de la puerta y fueron a ocultarse en un oscuro soportal inmediato.

—Me has servido bien—dijo el paje a Deogracias—, y quiero recompensarte más de lo que lo he hecho: toma.

Deogracias percibió el sonido del oro y palpó cuatro monedas.

—Dios se lo pague a vuesa merced, caballero—exclamó conmovido por la alegría.

—Aún no basta eso. Mañana, en cuanto amanezca, ve a buscarme al alcázar.

—¿A buscaros al alcázar?... ¿Y cómo, señor?

—Por la puerta de los jardines.

—¿Y por quién preguntaré?

—Por el paje Pedro.

—¿Y nada más?

—Nada más; adiós.

—¿No quiere vuesa merced que le acompañe?

—¿Y para qué quiero yo tu compañía?, buena ayuda, ¡ira de Dios! Retírate. Cierra, y procura que nada sospeche maese Longinos. Te espero después del amanecer.

—No faltaré, señor.

Perucho se alejó y Deogracias cerró la puerta, murmurando:

—Apostaría cualquier cosa a que soy más rico que maese Longinos.

Inútil es decir que Deogracias sintió de una manera tan punzante los efectos de la posesión de algunos florines, que no fué necesario que, según costumbre, maese Longinos le llamase para tocar las Avemarías y abrir la iglesia.

\* \* \*

Perucho se encaminó rápidamente a casa de doña María de Hinestrosa, sin dejar de revolver entre sus manos por el camino el papel que había encontrado en el sillón de la tribuna. A lo lejos, sin que el paje pudiera apercibirse de ello, le seguían las dos tenaces sombras.

Al pasar por delante de un nicho, en el que había la imagen de una Virgen de los Dolores, Perucho se detuvo.

—Afortunadamente—dijo—aún no se ha apagado la luz de este ex voto, y puedo ver lo que este papel contiene.

Y diciendo y haciendo, sacó las dos manos de debajo de su ropón rojo, desdobló un papel y vió que decía:

*La confianza que habéis hecho de mí me honra. He recibido el molde en cera de la llave del jardín, y el cerrajero me ha prometido tenerla dispuesta para el jueves. Esperadme preparada a todo. Yo os salvaré.*

—¡Misterios y más misterios!—dijo Perucho—. He aquí una mujer en peligro, cuyo nombre no se sabe a quién ofrece libertar el jueves un hombre cuyo nombre se ignora; pero este hombre ha mandado hacer una llave a un cerrajero, por medio de un molde de cera. Bien; hoy es lunes...; bueno..., páreceme que sabremos si es la madre o la hija, qué peligro las amenaza y quién es el salvador. Y pues de llaves se trata y tenemos en nuestro poder una que puede llevarnos hasta doña María, vamos allá.

Perucho siguió adelante, y poco después penetraba por el postigo de la hermosa dama.

Antes del amanecer se abrió de nuevo aquel postigo.

—¡Ah! ¡Señor!—exclamó una dulce voz de mujer; vos tenéis mi honra... ¡No me olvidéis!

El hombre contestó con acento ardiente algunas palabras en voz baja; resonó un doble beso, audaz el uno, tímido el otro, una sombra se deslizó confusa a la dudosa luz del alba, y el postigo se cerró.

Entonces un hombre y una mujer aparecieron también en la calle.

—He pasado una horrible noche—dijo la mujer—; pero ya sé lo que tenía que saber. Vamos a casa, Juan, vamos.

Y Salomé, que ella era, y su acompañante, se perdieron a lo largo de la calle.

## CAPITULO VII

Inútil es decir que Deogracias, impaciente, sin esperar a que nadie le llamase, hizo oír a los vecinos de San Juan de la Palma el toque de Avemaría media hora antes que de costumbre. Algunos, al escucharla se levantaron, abrieron sus ventanas y al ver que era de noche, no faltó quien dijo con asombro:

—¿Pero, Señor, qué es esto? De repente ha menguado el día media hora.

A nadie se le ocurrió que Deogracias se había levantado media hora más temprano.

En tanto, el monago, menguador del día, o, mejor dicho, alargador para aquellos a quienes había obligado a levantarse, tomó una alcuza y una cerilla encendida y se fué a restablecer la lámpara del altar antes de abrir la iglesia, en razón de que la dicha lámpara se apagaba, no sabemos por qué, todas las noches.

Cuando Deogracias entró en la iglesia, encontróse, con admiración suya, levantado a maese Longinos, que no acostumbraba a dejar el lecho hasta la salida del sol, y atareado en quitar la mesa y los escaños que habían servido para la asamblea nocturna.

—Mucho habéis madrugado, señor holgazán—dijo maese Longinos, mirando de una manera terriblemente escudriñadora al monago.

—No habéis vos madrugado menos, maese Longinos; aún no es de día claro.

—¿Lo que no ha impedido que toquéis las Avemarías?

—Yo creí que era ya hora.

—¡Cómo! ¿Os han molestado también los duendes?

—¡Los duendes!—exclamó, fingiéndose más que atónito el monago.

—¿Y quien sino ellos han podido hacer esto?

—¿Y qué es eso?

—¿Pues no veis? La mesa de las ánimas, el repostero de las ánimas y los escaños de las ánimas...

—Pero maese, ¿cómo pueden haberse atrevido a entrar los duendes en la iglesia?

—Ahí veréis. ¡No hay nada seguro de esos malditos!

—En verdad, en verdad, que huele a azufre.

—¡Ya lo creo!... Y es necesario avisar al señor vicario.

—Iré, iré al momento—exclamó Deogracias, que estaba impaciente por verse fuera de la iglesia y camino del alcázar.

—No, no; es necesario que yo vaya, esto es demasiado grave.

—Pero...

—¿Qué me tenéis que replicar?—exclamó todo hosco maese Longinos, que estaba todo en ascuas por el madrugón y las ojeras de su acólito.

—Nada.

—Pues barra vuesa merced gentilmente la iglesia, mientras yo pongo en su sitio lo que los duendes han descompuesto; abra luego, póngase la sotana y la sobrepelliz, y sirva mientras yo vuelvo de la sacristía.

Deogracias hubo de resignarse.

Maese Longinos concluyó, salió y el monago barrió la iglesia, la abrió y devorado por la impaciencia ayudó cuatro misas consecutivas antes de que volviera maese Longinos.

Este venía hablando misteriosamente con un clérigo alto, seco y de semblante cándido.

—Pero es menester dar parte al arzobispo—decía el clérigo.

—Cierto; pero entre tanto serían buenas algunas aspersiones.

Deogracias hubo de resignarse a perder otra hora larga, por aquellas oraciones y aspersiones.

Al fin se vió libre y partió a todo correr, sin acordarse de almorzar, al alcázar.

Cuando llegó, jadeando, al postigo de los jardines, apenas tuvo fuerzas para llamar, desfallecido por el hambre y por la vigilia.

Pero aunque su llamamiento fué leve, el postigo se abrió en el momento, y Deogracias retrocedió ante el barbudo semblante y la mirada sombría de un balletero de maza.

—¿A quién buscáis?—dijo el balletero.

—Al paje Pedro—contestó temblando el monago.

—Seguidme.

—¿Que os siga?

—Sí, sí, señor; que me sigáis—dijo el balletero, asiendo de un brazo a Deogracias y metiéndole dentro, después de lo cual cerró el postigo y se colgó la llave en el puñal.

—¿Y adónde he de seguirlos?

—Nada os importa.

—¡Dios mío!—exclamó el monago—. ¡Y que haya tenido tan-

ta impaciencia por venir a un lugar donde no sé lo que va a ser de mí!

Esto contristó un tanto a Deogracias. Pero como tenía poca edad y nada que perder, siguió al balletero, que se internó por los jardines verdaderas maravillas del arte y de la naturaleza.

—¡Y vive aquí el señor Pedro!—dijo el monago, admirado.

—Aquí vive—contestó secamente el balletero.

—¿Y todo esto es suyo?

—¿Cómo si es suyo?... Estos jardines y estos alcázares son del rey de Castilla.

—Perdonad, perdonad, señor balletero; pero el señor Pedro parece tan rico y tan principal...

—Yo lo creo, si es rico y principal... ¡Diablos!—exclamó el balletero. ¡Así lo fuera yo!

—¿Cómo os llamáis, hidalgo?—dijo Deogracias, que era de suyo entrometido.

—¿Os importa?

—Me parecéis hombre de puños y de bríos. ¡voto ah!, y yo gusto saber el nombre de los valientes.

—Pues bien—dijo el balletero, cediendo a aquella adulación—: me llamo Juan Diente.

Y el balletero no se dignó hablar más, ni contestar a las sandias preguntas que le hacía a cada paso Deogracias, cuya admiración crecía a cada paso, delante de las magnificencias de todo género que se veían en los jardines.

Pero la admiración del acólito llegó casi a ser un vértigo, cuando abriendo el terrible Juan Diente un postigo, le introdujo en una de las galerías bajas del alcázar.

Allí, bajo techos de cedro, dorados y matizados, bajo cúpulas resplandecientes, los muros lucían con un esplendor magnífico sus arabescos, sus colores, sus dorados, sus matices; graciosos arcos festoneados se apoyaban en columnas de alabastro; claras fuentes brotaban del pavimento, y de las ensambladuras pendían jaulas de oro, encerrando hermosos pájaros. Don Pedro había construido un alcázar, rival de la Alhambra de Granada, le había alhajado con una magnificencia verdaderamente oriental, y Deogracias se sintió malo abrumado por tanto lujo.

—¡Y aquí vive el paje Pedro—exclamaba Deogracias en el colmo de la admiración—. ¡Y aquí vive!

—Y aquí también podéis vivir vos—dijo Juan Diente al monago.

—¿Que puedo yo vivir aquí?

—Ciertamente.

—¿Y cómo?

—Si sabéis servir a su señoría.

—¡Yo servir al rey!

—Ya le servisteis anoche introduciendo al paje Pedro en la iglesia de San Juan de la Palma.

—Pues mirad, no lo sabía.

—Los mejores servicios son los que se hacen sin saberlo.

—¡Ah!—exclamó Deogracias, viendo venir algunas personas ricamente vestidas por un extremo de la galería, en medio de las cuales venía una dama hermosísima. Yo quisiera esconderme, señor hidalgo.

—¡Esconderos! ¿Y por qué?

—Entre esa gente debe venir el rey, y si me ve con mis harapos...

—¿Y qué os importa? El rey don Pedro mira con más benevolencia a los pobres que a los ricos.

—Pues dígoos que el rey don Pedro es un gran rey... para los pobres.

Apenas había dicho Deogracias estas palabras, cuando se vió obligado a apartarse rápidamente y a quitarse su maltratado bonete, a imitación de Juan Diente, que se había despedido, aunque con menos precipitación, de su gorra de mallas. Esto consistía en que había llegado a ellos la dama y las personas que la acompañaban.

Era la dama una joven como de veintitrés años, de mediana estatura, rubia, blanca, con hermosísimos ojos garzos, coronados por unas deliciosas cejas negras. Deogracias, al verla, creyó tener delante un ángel de Dios en figura de mujer; pero lo que más le maravilló fué la intimidad y la franqueza con que el paje Pedro, que iba a su lado, hablaba y se sonreía con ella. Esta dama y el paje iban delante de un grupo de damas y caballeros que les seguían a poca distancia.

—¡Oh!—exclamó el paje, descubriendo a Deogracias—. He aquí mi acólito—y separándose de la dama, después de haberla contestado en voz baja a una pregunta, que sin duda le había inspirado el extravagante aspecto del monago, dejó pasar el acompañamiento y se dirigió a Juan Diente y al acólito.

—En verdad, en verdad que te esperaba más temprano—dijo el paje.

—Maese Longinos me ha entretenido, señor—contestó Deogracias, vindicándose.

—¡Ah! ¿Te ha entretenido maese Longinos? En cambio tú me entretienes a mí y me evitas de oír la sabrosa plática que dirá en la capilla el obispo de Salamanca acerca de la continencia. Pero no importa; doña María me referirá después esa plática y de este modo ganaremos en la dulzura de la voz de quien nos la dirá, y sobre todo en brevedad. Y bien, ¿qué te parece el alcázar, Deogracias?

—Esto es la gloria, señor, y luego esa dama es tan hermosa... y parece amaros tanto...

—¡Ah! ¿Tú crees que esa dama me ama?

—Se le conoce, señor, a tiro de ballesta.

—Cuidado con lo que dices, Deogracias, porque esa dama es doña María de Padilla, y si el rey llegase a entrever que tú propalabas que doña María ama a un paje...

—Sin duda me he equivocado, señor—exclamó con precipitación Deogracias.

—Acaso no te equivoques, pero no lo digas... Esto debe quedar entre nosotros; el buen Juan Diente sabe a qué atenerse...; en cuanto a ti, cuento con tu discreción.

—¡Cómo mi discreción, señor, y lo que yo he visto lo ha visto una multitud de señores!

—No importa; ésos también saben a qué atenerse.

—¿Pero, señor, no teméis que el rey?

—Nada absolutamente, Deogracias.

—¡Oh!—exclamó el monago, abriendo la boca escandalizado.

—Y bien, Juan—dijo Perucho, que por tal nombre le conocemos, volviéndose al ballestero—: ¿Qué has averiguado?

—El muerto está en su casa en un lecho de honor, y se dicen cosas por Sevilla...

—¿Y hay algo de importante en esas cosas?

—Nada, señor.

—¿No se sabe quién es el homicida?

—No, señor; la justicia anda que bebe los vientos; pero parece que se ha tragado la tierra al matador.

—¿Y no han encontrado ningún vestigio!

—Sí, por cierto, un birrete de brocado; pero tal como el que llevan los nobles; en cambio, la gorra del muerto se ha perdido.

Deogracias, al escuchar estos indicios, palideció y murmuró para sí:

«Pues ya sé yo quién es el matador.»

Pero este cambio de fisonomía del monago pasó desapercibido para Perucho y el ballestero.

—¿Y ella?—continuó el paje.

—Irritada, colérica, jurando venganza, llorando, gritando.

—¡Diablo! ¡Diablo! Es necesario que nunca faltéis de allí tú o Rodrigo Pérez. Salomé es capaz de todo; pero ya tendré medio de aplacarla. Y oye: ¿has encontrado al cerrajero que se ocupa en...

—No solamente he encontrado uno, sino dos.

—¿Dos y tan pronto?

—Desde antes del amanecer andan sueltos por Sevilla diez ballesteros, cada uno de los cuales llevaba una bolsa de oro: han visto a todos los cerrajeros de la ciudad, y al fin han encontrado a dos que tenían moldes de cera. A fuerza de oro han consentido en entregarnos cada cual una llave.

—¿Y los dos el jueves?

—Sí, señor.

—Es extraño, vive Dios; mejor, mucho mejor: una aventura más.

Deogracias, si había entendido una parte de lo del muerto, no había entendido una palabra acerca de las llaves; y el paje y Juan Diente habían hablado en alta voz de ello, seguros sin duda de no ser entendidos.

—Es necesario vigilar mucho, Juan—dijo Perucho.

—Vigilaremos, señor.

—Y, sobre todo, tener preparadas las manos y las mazas.

—Siempre lo están, señor.

—Y ahora más vigilancia que nunca; las cosas se complican, y esa maldita peste negra, que se ha declarado en Argel, avanza con una rapidez espantosa; con ella viene el hambre..., y un pueblo azotado a un tiempo por el hambre y por la peste...

—Lo que esté en manos de los hombres lo haremos con la ayuda de Dios.

—Allí viene Hinestrosa, Juan; sal y adviértele—dijo Perucho, señalando a un caballero como de cuarenta años, que avanzaba por un extremo de la galería. Tú, Deogracias, sígueme.

Perucho partió como quien escapa a lo largo de la galería, y Deogracias, asustado por la posición, inusitada para él, en que se encontraba, le siguió a paso largo.

El paje llegó torciendo por un pasadizo estrecho, a una pequeña puerta que abrió con una llavecita dorada; hizo pasar

al monago, cerró y después de haber atravesado una estancia oscura, se encontraron en una cámara, dentro de la cual llegó a su colmo la admiración de Deogracias.

La mayor parte de los objetos que se encontraban en ella eran desconocidos para él; pieles de panteras, que conservaban las cabezas amenazadoras, con sus largos colmillos cruzados; riquísimas bujerías, sobre mesas maravillosas; muebles dorados; armas de caza y de guerra, incrustadas de metales preciosos; cortinajes de brocado; muros labrados y matizados con un primor admirable; alta la cúpula, con transparentes, por donde entraba una dorada y lánguida luz; todo allí era rico, bello, encantador. Perucho se sentó en un ancho diván de seda carmesí y dijo a Deogracias, que permanecía en pie y bonete en mano:

—¿Ha sospechado maese Longinos mi entrada en la iglesia?

—No, señor...; sin embargo, me miró mucho, reparó en mis ojeras y me dijo que los duendes de la casa maldita habían estado en la iglesia y jugado con la mesa y los escaños de ánimas.

—Los duendes, ¿eh?

—No lo toméis a burla, señor—dijo Deogracias, notando la sonrisa incrédula de Perucho; si los duendes no han entrado esta noche en la iglesia, pueden entrar cuando quieran, porque los tenemos vecinos..., en la casa de enfrente.

—¿En la casa de enfrente de la iglesia?—exclamó Perucho, soltando la carcajada.

—Mucho que sí, señor—exclamó con un acento de gravedad ofendida el monago—. Dos sombras negras, algunas noches, en la ventana de la casa...; dos sombras que se besan...; dos duendes en figura de hombre y mujer.

—¿Con que todo eso has visto?

—No lo he visto yo solo, sino también maese Longinos y su mujer.

—Pues escucha: yo te había llamado para otro asunto.

—¿Para qué asunto, señor?

—Es necesario que vigiles a maese Longinos.

—Le vigilaré.

—Que estés siempre dispuesto a introducirme en la iglesia como esta noche pasada.

—Lo estaré.

—Que escuches cuanto hable; que no solamente lo escuches, sino que procures adivinar los pensamientos de maese Longinos.

—Lo haré, señor.

—Además, y puesto que de duendes se trata, quiero que vigiles esa casa encantada. Si sale de ella algún duende, ya sea en figura de hombre o de mujer, le seguirás.

—Le seguiré aunque me muera de miedo, señor.

—¡Miedo! Para ahuyentar a un duende no hay nada como esto—y Perucho se levantó y tomó de un trofeo de armas un largo puñal con pomo de acero—. Toma, y usa a tiempo de él si, sirviéndome, te ves en algún peligro. Además, en muestra de lo que haré por ti, guarda este bolsillo.

—¡Señor, señor! ¿Y teniendo tanto dinero como el que vuesa merced me ha dado he de servir a maese Longinos?

—Sirviéndole me sirves. Además, no te compres ni una sola camisa ni des a conocer que tienes dinero, esto haría concebir sospechas a maese Longinos. Sírveme bien, esto es, sigue siendo lo mismo que eras; cumple mis órdenes, y antes de mucho yo te pondré más dorado que un escudo.

—Os serviré, señor.

Abrióse en aquel momento otra puerta de la cámara y asomó la cabeza Juan Diente.

—Señor, su señoría os llama—interrumpió el balletero.

—¡Que me llama el rey!—contestó con extrañeza Perucho—. Pues en verdad, en verdad, que no sabía yo que me necesitase.

—Pues os necesita de una manera urgente, señor.

—Obedezcamos, pues—dijo Perucho, levantándose de mala gana—. He aquí, Deogracias, que un vasallo leal se ve obligado a obedecer aunque esté bien entretenido. Adiós, pues; no olvides lo que te he dicho, y espera aquí a que vengan a sacarte del alcázar.

Perucho salió de la cámara, cerró la puerta y dirigiéndose con severidad a Juan Diente le dijo:

—¿Qué farsa es esta? ¿Para qué necesita el rey al rey?

—Vuestra señoría, señor, me encargó que nada pudiese sospechar ese muchacho, para el cual no pasáis de ser un paje, y era preciso que vuestra señoría fuese lealmente servido.

—¿Y bien?...

—Vuestra señoría tiene expresamente mandado a sus servidores que cuando alguna persona venga a pedirle justicia se le avise aunque esté a los pies del confesor.

—¡Ah! ¿Vienen a pedirme justicia?

—La familia entera del muerto.

—Pues voy al momento. Tú entra y échame fuera del alcázar a ese mozangón.

De seguro antes de ahora nuestros lectores han conocido en Perúcho al rey don Pedro, puesto que nosotros no hemos tenido un gran empeño en ocultarle. El era, en efecto, aquel paje, tan alegre y enamorado unas veces, tan sombrío y pensador otras; y ya que al fin hemos revelado su nombre, permítannos nuestros lectores que, antes de que dé la audiencia a la querrellosa familia del difunto, les demos a conocer de carácter es aún un problema histórico que no puede resolverse una manera más extensa a aquel terrible rey, cuyo verdadero se bien, puesto que cada cual ve al rey don Pedro a través de sus pasiones y le absuelve o condena con arreglo a ellas (1).

El rey don Pedro de Castilla había nacido en el alcázar de Burgos al trasponer el sol el día 3 de agosto de 1333; pero había tenido la desgracia de nacer de la reina doña María de Aragón, esposa de don Alfonso el Onceno.

Y decimos la desgracia porque, a pesar de que el rey don Alfonso era galán benévolo, de carácter afable y corazón recto, la reina doña María no había sabido inspirarle amor ni aun respeto. De más edad que él, desprovista de hermosura y aun de esas gracias que hacen tolerable a la mujer menos agraciada, la reina doña María, sin serlo, se hacía insoportable por lo activo y atrabiliario de su carácter, por su recelo, su suspicacia y su orgullo; el rey don Alfonso, en vez de encontrar atractivos en su esposa, sólo encontró frialdad; y hombre de corazón ardiente, entusiasta y al mismo tiempo sensual, sintió un vacío en su alma, necesitó llenarlo, y lo llenó al fin con los amores de otra mujer que no era su esposa.

Esta mujer era doña Leonor de Guzmán, joven viuda, una de las beldades con que se enorgullecía Sevilla, descendiente de una ilustre familia castellana. El rey, muy joven aún cuando la conoció, puesto que sólo tenía veintidós años, encontró en ella la mujer que debía dominarle e influir de una manera tan poderosa en su vida sucesiva. Apenas la reina doña María hubo dado a luz al príncipe don Pedro cuando su marido la abandonó enteramente, y se arrojó en los brazos de doña Leonor de la Guzmán, de la que no se separó ya hasta su muerte.

Doña Leonor, a una hermosura extremada, a un encanto

---

(1) La vida de don Pedro de Castilla ha servido de inspiración a Manuel Fernández y González para su gran novela *Don Rodríguez de Sanabria*, en esta mismo colección.

irresistible, a un talento poco común, unía una ambición sin límites, y desde que empezaron sus amores dominó a Alfonso el Onceno, fué su confidente, participó de todos sus proyectos, y vivió pública y desembozadamente con él, dándose y haciéndose dar el trato y estado de reina.

Esta mujer extraordinaria dió repetidas y constantes pruebas de que, por su prudencia, por su valor, por su talento, no era indigna de la elevación a que la habían conducido los amores del rey: ella le aconsejaba, ella le alentaba, ella le hacía acometer empresas en cada una de las cuales aumentaba su gloria, y partía, en fin, con él el peso del gobierno; en las ausencia del rey, los altos oficiales de la cancillería y de palacio despachaban con ella los asuntos públicos y la besaban la mano como a *señora propietaria de Castilla* (1).

Además del ascendiente de su hermosura y de su talento, había hecho pesar sobre el rey la influencia de sus parientes y deudos, colocados todos en los más altos cargos del estado; había obtenido para sí fuertes y numerosos castillos, cuyas alcaldías estaban confiadas a servidores fieles; se había procurado inmensas riquezas, y, al morir su hermano don Alfonso Méndez, maestre de Santiago, se apoderó de los sellos de la orden, y la administró y gobernó (2) a nombre de su hijo don Fadrique, que había dado a luz en un mismo parto con su hermano don Enrique.

Hizo además elegir maestre de Calatrava a Pérez Ponce, uno de sus parientes, y de esta manera tenía siempre a sus órdenes dos pequeños ejércitos.

Entre tanto, la reina doña María devoraba sus celos y su despecho abandonada en el alcázar de Sevilla, sufriendo injurias que cada día se hacían más graves; fecunda en todos conceptos, doña Leonor de Guzmán había dado a Alfonso el Onceno diez hijos, nueve varones y una hembra (3). A la

(1) E quando el rey ia fora do reino os officiaes de justiza é da chancellaria ficavam con ella, como senhora do stado de Castella, e faziao ó que ella mandava... E como as mais des mulheres sao naturalmente váas é ambiciosas, moormente as daquelle stado de vida errada, asi dava é mau é beisar como senhora propietaria de reyno de Castella.—*Chronicas dos reis de Portugal*, de DUARTE NÚÑEZ DE LIAO.

(2) *Bulario de Santiago*.—AYALA.

(3) Tenía el rey don Pedro estos hermanos hijos de doña Leonor de Guzmán: don Enrique, conde de Trastamara; don

cabeza de esta larga prole de bastardos figuraba como primogénito don Enrique, a quien su padre, educándole para ocupar el primer puesto entre los magnates castellanos, había dado una casa de príncipe y el opulento dominio de Trastámara, con el título de Conde, rarísimo en aquel tiempo y que sólo con muy raras excepciones se daba a los miembros de la familia real. Don Fadrique, su heredero, apenas había cumplido diez años cuando fué puesto en posesión del maestrazgo de Santiago, nombramiento que no sólo servía para dar una noble y respetada posición a don Fadrique, sino también para agregar a la corona una orden poderosa y turbulenta que podía influir, estando separada y casi independiente, sobre el trono de una manera grave.

El rey don Alfonso se hacía acompañar a todas sus empresas por don Enrique y don Fadrique; hacíalos con su ejemplo buenos caballeros; los adiestraba en la guerra y, sin pensarlo acaso, hacía nacer y desarrollarse en ellos gérmenes de rebeldía que debían, andando el tiempo, ser una fatalidad incontestable para su hijo legítimo el príncipe don Pedro, que pasaba entre tanto una vida oscura al lado de su madre, lejos de los combates; creció testigo de las humillaciones de la reina doña María y absorbiendo lentamente el odio mortal que ésta sentía contra la favorita y los bastardos.

Esto decidió en sus primeros años del carácter de don Pedro. Irritado continuamente por la insolencia de los cortesanos, que en la reina sólo veían un poder caído y en el príncipe un dudoso heredero de la corona; viendo a sus hermanos cubiertos de brillantes arneses, ricos, considerados, adulados por todos, empezó a desarrollarse en él aquella irritabilidad, aquel furor sordo, aquella crueldad hasta en la justicia, que fueron siempre los rasgos distintivos de su carácter.

Las impresiones que se reciben en la infancia jamás se borran del alma, y don Pedro empezó a formar la suya bajo la influencia de la desesperación de la reina doña María. Puede decirse que el rey don Alfonso, abandonando a doña María por doña Leonor de Guzmán, preparó el largo período de rebel-

---

Fadrique, maestro de Santiago; don Fernando, señor de Ledesma, y don Tello, señor de Aguilar. Además de éstos, tenía otros hermanos: doña Juana, que casó adelante con don Fernando y con don Felipe de Castro; don Sancho, don Juan y don Pedro; porque otro don Pedro y don Sancho murieron siendo aún pequeños.—MARIANA: *Historia general de España*. Libro XVI, capítulo XVI.

días y de guerras intestinas que sus hijos bastardos sostuvieron contra su hijo legítimo; que el abandono de este último en poder de una madre violenta y vengativa, los últimos ultrajes sufridos por el príncipe, la soberbia de don Enrique y don Fadrique, acostumbrados al mando y a la adulación de los cortesanos durante la vida de su padre, debían producir fatales resultados a la muerte del rey don Alfonso.

Cuando esta muerte aconteció, a causa de la peste negra, en el cerco de Gibraltar, el mal no tenía remedio; los bastardos estaban demasiado sobre sí para obedecer sin repugnancia a un hermano a quien habían despreciado, y en éste se había desarrollado ya ese carácter cuestionable que no ha delineado de una manera clara la historia, y que produjo el espectáculo de una monarquía que se defendió de una manera brutal de los ataques no menos brutales de una oposición facciosa.

La educación de don Pedro había sido, por otra parte, la más a propósito para viciar su carácter: su madre no había cuidado de imbuirle otros sentimientos que los de odio y exterminio hacia la mujer que le separaba de su padre, hacia sus hermanos, hacia los vasallos que los habían servido. Por lo demás, le había dejado en entera libertad de obrar y, lo que era peor, le había dado un funesto ejemplo con sus liviandades. Apenas salió de la adolescencia, ya era don Pedro el mancebo sensual, irascible, aventurero, refidor, audaz y profundamente cruel que vemos, ya rey, en la historia. Cansado de ver reducidos sus galanteos a la servidumbre bella del alcázar, salió de noche, solo o mal acompañado, emprendió una vida a lo don Juan Tenorio, con todos sus empeños, todas sus impurezas, todos sus peligros. Los consejos de su madre, sus excursiones nocturnas, sus continuas rifias, le habían hecho duro, terrible, valiente, cruel; durante mucho tiempo aquel joven, que debía ser rey, disfrazándose, saliendo a deshora del alcázar, corriendo a oscuras, en busca de un galanteo, las estrechas callejas de Sevilla, rebozado en un manto, con una espada en la mano, empezó a conocer el mundo, estudiándolo en la página hedionda escrita con la impureza de las rameras y de los rufianes; pero esto le fué en cierto modo provechoso porque le hizo conocer lo que muy pocos príncipes han conocido a causa de su aislamiento: la razón de los vicios del pueblo, sus virtudes, su espíritu; de una manera fatal se hizo rey, y rey justiciero siendo calavera; y las desdichas que había visto en sus excursiones nocturnas, desdichas que jamás

se bóraron de su memoria, le hicieron protector de los débiles, del mismo modo que las afrentas que había sufrido de la nobleza le hicieron incontrastable con los fuertes. Entonces nació aquel rey cruel y justiciero a la par; oscuro *pandoemonium* en donde hervían revueltos todos los vicios con todas las virtudes, dando por resultado un carácter anómalo, contradictorio, y cuya excentricidad hace que no se le conozca bien, a pesar de todos los esfuerzos con que en nuestros tiempos la filosofía procura esclarecer la historia.

Su educación, sus costumbres, le hicieron déspota, sombrío, terriblemente celoso de su autoridad, receloso, violento, cruel y justiciero, pero de una manera terrible; a los veinte años, con una hermosura y una brillante juventud de niño, tenía un alma de viejo; sabía que no podía fiarse de los servicios de nadie, y, en cuanto le era posible, se servía a sí mismo, constituyéndose en espía y deshaciéndose a veces de sus enemigos en medio de una calle oscura, solo, con su valor y con su espada, incógnito, valiéndose de un pretexto futil, como había acontecido con Alvaro Gómez. Rígido para las faltas de los demás, era ciego para las suyas propias, y, arrastrado por sus pasiones, era capaz de todo; para él, el amor, su primer vicio, no era amor, sino deseo: toda mujer hermosa o difícil le inspiraba un empeño obstinado, y, generalmente, su amor no duraba más que lo que tardaba en satisfacerse el deseo; una vez satisfecho, poco le importaban las lágrimas, la desesperación o la cólera de una mujer; había nacido para dejar tras sí un rastro de lágrimas y sangre, y seguía fatal e imparable su camino, sin volver jamás la cabeza para mirar los horrores que quedaban tras él, a la manera que quedan tras el paso de una fiera.

Pero no se crea que ésta era la única faz del carácter del rey don Pedro: cuando no le aquejaba el amor o no le irritaban las rebeldías, era afable, accesible a la alegría, a los goces tranquilos de la vida, a la humanidad, al entusiasmo. Entonces, cambiando enteramente, pensaba en la felicidad de sus vasallos, promulgaba leyes justas y convenientes, protegía la industria, las ciencias y las artes. Se necesitaba un insulto o un deseo contrariado para que se convirtiese en fiera o en reptil. Lo hemos dicho en otro de nuestros libros y lo repetimos ahora: puede compararse al rey don Pedro a una nube que flota tranquila en el espacio; pero que preparada al choque eléctrico, al sentirle lanza de sí en un mismo punto el rayo, el relámpago y el trueno.

En resumen: con la experiencia que había debido a su libertad y a su carácter aventurero, se había hecho astuto y reservado; por razón de sus aventuras nocturnas, se acostumbró a confiar en la sola ayuda de su espada y se hizo no sólo valiente, sino temerario; independiente de todo freno, se hizo voluntarioso e indomable, y, si la rectitud de su alma le hacía odiar el crimen y castigarlo a sangre en los demás, ciego en demasía para consigo mismo, no sólo practicaba el crimen sin conocerlo, sino que, aun cuando alguna vez lo conociese, jamás sentía pesar ni remordimientos. Don Pedro era ya déspota cuando aún, por decirlo así, no había salido de la adolescencia.

Si las personas que rodeaban a don Pedro a su advenimiento al trono hubieran sido otras, es decir, si no hubieran usado del poder y del nombre del rey para sus venganzas, don Pedro no hubiera tenido tantos enemigos, y, por consecuencia, no se hubiera ensangrentado tanto. Pero apenas murió el rey don Alonso el Onceno, caliente aún su cadáver, la reina doña María vengó sus celos y su odio deshaciéndose de la favorita; don Juan Alfonso de Alburquerque se ensangrentó en sus enemigos a nombre del rey, y, cuando le sucedió en la privanza Juan de Hinestrosa, se ensañó del mismo modo en los suyos. Por más que se supiese que el rey no había cometido estos crímenes, la impunidad de los criminales y las honras que seguía dispensándoles le hacían cómplice de ellos, y se esperaba con terror, se creía que no fuesen ya los favoritos del rey los que matasen, sino el rey por su propia cuenta.

Aterróse la nobleza y empezaron las rebeldías decididas, armadas, como tenemos una prueba de ello en la reunión sediciosa de San Juan de la Palma. Y no era sólo el temor de la muerte lo que hacía rebelarse a la nobleza, sino el cuidado por sus honras y sus haciendas. Se habían dado repetidos casos de mujeres arrebatadas de sus hogares, de doncellas seducidas, de esposos y padres desterrados y despojados de sus bienes por la sola razón de haberse atrevido a quejarse. Es verdad que algunas veces las seducciones del rey habían quedado envueltas de tal modo en el misterio, que la condenación no podía caer sobre él: de este modo fué la aventura que puso en sus manos a Salomé.

Y como este es un suceso que tiene relación íntima con nuestra historia, nos permitirán nuestros lectores les refiramos de qué modo arrebató el rey de la casa de Saul a la que se consideraba entre los hebreos como la perla inapreciable de la Judería.

Era, desde la muerte del rey don Alfonso, tesorero del rey don Pedro un judío riquísimo que había acumulado su oro siendo recaudador en el anterior reinado. Don Samuel era por su carácter, por su experiencia y por su valer, a más que por su familia, el judío más influyente, el más respetado, el jefe, en fin, de los judíos de Sevilla.

Simuel Leví, honrado por el rey con una carta de nobleza y con el oficio de tesorero mayor, a pesar de no haberse convertido, señalado favor que debió a su habilidad en captarse con ricos y oportunos dones la voluntad del rey, que, como todos los dispendiosos, era avaro de dinero; don Simuel Leví, repetimos, tenía el torpe vicio de la avaricia, pero de la avaricia más sórdida de que han podido dar ejemplo las debilidades humanas. Por adquirir, era capaz de todo, hasta de vender a sus hijas, y esto, que lo sabía perfectamente el rey, vino a ser la causa de sus amores con Salomé.

Un día que el rey paseaba profundamente fastidiado por los jardines del alcázar se encontró frente a frente con don Simuel; el astuto judío conoció perfectamente la causa de la melancolía del rey, y le dirigió la palabra, resuelto a explotarle.

—Paréceme, poderoso señor, que un mal espíritu está apoderado de vuestra señoría—le dijo.

—En efecto, Simuel; me aburro, me fastidio—contestó don Pedro.

—¡Fastidiaros vos! ¿Vos, que sois el monarca más poderoso del mundo?

—Pues ahí verás, Leví; con toda mi grandeza estoy triste, incómodo, inquieto.

—¡Oh! ¡Oh! Pues no tenéis motivos para estarlo: habéis escapado de la prisión de Toro; habéis cortado algunas cabezas rebeldes; el reino está puesto en respeto, en paz las fronteras; el rey de Granada paga puntualmente sus tributos...

—Sí, sí, todo eso es cierto, y, sin embargo, me fastidio. ¿Querrás creer que hace quince días no he encontrado ni una sola mujer hermosa?

—¡Oh! ¡Oh! ¿Y en Sevilla, donde parece ha arrojado Dios una legión de ángeles de su paraíso?

—Es que hay días desgraciados, en que sólo se ven vestigios con faldas, Simuel; y estos quince lo han sido de desgracia. He recorrido, disfrazado se entiende, Sevilla, desde Triana a San Bernardo, y desde la Macarena a la Torre del Oro, y nada, nada... Es verdad que me queda sin escudriñar

un sitio en donde es fama se guardan las mujeres más hermosas del mundo.

—¿Y qué sitio es ese, señor?

—Ese sitio es la Judería. ¡Ya se ve! Penetrar en ella, aunque a pretexto de hacer compras, es inútil, de todo punto inútil; no se ve una mujer ni por milagro: las guardáis de una manera feroz.

—Nuestras mujeres, señor, necesitan ser más guardadas que otras.

—¡Más guardadas que otras! Y ¿por qué?

—Porque ellas no saben guardarse.

—¡Ah! ¡Ah!

—Cada una de ellas es un infierno de amor—añadió el astuto judío.

—¿Con que de tal modo se enamoran?

—Con toda su alma.

—¿Y son firmes?...; es decir, ¿tienen más fe en el amor que vosotros en la amistad?

—Nosotros, señor, sabemos sacrificarlos por la persona a quien amamos, y yo soy un ejemplo palpable de ello.

—¡Tú!

—Sí, por cierto. ¿Cuándo habéis encontrado cerradas mis arcas?

—El dinero no es la prueba de la amistad.

—¡Santo Dios de Israel! Ved lo que decís, señor: quien nos da dinero, nos lo da todo; porque, bien lo sabéis, sin dinero no puede hacerse nada; hombre pobre es cuerpo sin alma; un rey sin dinero no es rey, sino esclavo; cuando, por el contrario, el hombre más despreciable, si tiene tesoros, es señor de cuanto le rodea: el dinero es la vida, el poder, el orgullo, el amor...; el dinero lo es todo.

—Sin embargo, yo que creo tener dinero...

—¡Que sí tenéis dinero! ¡Poderoso Dios de Sabaot! Sois el rey más poderoso de la tierra: en diamantes y en balajes solamente tenéis un tesoro.

—Pues a pesar de eso, no he logrado ver aún ni una sola de esas ponderadas judías.

—¿Será cierto, señor, que deseáis tener amores con una mujer de la *maña sangre*? (1).

(1) Llamábase así a los judíos que permanecían fieles a sus creencias y a sus tradiciones, y se les vejaba sujetándoles a severísimas leyes que les impedían juntarse libremente con los

—¿Y crees tú que tengan peor sangre los judíos que todos esos nobles que me rodean, dispuestos siempre a la rebeldía en favor de los bastardos? Pues mira, para mí no hay peor sangre que la sangre de los rebeldes, y, sin embargo, he tenido amores con más de una castellana, cuyos parientes han andado huyendo de las mazas de mis ballesteros.

—Yo ignoraba ciertamente, señor, vuestra buena disposición acerca de los judíos.

—Escucha, Simuel: ¿tú puedes introducirme en la Judería?

—Ciertamente, señor.

—¿En tu casa?

—En mi casa.

—¿Puedes promover una fiesta cualquiera, en la cual, yo oculto pueda ver si encuentro lo que hace quince días ando buscando inútilmente?

—Dentro de tres días es la Pascua.

—Pues bien, Simuel, dentro de tres días.

El rey y su tesorero mayor concertaron el medio de encontrar una mujer hermosa, y cuando el judío se separó del rey podía habersele oído murmurar:

—He aquí una buena ocasión para vengarse de Saul: sus dos hijas, Salomé y Thamar, son las doncellas más hermosas de nuestra tribu. Yo haré que el rey las conozca; una vez sea Salomé de él...; sí, sí..., indudablemente es un buen negocio.

En efecto, tres noches después, el rey don Pedro, galán con su hermosura, con su juventud y con un riquísimo traje, acompañado de Simuel Leví, y cuidadosamente rebozado en su capa, entró en la Judería y poco después en la magnífica casa que tenía en ella don Simuel Leví.

Aunque oscura y tétrica en el exterior aquella casa estaba iluminada en el interior de una manera resplandeciente y

---

cristianos, vivir fuera de las Juderías, ejercer profesiones honrosas ni vestir más que un balandrán marcado con una señal de infamia. Por el contrario, en cuanto se convertían al cristianismo eran muy considerados por sus riquezas; sus hijas eran asediadas por los nobles más altivos, y sus hijos tenían abierto el camino para las más altas dignidades, así civiles como eclesiásticas. Ya en tiempos de Alfonso X encontramos judíos prelatos, literatos, estadistas y jurisconsultos; Alonso de Baena, judío converso, compilador de un cancionero general, fué secretario de don Juan II, y don Alonso de Cartageña, obispo de Burgos, era asimismo judío converso.

todo demostraba que estaba preparada para una fiesta. Eran las primeras horas de la noche y nadie había en ella; además, aunque hubiese estado enteramente llena de convidados, ninguno hubiera podido reparar en el rey don Pedro a quien don Simuel introdujo recatadamente por el postigo de un jardín que estaba enteramente oscuro. El judío asió de la mano al rey, le condujo a través de las calles de árboles, y, llegando a la casa, abrió otra puertecilla y le llevó a oscuras por unas estrechas y empinadas escaleras a un pequeño gabinete en el cual había un ajimez con celosías al uso árabe, y desde donde se veía un magnífico salón enteramente alhajado a la oriental. Multitud de lámparas de ágata, de nácar y de seda le iluminaban, haciendo pasar la luz a través de sus respectivos colores y matizando con una especie de mezcla semejante a la del arco iris los arabescos dorados con fondos pintados y matizados.

El salón, como la parte de la casa que había recorrido hasta llegar allí el rey, estaba desierto, y al parecer, sujeto a un encanto. El rey se sentó en un cómodo sillón que le había preparado junto a la celosía don Simuel, y le dijo:

—¿Tardará mucho en empezar tu fiesta?

—Al momento, señor; ya deben estar esperando mis convidados o, por mejor decir, mis convidadas, y mientras sus parientes hablan de asuntos de mercadería, ellas se entretendrán allí abajo y podréis verlas a vuestro placer; después que haya pasado el tiempo necesario para que hagáis vuestra elección, vendré y vos me diréis cuál es la favorecida.

Dicho esto, don Simuel desapareció, y poco después se abrieron las puertas del salón y don Pedro oyó tras ellas risas femeniles y el inequívoco rumor de muchas mujeres jóvenes reunidas para un momento de placer. Poco después se oyeron cítaras y panderetas tañendo uno de esos lánguidos bailables orientales, algunos de los cuales han llegado hasta nosotros, y una brillante pléyade de judías, por decirlo así, entró en el salón, en cuyo centro había una mesa cargada de confituras y refrescos.

Todas eran jóvenes y todas hermosas; todas vestían con riqueza y esplendor, y en todas era el descote y la brevedad de las ropas más exagerada de lo que convenía al pudor; pero es de advertir que, entre ellas, no había un solo hombre.

Don Pedro observó que entre todas ellas la más joven no bajaba de quince años, ni la de más edad pasaba de veinte; las había moreñas, blancas, pálidas, sonrosadas, robustas, es-

beltas; eran, en fin, una colección de tipos encantadores, pero demasiado hebreos. Sin saber por qué, don Pedro, que admiraba la belleza de aquellas niñas, no encontraba ninguna de su agrado.

—Son demasiado desenvueltas; son demasiado sensuales, ¡vive Dios!

Apenas había acabado el rey de formular, suspirando, este pensamiento, cuando sus ojos fijos por acaso en la puerta de la cámara vieron aparecer otras dos mujeres, mejor dicho, otras dos jóvenes: eran Salomé y Thamar.

Ya las hemos descrito a nuestros lectores. El rey encontró en ellas dignidad y pudor, y, sobre todo, una belleza más enérgica que la de las que había visto hasta entonces; además, esta hermosura estaba realzada por un tesoro de riquísimas joyas que llevaba sobre sí cada una de ellas.

El rey las contempló extasiado.

—He aquí dos mujeres—se dijo—que parecen de distinta raza que esas otras; indudablemente entre las judías acontece como entre las castellanas, hay de todo. ¿Y cuál de ellas elegiré? La una—dijo contemplando a Thamar—parece demasiado altiva, demasiado satisfecha y orgullosa de sí misma; mientras que la otra—y entonces miraba a Salomé—parece un ángel de candor y de pureza, y, sobre todo, es más joven y más hermosa. Decididamente la escojo; Dios quiera que ella no me deseche. ¿Dónde estará ése maldito Simuel, que no viene?

Oyéronse entonces pasos en la estancia, y la voz contenida de don Simuel dijo:

—Heme aquí, señor.

—Has tardado mucho, Simuel.

—¡Qué queréis, señor! Mi pariente David me ha estado hablando de cierta pretensión.

—¡Ah!—pensó el rey—. He aquí que el buen don Simuel busca el precio de su tercería—y luego añadió alto—: ¿Y tú estás interesado en que tu pariente logre su pretensión?

—Sí, ciertamente, señor; pero es una pretensión...

—¡Qué!

—Difícil de conceder.

—¿Tan desmesurada es?

—No deja de serlo.

—¿Y está en mi poder el concederla o no?

—Ciertamente, señor.

—¿Y qué es ello?

—Mi pariente desea el cargo de recaudador de los tributos del reino de Galicia.

—¿Y por qué desea ese cargo y no otro?

—Porque tiene grandes provechos, señor..., y está vacante.

—Pues bien; que presente la fianza.

—Es el caso, señor, que, como ya os he dicho, los negocios de mi pariente David están en muy mal estado.

—¿De modo que no puede prestar la fianza?

—De ninguna manera, señor.

—¡Ah! ¡Ah!—dijo para sí el rey—. Ya te comprendo, zorro viejo; quieres hacerme pagar un capricho en cien mil veces más que su valor; pero no importa, enriqueécete, que cuando sea necesario ya te haremos vomitar todas las riquezas que nos hayas robado—y luego añadió alto, con decisión, como si el silencio que había guardado sólo hubiese servido para meditar su respuesta—: Pues bien, Simuel; preséntanos mañana la provisión de ese oficio en tu pariente, a fin de que la firmemos.

—¡Ah, señor! David y yo os estaremos eternamente agradecidos... ¿Y habéis visto algo que os agrade?

—Sí—dijo el rey—. Mira, aquella doncella que está sentada en aquel diván, pensativa, con el bello semblante apoyado en su mano.

—¡Ah! ¡La hermosa de las hermosas; Salomé, la hija de Saul!

—Y, escucha: ¿Si diésemos a ese Saul otra rectoría?...

—Saul es demasiado rico para que consienta en vender a su hija; el precio, en todo caso, sería exorbitante, y peligroso el que le acercáseis a vos, porque Saul es un tanto rebelde.

—Esto pido a Dios: que mis vasallos tengan hijas y mujeres hermosas...—dijo el rey con una complacencia feroz.

—Será necesario—dijo don Simuel— que, respectó a Salomé, os valgáis de otros medios.

—¿Y cuáles?

—Primero será necesario que la enamoréis.

—¿Y cómo, si no puedo hablarla?

—Yo os procuraré que la habléis.

—¿Y cuándo?

—Dentro de un momento.

—¡Ah! ¡Simuel, Simuel! Eres el mejor de mis vasallos.

—¿Y habéis podido dudarlo, señor?... Por vos todo, la vida, el alma...; pero venid conmigo, voy a llevaros a un lugar donde podéis hablar a solas con Salomé.

El rey no se mostró jamás tan dócil: siguió a don Simuel, que volvió a conducirlo al jardín y le introdujo en un magnífico pabellón lánguidamente alumbrado por la luz de una sola lámpara.

—Ocultáos aquí, señor—dijo Simuel, mostrando una pequeña puerta abierta por un tapiz—; dentro de un momento vendré con Salomé.

El rey se ocultó, y don Simuel, contento porque hacía un ultraje a Saul, a quien aborrecía, y por el exorbitante precio con que el rey pagaba sus servicios, se encaminó a la casa; poco después, una vieja esclava entró en el salón donde daban las jóvenes judías y se dirigió a Salomé, que, apartada de ellas, estaba solitaria y triste en el diván.

—Luz del cielo—le dijo la esclava—, mi señor quiere hablarte.

—¿Y quién es tu señor?—preguntó la joven.

—Mi señor es don Simuel Levi.

—¿Y dónde está tu señor?—dijo la joven.

—Sígueme, si quieres, lirio de hermosura.

Salomé se levantó y siguió a la esclava.

Llevóla ésta por suntuosas habitaciones, cuyo lujo apenas fijaba la atención de la joven, y, al fin de ellas, llegó a una galería que daba sobre el jardín. Allí, a la luz de la luna, vió a don Simuel que se paseaba lentamente, haciendo crujir sus largas hopalandas.

—He aquí, señor, a la hermosa de las hermosas, a quien me has mandado buscar—dijo la esclava a don Simuel, y desapareció.

Volvióse el tesorero mayor y se acercó a Salomé.

—¿Qué me quieres, anciano?—dijo la joven.

—Quiero que la hermosa flor de nuestra tribu no esté agostada y marchita—dijo don Simuel, asiendo cariñosamente una mano de la judía.

—En verdad, padre Simuel—dijo Salomé—, que estoy triste, muy triste, y no sé la causa; muchas veces, mis ojos, fijos en la luna, en esa lumbrera de paz que Dios ha dado a la noche, mis ojos se llenan de lágrimas y mi corazón se comprime, pero de una manera dulce: me siento desfallecer; un fuego desconocido inflama mi corazón; vuelvo la vista en torno mío y la soledad que me rodea me entristece. Tú, que eres sabio, padre Simuel, dime en qué consiste mi tristeza.

—Tienes ya dieciséis años, Salomé.

—No creo que sea ese un motivo para ponerse triste,

—¡Oh! ¡Oh! Los dieciséis años son la edad del amor.

—¡Del amor!—exclamó sorprendida Salomé—; pero si yo no amo.

—He ahí la causa de tu tristeza: que no amas, y necesitas amar.

—¡Y a quién he de amar, Dios mío! Saul, nuestro buen padre, nos tiene más encerradas de lo justo; otras muchachas tienen una celosía, tras de la cual pueden ver a las gentes; pero nosotras, Thamar y yo, tenemos nuestras ventanas al jardín, cuyos altísimos muros no permiten ver otra cosa que el cielo y los pájaros que pasan volando.

—¿Pero ese jardín tiene un postigo?

—Sí.

—Por ese postigo puede entrar de noche un hermoso mancebo.

—¡Dios mío!

—Sí, un hermoso mancebo que te ama.

—¡Que me ama!

—Sí, por cierto; más que eso, te adora; está loco por ti.

—Pero ¿dónde me ha visto?

—En mi casa.

—¿Y decís que ese mancebo...?

—Es hermoso, hermosísimo, rico, noble...

—¡Noble! ¡Es cristiano!

—¿Y qué importa? ¿Serás acaso la primera judía que haya amado a un castellano?

—Pero yo... no amo a nadie.

—Cuando le conozcas, Salomé, estoy seguro de que le amarás. ¿Quieres verle?

—¿Pero él no me verá a mí?

—¡Oh!, no; si tú no quieres, no te verá.

Salomé permaneció algún tiempo irresoluta; pero la curiosidad, ese vicio fatal de las mujeres, la decidió.

—Llebadme a un lugar donde pueda vér, sin ser vista, a ese caballero—dijo a don Simuel.

—Sí, hija mía, sí; ven conmigo—dijo el tesorero del rey.

Y haciéndola atravesar un bosquecillo de laureles, la introdujo por una pequeña puerta en el pabellón donde el rey, advertido por las pisadas de los que se acercaban, esperaba reclinado en un diván.

Salomé le contemplaba tras de un tapiz, a donde la había llevado don Simuel en el primer momento; sólo se pintó en su semblante una expresión de asombro, causado por la juventud, por la hermosura, por la riqueza del traje, por un no

sé qué indefinible que rodeaba al rey bajo la lánguida y tenue luz de las lámparas que iluminaban el pabellón. Salomé creyó tener ante sí el ser que causaba sus desvelos, su tristeza, su desfallecimiento: una fuerza irresistible la arrastraba hacia el rey.

—¿Quién es ese caballero, padre Simuel?—dijo al judío con la voz trémula de emoción.

—El mismo te lo dirá—contestó don Simuel, que no sabía a qué atenerse para dar una contestación a Salomé.

—¿Que me lo dirá él mismo? No, no; yo no puedo hablarle; si lo supiera mi padre...

—Tu padre no está aquí, y ese caballero te ama.

—¿Qué me ama? ¡Dios mío!

—Sí; y para poder decírtelo por sí mismo se ha valido de mí. Vamos, es necesario que te dejes ver.

—¡No, no!—exclamó Salomé, poniéndose encendida como las entrañas de una rosa de Alejandría.

—Es que ya no es tiempo; ese caballero nos ha oído, y se dirige hacia aquí.

En efecto, el rey se había levantado, y gallardo y gentil se adelantaba hacia los tapices. Salomé se turbó; don Simuel aprovechó la fascinación de la joven, y salió, cerrando la puerta por fuera, y dejando a Salomé encerrada con don Pedro.

Este adelantaba. La hermosa joven permanecía fascinada detrás de los tapices. Al fin, el rey llegó a ellos, los entreabrió, y se detuvo a su vez. Salomé estaba delante de él como una aparición divina.

Con su rico traje, sus mejillas cubiertas de un hechicero rubor, la vista inclinada al suelo, inmóvil, agitado su alto seno por una conmoción profunda, era la imagen tentadora del pudor. Confuso, puesto en lucha con el amor y con el deseo, el rey, sosteniendo con una mano trémula el cortinaje, la contemplaba transportado; por un momento, toda su elocuencia estuvo en sus ojos, toda su vida en el corazón, que, agolpada a él la sangre, latía violentamente. Alzó Salomé los ojos, y posó en el rey una de esas miradas involuntarias, por la que se exhala toda el alma de una mujer, en la que están representados sus sueños de amor, sus misteriosos deseos de virgen, su temor, ansiedad, su sumisión, su lucha, cuantas pasiones, cuantos temores, cuantos encantos acompañan a esa primera manifestación del amor, a ese primer perfume, por decirlo así, del alma de la mujer, flor que entreabre su encendido cáliz

al beso de las auras, a los rayos matutinos del sol de la vida.

Salomé, empezaba a sentir el amor sin comprender su estado; no podría decirse que don Pedro le agradaba; era más que eso, la fascinaba; se sentía arrastrada a él, y se dejaba arrastrar sin temor, porque no conocía el peligro; no había en ella sufrimiento, porque su amor empezaba, como empieza siempre, de una manera dulce, confiada y tranquila; para que el amor lastime, es necesario conocerle en todas sus consecuencias; cuando llega ese caso, aparece al lado del amor, la inquietud, los deseos punzantes, el temor, la ansiedad, los celos, los cien tormentos incalculables del amor; entonces Salomé era virgen en cuerpo y alma, extendía sobre ella sus blancas alas el ángel de la inocencia: aún estaba en el paraíso.

No debía tardar en insinuarse la tentación.

—¡Oh; y qué hermosa, qué hermosa sois, alma de mi alma!—dijo el rey, asiéndola una mano y besándosela apasionadamente.

Salomé retiró la mano por instinto más que por temor; pero sonrió de una manera tal, tan pura, tan tímida, tan enamorada, al rey, que éste exclamó en el colmo de su alegría:

—¡He aquí, he aquí, que encontré la que buscaba!

—¿Quién eres tú?—dijo Salomé, siguiendo al tutear al rey las costumbres de su raza oriental.

—¡Ah! ¡Paloma mía, yo soy un hombre que te ama!

—¿Que me amas? Dímelo, dímelo otra vez—exclamó con un candor inapreciable Salomé—. No te comprendo; pero esas palabras me parecen dulces y maravillosas. ¿Qué quieres decir con eso de que me amas?

Inútil es que nos entrometamos en el largo diálogo que siguió a esta cándida pregunta. Don Pedro se encargó de hacer comprender el amor a Salomé, y cuando después de cuatro horas de soledad la joven volvió con sus compañeras, comprendíase en su mirada, en su ardiente languidez, en su divina y característica sonrisa, que parecía brotar al impulso de un recuerdo; conocíase, decimos, que don Pedro la había enseñado en una sola y completísima lección lo que era el amor.

Don Simuel Leví se aprovechó, con usura, del contento del rey por haber encontrado una tal discípula.

El rey tuvo a la noche siguiente una llave del postigo del jardín de la casa de Saul; don Simuel halló medio de que aquella misma noche Salomé tuviese la llave de la puerta que del interior de la casa correspondía al jardín.

A las doce de la noche, cuando Saul, sus esclavos y su familia dormían, aquellas dos puertas se abrieron y tornaron a

cerrarse: Salomé y el rey se encontraron en un cenador de arrañanes, y continuó la lección de amor.

Y así pasaron muchas noches; el rey encontraba cada día más hermosa, más dulce, más amante, más apasionada a Salomé; pero no encontraba grata del mismo modo la tarea de esperar a la media noche para ir a casa de Saul, de abrir el postigo y de pasar las mejores horas de descanso sentado junto a su amante en un banco de césped; aquello empezó a cansarle, y se resolvió a sacar a Salomé de la casa paterna y ponerla en lugar donde pudiese verla a horas más cómodas y con más comodidad material.

Acordóse, pues, que entre las confiscaciones hechas por su padre a nobles rebeldes había una hermosa y antigua casa, cuyo blasón había sido picado por la mano del verdugo. Don Pedro fué a aquella casa secretamente una noche, la examinó, vió que convenía a sus intentos, envió un alarife que la pusiera habitable y un tapicero para que adornase ricamente sus habitaciones; la hizo amueblar espléndidamente, compró una casucha contigua a ella en la calle de Regina, y trasladó a la casa a una dueña vieja; destinó a dos de sus ballesteros de maza, Juan Diente y Rodrigo Pérez de Castro, para que a ciertas horas del día y de la noche asistiesen al servicio interior, y cuando todo estuvo dispuesto, anunció a Salomé que era necesario que le siguiera.

La pobre joven, que no tenía otra voluntad que la de su amante, al que sólo conocía bajo el nombre de Perucho, diminutivo de Pedro, que había dado su amor de niña y su ternura al que para ella no era más que paje del rey, consintió en seguirle: pero mujer al fin, no quiso seguirle sin sus joyas y sin ver por última vez a su hermana Thamar.

A pesar de su amor, y de su sumisión a su amante, Salomé tenía un carácter firme, y el rey se vió obligado a aplazar para algunas noches después su rapto. Esto produjo una situación violenta.

Por más que Salomé amase ante todo al rey, por más que su imaginación volcánica la hiciese capaz de sacrificarlo todo, hasta la vida, por el hombre que de tal manera la había enseñado a amar, era al fin buena, y al decidirse a separarse para siempre de su hermana Thamar y de Saul, a quien creía su padre, se afligió y cometió imprudencias que hicieron sospechar a Thamar. Espió a su hermana, y al fin la noche antes del rapto ésta vió lo que don Pedro y Salomé no creían que nadie viese.

Esto produjo fatales resultados: avisado Saul, dejó correr

los acontecimientos, escondió gente en el huerto, y cuando a la hora convenida Salomé, provista del cofrecillo de sus joyas, bajó al jardín y se arrojó en brazos de don Pedro para seguirle, cuatro hombres armados se arrojaron sobre el rey, que apenas tuvo tiempo para ponerse en defensa.

Don Pedro había previsto que al atravesar la Judería con Salomé, podía acontecerle un percance, y se hizo acompañar por Juan Diente y cuatro ballesteros. Saul no había previsto que el amante de Salomé fuese tan precavido, y esto fué causa de que, a un grito del rey, Juan Diente y los suyos penetrasen en el jardín, espada en mano, y los acometedores se encontrasen acometidos.

En tanto, el rey sacó fuera del jardín a Salomé desmayada, mientras sus ballesteros acuchillaban a los judíos. Saul, sin embargo, no se aterró, y la terrible voz de: «Ladrones! ¡Que me roban a mi hija!», fué a despertar a los vecinos

Don Pedro, pues, antes de salir de la Judería se encontró cercado, abrumado: sus cinco leales ballesteros le rodeaban: los judíos, gente pacífica, más mercaderes que soldados, solo estaban armados de palos, mientras el rey y sus ballesteros tenían cada cual empuñaba una espada que metía miedo: murieron algunos hebreos; quedaron otros tuertos y mancos; el rey logró abrirse calle y salir de la Judería, y los pobres rabinos quedaron lastimados, ensangrentados y zurrados de lo lindo, y lo que era peor para Saul, ignorantes de quiénes eran los raptos.

Salomé, desde entonces, fué como gota de agua que cae en el mar.

Este era, pues, el rey, considerado por el lado del amor; para él no había obstáculo ni vallas: hermoso, valiente, poderoso, espléndido para sus vicios, la que resistía a su amor, cedía a sus ofertas, y si éstas no bastaban, a la violencia; ya hemos visto de qué manera se había apoderado de la severa virtud de doña María de Hinestrosa y cómo guardaba en su poder a Salomé; si quisiéramos entrometernos a referir cada uno de los escándalos amorosos del rey, necesitaríamos un volumen.

Nada, pues, tiene de extraño que se hubiesen hecho formidables las tiranías y las licencias del rey, y que tomase pretexto de ello la nobleza para rebelarse: el rey era violento, antojadizo; obraba en justicia en los asuntos que nada tenían que ver con él; pero en los suyos propios le cegaba

la pasión. Era el rey más a propósito para poner en fermentación todos los tremendos elementos de la edad media, en que cada noble se creía un rey absoluto, exento de la ley, y pronto a rebelarse, en cuanto su señor, más fuerte que él, le ponía en estrecho.

Tal era el rey don Pedro en la época en que le presentamos a nuestros lectores: mal educado, acostumbrado a vivir sin freno, de carácter irritable, de alma enérgica, de ideas rectas cuando no se trataba de sus pasiones; formidable para castigar en los demás faltas que él mismo cometía; una mezcla, en fin, de justicia y de licencia, de magnanimidad y crueldad, de avaricia y esplendor; carácter cuestionable que hará siempre oscura la historia de aquel reinado; o, por mejor decir, el resultado precioso de la índole de la época sobre un cadáver excepcional.

Después de haber hecho la semblanza del rey don Pedro, sigámosle a la audiencia que había exigido de él en nombre de la justicia la familia del difunto Alvaro Gómez de Santaella.

## CAPITULO VIII

Poco después don Pedro, de pie, apoyado en el respaldo de un sillón, ceñida una sencilla gorra de velludo negro, y envuelto en un ropón talar que daba cierta majestad a su persona, recibía a la familia, a la doliente familia, que iba a pedir justicia por la muerte de Santaella, al mismo que le había matado.

Esta familia se componía de una dama como de treinta años, de dos niños de diez a doce, y de dos hidalgos, de aspecto bravo y sombrío el más joven, que llegaría apenas a los veinticinco años, y de expresión astuta, reservada y fría, el de mayor edad, que rayaba en los cincuenta. Este último era, además, cojo, y llevaba cubierto un ojo con una venda negra.

La dama era la viuda de Alvaro Gómez; los dos niños, sus hijos; el bravío hidalgo, hermano de la dama, y el otro de la pata de palo y el ojo cubierto, tío de entrambos.

Esta familia entró precipitadamente en la cámara y se arrojó a los pies del rey, excepto el inválido, que en razón a su pata de palo no podía arrodillarse, en vez de lo cual se

inclinó profundamente, apoyándose en un largo bastón de acabo, que tanto podía servirle de apoyo como de defensa.

A primera vista, por los trajes de esta gente se comprendía que no era rica. Don Pedro, al hacer esta observación, notó que la dama era muy hermosa y que no lloraba; que el hidalgo joven era uno de estos valentones aparejados para cualquier aventura, y el tuerto-cojo, materia dispuesta a todo. Los niños eran tan bellos como su madre, y eran los únicos que lloraban.

—¡Justicia, señor, justicia!—exclamaron en coro la dama y los dos hidalgos, mientras los niños se asían al brial de su madre y fijaban en el rey en silencio sus tímidas miradas.

—Justicia, ¿y de qué?—dijo el rey—. ¿Quién os ha ofendido?

—Anoche faltó mi esposo de mi casa—dijo con energía la dama—, y aunque esto fuera frecuente, porque mi esposo, en razón de su oficio, pasaba muchas noches fuera, se le ha encontrado muerto a estocadas junto a la iglesia de San Isidoro.

—¡Muerto a estocadas!—exclamó el rey—. ¿Y quién era ese vuestro esposo que por razón de su oficio solía pasar las noches fuera de su casa?

—Mi esposo era alcalde de vuestra casa y corte, señor, y se llamaba Alvaro Gómez de Santaella.

—¡Ah!, ¡ah!—exclamó profundamente el rey—. ¿Vuestro esposo era el señor Alvaro Gómez, mi bueno y leal alcalde de casa y corte? Pues mirad: vuestro esposo tenía sino de morir de mala muerte... Debéis daros un tanto por contenta, si le amabais, porque a no haber muerto anoche, no hubiera tardado en morir como mueren los traidores... Esto os ha ahorrado una confiscación.

—¡Una confiscación!—exclamó el hidalgo tuerto-cojo—. ¿Y qué habían de confiscar? ¿Deudas acaso?

—Alzad, alzad, señora—dijo el rey, desentendiéndose de la un tanto irreverente observación del estropeado hidalgo—. Alzad también vosotros y decidme: ¿Por qué habiendo jueces en mis reinos, venís a pedirme justicia? ¿Acaso se han negado a hacérosla?

—No se encuentra al matador, señor—dijo la dama—, y... como somos pobres y no podemos pagar y recompensar a los ministros, no se moverán para buscar al homicida.

—Mirad lo que decís, señora; ésa es una acusación infundada, a lo que creo, puesto que yo, que tenía ya noticia de

esa muerte, sé que la justicia anda que bebe los vientos en busca del matador.

—Sí, sí, señor—dijo la dama—; cuando acaba de acontecer un homicidio, la justicia anda por las calles, toma declaración a los vecinos; si buenamente encuentra al criminal, le prende, a no ser que sea rico y poderoso; pero si no le encuentra, se entierra al difunto, y la justicia reposa; mi marido era pobre: lo que su vara le producía y más...

—Sí, sí; ya sé que el señor Alvaro Gómez de Santaella era galanteador y duelista, y contraía deudas para satisfacer sus vicios...

—¡Ah, señor!...—dijo con acento de dignidad ofendida la dama.

—Yo no os conocía—dijo el rey, siguiendo impasible en la clasificación del difunto—; pero sabía que vuestro marido era para vos tirano, que os desatendía, que os injuriaba; sin embargo, vos venís a pedir justicia contra su matador. Os juro que se os hará.

—No en balde, señor, os llaman vuestros reinos el justiciero.

—¿Decís que la justicia de mis reinos no trabaja por descubrir los malhechores sino cuándo la alienta una ganancia? Aunque yo sé que vuestro dicho ofende a mis altos y bajos ministros de justicia, entre los cuales se contaba a vuestro esposo, quiero perdonar a vuestro dolor esa injuria y alentar vuestra esperanza, poniendo a precio la cabeza del matador.

—¡Oh, señor!

—Y como por las aventuras en que de continuo, según mis informes, andaba vuestro marido, puede muy bien suceder que el matador sea una persona de altos respetos, voy a pregonar su cabeza en un precio tal como si se tratara de la mía.

Y el rey se sentó delante de su mesa de despacho y llamó. En el momento apareció un camarero.

—Mandad venir a mi secretario Vadillo—dijo el rey.

Mientras el secretario llegaba, la familia del difunto guardaba un respetuoso silencio; el rey golpeaba con sus dedos, distraído, sobre el borde de la mesa, remedando una marcha de tambor, y no quitaba los ojos de la dama, que era, como hemos dicho, muy hermosa, rubia como el oro, blanca como las azucenas, matrona y gallarda, con unos admirables ojos negros que, de tiempo en tiempo, y sin poder contenerse, se alzaban de la alfombra y se fijaban cobarde y vagamente en el

rey. Los niños lloraban; el mancebo guardaba una actitud de respeto, y el inválido no perdía con su sutil y astuta mirada, ni un solo incidente del mudo combate que pasaba entre el rey y su sobrina.

Esta había llegado a comprender algo de interesado en la tenaz e inmóvil mirada del rey y se había puesto encendida, no sabemos si de emoción o de vergüenza, porque es de advertir que el rey tenía una fama de galanteador, que la insistencia de sus miradas debían sonrojar a toda mujer que tuviese pudor.

Al fin la llegada de Vadillo vino a terminar esta situación embarazosa.

—Siéntate, mi buen Alfonso—le dijo el rey—, y escribe lo que te diré.

El secretario, que era joven y buen mozo, se sentó; tomó un pergamino, lo extendió y esperó.

—Se trata de un edicto—dijo el rey.

El secretario escribió en letras gordas a la cabeza del pergamino:—

*Don Pedro, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de León, de Asturias, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba y de Murcia, a todas las que las presentes vieren y entendieren, sabed:*

Después de escrita esta fórmula, el secretario se detuvo.

—Ya está, señor—dijo.

—Oye pues: «Por cuanto hemos sabido que en nuestra ciudad de Sevilla, junto a la iglesia de San Isidoro, se ha encontrado muerto, a mano airada, a Alvaro Gómez de Santaella, nuestro alcalde de casa y corte; por cuanto nuestra justicia ordinaria no ha podido averiguar quién sea el matador del dicho Alvaro Gómez, Nos, atentos siempre a que el delito no quede sin castigo, ofrecemos dar y daremos diez mil castellanos de oro y nuestra merced a la persona, hidalga o pechera, alta o baja, que descubra al matador.» Ahora la fecha.

—Ya está, señor—dijo Vadillo.

El rey tomó el pergamino, lo leyó y lo firmó.

—Refréndalo—dijo el rey—; hazlo sellar con nuestro sello de la puridad, saca las copias que sean necesarias para fijarlas en los sitios públicos, y que este edicto se pregone a son de trompeta por toda la ciudad. Vete.

El secretario recogió el edicto, se inclinó y salió.

El rey acababa de ofrecer por su propia cabeza, puesto que

él era el matador de Alvaro Gómez, la enorme suma de diez mil castellanos de oro.

—¿Estáis satisfechos?—dijo el rey a la familia querrellosa.

—¡Ah, señor!—exclamó la dama, arrojándose a sus pies y besándole las manos—; sois el amparador de los desvalidos.

Los besos de la viuda, por más que fuesen de agradecimiento, quemaron las manos del rey, que, como hemos expresado antes, cuando se trataba de mujeres hermosas era insaciable.

—No sería yo lo suficientemente amparador—dijo si os dejase abandonada a vuestra viudez y a vuestra pobreza.

—Ah, señor!—exclamó confusa la dama.

—Ese que os acompaña ha dicho que vuestro esposo no tenía más que deudas—añadió el rey, señalando con una mirada al estropeado.

—Así es, señor—dijo éste—; el marido de mi sobrina...

—¡Ah!, ¿sois tío de esta dama? Pues en verdad, en verdad, que por muy pendenciero que fuese el difunto alcalde, señales tenéis sobre vos que dicen claro que no tenéis el genio pacífico.

—De buscar contiendas por devaneos a quedar estropeado en servicio del rey, hay mucha diferencia, señor.

—¡Ah!, ¿habéis sido soldado?

—He sido alférez del señor rey don Alfonso, padre de vuestra señoría; y defendiendo mi bandera, perdí un ojo y una pierna; pero la bandera se salvó.

—¡Bravo, valiente!...—dijo el rey, transigiendo con el alférez—. ¿Cómo os llamáis?

—Íñigo de Alvarado, señor, vuestro humilde criado.

—¿Y no os ha quedado soldada, señor Alvarado?

—No, señor.

—¿Os vendría mal una alcaidía en el reino de León?

—¡Ah, señor! Aunque no puedo cabalgar, puede vuestra grandeza estar seguro de que defenderé el castillo que me entregáis hasta que sus muros se derrumben sobre mí.

—Hágoos, pues, alcaide del castillo de la Bañeza, con quinientos maravedís de acostamiento al mes, jurisdicción, pechos y derechos.

El flamante alcaide quiso hablar, pero la sorpresa, la alegría le enmudecieron.

—Presentaos hoy mismo a mi condestable y preparaos para marchar al momento; tal vez vuestro primer servicio sea el de

hacer cortar la cabeza a Nuño Arias, el actual alcaide; esto os dará cierta influencia.

—Y vos, ¿cómo os llamáis?—dijo el rey, volviéndose al hermano de la dama.

—Juan de Alvarado, señor.

—¿Y habéis sido soldado?

—Soy letrado; pero más que de leyes entiendo de estocadas.

—Pues bien, señor Juan de Alvarado, acompañad a vuestro pariente a su alcaldía; ahora que recuerdo, ya que os pongo de asesor a este honrado hidalgo, enviadme a buen recaudo al asesor del alcaide, a quien cortaréis la cabeza.

—Muy bien, señor—dijo el inválido.

—¿Y vos, señora, cómo os nombráis?

—Inés de Alvarado, señor.

—Vuestros hijos, doña Inés—dijo el rey—, se quedan desde este momento en mi cámara; han perdido un padre... Yo le reemplazaré...; desde este momento son mis pajes

—¿Y me dejáis sola, señor? ¡Enviáis a cien leguas de distancia a mi tío y a mi hermano y os quedáis con mis hijos!...

—¿Y no quedo yo aquí para ampararos? Id, id, señora; las deudas de vuestro esposo corren por mi cuenta, y el sueldo de vuestros hijos os bastará para vivir noblemente; id y enviadme los pequeñuelos cuanto antes.

Doña Inés salió consternada, asiendo fuertemente las manos de sus dos hijos. Su tío y su hermano, llenos de júbilo.

Al bajar las escaleras, el alcaide de la Bañeza dijo a su sobrina:

—Paréceme, Inés, que hemos hecho muy bien en que te vea el rey; te miraba de un modo... y en verdad, en verdad, si yo fuera mujer y me mirase así un rey como don Pedro...

—Quiera Dios—exclamó doña Inés—que sus mercedes no sean para mí una desdicha.

Entre tanto, el rey decía, paseándose por su cámara:

—Estoy satisfecho de mí mismo. Alvaro Gómez era un traidor y debí matarle; sus hijos quedaban abandonados y yo adopto a sus hijos... Casi-casi estoy por adoptar también a su mujer...; parece honrada y altiva...; pues mejor..., mucho mejor..., eso la hace más digna de mí.

Tras esto el rey salió de su cámara y se encaminó a la de doña María de Padilla.

## CAPITULO IX

En la época de nuestro relato, doña María de Padilla sólo contaba veintitrés años; es decir, era tres años mayor que el rey.

De todos los amores que hasta aquella fecha había tenido el rey cuya lista era larga y escandalosa, el de doña María era el único que podía llamarse puro, y en cierto modo había sido el primer amor del rey.

Esta mujer célebre en la historia de su tiempo, por el lugar que ocupó al lado del rey, por su hermosura y por la influencia que tuvo, sin quererlo, en los negocios públicos, merece que destinemos algunas líneas a su biografía.

Para ello será necesario que tomemos desde algún tiempo atrás nuestro relato.

Don Juan Alfonso de Alburquerque, antiguo privado del rey don Alfonso XI, que había pasado con su privanza, como una herencia, al rey don Pedro, había conocido que para asegurarse el favor del joven príncipe no le bastaba apoyarse en su influencia, sino que era preciso prevalerse de sus pasiones.

Tratábase en 1353, por la reina doña María y Alburquerque, el casamiento del rey con doña Blanca, hija del duque de Borbón y sobrina del rey de Francia; esta princesa sólo contaba quince años; la fama de su hermosura había llegado a ser proverbial. El rey sólo contaba diecinueve años, era galán, hermoso, apasionado, y se creía que esta unión de dos príncipes jóvenes y hermosos sería un fundamento de bienestar para el reino, por una alianza sincera con Francia y un elemento más de poder para la reina madre doña María de Aragón y don Juan Alfonso de Alburquerque, de los cuales era obra este casamiento.

Pero a la par que Alburquerque negociaba con actividad este ilustre casamiento, no se desdendió de hacer en secreto otra negociación menos noble, pero que debía contrabalancear el poder de la reina madre y hacer única y omnipotente la influencia de Alburquerque sobre el rey. El carácter veleidoso y enérgico del rey se había revelado ya más de una vez, y el astuto y viejo cortesano, acostumbrado a leer en el corazón de su amo, comprendió que no estaban de más cuantas influen-

cias pudiera hacerse para dominar el espíritu de independencia y de dominio de que ya había dado repetidas muestras el rey. El rey don Alfonso, subyugado a doña Leonor de Guzmán, había sido un buen ejemplo de lo que puede una querida, y el astuto Alburquerque pensó asegurarse este lado flaco del corazón de don Pedro, no dejando a la casualidad de una elección del rey el encumbramiento de una mujer cualquiera.

Quería que esta mujer la recibiese por su mano, teniendo en cuenta que era preferible tener en la querida del rey una aliada que una rival y se antepuso al caso probable en que don Pedro se entregase por una casualidad tal vez próxima a la influencia de una mujer que valiese lo bastante para apoderarse de su alma.

Vivía en su casa como dama de su mujer doña Isabel de Meneses, una joven huérfana descendiente de una familia ilustre, adicta en otro tiempo a la casa de Lara y arruinada por las últimas guerras civiles. Esta joven era doña María de Padilla.

Alburquerque hizo que ésta y el rey don Pedro se conociesen. No se engañó en cuanto al efecto que debiera producir en el rey la juventud y la hermosura de su protegida. Apenas se vieron, se amaron. Dejados en libertad de que se viesen y se hablasen a solas por Alburquerque y su mujer, la impetuosidad y las pasiones exigentes del rey encontraron un fuerte obstáculo en doña María, que, alarmada por el género de amores que le proponía don Pedro, y sobre todo por la pasión que el rey la inspiraba, dió noticias de su situación a su tío Juan Fernández de Hinestrosa y a su hermano Diego García de Padilla.

Este fué el primer tropiezo que se cruzó entre los planes de Alburquerque y su realización; Hinestrosa, pobre y ambicioso, vió, como suele decirse, el cielo abierto; observó al rey, conoció que estaba profundamente enamorado de su sobrina y que ésta no lo estaba menos del rey. Doña María, en efecto, amaba desinteresadamente a don Pedro; y esto se concibe perfectamente: sólo tenía entonces dieciocho años, era de figura arrogante, ardiente, magnífico, y estaba verdaderamente enamorado. Ella era de pequeña estatura, pero bella, pura, llena de ese voluptuoso atractivo peculiar a las andaluzas; su jovialidad, su graciosa y chispeante palabra, con la cual divertía a la gran señora, en cuya casa ocupaba una posición casi servil, ocultaban el profundo talento de que dió mues-

tras más adelante. Algo mayor en edad que el rey, y teniendo en cuenta que la razón en la mujer se desarrolla mucho tiempo antes que en el hombre, tenía sobre don Pedro la ventaja de conocer a los hombres y a la corte, que había estudiado de cerca. Don Pedro se sintió subyugado, amó con toda la fuerza de su alma a doña María, y ella fué la única mujer para quien fué una verdad el amor del rey. Bien pronto debía dar a conocer doña María que era digna de aquel amor y de ocupar un puesto como reina al lado de don Pedro.

Alburquerque, pues, al contar con ella, se engañó torpemente, y este error debía costarle muy pronto la privanza, y más tarde la vida.

La historia nos presenta a Juan Fernández de Hínestrosa como un caballero pundonoroso y leal; era además hombre de ingenio y experiencia, y al conocer el amor que existía entre su sobrina y el rey, pensó no ya en el lado efímero y puramente voluntario que une a dos amantes, sino en un enlace más digno, y al mismo tiempo para sus proyectos más seguro.

Aconsejó, pues, a su sobrina; le dijo que su familia era bastante noble para aspirar a un entronque real y para rechazar con indignación toda alianza deshonrosa. Doña María, que tenía la pureza y la altivez de la virtud, que por otra parte amaba de una manera exclusiva al rey y que no se satisfacía sino con una posesión legítima, escuchó los consejos de su tío, que eran los suyos propios, y cuando el rey, impaciente, la instó a que premiase con la posesión sus amores, el rey oyó con asombro de los labios de la mujer que amaba que jamás sería suya, sino siendo su esposa.

Púsole el rey por delante la desigualdad de condición, su concertado enlace con doña Blanca, los disturbios que podía traer a sus reinos un casamiento con una simple dama. Al escucharle doña María, que sabía demasiado hasta qué punto la amaba el rey, le volvió la espalda ofendida, afectó un rompimiento formal y se negó a verle.

Esta intriga secreta y diestramente manejada por don Juan Fernández de Hínestrosa, dió los resultados que eran de esperar de la impetuosidad del rey; desesperóse, consintió en todo y sólo puso una condición a su casamiento: que fuese secreto.

El casamiento se realizó, pues, siendo únicamente sus testigos Juan Fernández de Hínestrosa, Diego García de Padilla, Alonso de Mayorga, que recibió, por su complacencia, el ofi-

cio de canciller del sello privado, y Juan Pérez de Orduña, capellán del rey, que bendijo a los desposados.

María de Padilla, esposa legítima ante Dios del rey don Pedro, le abrió los brazos y le siguió y vivió públicamente con él como su querida. En el tiempo preciso después de su matrimonio, doña María dió a luz una niña; aquella niña era la infanta doña Beatriz.

Su nacimiento fué celebrado ostentosamente con magníficas fiestas, dióse en patrimonio a la infanta la mayor parte de los dominios de don Alfonso Fernández Coronel, que acababa de ser degollado en su castillo de Aguilar, donde se había sublevado contra el rey, y notóse que esta vez don Juan Alfonso de Alburquerque no tuvo ninguna parte en los despojos de su antiguo enemigo. La influencia de doña María de Padilla empezaba; Juan Fernández de Hínestrosa fué promovido al oficio de *alcalde de los fidalgos* y admitido en el consejo y cámara del rey; Pero Lope de Padilla fué nombrado ballestero mayor, y Diego García de Padilla aspiraba al maestrazgo de Calatrava, que después obtuvo por muerte de don Juan Núñez de Prado, y su hermano bastardo Diego García de Villagera recibió la gran encomienda de Castilla, que el maestre de Santiago don Fadrique quitó por una leve insinuación del rey a Rui Chacón, que la poseía, recibiendo el maestre por esta complacencia algunos derechos disputados a la orden por la corona.

Ya hacía mucho tiempo que Alburquerque era tratado por el rey con frialdad, y esto no era otra cosa que obra de la Padilla, que quería que el rey en vez de ser gobernado, gobernase por sí mismo.

Estos consejos de independencia, dados por una mujer querida y tan en armonía con el carácter del rey, le decidieron a declararse independiente, a pesar del respeto y de la especie de temor que le causaba su viejo servidor.

No era, por otra parte, tan fácil derrocar al experimentado cortesano, que había cuidado de hacerse una corte y un partido suyos propios. Apelóse, pues, a la intriga. Dirigida ésta por los Padilla de una manera profunda, se trató de una reconciliación franca y completa entre el rey y sus hermanos bastardos don Enrique y don Fadrique. Con ellos y con la ayuda de la casa de Lara, el rey contaba con mandar desembarazadamente y sin trabas.

Arrastrados al partido del rey los partidarios de los nuevos aliados, don Juan Alfonso de Alburquerque, fué cogido

en un lazo y enviado con un encargo frívolo junto al rey de Portugal.

Esto fué la caída de Alburquerque; cuando volvió, encontró tomadas las posiciones que había abandonado y que no volvió a conquistar.

Y todo esto era obra de doña María de Padilla. Ella quería que su esposo fuera rey y fué rey. Llegó más adelante: demostró que sabía sacrificarse también por el reino en que había nacido.

Este sacrificio consistió en consentir que el rey contrajese un segundo matrimonio con doña Blanca de Borbón; y decimos que doña María se sacrificó por los reinos de su esposo porque un desaire hecho en aquellas circunstancias a la casa de Francia hubiera causado una guerra en que se hubiera vertido a torrentes la sangre castellana. Doña María retrocedió ante la sangre y empeoró su condición pública al lado del rey, apareciendo como una vulgar concubina, que robaba su tálamo a una reina.

El rey, por su parte, pagó con una generosa lealtad el sacrificio de doña María; a pesar de la juventud, de la hermosura y del amor que encontró en doña Blanca, se separó de ella a los pies mismos del altar, sin hacerla, ni por un momento su mujer, aunque la había hecho su esposa, y fué a encontrar a doña María, que le recibió llorando entre sus brazos.

Este llanto fué lo único con que demostró doña María su sacrificio: acababa de deshonorarse por el rey y por Castilla, dando a otra mujer derechos públicos y ostensibles, que ella no podía reclamar sino en secreto.

Doña María estaba satisfecha con poseer el amor del rey.

Tal era el alma de la gran mujer que esperaba sentada en un diván, en un magnífico aposento del alcázar de Sevilla, la llegada de don Pedro el mismo día en que marcha nuestro relato.

La habitación en que se encontraba era magnífica: don Pedro había apurado el fausto, lo bello, lo maravilloso para rodear a la Padilla de un marco, por decirlo así, digno de su hermosura.

Era ésta extremada. Como hemos dicho, doña María era de pequeña estatura, de aspecto digno y de semblante dulce y simpático. Para conocerla mejor, representemos una dama de veintitrés años, blanca hasta donde puede llegar el blanco en los seres humanos, de rostro ovalado, abundante, se-

dosa y densa cabellera, rubia como el oro; cejas negras y pobladas, y bajo ellas unos ojos garzos de gran tamaño y expresión dulce, en cuyo foco brilla ese fuego que caracteriza en general las miradas de las andaluzas; riqueza, morbidez y turgencia de formas; todo hermoso, todo incitador, todo puro; los que la veían se veían obligados a disculpar al rey don Pedro, porque era imposible resistir a la seducción de aquella mujer.

Sentada en un ancho diván de seda carmesí, apoyada en una mesa, en cuyo tapete se veían castillos y leones, pensativa y lánguida, parecía esperar con impaciencia; eran las nueve de la mañana y los rayos diáfanos del sol, penetrando por los altos transparentes de la cúpula, inundaban el gabinete de un ambiente dorado. Al fin, doña María levantó la cabeza con dobles señales de impaciencia: se había oído ruido de pasos en la antecámara; poco después rechinó una puerta y detrás un hombre; aquel hombre era el rey.

—¡Ah, señor!—dijo doña María—. Venid, venid y sentaos a mi lado; cuánto tiempo hace que no pasáis junto a mí más que breves momentos. ¿Dónde estuvisteis anoche, señor mío?

—A caza de rebeldes, María—dijo el rey.

Y doña María, al pronunciar esta última palabra, se puso muy pálida.

—Probad la blandura y las mercedes, don Pedro. Acaso, acaso valgan mucho más algunos señoríos dados a tiempo.

—Y qué, ¿he de comprar yo la lealtad que me deben como a su señor natural?

—Compradla, puesto que os la niegan.

—Sería inútil; esos nobles son insaciables; ya he probado la clemencia; perdoné a mis hermanos en Toro, ¿y qué hicieron? Acuérdate: encerrarme, tenerme preso ocho meses, no permitirme ir sino a caza de zorros, y aun así rodeado de lanzas. Entre tanto me tenían separado de ti, te perseguían, me obligaban a comer con doña Blanca, a presentarme con ella en público... Me violentaron de todos modos y maneras, y todo ¿por qué? Porque mi perdón, que les había parecido una muestra de debilidad, los había hecho ser fuertes... No, no. ¡Sangre! ¡Cabezas abajo! Veremos si yo sé ser rey o no.

—¿Y qué motivos hay ahora?...

—¿Que qué motivos hay?... ¿Viste el mozancón que estaba esta mañana en las galerías?...

—¿Y qué tiene de común ese hombre?...

—Es uno de mis leales vasallos.

—Pues dígoos que tenéis bizarros vasallos, señor... Dios no me salve si aquel zanquillargo no era cosa de iglesia.

—En efecto, María; es un monago.

—¿Y un monago...?

—El ratón es un animal tímido y despreciable, y a veces por el agujero que abre el ratón puede entrar la serpiente.

—¡Ah! ¿Y ese monago os ha abierto algún agujero?

—Sí, por cierto, y un agujero tal, que he podido entrar por él hasta un nido de traidores.

—¿Y dónde hallasteis ese nido?

—En la Iglesia de San Juan de la Palma. ¿Y a quién crearás que encontré allí?

—Os confieso que no puedo adivinarlo, señor.

—Pues bien, don Juan Alfonso de Alburquerque está en Sevilla.

—¿Don Juan Alfonso aquí?

—Y no sólo don Juan Alfonso, sino don Fernando de Castro don Juan de la Cerda y demás comitiva. ¿Ignoras también que allí se encontraba también mi buen predicador don Juan, obispo de Salamanca?

—¡Oh!, no. En vano me ha parecido sombrío y amenazador su sermón.

—Cuéntame, cuéntame.

—¡Oh, señor! He estado sonrojada todo el tiempo que he durado la plática.

—¡Cómo! ¿Sonrojada tú?

—Sí, sí, señor; el obispo la tomó con Salomón y sus concubinas.

—¡Ah!—exclamó el rey, palideciendo—. ¡Un buen obispo!

—Extendióse en probar que Salomón había perdido la gracia del Señor desde el momento que se entregó a su incontinencia, que se hizo tirano.

—¡Ah!, ¡ah! ¡Y no dijo que Salomón le había arrancado las orejas a un obispo por charlatán y por imprudente?

—Ved, don Pedro, que en cierto modo el obispo tiene razón... Se dicen de vos cosas que espantan..., y vuestro matrimonio con doña Juana de Castro... con una mujer que se atreve a llamarse reina y que os ha dado un hijo...

—Vuestros celos infundados acabarán por ponerlos de parte de los rebeldes, señora.

—¡Yo de parte de los rebeldes! Es verdad que tengo celos, celos horribles...; pero ¡rebelde yo!...

—Tanto vuelo daréis a vuestra imaginación, que acabaréis por dejaros sorprender...

—¡Por dejarme sorprender! ¿Adónde fuisteis anoche?

—Ya os lo he dicho: fui a caza de traidores.

—Antes, antes... ¿Qué hicisteis poco después de la oración en la parroquia de San Isidoro?

—¡Yo!—exclamó el rey, poniéndose un tanto serio.

—Sí, vos... ¿No matasteis anoche a un hombre?

—¿Quién os ha dicho eso, señora?—exclamó el rey, levantándose azorado.

—Nadie.

—Nadie y, sin embargo, sabéis...

—Que matasteis a estocadas al alcalde de casa y corte, Alvaro Gómez de Santaella.

—¿Seríais vos, por acaso, señora, una mujer encubierta que pensé que me seguía acompañada de un hombre?

—¡Yo seguimos! ¡Yo! ¿Yo seguimos de noche como una aventurera?

—Tenéis valor bastante para ello.

—Pero tengo también dignidad.

—Acabemos, señora.

—Decís bien: una mujer, sin duda, es la que me avisa; ya veis, señor, hay gentes que os aman más que yo, puesto que os siguen a vuestras aventuras... Vos decís que habéis reparado en una mujer que os seguía. Sin duda esa mujer que os ama es la que me ha enviado esta mañana esta carta que he encontrado aquí al volver de la capilla.

Y doña María sacó de su escarcela un papel doblado y lo entregó al rey.

La letra era indudablemente de mujer.

*Tened cuidado con el rey, señora—decía aquella carta—. Yo sé que le amáis y que el rey os ama, y sé que podéis hacerlos escuchar del rey. Yo le he dado mi sangre, yo le amo tanto o más como podéis amarle vos, pero no apreciaría mis palabras. Anoche, en la parroquia de San Isidoro, cerró a estocadas con un hombre y le mató. Aquel hombre era el alcalde de casa y corte, Alvaro Gómez de Santaella. Aunque la noche era oscura y el rey se recataba, yo le conocí por el ruido que al huir hicieron sus canillas. Es necesaria que le aconsejéis, que procuréis, evitar que se entregue a estas aventuras, en que puede encontrar la muerte. Si muriera, yo moriría de dolor. Apartad*

*al rey de esos locos empeños, que no mate más que por la mano de la justicia. Si lo lográis, que Dios os bendiga, como os bendigo yo.*

—¿Qué decis de esto, señor?—dijo trémula la Padilla.

—Digo que lo comprendo... ¿Quién es esta mujer? No conozco ninguna que pueda..., no, no..., imposible... y, sin embargo, lo que dice esta carta es cierto.

—Cierto es, como es cierto que hay una mujer que os ama hasta el punto de dirigirse a mí para salvaros... ¿Y queréis que no tenga celos?

—Pero te juro, María, que esos celos no tienen fundamento.

—¿Que no lo tienen, cuando sois el mancebo más loco y audaz de Sevilla?

—María—dijo el rey, procurando salirse de la situación—, dejemos estas reyertas; no es la mejor ocasión cuando los rebeldes han puesto precio a mi cabeza.

—¡Que han puesto precio a tu cabeza!—exclamó la Padilla, olvidándolo todo ante el peligro del rey.

—Sí; a todo se atreven esos infames; pero cuento contigo, María.

—¡Conmigo, señor! ¿Y qué puedo yo hacer?

—Hoy espero a mi hermano don Fadrique.

—¿Al maestre de Santiago?...

—Sí; viene de Toledo... Hay quien dice que ama a doña Blanca.

—¡Cómo, señor! ¿Vuestro hermano?

—¡Mis hermanos, mis buenos hermanos, son capaces de todo, María.

—¿Y qué queréis que yo haga?

—En este momento voy a salir a caza, para que no me encuentre el maestre cuando venga; no encontrándome, vendrá a verte a ti; las mujeres tenéis el don de penetrar en el alma del hombre, de adivinarle; háblale de doña Blanca, obsérvale. En sus respuestas, en su turbación, conocerás si la ama o no. ¡Oh!, una alianza ahora entre mis hermanos bastardos y mi esposa postiza podría ser funesta.

—¡Lo haré, Pedro; lo haré!

—¿Y me avisarás?

—Sí.

—¡Señor!—dijo un paje a la puerta.

—¿Qué quieres, niño?—contestó dulcemente la Padilla.

—El señor Juan Diente pretende ver con urgencia a su señora.

—¿Que me busca Juan Diente?—exclamó con sorpresa el rey—. Pues algo urgente debe acontecer.

—Sí, sí, id—dijo la Padilla—. Vuestro fiel servidor cuida de avisaros, que ya habéis pasado bastante tiempo conmigo.

—¡Oh! ¡María! ¡María! ¡Siempre esos celos!

—¡Siempre! ¡Siempre mi desesperación!

—Créeme; vive tranquila; tú sola eres la mujer que amo.

—¿Y esa carta?...

—Te avisa..., no sé quién haya podido escribirla.

—¿Y para averiguarlo sin duda os la lleváis?

—Sí, sí, necesito aclarar este misterio... Y adiós, María, adiós. No te olvides del maestre.

Y don Pedro salió.

## CAPITULO X

Al salir de la cámara de la Padilla, don Pedro encontró a Juan Diente pálido y consternado.

—¡Qué acontece!—le dijo el rey.

—Una desgracia, señor.

—¡Una desgracia! ¿Y qué desgracia es ésa?

—Yo no tengo la culpa, señor.

—¡Pues acaba! ¡Acaba!

—¡Salomé!

—¡Cómo! ¿Ha sucedido alguna desgracia a Salomé?

—No sé lo que habrá sucedido, pero...

—Pero ¿qué?

—Ha desaparecido de la casa.

—¡Que ha desaparecido! ¡Que ha desaparecido!—exclamó trémulo de cólera el rey—. ¡Y te atreves a decírmelo!

—Yo no estaba en la casa cuando la señora ha huído de ella.

—Pero debía estar allí Rodrigo Pérez de Castro.

—Vuestra señora llamó a Rodrigo Pérez. ¿Y quién había de pensar...?

—Pero ¿cómo ha sucedido eso? Faltando vosotros, debían estar las puertas cerradas.

—Cerradas las dejó Rodrigo Pérez, pero al ir yo a llevarles el

almuerzo, he encontrado el postigo abierto, la cerradura forzada...; entré, registré...; nadie había en la casa.

—Pero yo tengo un espía...: ese monago...

—Pero el monago no puede haber visto la huída por el postigo.

—¡Es verdad!—exclamó furioso el rey—. Pero doña Berenguela...

—La maldita dueña ha desaparecido con ella.

—¡Ira de Dios!—exclamó el rey.

—Recorriendo la casa, encontré en el dormitorio de doña Salomé esta carta.

—¡Dame!—exclamó, arrebatándosela, el rey.

*Señor rey don Pedro—decía—: Me habéis engañado villanamente. Anoche os vi metido en aventuras amorosas, siguiéndoos acompañada de vuestro leal Juan Diente; vi que disteis muerte a un hombre, que entrasteis después en una taberna, que luego fuisteis a cierta casa y penetrasteis en ella por un postigo; después salisteis y fuisteis a San Juan de la Palma, donde entrasteis por el cementerio. Os esperé, salisteis; os seguí de nuevo y vi que volvisteis a la misma casa donde habíais estado antes; he pasado toda la noche aguardándoos, padeciendo horriblemente; al fin, antes del amanecer salisteis, y se oyó un doble beso en el postigo. Señor Perucho, mi bueno, mi leal amante Perucho, guardaos de la judía, a quien habéis insultado: ella irá a buscar venganza de vos en el rey don Pedro, en ese omñoso tirano, para el cual nada supone el corazón de una mujer. He aprovechado un descuido, he sobornado y deslumbrado con promesas a la vieja que me guardaba, y ella, al huir conmigo, me lo ha revelado todo: quién sois, cuántas queridas tenéis. ¡Oh, la Padilla! Y vivis con la Padilla, y la honráis como a una reina. No me faltará un veneno para vuestra querida, os lo juro; no me faltará venganza para la miserable cortesana que os besó en el postigo. Acordaos, acordaos, señor Perucho, de vuestra Salomé, de la mujer que os ha amado con toda su alma, y que ahora os aborrece con todo su odio, acordaos y temblad.—SALOMÉ.*

—Mira—dijo el rey, con acento glacial, entregando la carta a Juan Diente, que la leyó y se echó a temblar.

—¡Oh, cobarde! ¡Cobarde y miserable! ¡Me has vendido y tiembas de miedo!

—Os engañáis, señor—contestó con altivez Juan Diente—; tiemblo de cólera. ¡Haberme engañado a mí una mujer!... Y vos, vuestra señoría, tiene la culpa de ello.

—¡Yo! ¡Infame!

—Sí, señor, vos. ¿No me habíais dicho: «Cuando doña Salomé quiera salir, acompañala y no repliques, Juan; obsérvala»?

—¡Y bien!

—Anoche, poco después de oscurecer, doña Salomé me llamó y me mandó que la acompañase. Yo, obedeciendo vuestras órdenes, la acompañé.

—¿Y adónde?

—Doña Salomé se entró en la iglesia de San Juan de la Palma.

—¡Lo vió todo desde la vidriera!—exclamó el rey.

—A poco vi que vos salíais de la iglesia tras el señor Alvaro Gómez de Santaella.

—¿De modo que has sido testigo?...

—Contra mi voluntad, señor.

—¿Y por qué no condujiste a su casa a doña Salomé?

—Quise hacerlo; pero doña Salomé me amenazó con que gritaría, con que daría un escándalo...

—¿Y por qué no me has avisado?

—Yo..., señor..., temí...

—Escucha, Juan, ahora mismo vas a buscarme a esa mujer.

—¡La buscaré!

—Tú sólo...; no te valgas de nadie...; no quiero escándalos.

—Yo sólo, señor.

—Y escucha: si en todo el día de hoy no me la encuentras, puedes contarte sin cabeza.

—Haced de mí lo que mejor queráis, señor.

—Si la encuentras, apodérate de ella sin temor a gritos ni a escándalos, préndela como si se tratase de uno de mis traidores vasallos y llévala a la torre del Oro.

—Muy bien, señor.

—Entre tanto, envía a Rodrigo Pérez a que guarde la casa abandonada.

—Le enviaré, señor.

—Vete.

Juan Diente salió en silencio, mientras pudo oírle el rey; luego salió jurando y perjurando contra judías y cristianas, y contra todas las mujeres habidas y por haber.

Y saliendo del alcázar, se lanzó en las calles de Sevilla, mi-

rando vacilante en todas direcciones, como un lobo hambriento que busca un rastro.

El rey se quedó paseándose en su cámara.

—¡Conque es decir que lo que yo creía envuelto en el más profundo misterio está ya a punto de ser público! ¡Conque doña María y Salomé saben que yo soy el matador de Alvaro Gómez! ¿Y quién ha podido escribir esta carta a doña María? ¡Una mujer que me ama!... Y esta carta no es de Salomé, no; Salomé no escribe tan mal... ¡Esto es para volverse loco!... ¡Y yo, que acabo de pregonar mi misma cabeza!... Si Salomé, en su fuga, es imprudente... ¡Oh! ¡Sería un conflicto! ¡Me vería obligado a hacer justicia!... Pero, ¡bah!, la prueba..., ¿dónde está la prueba? ¿Y quién sabe?, yo creí que nadie me había visto y ya hay tres personas que lo saben, que lo han presenciado: Salomé, Juan Diente y la mujer que ha escrito esta carta; en cuanto a Juan Diente, estoy seguro de su fidelidad; en cuanto a Salomé..., Salomé me ama, pero es altiva, se conoce engañada... Y bien, si hay quien se atreva a decir: «El rey es el matador pregonado...; dadme mi precio...»; pero no se atreverán..., ¿y por qué no?... ¿No tengo fama de justiciero?... Pues bien...: si se atreven y lo prueban, yo demostraré cuánto soy justo entregando a la justicia mi cabeza.

El rey calló y siguió paseándose.

—Pero es necesario encontrar a Salomé... ¡Encerrarla!—continuó pasado algún tiempo—; ella, en su furor, es capaz de todo. ¿Y cómo encontrarla?... ¡En Sevilla!... ¡Oh!, por poco que cuide de esconderse, será imposible dar con ella.

Estas palabras del rey demuestran que en su tiempo no se conocían los empadronamientos ni la policía; en los nuestros no se hubiera encontrado don Pedro tan perplejo.

Pero acordaos de que había dejado un espía de la casa misteriosa frente a San Juan de la Palma; aquel espía era el monago Deogracias; si había cumplido con su obligación, esto es, si había atalayado bien la casa, era posible que hubiese visto salir a Salomé y la hubiera seguido. Don Pedro, pues, sintió una viva impaciencia por ver al acólito; pero como Deogracias no le conocía, cómo enviar a cualquiera de la servidumbre que no fuese Juan Diente, era exponerse a nuevas complicaciones, don Pedro se vió obligado a esperar hasta la noche.

Pasó el día con gran impaciencia, y apenas empezó a oscurecer, cuando salió disfrazado y recatadamente del alcázar, y

se encaminó a San Juan de la Palma; pero apenas se había aventurado por la calle de los Abades cuando notó que le seguía obstinadamente un bulto.

Don Pedro dejó la calle por donde iba, por la que transitaba alguna gente, y se entró por una calleja excusada, que entonces se llamaba de Grajera y hoy de los Angeles; el bulto que seguía al rey se detuvo también irresoluto y al fin adelantó.

La calle estaba desierta, y el rey, ansioso de saber con qué objeto pudieran seguirle, acortó el paso. El bulto adelantó y el rey se paró; el bulto siguió y al fin se detuvo y quedó inmóvil delante del rey.

—¿Qué quieres tú, quien quiera que seas?—dijo el rey con impaciencia.

—Si sois valiente, seguidme—contestó el bulto.

El rey era de espíritu aventurero, y al oírse apostrofar de aquel modo, contestó sin pararse a considerar las consecuencias:

—¡Guía!

El bulto siguió adelante en silencio, y el rey tras él, sin pronunciar una sola palabra; así, el uno tras el otro, atravesaron las calles llamadas hoy de la Borceguinería, del Mesón del Moro y de los Encisos y se entraron en un callejón sin salida en la de las Doncellas.

Cuando hubieron llegado allí, el que guiaba se detuvo:

—Aquí os dejo—dijo al rey—. Esperad y dentro de poco sabréis a qué os he traído.

Y desapareció.

Por un momento el rey quedó perplejo, sin saber qué partido tomar; parecía que acaso se trataba de una traición y que para ello, con intención de acorralarle, se le había metido en aquel callejón sin salida; parecía otras que aquella era cosa de Salomé, porque quien le había llevado hasta allí sin duda le conocía. Parecía, sin embargo, extraño que Salomé se le presentase, y no pudiendo contestarse a ninguna de sus dudas, esperó a que las aclarasen los sucesos.

No tardaron éstos en tener lugar; al poco espacio de estar el rey en la calleja, se oyó el sonido de una bandolina dulcemente pulsada, y una dulcísima voz entonó un romance de amores, cuya letra era incitante y apasionada.

—Vamos—dijo el rey—, si ese romance se dirige a mí, no empieza mal la aventura; se le da misterio interés. Confieso que si esa mujer que tan dulce voz tiene, y tan bien canta, es

hermosa y pura, podré muy bien consolarme de la pérdida de Salomé... ¡Salomé!... Yo en verdad, no la amo como amo a doña María, pero su hermosura habla a mis sentidos, y su candor, su inocencia de niña, a mi alma; sin embargo, se me rehela, se violenta, sabe quién soy, me siguió anoche, y es capaz de ponerme en un apuro mi aventura con doña María de Hínestrosa si Salomé descubre el misterio de mi nombre a la noble dama, puede hacerse difícil... Esa mujer del romance me está haciendo perder un tiempo precioso... y después que ha callado la voz parece que no se mueve una mosca en la casa...; pero... parece que abren una ventana..., sí... ¡vive Dios! Tras esos vidrios de colores se ve la sombra de una mujer que mira tenazmente a la calle...; se abre la vidriera... asoma una mano... ¿Qué es lo que ha caído a la calle? Ha sonado como si fuese un objeto de hierro. Busquemos... ¡Ah! Aquí está: una llave. ¡Ira de Dios!, pues no, no puedo decir que esta conquista es difícil; es un castillo que se nos entrega voluntariamente. ¿Qué significa esto?

Todo había pasado como lo había indicado el monólogo del rey; después del romance, la casa había quedado en silencio y oscura; luego se había escuchado el crujir de las maderas de unas ventanas y había aparecido tras una vidriera de colores, iluminada por la luz interior, la sombra esbelta de una mujer; después la vidriera se había abierto, la mujer había sacado por la abertura una mano y había dejado caer a la calle un objeto que había producido un ruido metálico; el rey había buscado y había encontrado una llave, y aquel encuentro había aumentado su perplejidad.

Como hombre, debía extrañar tanta facilidad, tratándose de una mujer que valiese algo; como rey, debía temer una traición en que se le ponía por cebo una mujer. Lo prudente era dejar la aventura y esperar a que se presentase de nuevo, de una manera menos misteriosa. Pero pedir al rey prudencia, cuando para ser prudente era necesario demostrar temor, era pedir un imposible. Avergonzóse don Pedro de su propia vacilación, probó si su puñal y su espada salían con facilidad de la vaina, y se encaminó a una puerta situada bajo la ventana.

La llave se adaptaba perfectamente a la cerradura: dióle vuelta el rey y la puerta se abrió.

Inmediatamente encontró un zaguán, y en el zaguán, sobre un poyo de piedra, una lámpara encendida.

—Esto significa que no se ha dudado de mi valor—dijo el

rey—, que se tiene una buena idea de mí y que por el momento no hay que temer una traición; si se hubiera querido matarme, nada más fácil que haberme asestado una puñalada al abrir la puerta; pero nada de eso: se me deja una luz. Vamos, esto no es otra cosa que la decisión de una mujer ambiciosa o enamorada. Va gustándome la aventura, y tengo impaciencia por conocer a esa mujer... Si fuera vieja o fea..., sería necesario estrangularla por el atrevimiento.

El rey murmuraba estas palabras subiendo unas estrechas escaleras, por las que se alumbraba valiéndose de la lámpara que había tomado del poyo. Cuando llegó a lo alto de ellas, se encontró en un corredor; y parecióle que una sombra negra se perdía precipitadamente entre la oscuridad.

En aquel corredor había muchas puertas, y el rey se detuvo indeciso; en aquel momento, como acudiendo en su ayuda, resonó un prelude de la bandolina tras una puerta cercana.

El rey se encaminó a ella, la empujó y se encontró en una antecámara suntuosamente alhajada; otro sonido de la bandolina le indicó que la persona que la tañía estaba en la cámara vecina, tras cuya puerta se veía luz.

Don Pedro dejó la lámpara sobre una mesa, y como llegaba el momento de presentarse ante una mujer, se arregló rápidamente su vesta de brocado y sus cabellos, adelantó, empujó la puerta y entró.

Al abrirse la puerta, una mujer deslumbrantemente vestida se levantó de un diván; corrió a él desalada, pero al llegar a cierta distancia se detuvo y lanzó un grito:

—¡Ah! ¡No es él!—exclamó—. ¡No es Adonias!

—¡Ah!—exclamó el rey—. Yo he visto a esta hebrea... ¡Sí, sí, por Dios..., la que acompañaba a Salomé!

—¡Salomé! ¿Conoces tú a Salomé? ¿Ha sido Salomé la que te ha enviado aquí?—dijo Thamar, que ella era, y estaba pálida y temblorosa.

—Yo no sé quién me ha enviado, señora mía—dijo el rey, dominando con gran aplomo la situación—; lo que sé es que estoy aquí..., que antes he escuchado un romance de amores, que he recogido una llave que han dejado caer por una ventana, que he abierto un postigo y he subido. ¿Acaso hay otra mujer en esta casa?

—Yo he sido la que he cantado el romance; yo he sido la que he arrojado la llave—dijo Thamar, sobreponiéndose a su terror—; yo había arrojado esa llave para mi esposo, yo ha-

bía cantado ese romance para él; yo, al veros, creí que él era...

—¿Y recibís a vuestro esposo de una manera tal y tan misteriosa?

—Sí; mi esposo es aún mi prometido; ayer no estaba en Sevilla; aún no nos hemos casado.

—Os aseguro, señora, que nada comprendo de cuanto me decís..., y os conozco, sí, os conozco. Os he visto.

—¿Que me habéis visto vos, un castellano?...

—Sí.

—¿Y dónde?

—En la Judería.

—¡En la Judería!

—Sí, en casa de Simuel Leví, hace seis meses.

—¡Ah! ¿Me habéis visto a mí y a mi hermana Salomé, en casa de don Simuel Leví—dijo Thamar, fijando su incontrastable mirada en el rey—. ¿Y quién sois vos?

—¡Yo! ¿Quién soy yo? ¿Y qué os importa?... Decís que os habéis engañado, y vuestro engaño me ha perjudicado sin duda. Yo esperaba en esa calleja el fin de una aventura, y al ver una sombra en la ventana, en esa misma ventana—y el rey señaló una que se veía al fondo de la cámara—; al ver que aquella vidriera se abría y que una mano de dama dejaba caer una llave, creí que era el resultado de la aventura en que me encontraba; vos decís que esperábais a vuestro esposo. Yo no lo soy, entrambos nos hemos equivocado; vos creísteis, al ver un bulto en la calle, que era el hombre a quien esperábais; yo, al ver aparecer una sombra en la ventana, que era la mujer que me llamaba. Así, pues, estamos en el caso de deshacer nuestro error; quedad, pues, con Dios, señora.

Dijo el rey, de intento, estas palabras de una manera tan fría y tan indiferente, que mortificaron a la orgullosa Thamar, que, aunque enamorada de Adonías, al fin era mujer; sabía que era hermosa y hubiera deseado algo más de interés, algo de empeño en el rey. El orgullo, o, por mejor decir, la vanidad, es en general el lado flaco de las mujeres, y don Pedro que veía mucho de misterioso en aquella aventura, y pretendía aclarar aquel misterio, empezó procurando herir el orgullo de Thamar, y lo consiguió.

—Esperad—le dijo la joven—: habéis dicho que conocéis a mi hermana Salomé, que me conocéis a mí? ¡Esto es extraño! Nosotras jamás nos hemos dejado ver de hombre alguno, o, por mejor decir, nuestras leyes, nuestras costumbres, nos

lo han impedido. En nuestra familia han ocurrido grandes cosas hace seis meses.

—Permitidme, señora—dijo el rey—; por más que os interese el hablar conmigo, yo no puedo buenamente permanecer aquí.

Thamar se mordió violentada el labio inferior.

—¿Que no podéis permanecer aquí?

—No, por cierto, a no ser que consienta en comprometeros, en deshonraros.

—¿En deshonrarme?

—Sí tal... ¿No decís que esperáis a vuestro esposo?

—Sí.

—Vuestro esposo puede llegar.

—¿Tenéis miedo?

—Sí, miedo por vos.

—¿Miedo por mí?

—¿Qué creerían de vos si os viesen encerrada a solas con un hombre joven, que es muy conocido en Sevilla, y que tiene fama de afortunado con las mujeres.

—Dirán—exclamó con impaciencia Thamar—, dirán lo que quieran. Si Adonias no tiene confianza en mí lo dejará conocer a tiempo; aún no nos hemos unido. Si desconfía, me insultará, y yo..., yo no podría amar a un hombre que me insultase.

—Hay, además, otra razón para que yo insista en salir, señora—dijo don Pedro, que comprendía que la mejor manera de interesar a Thamar era contrariarla.

—¡Otra razón! ¿Y cuál?

—Ya os he dicho que estaba en espera de una aventura que por vos se me malogra.

—¿Y creéis que yo no valgo lo que otra mujer cualquiera?

—dijo Thamar, cediendo imprudentemente a su empeño de ser tenida en lo que valía.

—Indudablemente, señora—dijo don Pedro—; pero vos pertenecéis a otro hombre.

—¡Que pertenezco a otro hombre!—exclamó Thamar, ruborizándose.

—Vos misma lo habéis dicho.

—He dicho que amo a un hombre, no que le pertenezco.

—Amar es ya pertenecer.

—No; yo no había visto más hombre que él...

Thamar se detuvo, asustada de lo que iba a decir.

—Por lo mismo, le amaréis con toda vuestra alma.

—Le amo, sí; y bien—dijo Thamar, despechada—, no se trata aquí de si yo amo o no amo, sino de mi hermana Salomé. Concluyamos: vos me habéis hablado de ella; vos me habéis dicho que la conocéis, que me conocéis a mí. Mi hermana fué robada hace seis de casa de mi padre..., ¿acaso fuisteis vos quien la robó?

—Yo fui.

—¿Y la tenéis con vos?

—No.

—¡No!

—Como que no la robé para mí.

—¿Que no la robásteis para vos?

—No, por cierto; la robé para el rey.

—¡Para el rey!—exclamó con asombro Thamar.

—Sí, por cierto; el rey don Pedro había oído hablar más de una vez de la hermosura de las judías, y ansiaba encontrar entre ellas una digna de su amor.

—¿Y se valió de vos...?

—Y de don Simuel Leví.

—¿Y don Simuel os puso en ocasión...?

—Primero de ver a Salomé; después, de robarla.

—¡Ah!

—He ahí la razón de que yo conozca a Salomé, y de que os conozca a vos, puesto que os vi al mismo tiempo.

—Dios ha hecho, pues—dijo Thamar, ocultando mal su envidia—, que yo no sea tan hermosa como Salomé, para librarme de una desgracia.

—Por el contrario, señora, el ser más hermosa, mucho más hermosa que vuestra hermana, os libró de eso que llamáis desgracia.

—No os comprendo.

—¿Creéis que un enamorado pueda entregar a otro hombre la mujer que le enamora?

—¡Un enamorado! Os comprendo menos.

—Comprendedme de una vez—dijo el rey—: Yo, desde el momento en que desde el lugar en que estaba oculto en casa de don Simuel Leví pude ver vuestra hermosura, me enamoré ciegamente de vos.

Thamar retrocedió un paso, asombrada, y palideció.

—Qué..., ¿os habéis enamorado... de mí?...—dijo con turbación.

—Con toda el alma, señora—dijo el rey, adelantando hacia ella.

—¡Mentís!—exclamó, rehaciéndose, Thamar—. Me tomáis por una mujer cualquiera, y os atrevéis...

—He ahí por qué quería salir, señora—dijo el rey, retrocediendo al lugar que ocupaba antes—. Desde el momento en que supe que esperábais a otro hombre..., que le amábais..., que érais su esposa...

—Ya os he dicho que aún no nos hemos unido...

—Pero están unidas vuestras almas, y esto mata mi amor...

—¡Vuestro amor! ¡Fuisteis bastante para robar a Salomé y tan poco para hacerme conocer vuestros amores!...

—Encontré dificultades...

—¿Dificultades?...

—Sí; yo, aunque sea rico y poderoso, al cabo no podía mandar y aterrar a don Simuel como le manda y le aterra el rey.

—Un hombre que ama es audaz.

—¡Señora!

—Os digo esto para probaros que no me habéis amado, y que, enamorándome ahora a primera vista, me insultáis.

—¡Ah! ¿Decís que no pertenecéis a nadie? ¿Decís que el hombre que ama es audaz? No os quejéis, pues, señora, si yo adopto vuestra opinión para con vos.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que estamos solos...; que sois hermosa, que os adoro, que me enloquecéis...—y don Pedro adelantó hacia Thamar, y, antes que ésta pudiera sospecharlo, la asió por la esbelta cintura y la levantó en sus brazos.

Thamar forcejeó, pero el rey la dió un ardiente beso en los labios.

—¡Soltadme! ¡Soltadme!—dijo en voz baja Thamar—. No estamos solos, nos escuchan.

—¡Ah! ¡Ya decía yo!—murmuró el rey—; se me ha tendido un lazo, pero el lazo se me vende; pues bien, yo juro que los escondidos saldrán. ¿Os interesáis por mí?—dijo don Pedro, sin soltar a Thamar.

—¡Oh!; sí, sí—exclamó ésta con voz desfallecida.

—Pues entonces gritad, gritad, pedid socorro...

—¡Pero os matarán!...

—Gritad, o yo os obligaré a que gritéis.

Y don Pedro se atrevió de una manera audacísima al pudor de Thamar, que, por violenta que fuera su pasión, al fin era honrada.

Thamar lanzó un grito de indignación, y, sin embargo nadie apareció en la estancia.

—¡Oh! ¿Qué es esto?—exclamó soltándola el rey—. Esta es una víctima que me arrojan para fascinarme, para enloquecerme... ¡Ah!, sí: esta es hija de Saul... Saul es el hebreo que vendió mi cabeza a los rebeldes, y que les dijo: «Le mataré con sus debilidades antes de tres días...» ¡Oh! ¿Dónde se oculta esa gente?—dijo el rey en voz baja a Tamar, que había caído desvanecida sobre el diván.

—En la puerta de la derecha—dijo la joven—; pero si vais a ella, huirán, porque no sois vos el hombre a quien buscan, y, aunque lo fuérais, aún no ha llegado la hora.

El rey se precipitó a la puerta de la derecha, que sólo estaba cubierta por unos tapices, y fué tan rápida su embestida, que dió en tierra con un hombre.

—¡Ah, miserables traidores!—exclamó el rey, asiendo aquel hombre y sacándole a la estancia—. ¿Quién eres tú, que así me vendes, y así te prevas de mi valor para asesinarme, para entregarme a los infames?

—¡A mí! ¡Socorro, Adonias! ¡A mí!...—gritó el hombre que tenía asido el rey, y que no era otro que el judío Saul.

A las voces del judío, cuatro hombres enmascarados entraron, puñal en mano, en la cámara.

El rey, antes de desnudar su espada, desnudó su puñal, dió una terrible puñalada al judío, que cayó lanzando un grito horroroso; y antes de que los asesinos hubiesen podido llegar a él, don Pedro desnudó su larga espada, se replegó a un ángulo de la cámara y esperó la embestida; pero antes de que le acometiesen, un hombre cayó herido por la espalda, los restantes se vieron acuchillados; y el rey, al conocer que le ayudaban, embistió por su parte; poco después dos de los asesinos habían muerto; los otros dos, huído, y un joven gallardo y hermoso estaba, fatídico y sombrío, delante de don Pedro con la espada desnuda y sangrienta.

—¿Quién eres?—le dijo el rey.

—Me llamo Adonias—contestó el joven.

—¿Qué quieres?

—Quiero que os acordéis de mi nombre y de mi semblante.

—¡Me acordaré!

—Después quiero que salgáis.

—No saldré sin llevarme a este traidor—dijo el rey, señalando al judío, que estaba por tierra revolcándose sobre su sangre y dando horribles gritos—. Le he asegurado con una puñalada, pero no le he muerto; ese hombre vivirá.

—Pero en el estado en que se encuentra no puede seguiros.

—Pero puede ser llevado.

—No hay aquí nadie que le lleve.

—El alcázar no está distante; vos, que me habéis salvado la vida; vos, que, sin duda, tenéis un interés cualquiera respecto a mí, puesto que me habéis pedido que no olvide vuestro nombre ni vuestro semblante, *don Adonias*—y el rey recargó el acento—, me serviréis, según creo.

—Mandad.

—¿Tenéis menesteres de escribir?

—Los buscaré.

—Buscadlos.

Adonias salió. Thamar, que hasta entonces había estado aterrada y replegada en el diván, se levantó.

—¡Huid, huid!—le dijo—. Adonias me ama; lo ha oído, sin duda, todo, y os mira de una manera mortal.

—¿Y qué os importa, señora?

—No sé, no sé...; pero no quiero que muráis...

—Volved, volved al lugar que habéis dejado, señora; que no pueda creer que hemos hablado...; se sienten sus pasos...; por lo demás, descuidad.

Y el rey apoyó con fiereza su mano derecha en la empuñadura de su espada, que había envainado.

Thamar volvió al diván y se fingió desmayada. Poco después entró Adonias. Traía un tintero de piedra y un pergamino.

El rey se acercó a una mesa y, sin sentarse, se dispuso a escribir.

—¿Me conocéis?—dijo Adonias.

—Sí; os conozco.

—¿Por mi nombre?

—Por vuestro nombre.

—¿Por mi oficio?

—Por vuestro oficio.

—¿Estáis seguro de no engañaros? ¡Si no fuérais lo que sois!...—dijo con fiereza Adonias.

—Basta—repuso el rey; y escribió y enrolló el pergamino—. Id al alcázar, entregad estas letras al guarda mayor, Gutier Fernández de Toledo, y esperadme.

—Eso no; no os esperaré.

—¡Cómo!

—Os he pedido que recordéis mi nombre y mi rostro, y si esto he dicho es porque no pienso dejarme ver tan pronto.

—Os debo la vida y no quiero ser exigente con vos. Id. Adonias salió, sin mirar siquiera a Thamar.

—¡Oh, me desprecia!—dijo la joven, levantándose irritada—. ¡Y decía que me amaba! ¡Oh, ese miserable no quería más que mis riquezas!

—¿Vuestras riquezas?

—Sí...; mis tesoros y mi nobleza.

—¿Vuestros tesoros, vuestra nobleza?

—Sí; yo no soy judía, yo soy castellana como vos...

—¡Castellana!

—Y si no lo fuera, si ese hombre a quien habéis herido o muerto fuese mi padre, ¿creéis que yo no pensaría en vengarle?

—Y entonces, ¿a qué habéis venido aquí

—A salvar al rey don Pedro.

—¿A salvar al rey don Pedro?

—Sí... Saul era un traidor... Saul, que no era mi padre, había pensado tender al rey un lazo con mi hermosura, fascinarle y asesinarle descuidado... Pero Adonias, que conocía el secreto, me dijo: «Thamar, es necesario que salvemos al rey; préstate a lo que Saul exija de ti...; yo velaré en guarda, y el rey nada tendrá que temer.

—¡Oh! ¡Oh! Ese infame Saul se ha engañado..., y el rey..., el rey ha hecho muy bien en no venir, en enviarme en su lugar...; a esto debo también el haberte conocido, luz de mis ojos...

—Pero ese hombre se desangra—dijo Thamar, señalando a Saul—, y le importa al rey que no muera.

—No, no; ese hombre vivirá. Las gentes del rey no pueden tardar; con ellas vendrá una litera.

—¡Que vendrá una litera!...

—Sí; esa litera es para ti.

—¿Para mí?

—¿Acaso, despreciándote, no te ha dejado sola conmigo Adonias?

—¡Oh; es verdad!

—Te ha dejado sola porque acaba de hacer un servicio al rey, que le producirá más honores y dignidades que podía haberle producido de riquezas su casamiento contigo.

—¡Seguiros!... ¿Seguir yo a un hombre a quien no conozco?...

—Mi nombre es noble entre los nobles...; mi poder, incontrastable...; mis tesoros, sin número.

—¿Cómo os llamáis?—dijo Thamar, turbada por el acento del rey.

—Me llamo don Pedro de Castilla—dijo con acento altivo, posando una mirada dominadora en Thamar.

—¡El rey!—exclamó ésta, cayendo de rodillas.

—Tu amor—respondió el rey, levantándola entre sus brazos y besándola en la boca.

Thamar arrojó un grito de alegría; su amor hacia Adonias desapareció ante su soberbia. ¡La dama de un rey! ¡Y aquel rey era don Pedro! Estuvo a punto de volverse loca, y se arrojó, ciega por la vanidad, en los brazos del rey.

Además, don Pedro, por su hermosura, por su altivez, por su majestad, la había fascinado. Thamar se creyó en aquellos momentos la más feliz de las mujeres.

Poco después se oyeron pasos de muchos hombres en la calle.

—Cúbrete con este velo, adorada mía—dijo el rey a Thamar—, y ven conmigo.

—¿Adónde me llevas?—dijo Thamar, con la languidez de una mujer enamorada.

—A la torre del Oro, que será tu alcázar; y tú, la reina de mi amor.

—Vamos—dijo Thamar, asiéndose al brazo del rey.

Don Pedro tomó la lámpara, bajó las escaleras y abrió la puerta.

—¡Hola, Gutier Fernández de Toledo!—dijo el rey.

Del grupo de hombres que llenaba la calleja adelantó uno.

—¿Qué me mandáis, señor?—dijo.

—¿Has traído contigo una litera?

—Sí, señor—dijo el hidalgo.

—Hazla acercar.

Poco después una litera llegó a la puerta.

—Entrad, señora, entrad.

—¿Y vos?—exclamó Thamar.

—Yo iré a veros esta misma noche.

—¿Y por qué no me acompañáis?

—¿Pretendéis que no defienda mi corona?

—¡Oh! No, no, señor; defendéos, pero no me olvidéis.

Y Thamar entró en la litera.

—Gutier Fernández: haz que con las mayores consideraciones conduzcan a esa dama a la torre del Oro; que la aposenten en la cámara Dorada; que la traten como yo quiero que sea tratado todo aquel a quien distingo.

—Muy bien, señor.

—Luego, sube; apodérate de un judío que encontrarás arriba herido, y llévale al momento al castillo de Triana. Encontrarás también dos muertos, hazlos enterrar aquí mismo; registra después la casa, prende a todo el que encuentres y llévale al castillo. Después deja una guarda de ballesteros dentro, pero con orden de que nadie pueda verlos ni sentirlos desde fuera; que abran a todo el que llame, y prendan a todo el que entre. Adiós.

Y el rey, embozándose en su capa, salió del callejón y luego de la calle de las Doncellas, y se encaminó a gran paso a la iglesia de San Juan de la Palma.

## CAPÍTULO XI

Aunque no era muy tarde, el rey encontró desierta la plaza y cerrada y oscura la iglesia.

Esta circunstancia, con la cual el rey no había contado, le contrarió. No encontraba medio hábil para ver a Deogracias; el monago, sin duda, estaba en los aposentos de la sacristía, pero ¿cómo llamarle sin causar sospechas a maese Longinos?

Esperar al día siguiente era cosa que no la sufría la impaciencia del rey, que, por otra parte, tenía interés en que Deogracias siguiérase siendo su espía, sin que de nada pudiera percibirse aquel sacristán traidor, que de tal manera servía a los rebeldes.

Ocurriósele, sin embargo, al rey que el monago, deseoso de ganar algunos florines más, podía estar observando desde algún acechadero la casa que había abandonado Salomé, y se dió a buscar un medio de hacerse notar y reconocer del acólito, en el caso de que estuviere de atalaya. Púsose, pues, a pasear por la acera de enfrente de la iglesia, dando entre tanto vueltas a su imaginación para procurarse hablar cuanto antes con Deogracias.

No sabemos hasta qué punto hubiera sido ingenioso el medio de que se hubiera valido el rey, porque la casualidad hizo que el monago se presentase por sí mismo.

Y fué de esta manera:

Ya hacía algún tiempo que don Pedro se paseaba, cuando sonaron pasos de muchas personas en la calle de Regina y resplandor de luces; al fin muchas gentes desembocaron en

la plazuela, entre las cuales algunas personas llevaban hachas encendidas, y se encaminaron a la iglesia. La mayor parte de aquellas personas llevaban túnicas de nazarenos y capuces en las cabezas.

—¿Qué será esto?—dijo el rey—. ¿Para qué viene aquí toda esta gente? Veamos.

Y se retiró más hacia el fondo oscuro de la plazuela.

Entre tanto los que habían llegado a la iglesia llamaron con fuerza a la puerta del sacristán.

—¿Qué se os ofrece?—dijo maese Longinos, asomándose a la ventana más baja de la torre.

—Aligerad, aligerad, hermano—dijo uno de aquellos hombres—. Ya es bien cerrada la noche y la penitencia espera.

—Voy a abrir la iglesia, hermano—dijo Longinos, quitándose de la ventana.

Poco después se abrió la cancela de la iglesia y entraron aquellos hombres encapuchados; el rey contó hasta cincuenta.

La puerta volvió a cerrarse.

—¿Penitentes tenemos?—dijo el rey—. ¿Sí tendremos que ver algo nosotros con estos penitentes? Es necesario entrar en la iglesia, y, sin embargo, esto no es fácil. No tenemos a Deo-gracias para que nos abra; pues bien, observemos qué hace ahí dentro esa gente.

El rey fué a una rejilla de la puerta y miró al interior. En el fondo de la iglesia estaban aquellos hombres formados en dos filas y recibían de maese Longinos largos cirios de cera verde; al frente, entre aquellas dos filas, uno de los encapuzados sostenía un estandarte, verde también, y al fondo, cuatro hombres levantaron sobre sus hombros, en unas andas de madera, una Virgen de la Soledad; entre las dos filas, otros se desnudaban las espaldas y mostraban en las manos fuertes y aceradas disciplinas.

—Pues son disciplinantes—dijo el rey—. ¿Lo serán de veras o, bajo esta devoción, se ocultará alguna hazaña de los rebeldes? Lo veremos. Se dirigen hacia la puerta, y veo a Deo-gracias que adelanta con las llaves.

El rey se retiró precipitadamente; poco después la puerta se abrió y salió el estandarte; tras el estandarte, las dos filas, cada una de doce hombres con los cirios verdes; entre ellos, veinte disciplinantes con los cuerpos desnudos hasta la cintura y las cabezas cubiertas. Al fin, sobre los hombros de los otros cuatro, la severa imagen de la Virgen de la Soledad, y a la derecha de ellos, con sobrepelliz y bonete y un largo

rosario en la mano, maese Longinos, que entonaba con voz estentórea un rezo, al que contestaban cantando los de la cofradía.

Porque aquella era una cofradía, o lo parecía al menos. Hoy, que la civilización ha abolido esas prácticas religiosas fuera de los templos, quedan, sin embargo, en Sevilla esos ostentosos *rosarios* de la Soledad, de la Aurora, de otras mil advocaciones; es común ver deslizándose, ya entre las tortuosas calles de la ciudad moruna, ya a lo largo de los malecones de Triana, ya en el campo, a las márgenes del río, dos largas hileras de devotos con faroles en las manos, llevando entre sí estandartes, imágenes y enormes faroles con vidrios de colores y multitud de luces, para sostener algunas de las cuales se necesitaban tres hombres; todas estas gentes entonaban el rosario a grito herido, coreando trinos y villancicos, y se detienen a cantar, ya delante de las casas de los cofrades, ya delante de otra, de donde les han arrojado limosnas.

Pero si aún subsisten en más de una ciudad española los rosarios, ha desaparecido, por fortuna, otra antigua costumbre muy común en la Edad Media: hablamos de las disciplinas en público; todo el mundo veía con respeto una procesión de penitentes disciplinantes, dado el espíritu de la época: el disciplinante era un verdadero penitente, cuya expiación corporal era una verdad, hasta el punto de morir muchos bajo el rigor de los castigos que se imponían.

Muchas veces, bajo aquel capuz morado, se ocultaba una cabeza ilustre, sobre la cual pesaba el remordimiento de un gran crimen; muchas veces aquellos pies desnudos, que se ensangrentaban sobre un terreno desigual, áspero, insoportable aun para el pie mejor calzado, muchas veces, repetimos, aquellos pies eran de delicada dama o de altivo infanzón, acostumbrado a hollar las muelles alfombras o los bruñidos pavimentos de mármol de los alcázares. En la Edad Media había más espíritu que en la edad presente, y, por lo mismo, la devoción era un entusiasmo; el honor, un culto, y salían con más frecuencia de la sociedad los santos y los héroes.

Este era el carácter general: sin embargo en más de una ocasión el lobo se disfrazaba con la piel del cordero, y el manto de la religión solía encubrir grandes crímenes: porque los abusos han nacido con el hombre, diferenciándose solamente las civilizaciones, en que haya dominado en ellas la virtud a la corrupción, o la corrupción a la virtud.

Esto se sabía entonces tan bien como se sabe ahora, y por lo mismo el rey don Pedro, que tenía poderosos motivos para desconfiar de todo, miró con prevención a los disciplinantes.

—¿Si serán, si no serán?—se dijo—; pues bien, ya lo sabré; pero antes necesito hablar con Deogracias, que por lo que veo, en ausencia de maese Longinos, se ha quedado de guardián de la iglesia y está parado en el cancel, mirando cómo se alejan los de la disciplina.

El rey adelantó, llegando a punto que Deogracias se volvía para entrar en el templo.

—¡Eh, mi buen amigo!—le dijo, tocándole en un hombro—; espera a que te dé las buenas noches, bravo mozo.

—¡Ah!—dijo Deogracias—, el señor paje.

—Sí por cierto, yo soy; he venido a verte, y a no ser por la disciplina me hubiera quedado con el deseo.

—Muchas gracias, caballero—dijo el monago con el acento adulator y suave de todo el codicioso que espera una recompensa.

—¿Qué gente es esa?—dijo el rey.

—Es la cofradía de la Soledad, señor.

—¿Y adónde van?

—A la ermita del Amparo.

—¿Y dónde está esa ermita? No conozco ninguna de tal nombre en Sevilla.

—Está en el campo, señor, a media legua de la ciudad, a la derecha del camino de Santiponce, entre las ruinas de un antiguo palacio moro.

—¡Ah! ¡Y la cofradía va a disciplinarse al campo!

—Esa es la costumbre, señor.

—¿Y has faltado a mi encargo?

—Me habéis hecho muchos encargos, señor.

—Entre ellos, uno era que vigilases la casa de enfrente.

—¡Ah! Sí, es verdad, señor.

—¿Y has faltado a mi encargo?

—No tal, no tal, señor; si maese Longinos no me hubiera tenido ocupado todo el día en vestir la iglesia, para una función de ánimas, hubiera ido a buscaros al alcázar.

—¿Ha ocurrido algo de nuevo?

—¡Y tanto como ha ocurrido, señor! Vos me dijiteis: «Si sale algún duende de la casa encantada, ya sea bajo la figura de hombre o de mujer, le seguirás.» Yo, desde el momento en que

volví del alcázar, me puse a acechar desde la torre de la iglesia.

—¿Y viste salir algún duende?

—Salieron dos.

—¡Dos!

—Sí, señor, dos: uno en figura de dama, otro en figura de dueña.

—¿Viste a la dama?

—Iba muy encubierta. Lo que hice, fué bajar a saltos las escaleras, alcanzarlas y seguir las recatadamente.

—¿Y dónde fueron?

—Salieron de Sevilla.

—¡Que han salido de Sevilla!

—Sí, señor; pero entraron en el barrio de San Bernardo, en un viejo caserón de vecindad.

—¿Y por qué no fuisteis a avisarme al momento?

—Porque antes quise dar una vuelta por la iglesia, y encontré a masse Longinos que me esperaba colérico, y me mandó que le ayudase a componer la iglesia. Como me habéis dicho que evite el que maese Longinos sospeche nada, tuve que quedarme.

—¿Conque dices que los dos duendes entraron en el barrio de San Bernardo, en una casa de vecindad?

—Sí, señor.

—¿Y en qué calle del barrio está esa casa?

—En la calle de Vargas Machuca; no tiene pérdida: a un lado del zaguán está la tienda de un odrero; al otro lado, una taberna; en el zaguán, un zapatero de viejo.

—Bien, muy bien, Deogracias; toma, y adiós.

El rey dió un florín al monago, cuyo corazón latió violentamente, y cuando quiso dar las gracias a don Pedro, ya éste había desaparecido.

—¿Quién será este caballero que en tan ricas habitaciones vive, que tantos y tan buenos florines gasta, y que habla con la querida del rey, ni más ni menos que si lo fuera suya?... Y bien, nada me importa sígame pagando así, y dentro de poco seré rico... Si yo quisiera..., han pregonado en diez mil castellanos de oro la cabeza del matador del señor Alvaro Gómez Santaella, y yo sé quién es el matador; se ha encontrado junto al muerto un birrete de brocado de oro, y el señor paje tenía puesta esta mañana la gorra del señor Alvaro Gómez, del mismo modo que anoche tenía un birrete de brocado...; sin más prueba que ésta, el señor paje negaría, pero el tormento le haría hablar; declararíá y yo sería rico... Pero no, no, señor; no lo

haré; ni siquiera he tenido la tentación...; sería una infamia acusar así a quien de tal manera nos favorece. No, no, señor; pero ¿quién será ese hombre? El lo dirá; y si no dice: ¿Qué me importa?

Tras estas palabras, el monago entró en la iglesia y cerró. La plazuela quedó silenciosa, desierta y oscura.

## CAPITULO XII

Entre tanto, don Pedro marchaba, a buen paso, por las estrechas y oscuras callejas de Sevilla buscando la pista de los disciplinantes. Bien pronto siguió la ruta que debían llevar, según el lugar adonde se encaminaban, percibió sus salmos penitenciales, cantados a voz en grito. Entonces contuvo el paso para sostenerse a una prudente distancia, y los siguió a lo lejos.

Al salir por la puerta del Arenal, notó que uno de los penitentes hablaba con el oficial de la guardia; vió que le daba algo que el alférez lo guardaba, después de lo cual el penitente siguió.

—¡Dinero para que le abran la puerta a la vuelta!—dijo el rey—. ¿Qué significa esto? Si fueran verdaderos disciplinantes, no temerían al volver ser reconocidos; pues bien, adelante, es necesario impedir que ese hombre, que se ha separado de los otros se reúna a ellos.

Y el rey apresuró el paso, incorporándose al disciplinante a tiempo que atravesaba el puente de Triana.

Había por aquellos tiempos, al otro lado del puente, una torre cuadrada con un arco tenebroso y torcido, por el que era necesario pasar para entrar en Triana; el rey adelantó al penitente, pasó el arco y se aventuró en una calleja tan oscura y tortuosa como él; una vez allí, se ocultó en un soportal, tiró de la espada y esperó.

A poco se acercó el penitente, bien ajeno de la emboscada; la calle estaba desierta y el rey se puso delante del que venía.

—¡Alto allá!—dijo—. ¿Quién sois?

—Un disciplinante que va de romería—dijo el preguntado—; déjame pasar, hermano.

—¡Ah!, sois un disciplinante; pues bien: os juro que no ha-

béis de pasar sin entregarme vuestra túnica, vuestro capuz y vuestras disciplinas.

—¿Y para qué las queréis? Si hubierais querido ser de la romería, nadie os hubiera impedido acompañar a la cofradía; todos saben los días en que ésta tiene ejercicios.

—Es que yo pienso en las cosas cuando las veo; y estoy tan acostumbrado a hacer lo que quiero, que no sufro bien réplicas ni contradicciones.

—¡Hacedme paso!—exclamó con energía el penitente—, o habré de hacérmelo yo. El humillarse ante Dios no es lo mismo que humillarse ante los hombres. Además, vos me amenazáis con una violencia.

—Y os voy a enviar a los infiernos a poco más que resistáis.

—Veámoslo—exclamó sombríamente el disciplinante, reman-gándose la túnica y desnudando una larga espada de combate.

—¡Ah!, ¡ah!—dijo el rey, acometiéndole—; penitentes bien armados sois.

—Si lo somos o no, vas a verlo—dijo el disciplinante acometiéndolo al rey.

Don Pedro, acostumbrado desde su primera juventud a este género de riñas, en medio de una calleja y de las sombras de la noche, no tardó en dar buena cuenta de su adversario a pesar de que era fuerte y valiente; pero no quería matarle, y por lo tanto le causó algunas heridas cortas, le desarmó, cerró con él a cintarazos, dióle, en fin, lo que se llama en nuestros días una tremenda paliza, y cuando le tuvo, según una expresión vulgar, suave como un guante, cerró con él, le descifó el cordón penitente, le ató los brazos y le intimó que marchase hacia la guardia de la puerta del Arenal.

—¿Qué vais a hacer conmigo?—dijo aquel hombre.

—¿Qué voy a hacer? ¡Ira de Dios! Entregaros preso a la guardia, para que el señor rey tenga ocasión de ahorcaros; me parecéis traidor.

—¡Traidor yo!

—Se os reconocerá; si no lo sois, libre iréis, bastándoos la zurra que habéis llevado por vuestra impertinencia; pero si lo sois, la cuenta de vuestro castigo será del rey.

—Sólo un caballero, y un caballero valiente, ha podido vencerme—dijo el disciplinante—; y yo me entrego a vuestra merced como caballero; por lo mismo, confío en que no me entreguéis al rey.

—¡Ah!... Conque al fin...

—Si me juráis guardar secreto..., no decir a nadie...

—Os juro guardarlo.

—Pues bien, mi desdicha me ha hecho enemigo del rey.

—¿Hay algo que pueda disculpar la traición?

—Sí, una afrenta.

—¿Y os ha afrentado el rey?

—Sí.

—¿Cómo?

—Deshonrando a una hija mía.

—¿Alguna mozueta loca y casquivana?

—Mi Elvira era mujer al fin; el rey, joven y hermoso, disfrazaba su nombre, se vendía por un hidalgo pobre; vióla una noche de verano a la reja, hablóla, agradóla, siguieron las pláticas nocturnas, y un mes después...

—¡La niña se rindió al galán!... ¡Virtud inconsistente!

—Era inocente.

—Lo son todas.

—Mi hija...

—Vuestra hija es como otras tantas: engañan al padre, al tío o al pariente, y cuando las pillan en el secreto, salen del paso con la inocencia y con el amor.

—Dicen que el rey es muy hermoso y muy maestro en el engaño.

—¡Cómo! ¿No conocéis al rey?

—¡No, pardiez!

—¿Y cómo sabéis entonces que el rey sedujo a vuestra hija?

—Una noche..., hace dos años..., ya muy tarde, sentí ruido en mi casa. Levantéme, creyendo fuesen ladrones; pero oí hablar en su aposento a mi hija; hablaba de amor; contestaba enamorada, loca, a las caricias de un mancebo; no pude contenerme; intenté abrir la puerta, pero estaba fuertemente cerrada; entonces quise forzarla de un solo empuje, pero la puerta resistió, y, avisado el amante tuvo lugar de escapar por la misma ventana por donde había entrado, y en la cual encontré pendiente una escala; entonces amenacé a mi hija con la muerte si no me revelaba el nombre de su seductor, y me dijo: «Se llama Pedro Galán, está al servicio del rey, y si ha entrado en mi aposento es porque es mi esposo: me ha dado palabra de casamiento.

—Pues es necesario que esa palabra se cumpla—la dije—, y me retiré.

Pero Pedro Galán no pareció más, temeroso, sin duda, de

mi cólera. Entonces dije a mi Elvira, que lloraba desconsoladamente:

—Ese infame dice llamarse Pedro Galán, y está al servicio del rey...; pues bien, el rey es justiciero. Tú que has cometido la afrenta, ve a pedir justicia; no es justo que yo humille mis canas, que he guardado sin mancha, por los locos devaneos de un hija miserable; ve, suplica al rey, porque si el rey no te hace justicia, entrarás en un convento.

Elvira lloró, pero yo fui inflexible. Viéndose obligada a obedecerme, fué al alcázar, y, sin decir su nombre, pidió ver al rey para que la hiciese justicia.

—De seguro, si en nombre de la justicia lo pidió, el rey la daría audiencia.

—Nunca se la hubiera dado; apenas estuvo delante de él, la desdichada se desmayó: Pedro Galán no era ni más ni menos que el mismo rey don Pedro.

—¿Y por qué no fuísteis a pedir al rey justicia contra el rey, sabiendo que don Pedro es tan justiciero?

—Tuve miedo.

—¿Tuvisteis miedo?

—Sí, pardiez, porque si le llaman el justiciero también han dado en llamarle el cruel.

—Y decidme, si yo os afirmase que el rey ningún mal os haría, ¿le pediríais justicia?

—No; porque el rey no puede hacérmela.

—El rey puede protegeros.

—Y mi honra..., ¿con qué se paga la honra de un hidalgo?

—¿Hidalgo sois?

—Y de los buenos; de las montañas de León.

—¿Cómo os nombráis?

—Juan de Ayala.

—¿Sois pariente de Pero López de Ayala, el mozo?

—Soy su tío.

—Pero López priva con el rey.

—Yo he tenido muy en cuenta no revelarle nuestra desdicha.

—¿De modo que nadie sabe el devaneo de doña Elvira?

—Nadie sino Dios, el rey y yo.

—Pues bien: Juan de Ayala, donde no hay escándalo no hay deshonra; además, tu hija es un sol de hermosura, y nada tiene de extraño que el rey se enamorase de ella; le dieron tentaciones de hablarla, ella le escuchó; el rey enamorado la enamoró; el silencio de la noche, la ocasión; el

amor..., vamos, vamos, ni tu hija tuvo la culpa ni el rey tampoco; tú eras muy descuidado, viudo, solo, y debiste poner a tu hija en un convento.

—¿Decís que nadie conoce mi deshonor, y vos parecéis enterado de cosas que no os he dicho?

—El rey no ha dicho ese secreto a nadie más que a mí; y yo soy Pedro Galán.

—¡Que vos... sois... Pedro Galán!—exclamó todo trémulo Juan de Ayala.

—Sí; y don Pedro el justiciero.

—¡Y yo he medido mi espada con vuestra señoría!

—Eso te mostrará, Juan, que si como Pedro Galán he vencido a tu hija, que era dura como un coselete de Milán, el rey don Pedro ha sabido vencerte también; y no eres cobarde ni manco. Así, pues, y puesto que el negocio de tu hija está entre nosotros...

—¡Señor! ¡Ah! ¡Señor!

—Yo la buscaré marido, la daré hacienda.

Juan de Ayala era, como la mayor parte de los hidalgos de su tiempo, ambicioso y poco mirado en los medios de hacer fortuna; así es que, estropeado como estaba por las heridas y la paliza del rey, se arrojó a sus pies.

—¡Ah!; señor—dijo—. ¿Y me perdonaréis por amor de mi hija?

—Sí, sí te perdono; pero no basta el amor de doña Elvira, es necesario que me reveles el misterio de esa romería.

—Es una conspiración.

—¿Quiénes son ellos?

—Don Juan Alfonso, don Tello, don Fernando de Castro.

—¿Son los mismos que se reunieron anoche en la iglesia de San Juan de la Palma?

—Los mismos, señor.

—¿Y a qué se reúnen?

—El judío Saul ha avisado que esta noche morirías, señor; lo aseguró tanto, que se han traído lanzas al bosque que rodea la ermita del Amparo, y sólo se espera que el judío avise la muerte del rey para entrar en la ciudad.

—¿Y por dónde entrarán?

—Por la puerta del Arenal. La guardia está comprada.

—¡Traidores!—exclamó el rey.

—Pero—dijo Juan de Ayala, que se había hecho de pronto celosísimo partidario del rey desde que, como quien dice, se

contaba en la familia—; pero, señor, en vuestra mano está apoderaros de esos rebeldes.

—¿Son muchas las lanzas?

—Unas doscientas.

—Pequeño ejército para vencer.

—Pero bastante para alentar.

—¡Ah! ¿Se cuenta acaso con un motín!

—Sí, señor.

—Escucha, Juan de Ayala: te dejo libre—dijo el rey, desatándole—; pero si me engañas por salvarte...

—¿No tenéis en rehenes mi hija, señor?

—¡Ah!, ¡diablo!, es verdad. Pues bien: vete; di a esos rebeldes que has pagado al alférez de la guardia, pero que el alférez ha dicho que es necesario que aguarden para entrar a la media noche.

—Así lo haré, señor.

—Pues cuenta conmigo, Juan.

—Os serviré, como he servido a vuestro padre.

—Y yo te daré más que mi padre te dió. Ve no sospechen.

—Guárdeos Dios, señor.

—Hasta más tarde, Juan.

Y el rey se alejó; volviendo atrás, atravesó el puente de Triana, se fué por la margen izquierda del Guadalquivir hasta la torre del Oro, y, al acercarse a su rastrillo, una voz robusta gritó:

—¿Quién va allá?

—¡Ah, mis bravos y vigilantes ballesteros!—dijo el rey.

—¿Quién va allá?—repitió con acento amenazador la voz.

—¡El rey!—gritó don Pedro.

—Alto el rey—repuso la voz.

El rey, obediente a la consigna de sus ballesteros, en lo que se obedecía a sí mismo, se detuvo, admirando la disciplina de sus buenos ballesteros hidalgos de maza.

Poco después se alzó el rastrillo, y un mocetón fornido, armado hasta los dientes, salió con una linterna; tras él quedaron otros cuatro ballesteros.

De una ojeada aquel hombre reconoció al rey.

—Guarde Dios a vuestra señoría—dijo.

—¡Ah, mi bravo Albarracín!; hacienda de provecho tenemos, hijo. ¿Cuántos ballesteros hay en la torre?

—Doscientos, señor.

—Pues arriba, y a caballo.

—¿No entra vuestra señoría?

—No. Avisa por el muro del alcázar con un ballestero que mi escudero Alvar Díaz me lleve a la puerta de Triana mi arnés trenzado de Milán y mi corcel *Balax*, encubertado de batalla.

—Muy bien, señor.

—¡Eh! ¡Tú, Recio—dijo el rey—, ven acá!

Adelantó un ballestero de entre los cuatro que habían quedado a la puerta.

—Ve al momento al castillo de Triana, y di al alcaide Gil Bustillos que entregue todos los jinetes y peones que tenga, menos cuarenta que quedarán para la guardia. Añádele que prepare la cámara del tormento. Ve.

El ballestero partió.

—Y vosotros tres—añadió el rey, dirigiéndose a los que habían quedado—id a observar, sin ser vistos, la guardia de la puerta del Arenal.

Los tres ballesteros partieron también, y el rey quedó paseándose por delante de la torre.

### CAPITULO XIII

Entre los caprichos característicos del rey, era uno el de la caza nocturna. Muchas veces, y cuando menos lo esperaban, sus ojeadores, sus halconeros y monteros eran despertados a media noche; los rondadores y los que a altas horas se entretenían con el amor pegados a una reja, en ese acto que de tiempo inmemorial se llama en Andalucía *pelar la pava* (cuya etimología, y sea dicho entre paréntesis, no hemos podido descubrir), veían de repente una larga y alegre partida de montería, alumbrándose con antorchas, sonando sus cornetas, ahullando sus perros, haciendo retumbar las calles con sus ferrados pies los caballos; sucedía muchas veces que el rey, en vez del verde brocado de oro de la montería, llevaba el arnés redoblado de las batallas y se hacía acompañar por más hombres de armas que monteros.

Es cierto que siempre que el rey había vestido de una manera tan luciente para sus monterías nocturnas había visto al amanecer Sevilla algo espantable, como por ejemplo, uno o

más cuerpos humanos inertes, lívidos, suspendidos del cuello, por un dogal, de las almenas del castillo de Triana, o alguna cabeza cortada, puesta en una pica en los adarves de la torre del Oro, o algún cuerpo muerto a hierro y ensangrentado en la picota de la plaza del Mercado; entonces el buen pueblo de Sevilla solía decir sin asombrarse ni estremecerse:

—¡Buena caza ha hecho el rey esta noche!

Si siempre hubiese sido este el resultado de las nocturnas monterías del rey nada hubieran tenido de extrañas. puesto que para cazar rebeldes la hora más a propósito es aquella en que las tinieblas pesan sobre la tierra; los conspiradores, desde los tiempos más remotos, siempre han elegido las horas del sueño y del silencio para sus conciliábulos, prefiriendo para ellos lugares tan tétricos como templos, cementerios y ruinas; pero es el caso que muchas veces, cuando aterrados por recientes y terribles castigos del rey, no había una sola conspiración en Sevilla, ni en veinte leguas a la redonda, solía el rey salir de la misma manera armado y rodeado de ballesteros y jinetes a sus extrañas monterías.

Esto acaso no era otra cosa que acostumbrar a las gentes a tales excentricidades, para que no se extrañasen y sirviesen de aviso a los conjurados en las ocasiones especiales. Lo cierto del caso es que muchas veces solía volver el rey de estas expediciones ya muy entrado el día, trayendo por única caza lechuzas, lobos y garduños; lo que no impedía que el rey se divirtiese, porque la caza de estas alimañas es tan buena y entretenida como la mejor.

Partiendo de estos principios, la guardia de la puerta del Arenal no extrañó el ver venir hacia la puerta, por la parte de adentro, muchos ballesteros y jinetes con antorchas.

—El rey va de caza—se dijeron.

Y sin meterse en más consideraciones, se formaron para rendir su saludo de honor a don Pedro.

Pero éste no aparecía entre sus soldados: sólo se veía su magnífico corcel *Balax*, encubertado como para entrar en batalla, llevado del diestro por un escudero hidalgo, y mostrando sobre su caparazón una armadura completa, una lanza y un hacha de armas.

Cuando hubieron llegado a la guardia los de adentro, el que parecía jefe dijo al alferez de la guardia:

—Abrid la puerta.

—¿De orden de quién?—contestó el alferez.

—De orden del rey.

—¿Me respondéis de las consecuencias, señor Pero López de Padilla?

—Os juro que por abrir la puerta nada os sucederá, alférez Ruy Sancho.

Ruy Sancho entró dentro del aposento de la guardia, salió con un haz de llaves y abrió uno por uno los candados, barras y cerrojos que aseguraban la puerta.

Apenas se abrió ésta, cuando de la parte del campo entraron muchos hombres con las espadas desnudas por delante y rodearon la guardia.

—¡Daos presos!—gritó una voz robusta.

—¡Presos! ¿Y a quién?—contestó Ruy Sancho, procurando, aunque inútilmente, defenderse.

—¡Presos al rey!—exclamó don Pedro, adelantando y dejándose ver del alcaide.

Ruy Sancho palideció, y entregó su espada a un balletero de maza, mientras la guardia entera era desarmada.

—Oye, Pero Lope, mi buen balletero mayor: llévate a ese bribón al castillo de Triana, donde todo está preparado para una buena confesión general, y si no confiesa, trátale bien: rómpele los huesos y exprímelo hasta que no le quede una palabra importante en el cuerpo.

—¡Señor, señor!—exclamó el alférez todo trémulo—. ¿En qué os he ofendido, señor?

Don Pedro no contestó; se había vuelto de espaldas, y se ocupaba en hacer descargar sus armas del lomo de *Balax*. Pero Lope de Padilla entre tanto se había apoderado del alférez y de los soldados y los conducía a Triana.

El rey entró en el aposento de la guardia, donde en un momento le armaron sus escuderos; dejó en la puerta una guardia de balleteros de maza con instrucciones terminantes; mandó apagar las antorchas, y salió de la ciudad al frente de sus lanzas y de sus balleteros.

La puerta se cerró.

Apenas habían marchado un corto espacio hacia el puente de Triana cuando se oyeron relinchos y pisadas de caballos.

—Mi bueno y leal Gutier Ferrández: ve a ver qué gente es esa.

Gutier Ferrández de Toledo, guarda mayor del rey y alcaide de sus donceles, adelantó con algunas lanzas, y poco después volvió, y dijo:

—Es el capitán Pero Arco con las gentes de la fuerza de Triana.

—Pues adelante—dijo el rey.

Poco después habían atravesado el puente de barcas, el barrio y el bosque de Triana, y caminaban sobre el camino de Santiponce.

La noche se había hecho densamente oscura.

—¡Alto!—dijo el rey.

Todos se detuvieron.

—¿Quién sabe el mejor camino para la ermita del Amparo?—dijo el rey.

—¡Yo! ¡Y yo! ¡Y yo!...—respondieron algunas voces.

—¿Está ahí Garcí-Díaz?

—Aquí estoy, señor—dijo una voz ruda.

—Una vez que hay quien sepa a la ermita del Amparo, ve, Garcí-Díaz, con todos mis ballesteros y córcala a cierta distancia, de modo que no puedas tropezar con los escuchas de los que debe haber en la tal ermita.

—¿Cuántos hombres llevo conmigo, señor?

—Todos los ballesteros, dejándome uno de los que conocen el camino para que me guíe.

Poco después, una larga hilera de sombras se perdió a lo largo del camino, y el rey, guiado por un balletero, que llevaba su caballo del diestro, adelantó seguido de sus lanzas.

Transcurrió media hora; al cabo de ella, el rey vió relumbrar algunas luces al costado derecho del camino, sobre una pequeña eminencia, y oyó salmos penitenciales.

—¡Ah! ¡Vive Dios! ¡Pues esa gente no cuida de ocultarse!—exclamó el rey—. ¡Hola, valiente!—añadió, dirigiéndose al balletero que llevaba su caballo—. ¿Son esas las ruinas donde está la ermita del Amparo?

—Sí, señor—contestó respetuosamente el balletero.

—¿Y dónde diablos están los nuestros?

—No deben estar lejos, señor—contestó el mismo.

—Pues ve y búscalos.

El rey hizo alto, hiciéronlo las lanzas, y el balletero partió a cumplir el encargo del rey, y no tardó mucho tiempo en volver.

—Señor—dijo—: Garcí-Díaz de Albarracín está escondido entre los olivos, a un tiro de ballesta.

—Hazle venir.

A poco Garcí-Díaz estaba delante del rey.

—¿Qué has visto?—le preguntó don Pedro.

—Lo mismo que ve vuestra señoría—contestó el balletero—; luces y penitentes. He adelantado recatadamente hasta las rui-

nas y sólo he podido descubrir que se disciplinan de lo lindo.

—¿Me habrá engañado Juan de Ayala, faltándome a su promesa?—pensó el rey—. Pero no, no puede ser; en ese caso esa gente hubiera desaparecido...; veremos sin embargo. Escucha, Garcí-Díaz: ¿Hay algún medio para llegar hasta esa gente sin que nos sientan?

—Las ruinas son extensísimas, señor, y yo las conozco muy bien, porque he venido muchas veces a ellas a cazar zorras. Singularmente conozco una especie de madriguera, que tal vez no la conozcan ellos.

—¡Ah, buen cazador de zorras!, paréceme que esta noche cazamos lobos. Llévame por esa madriguera—dijo—; pero espera, espera un poco... Oye, Gutier—añadió el rey—: Cuando oigas mi corneta, carga a donde suene con mis hombres de armas.

—Muy bien, señor.

—Ahora—dijo el rey, descabalgando—, vamos, Garcí-Díaz.

El balletero partió y el rey le siguió. Su armadura estaba forrada de tal modo que no rechinaba ni crujía, y debía ser, aunque fuerte, ligera, puesto que el rey marchaba desembarazadamente con ella; era un arnés construido expresamente para esta clase de sorpresas; era, además, negro y con visera de barras en el casco, cosa que no se usaba aún en Castilla, como tampoco los arneses de punta en blanco, porque esta moda la introdujeron los aventureros de la *Compañía Blanca*, que vinieron más tarde a España a hacer la guerra a don Pedro en favor de su hermano don Enrique, bajo el mando del famoso condestable de Francia, Beltrán Duguesclin.

—¿Está muy lejos el rastro de las zorras?—dijo el rey.

—Será necesario rodear algo, señor—dijo el balletero—. Es una especie de camino cubierto, largo y profundo.

—Pues apresura y silencio, ya estamos cerca, y nuestra voz pudiera avisarles.

—¿Y vamos solos, señor?

—¿Y por qué no? En todo caso, ¿crees que no serán bastante nuestros puños y nuestras armaduras para resistir mientras acude mi gente? Adelante, adelante, Garcí-Díaz.

No pasó mucho tiempo antes de que el balletero se detuviese delante de un espeso y lóbrego matorral.

—Por aquí es, señor—dijo el balletero.

—Pues entremos—contestó el rey.

—Por fortuna, viene vuestra señoría armado; de otra mane-

ra, sería cosa de dejarse las ropas y las carnes en las zarzas.

—Y tú, Garci-Díaz—dijo, deteniéndose, el rey.

—Mi vesta de ante es fuerte, y en cuanto al rostro, yo le sabré defender.

Y se lanzó adelante, rompiendo como un jabalí entre la maleza; el rey le siguió.

Cuando hubieron roto aquel muro de espinos, a que no había contribuido poco el puñal, con honores de machete, del ballestero, se encontraron en un lugar desembarazado, pero de ambiente húmedo, de terreno desigual y profundamente oscuro.

—Páreceme que por aquí no ha entrado nadie más que nosotros—dijo el rey.

—De seguro, señor; las zarzas estaban tan tupidas que no había más que pedir; díganlo mi vesta y mi piel.

—Yo te daré una vesta de brocado, y quince días de licencia para que te cures en la taberna los arañazos, valiente.

—No lo digo por tanto, señor; pero asíos a mí, este pasadizo es inférnal. Tenemos que subir una escalera medio arruinada, y es necesario que nada os acontezca, señor.

El ballestero buscó una mano del rey, la asió y siguió adelante en medio de la oscuridad.

Muy pronto se perdió el leve ruido de sus pasos, que recataban de intento, y sólo se escuchó el zumbido del viento nocturno sobre los zarzales, el grito del cárabo y el canto penitente de los disciplinantes, que resonaba monótono, triste y medroso, entre el silencio y a muy corta distancia.

#### CAPITULO XIV

Suponemos que nuestros lectores querrán conocer el lugar donde acontecían estos sucesos.

Eran, como había dicho Juan de Ayala, las ruinas de una antigua alquería mora. De su antiguo esplendor no le quedaban más que algunos paredones y tres torres desmochadas, agrietadas, coronadas por una cabellera de jaramagos, y abiertas por boquerones; tres torres que debieron ser muy fuertes, y que con otras derruidas ya enteramente y de las cuales sólo quedaban ya los cimientos, debieron constituir el recinto de guerra de aquella casa de placer.

Y decimos recinto de guerra, porque en los tiempos en que

hemos colocado la acción de nuestro drama no había lugar situado en el campo que, por resultado del espíritu guerreador de la época, no estuviese amurallado y torreado como una precaución indispensable. De aquí resultaba que los conventos, las abadías, las alquerías, los caseríos eran castillos más o menos fuertes, con una guarnición más o menos numerosa, y que se los construyese generalmente en las alturas.

Las ruinas de que nos ocupamos debieron ser en su tiempo, en cuanto a sus defensas, una fuerte fortaleza; parecía extraño que en el tiempo que había transcurrido desde la conquista, esto es, desde 1248 hasta 1354, no se hubiese conservado aquel edificio; pero visto de día cesaba la extrañeza, porque quedaban en él marcadísimas señales de un incendio.

Veámosle con el efecto que presentaba de noche y en el momento de estar ocupado por los disciplinantes.

Dejando a la derecha el camino de Santiponce, se adelantaba por un terreno inculto, cubierto de brezos y zarzales, a través de un sendero áspero y pendiente. A poco que se caminaba por él, veíanse vestigios de cimientos, paredes arrasadas, piedras de construcción cubiertas de musgo. Al fin se entraba en las ruinas, que eran eminentemente pintorescas: arcos, columnas, pórticos que conservaban aún ese bello, delicado y riquísimo ornato árabe; galerías abiertas por la intemperie; patios en cuyo centro, por cima de las hierbas silvestres, se alzaban las tazas de las fuentes de alabastro, mutiladas, denegridas unas, amarillentas otras, o cubiertas del moho verdinegro de las ruinas; pavimentos de primoroso alicatado y de ricos mármoles, apareciendo a trozos entre el musgo; capiteles derrumbados; esbeltos ajimeces desguarnecidos de su rica celosía de alerce y cubiertos por la naturaleza con otra no menos bella celosía de hiedra o de jazmín silvestre; por todas partes los restos de la obra de los hombres invadidos por las hierbas parásitas, obra de Dios; y en medio del patio mayor de estas ruinas, a la sombra de un trozo de muralla que aún conservaba algunas almenas, se apoyaba en dos torreones apuntados, una sencilla ermita construída por algún monje penitente con los despojos mortuorios, por decirlo así, del antiguo palacio; pero guardando en su construcción cristiana el severo trazado de la arquitectura gótica bizantina; alrededor de esta ermita, un pequeño huerto, regado por un surtidor que emanaba de una antigua y magnífica fuente de alabastro; y sobre la puerta, bajo una monterilla de madera, un cascado esquilón.

La noche en que penetramos en las ruinas en que estaba situada la ermita del Amparo ofrecía aquel patio un aspecto eminentemente fantástico: supongamos aquella procesión de penitentes alumbrados por sus hachas verdes, con sus túnicas y sus capuces morados, las espaldas desnudas y sangrientas por el golpe de las disciplinas de alambre; una triste y severa imagen gótica de la Virgen de la Soledad, puesta sobre sus andas delante de la puerta de la ermita; un estandarte de cofradía clavado junto a ella; maese Longinos, con su sobrepelliz y bonete, leyendo, con voz gangosa y en entonación de salmodia, en un enorme libro de pergamino, con enormes letras encarnadas, salmos penitenciales a la luz de la antorcha de un disciplinante; diez o doce de éstos, sin duda los menos avisados, flagelándose y ensangrentándose las espaldas, arrodillados delante de la Virgen; en torno de ellos, otros penitentes, inmóviles con sus hachas en las manos, contestando en coro a la salmodia de maese Longinos, y bajo las túnicas de muchos de ellos la luciente contera de una espada; además, en las avenidas del patio, que era extenso e irregular, como centinelas avanzados en los portillos, algunos penitentes sin antorchas; y estas voces sombrías y tétricas arrancando ecos de los rincones de las ruinas, estas luces proyectando sombras informes de hombres, arcos y columnas sobre los aguzados muros; los dos torreones y su muro intermedio perdidos en una densa penumbra; la ermita iluminada vigorosamente por la parte de su ingreso, y envuelta en sombras por el extremo opuesto; el zumbido del viento sobre las zarzas y las hierbas parásitas, y, sobre todo esto, un celaje densamente negro: he aquí lo que se veía una vez penetrando en el centro de las ruinas.

Era de notar que la ermita no tenía una sola luz en el interior, y que su puerta estaba cerrada, lo que demostraba que los disciplinantes no pretendían entrar en ella.

Esto acontecía en el momento en que don Pedro y Garci-Díaz de Albarracín entraban en las ruinas. Poco después los salmos cesaron, los que se flagelaban cubrieron sus espaldas, y todos, en procesión, atravesaron el patio, que era irregular y de una gran extensión, y fueron a agruparse, lejos de la ermita, junto al muro entre los dos torreones.

Entonces pudo notarse, por un hombre que hubiera estado escuchando cerca de la ermita, un ligero rechinamiento en una ventana, de la cual sólo se abrió una pequeña rendija; pero nadie notó esto, que pasó desapercibido, aunque era seguro

que tras aquella ventana escuchaba u observaba un ser humano que ninguna participación sin duda tenía en aquel conciliábulo.

Si se hubiera empujado aquella ventana, situada a poca altura del terreno, y se hubiera penetrado con una luz por ella, se hubiera visto un reducido aposento, con una tarima por lecho, una mesa con un crucifijo, una calavera y una Biblia de pergamino escrita con tinta azul en carácter gótico; un jarro con agua, algunos pedazos de pan y legumbres secas; se hubiera visto en aquella estancia una mujer como de treinta y dos años, aunque representaba muchos menos, y se hubiera notado con asombro que el sayal penitente no se plegaba entonces sobre un cuerpo demacrado por el ascetismo y las privaciones, sino sobre una de las mujeres más hermosas, frescas, puras e incitantes que pudieran concebirse; se hubiera notado, además, que en sus negros y rasgados ojos había abatimiento, cansancio en su actitud, pasión en su palidez mate, y desesperación en la expresión contraída y severa de su pequeña y hermosa boca entreabierta, tras cuyos labios, de un puro color de rosa bajo, se veían los dientes más blancos del mundo. En vano la severa plegadura del hábito pretendía ocultar lo alto y turgente de su seno, ni el cordón que le ceñía lo esbelto de su talle. Sus manos, sus brazos, y sus pies, calzados con unas sencillas sandalias, deslumbraban por su blancura, incitaban por su forma, y todo en aquella mujer, en fin, el abundante y sedoso cabello, lo puro y hermoso de las formas, el continente, la apostura, estaban en contraposición con su celda, con su hábito y con la descarnada calavera que se veía sobre la mesa. Ella era la que había entreabierto la ventana y la que observaba oculta entre la oscuridad de su aposento, y si nosotros, a pesar de esa oscuridad, la hemos descrito a nuestros lectores es porque los novelistas, como los gatos y otros individuos de la raza felina, tenemos la preciosa cualidad de ver en las tinieblas.

Por tanto, seguiremos ocupándonos de aquella mujer a pesar de la oscuridad que la rodeaba, de la misma manera que si hubiese estado iluminada por la más fuerte luz del sol en un día de primavera.

Inclinada sobre la ventana y estremecida de miedo, porque no era lo más a propósito para tranquilizarla, la aparición de aquellos encubiertos a tal hora, junto a su humilde albergue, los observaba con una atención profunda; no podía escuchar lo que hablaban, porque, como hemos dicho, se habían-coloca-

do a larga distancia y se recataban, pero veía sus ademanes enérgicos; el calor de su conversación y lo importante que debía ser, puesto que tomaban parte en ella, de una manera acalorada, muchas personas.

—Tres veces en poco tiempo han venido aquí esas gentes —dijo—, y en verdad que más que disciplinantes parecen bandidos. ¿Qué vienen a hacer aquí? Hasta que ellos llegaran, ningún ser viviente ha turbado la soledad de mi retiro más que los que vienen de la cercana villa de Santiponce a dejar sus limosnas en la puerta de la ermita. Nadie me conoce; esas gentes saben sin duda que aquí se encierra una pobre mujer, cuando tan horrosos cánticos entonan para aterrarme. Si aquí viviese un hombre, no se atreverían. ¿Por qué no se van a otro lugar? Sin duda confían en la fama de santidad que tiene este lugar, para estar seguros. ¡La fama de santidad! Los hombres son imbéciles o locos: creen que sólo una santa puede conservar en la penitencia esta hermosura que Dios parece aumentar como para castigo. ¿Y por qué el Señor me envía estos terrores?... ¡Oh! ¡sí!, terrores horribles. Esas gentes me parecen fantasmas escapados del infierno, con sus capuces morados, sus velas verdes, su aspecto sombrío. ¡Oh Señor, Señor, ten compasión de mi debilidad y de mi abandono!

Y la penitente iba a cerrar la ventana, cuando retumbó muy cerca, partiendo del muro a cuyo pie estaban los disciplinantes, el ronco y poderoso sonido de una corneta, al mismo tiempo que rompiéndose, bajo los golpes de una espada, la hiedra que cubría una de las ventanas de aquel muro, se dejó ver en ella a la luz de las antorchas una cabeza pálida y furiosa, que gritaba:

—¡Ah traidores! ¡Así tratáis la muerte de un rey tan bravo y tan caballero como el rey don Pedro! ¡Así ponéis precio a su cabeza! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Pero el rey os tiene ojeados y cercados por sus lebreles!

Y la corneta, llevada por don Pedro, que era el que había hablado, a sus labios, volvió a retumbar con más fuerza.

Instantáneamente las hachas se apagaron, y se oyó un tumulto de pasos y de juramentos y de voces difíciles de describir; por un momento la penitente nada oyó, parecía que todo aquello había concluido; pero de improviso oyóse áspero crujir de armas y poco después la luz de muchas antorchas reflejaron en las ruinas, y los ballesteros del rey aparecieron acuchillando a algunos de los disciplinantes.

Una forma, mitad blanca, mitad negra, pasó corriendo por

delante de la ventana de la ermitaña, como para ampararse de la sombra de la ermita; pero instantáneamente saltó sobre él un feroz balletero del rey, y la ermitaña oyó exclamar:

—¡No me matéis! ¡No me matéis! Yo soy maese Longinos, el sacristán de la iglesia de San Juan de la Palma, y si me dejáis la vida, contaré al rey grandes secretos.

—¿Y quién piensa en matarte, lechuza de altar?—contestó el balletero—. Lo que sí haré será atarte y ponerte con el haz de traidores a quienes hemos echado el lazo.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Eres tú, mal sacristán?—dijo una voz vibrante cerca de la ventana—. ¿Con que tú eres el que patrocinas en el templo de Dios a los enemigos del rey? ¿Y no sabías, miserable, que el rey don Pedro está en todas partes, que todo lo oye, que todo lo sabe?

—¡Perdón, señor, piedad!... Me sedujeron, me engañaron—contestó todo trémulo Longinos.

—¡Hola! ¡Garcí-Díaz! ¡Garcí-Díaz!, apártame a este bribón, que no pueda hablar con nadie.

La penitente vió, porque todo esto pasaba a cuatro pasos de su ventana, que un fornido soldado asió del sacristán y se lo llevó por delante a empellones.

En cuanto al rey, no podía verle porque estaba fuera de la visual de la rendija.

—¡Hola, mi buen balletero mayor!—dijo el rey a una persona que tampoco podía ver la penitente, pero cuyo arnés crujía al andar—. ¿Has echado el guante a todos esos bribones?

—Por mi parte, señor, he cogido a cuantos he podido.

—¿Y dónde están?

—Tras mí vienen.

—Acércalos aquí, y vosotros alumbrad, alumbrad bien, quiero ver a mi placer el rostro de esos villanos.

Entonces el rey se adelantó y la penitente pudo verle.

—¡Oh!—exclamó con voz opaca y trémula—. ¡Este es el señor rey de Castilla!—y posó en el rey don Pedro una mirada indescriptible.

Poco después empezaron a pasar los prisioneros, que serían doce. Todos estaban despojados de los capuces y atadas las manos a la espalda.

El primero que pasó fué don Juan de Ayala: estaba muy pálido por efecto de la sangre que había perdido a causa de las heridas que le había hecho el rey.

—¡Ah! ¡Te han atado también, Juan de Ayala! ¿Cómo ha-

béis encontrado a este viejo?—añadió el rey, volviéndose a los suyos.

—Se nos ha entregado sin resistencia, señor—dijo uno.

—¡Ah! ¡No resistió! ¡Pero huía!

—No, señor; se ha venido a nosotros.

—Pues si en vez de huir de nuestra justicia, se entrega a nuestra merced, desatadle, hijos, desatadle; él nos seguirá de buen grado.

—No podré seguiros aunque quisiera, señor, como no me lleven en hombros.

—¡Cómo! ¡No has hecho resistencia y te han herido mis ballesteros! ¿Desde cuándo acá os ha dado vuestro rey ejemplo, bribones, de herir al rendido?

Los ballesteros callaron, consternados.

—No, no me han herido vuestros soldados, señor—se apresuró a decir Juan de Ayala—; quien me ha herido y destrozado ha sido un valiente caballero, en buena lid, espada contra espada, y antes de venir a este sitio.

—¡Pues es extraño, Juan de Ayala! Dicen que eres valiente, sereno y diestro.

—Eralo más quien me ha vencido.

—¿Y dices que no puedes sostenerte?

—No, señor; me faltan las fuerzas, tengo fiebre, y con vuestra licencia...

Juan de Ayala se sentó sobre una piedra.

—Creo que afortunadamente tus heridas no son graves—dijo el rey.

—No, no, señor; pero la pérdida de la sangre...

—Espera, espera un momento, a que yo reconozca a estos buenos amigos que me han asegurado mis ballesteros y mis jinetes, y después te atenderemos. ¿Quién eres tú?—dijo el rey a un hombre de treinta y cinco años, de semblante rudo y enérgico.

—Yo me llamo Juan Diego—contestó con acento brusco aquel hombre.

—¡Ah!—dijo el rey—. ¿Tú eres el tratante en cerdos, que me odias por mi ordenanza, que prohíbe que los animales en que tratas se tengan dentro de la ciudad? Llévame de aquí a este bribón, y ahorcádmelo, o despeñádmelo, o haced con él lo que mejor os plazca, con tal de que él no pueda hacer nada en adelante.

Estremeciéndose al escuchar esta orden sangrienta la hermosa penitente, y tuvo impulsos de abrir la ventana y clamar perdón

por el sentenciado; pero la contuvo contra su voluntad un terror invencible.

—¿Quiénes son entre vosotros los nobles?—gritó el rey, encarándose a los prisioneros.

Nadie contestó.

—¡Alumbradlos! ¡Alumbradlos!—gritó el rey.

Todas las antorchas de los ballesteros arrojaron su luz sobre el semblante de los prisioneros.

—¡Ira de Dios!—exclamó el rey, viendo que entre aquellos sólo había redondas cabezas de pecheros. ¿Dónde están don Juan Alfonso de Alburquerque, don Fernando de Castro y don Juan de la Cerda, todos los traidores, en fin, que estaban hace un momento congregados contra mí? ¡Los habéis dejado escapar, cobardes! ¿Y si yo ahora me cobrara en vuestras cabezas de las ilustres cabezas que me habéis robado con vuestro descuido o vuestra cobardía?

Y el rey puso de una manera tan furiosa mano a su espada, que temblaron los ballesteros y tembló la penitente tras la ventana.

Ni un solo vasallo de don Pedro, incluso Gutier Ferrández de Toledo y Pero López de Padilla, contestaron a la irritada palabra del rey, ni se movieron de su puesto, ni se hubieran movido aunque el rey hubiese tirado de su espada y se hubiese ensangrentado en ellos.

Pero a falta de su contestación, habló uno de los presos.

—Esos nobles, señor—dijo un anciano pechero—, han huído, porque siempre, antes de entrar en un lugar, buscan la salida y no la dan a conocer a aquellos de quienes se sirven, a fin de que en un caso no se agolpe demasiada gente.

Pronunció el anciano con tal desprecio y tal valentía estas palabras, que se hizo simpático a don Pedro.

—¿Cómo te llamas, viejo?—le dijo.

—García del Campo, señor—contestó el anciano.

—¿Y qué eres?

—Tundidor de lanas.

—¿Y rebelde?...

—Se nos azota con tributos.

—El rey tiene guerras.

—¡Y favoritos!

—Eres audaz.

—He vivido muchos años, señor, y nunca he mentido ni ocultado la verdad; no he de mentir cuando ya estoy cerca del sepulcro.

—Yo te he oído otra vez, yo te he visto en alguna parte antes de ahora.

—Jamás he pasado las puertas del alcázar, ni me he puesto delante de vuestra señoría.

—Espera, espera—dijo el rey—; me parece recordar..., sí..., sí..., eso es... ¿Tú estuviste anoche en la iglesia de San Juan de la Palma?

—Sí, señor.

—¿Tú fuiste el que contestaste a una proposición de asesinato cobarde contra mí, hecha por el judío Saul y apoyada por la nobleza, que no te rebelabas contra tu señor natural, sino que te levantabas contra un rey a quien creías tirano?

—Eso dije y eso he dicho esta noche—contestó con firmeza el viejo.

—Lo sé; sé que noblemente preferías la guerra; pues bien: García del Campo, yo acepto esa guerra; tú has rechazado los medios viles y has sostenido con firmeza que si las Comunidades están quejasas, deben levantar sus estandartes, no sus puñales. Te has equivocado sin embargo; si las Comunidades sienten agravios en los tributos o en la justicia, que acudan al rey en queja, y sólo después que el rey no haya atendido esta queja, siendo justa, podréis tener derecho para levantarlos.

—Vos, señor, estáis rodeado de gentes que os hacen ver las cosas de distinta manera de lo que son.

—¿Quién piensa eso?—gritó con voz de trueno el rey—. ¡Qué!, ¿no gobierno yo en Castilla? ¿Se cree acaso que porque soy mozo no tengo fuerza para sostener mi corona? ¡Póder de Dios! ¿Cuándo me he negado yo a dar audiencia a mis vasallos? ¿Cuándo me han pedido justicia que no la haya hecho?

—Estamos, señor, azotados por los receptores, azotados por los alcaldes, azotados por vuestros capitanes de armas.

—Pues bien: voy a probaros que sé hacer justicia.

Temblaron la mayor parte de los pecheros presos, creyendo que el audaz lenguaje de García del Campo iba a traer la muerte sobre sus cabezas.

—Todos vosotros—contestó el rey—, plebeyos y vasallos, ¿os habéis sublevado porque necesitáis justicia y no la encontráis en el rey?

Nadie contestó.

—¡Hablad! ¡Hablad!—exclamó con impaciencia el rey—. ¿Qué tenéis que temer? ¿Acaso porque he mandado matar a ese porquero...?

—Ese hombre, señor, se quejaba sin razón; era un asesino vendido a la nobleza—contestó García del Campo.

—Tu acusación contra ese hombre demuestra que todos vosotros queríais mejor una guerra abierta y leal que una asechanza.

—Sí, señor—contestaron los despavoridos pecheros.

—Pues bien: estáis libres—dijo el rey—. Desatad a esa gente; pero antes de marcharos, escuchad: os habéis quejado de que os azotan mis receptores, de que mis alcaldes os niegan justicia, de que mis capitanes os hacen fuerza... Gutier Ferrández de Toledo, toma los nombres de todos éstos y su domicilio..., y escuchad: si antes de un mes cada uno de vosotros, a quienes dejo con vida, porque os habéis disculpado acusándome de agravios hechos a la ley, no me avisa de uno de esos agravios y me lo prueba, para que pueda castigarlo...; entendedlo bien: si antes de un mes no me habéis dicho cada uno: «Este oficial de vuestra casa, este ministro de vuestra justicia, este capitán de vuestras armas ha faltado a la ley», os busco a cada uno de vosotros, y os cuelgo para escarmiento de calumniadores; pero si en efecto me probáis excesos, yo haré que mi justicia respaldezca sobre quien haya cometido esos excesos y os pondré sobre mi cabeza a vosotros, que me habréis ayudado a gobernar bien mis reinos.

—¡Señor! ¡Señor!—exclamó García del Campo.

—¡Imbéciles y torpes! ¿Cómo queréis que el rey lo vea todo desde su altura, si no hay quien le avise de los delitos? ¿Ni qué vasallo puede llamarse bueno y leal si cuando los oficiales de justicia la niegan, no va valientemente con su queja al mismo rey? Vete con ellos, Gutier Ferrández, toma sus nombres y que se vayan libremente.

—¡Señor, señor!—dijo uno de los donceles del rey, apareciendo con un hombre a quien traía sujeto entre otros dos.

—¿Qué es eso, Periañez?

—Algunos de vuestros escuderos hidalgos, señor, y yo con ellos, habíamos seguido a los rebeldes; pero se nos escaparon en la oscuridad; al volver, hemos encontrado a este hombre y le hemos preso.

—Mostrad.

Los donceles presentaron al rey un hombre como de treinta y cinco años, pálido, cetrino, torvo y aterrado hasta el punto de no levantar la vista del suelo.

—¡Ah! ¡Eres tú Garcés de Avila! ¡Tú, a quien yo di mi escudilla! ¡Tú, a quien hice comendador sólo porque eras una

buena lanza! ¡Tú, a quien di la tenencia de mi castillo real de Carmona! ¡Tú, miserable hidalgo un día, hecho por mí noble y caballero, y te me has rebelado porque en tu insaciable codicia me pediste las tercias de Archidona y no te las otorgué, y te has pasado al bando de mis enemigos!

—¡Perdón, señor!—exclamó Garcés de Avila, cayendo de rodillas.

—Yo no perdono traidores ni ingratos—dijo el rey con acento roncó—. ¡Hola, Garci-Díaz! ¡Garci-Díaz!

—¡Señor!—contestó con acento feroz el balletero.

—Despacha a ese traidor.

Garci-Díaz desnudó su puñal y adelantó hacia el noble; pero éste se levantó aterrado y aprovechando un descuido, fué a ampararse de la imagen de la Virgen de la Soledad, que los disciplinantes habían dejado abandonada en las ruinas.

Al verle asido al manto de la Virgen, Garci-Díaz y los demás balleteros se contuvieron.

—¡Apartadle de ahí!—gritó el rey.

El sentenciado se asió con más fuerza al manto de la Virgen.

—Habremos de derribar la imagen, señor—dijo Garci-Díaz—, antes que separarle de ella.

—¡No, no me mataréis!—exclamó el sentenciado—. ¡La Virgen me ampara! ¡Estoy en sagrado asilo! ¡Yo no soltaré el manto de la Virgen sino cuando esté en un lugar de asilo!

—Pues bien: ¡matadle asido a la Virgen!—gritó fuera de sí el rey.

Los balleteros dudaron aún.

—¡Matadle, vive Dios!—exclamó el rey, transportado de furor.

Diez puñales cayeron a la vez sobre el pecho de Garcés de Avila, y su sangre, saltando a borbotones, manchó el blanco manto de la Virgen.

En aquel momento escuchóse un agudo grito de mujer.

La hermosa penitente había caído desmayada detrás de la ventana.

## CAPITULO XV

Al oír el grito, todos, incluso el rey, volvieron el rostro hacia la ermita: la ventana, tras la cual había estado observando la penitente, había quedado entreabierta. Pero Lope de Padilla, que era hombre que no se asustaba ni se sobrecogía por la te-

rrible y ejecutiva manera que tenía el rey don Pedro para hacer justicia, se encaminó a la ventana con visible intención de penetrar por ella.

Pero el rey le detuvo.

—Espera, esperá, mi buen Pero Lope—dijo el rey.

—Ahí dentro ha sonado un grito de mujer—dijo el ballestero mayor.

—Sí; pero esa mujer, según dicen, es una santa—replicó el rey.

—Santos parecían los traidores, con sus salmos y sus azotes...

—¡Pero Lope!—exclamó severamente el rey, a quien irritaba la más leve contradicción.

—Perdonad, señor; yo creí...

—No quiero que nadie crea nada cuando yo no quiero que nada se crea contra mi voluntad. Me he visto obligado a teñir con sangre el manto de la santa Virgen... Dejemos, pues, en su clausura a la penitente, respetemos la casa de Dios. Toca a recoger, y puesto que los rebeldes se nos han escapado, volvamos a Sevilla. Afortunadamente tenemos en vuestras manos un cabo de la maraña y la desenredaremos; por el momento estamos avisados.

—¿Dejaré aquí alguna gente de guarda?

—No.

—¿Y la Virgen y estandarte?

—Que carguen con ella algunos ballesteros y la lleven a la ermita de la Cruz del Humilladero.

—Muy bien, señor.

—¡Hola!—añadió el rey, volviéndose a sus escuderos—. ¡Mi caballo!

El valiente *Balax* fué presentado al rey, que montó en él, le apretó los acicates y partió.

Cuatro ballesteros cargaron con la Virgen de la Soledad, y otro con el estandarte, y salieron.

Las voces se alejaron, y al fin las ruinas quedaron silenciosas y oscuras.

Durante algún tiempo, ningún ruido turbó aquel silencio. Al fin, pasada una hora, se abrió la puerta de la ermita y apareció la penitente con su blanco hábito y semblante pálido, pintada en él una expresión de horror; llevaba en la mano una lámpara de arcilla, y sobre los cabellos, una toca de lino. Permaneció algún tiempo irresoluta en la puerta, escuchando con atención, pero no oyó otro ruido que el grito del cábaro y el zumbido del viento en los matorrales.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó—. ¡Ha sido un sueño de sangre, un horrible sueño; parece que me persigue un espíritu funesto! ¡Siempre el horror ante mis ojos! ¡Siempre la ira haciendo víctimas! ¡Y ese rey!... ¡Ese terrible rey!; pero no es suya la culpa, no... Sus vasallos, sus vasallos altivos y ambiciosos que provocan su cólera...; pero ya se ha ido y aquí han quedado dos desgraciados, que acaso no hayan muerto... ¡Oh! ¡Qué horror! ¡Aquella sangre manchando la purísima túnica de la Virgen!... ¿Cuánto tiempo habré estado sin sentido?... ¡Oh! ¡Yo no sé! Tal vez se los han llevado; veamos.

La penitente salió, dió vuelta a la ermita y entró al fin en el teatro de las escenas anteriores.

Lo primero que encontró fué en un lado el cuerpo de Juan Diego, el tratante en cerdos; aquel cadáver estaba destrozado.

La penitente, a pesar de su horror, se inclinó sobre él y no se levantó sino cuando estuvo segura de que no había en él ni un soplo de vida; entonces se adelantó hacia el sitio donde había estado colocada la Virgen.

Allí había otro cadáver: el de Garcés de Avila. Una horrosa puñalada le partía el rostro, y en sus ojos abiertos aún se veía la expresión del terror, de la rabia y el miserable sello de la agonía.

—¡Muerto también!—exclamó con horror la ermitaña—. ¡Eran dos, no más que dos! Los demás se han ido; mi caridad, pues, es inútil.

Y la hermosa reclusa de las ruinas se volvió desalentada, y al encaminarse a la ermita, vió al pie de una piedra, entre las yerbas, un cuerpo humano.

Inclinóse sobre él y le reconoció; aquel hombre era Juan de Ayala; el rey le había olvidado y había quedado allí desmayado por la pérdida de la sangre.

—¡Es un anciano, un pobre anciano!—exclamó la penitente—. ¡Uno de los que hablaron con el rey! No está más que desmayado y acaso aún sea tiempo de salvarle; pues bien: lo probaré. Dios me dará fuerzas para llevarle a la ermita.

La penitente dejó la lámpara sobre la piedra en que había estado Juan de Ayala y volvió para cargar con él. En aquel momento, fuese que Juan de Ayala no hubiera perdido enteramente el sentido, fuese por otra razón cualquiera, abrió los ojos.

La penitente, al ver de cerca su rostro, lanzó un grito de sorpresa.

—¡Ah! ¡Juan de Ayala!—exclamó—, el escudero de...  
Un nombre se extinguió en sus labios y tembló.

—¡Yo creía muerto a este hombre! ¿Me le presentará Dios para que me consuele?... El debe saber... Sí, sí; pues bien, mi caridad con él tendrá un premio. Alzad, alzad si podéis, señor Juan de Ayala.

—¡El rey! ¡El rey!—exclamó con espanto el noble.

—Pero el rey no está aquí, se ha ido.

—¿Que no está aquí el rey? ¡Y me ha dejado herido, abandonado!

—No; abandonado, no—exclamó la penitente—. Estoy yo aquí, yo, que os conozco y os aprecio, señor Juan de Ayala.

—¡Oh! ¡Sois un ángel! ¡Un ángel de luz!—exclamó el herido, viendo junto a sí el hermosísimo semblante de la penitente.

—¿No me conocéis?

—Nunca os he visto.

—¡Oh!, vuestro estado os roba la memoria; pero volveréis en vos y me conoceréis. ¿No podéis levantaros?

—¡Ah! ¡No, no puedo! ¡El rey!... ¡Mi hija!... ¡Dios mío!

La penitente probó a levantarle; pero Juan de Ayala, aunque ya entrado en años, hasta el punto de tener los cabellos blancos, era robusto y corpulento, y no tuvo fuerzas la ermitaña para ello.

—Será necesario pedir socorro—dijo—. ¡Y es tan tarde! Sabe Dios si oirán la campana...; pero bien puede ser; ayer tarde, a puestas del sol, vi pasar algunos rebaños y debén haber puesto sus apriscos en las praderas cercanas. ¡Si estuviera entre ellos Marquillos!

La penitente fué rápidamente a la ermita, entró, tiró de la cuerda del esquilon y éste produjo un sonido cascado, por decirlo así, pero agudo. La penitente tiró con precipitación, como si hubiera estado en gran peligro, y poco después sonó un cuerno de pastor.

Una purísima y dulce sonrisa de esperanza dilató la hermosa boca de la penitente.

—¡Oh! ¡Me han oído!—exclamó—, y vienen.

Entonces salió de la ermita y se encaminó al sitio donde estaba Juan de Ayala, que había logrado incorporarse con gran trabajo.

—¿Habéis pedido socorro para mí?—dijo con un profundo acento de gratitud.

—Sí, ya vienen; son unos buenos pastores que apacentan sus rebaños en estas cercanías.

Y como para confirmar el dicho de la penitente, oyóse el rápido ruido de una carrera violenta entre los cardos silvestres y los jaramagos, y un hermoso y corpulento mastín vino a echarse a los pies de la penitente, a la que acariciaba saltando y volviendo a echarse y lanzando ladridos de alegría.

—¡Silencio! ¡Silencio, *Leal!*—exclamó la penitente, acariciando la peluda y ancha cabeza del mastín. ¡Silencio!; tenemos un enfermo y tus ladridos le harán mal.

—¡Allí, no, no, señora—dijo Juan de Ayala—. La lealtad de los animales nos consuela de la mala fe de los hombres.

—Tenéis razón, buen amigo—dijo un viejo pastor, apareciendo a punto—. Los hombres diz que en todo tiempo han sido malos, pero hogafío son peores; llégate acá Gil, llégate; veamos qué quiere de nosotros la santa mujer.

—Amigos míos, aunque yo no sea santa, soy caritativa; he encontrado junto a mi ermita a este caballero herido...

—¡Caballero! ¡Caballero! ¡En Dios y en mi ánima que tal nos pescudan los maravedises, y tal nos zurren la pelleja los caballeros, que no deberíamos ayudarlos, salvo lo que tienen de prójimos!

—La caridad es hija de Dios.

—Sí, sí, es verdad, mucha verdad; pero que me emplumen si esta gente sabe lo que es caridad; nosotros sí que lo sabemos, y nos ponemos en peligro por ellos. ¿Dónde creéis, señora, que han estado escondidos de los soldados del rey más de veinte señorones?

—¿En vuestras cabañas acaso?

—¡Quiá!; no, señor; si hubieran estado en nuestras cabañas, los hubiesen atrapado los ballesteros, porque las avizoraron y las miraron hasta debajo de los hatos; estaban escondidos en los apriscos, a cuatro pies entre las ovejas... ¿Qué os parece los valientes caballeros? Así es que nadie creyó que estuviesen allí, y como nosotros dijimos que los habíamos visto escapar por el camino hacia San Juan de Aznalfarache, allá fueron tras ellos. Pero paréceme que esto trasciende a sangre fresca—añadió el viejo pastor.

—Sí—contestó con horror la penitente—; aquí han quedado dos cadáveres y este hidalgo herido.

—Pero las heridas de este caballero—dijo el pastor, que le había estado examinando, son poca cosa; yo se las curaré en tres días; con pasarle tres veces sobre ellas las barbas de una

pluma untada en cierto aceitillo que yo me sé, y que cura como con la mano la mordedura del lobo más rabioso. Arriba, Gilote, y echa una mano; es necesario llevar a este buen hombre a la ermita y ponerle a cubierto.

El llamado Gilote, que era un zagal joven, robusto y buen mozo, echó mano a los pies de Juan, mientras el mayoral Marquillos le sustentaba por bajo de los brazos; y alumbrádoles la penitente, se encaminaron a la ermita, esto es, a la habitación de la ermitaña, y entraron en ella.

—¿Y hemos de dejar aquí a un hombre herido y magullado?—dijo el mayoral, indicando la tarima.

—Yo no tengo lecho hace ya muchos años, amigos míos.

—Pero os ayuda la gracia de Dios..., mientras este pobre caballero... Vamos, vamos..., ya procuraremos lecho... *Leal...*, ¡eh, *Leal!*, vamos al hato por pieles para el enfermo. Tú espérame aquí, Gilote.

El mayoral salió, y Juan de Ayala, reclinado en la tarima, dijo al zagal:

—¿Conque los nobles que han huído del rey...?

—Se han escondido como cerdos entre nuestras ovejas; grima da. ¡Mala roña para esos valentones que sólo se atreven con los pobres y los desdichados!

—¡Cobardes! ¡Villanos! ¿No les valiera más haber muerto con honra con las espadas en la mano?—exclamó Juan de Ayala.

—Diz que hoy no hay honra en Castilla, ni justicia—contestó el zagal—; y en esto de que no hay justicia, bien claro lo vi ayer en Sevilla.

Rechinó entonces un tanto la ventana de la celda.

—Parecióme que había oído ruido de pasos—dijo el zagal— y crujir la ventana.

—Habrás sido el viento—dijo la ermitaña.

—Pues señor—dijo el zagal, que se había sentado sin ceremonia en un ángulo de la tarima y conservaba sencillamente encasquetada su gorra de piel de liebre—. Lo que he visto esta mañana en Sevilla y lo que esta noche en la ermita me dicen claro que se burlan del rey sus nobles y ministros.

—¿De qué ministros queréis hablar?—dijo la penitente.

—De qué ministros ha de ser sino de los de justicia. ¿Queréis creer que anoche se encontró un hombre muerto a hierro en una calleja y que no pudiendo dar con el matador, han pregonado su cabeza?

—Eso quiere decir que el rey es justo.

—Eso quiere decir que yo no soy corregidor de Sevilla.

—¡Cómo! ¡Gil!—exclamó la penitente—. ¡Tú corregidor!

—No lo digo por condicia, sino por justicia.

—¿Crees tú que siendo corregidor evitarías...?

—Lo que creo es que si yo fuera corregidor sabría, sin necesidad de pregones, quién era el matador... El pregonar es una vergüenza... ¡Qué!, ¿la justicia no ve?... ¿la justicia no sabe?... ¿Y por qué han de llamar justiciero a un rey que tiene una tan torpe justicia?

Oyóse de nuevo rechinar la ventana, y un ronco ladrido al mismo tiempo que la voz de Marquillos, que gritaba:

—¡Aquí, Gilote, aquí! ¡Al ladrón!

Gil salió corriendo y encontró a Marquillos, que lanzaba con su honda sendas pedradas a un bulto que había cogido un sendero y escapaba a caballo entre la oscuridad.

—Se nos fué, Gil, se nos fué. A un enemigo que huye, puente de plata; pero creo que se nos va escarmentando. Coge esas pellejas que arrojé al suelo y vamos.

—Pero ¿quién era él?

—Sábelo el diablo. Estaba escuchando por la ventana. Páreceme que *Leal* ha de haberle mordido, porque se abalanzó y al mismo tiempo escapó el bulto.

—¿Y a qué viene esa gente aquí?

—Yo no lo sé; pero no hemos de permitir que nadie nos toque a nuestra buena ermitaña. No, por Dios, no lo consentiremos; nuestros zagales son valientes y tienen buenas hondas y ballestas; voy a acomodar a este caballero en estas pieles, con las cuales le haré un lecho tan blando como el de un rey, y después iremos a la majada, traeré bálsamo con que curar las heridas y después reconoceremos el campo. Vamos, Gilote, vamos.

Mientras esto decía el mayoral, había puesto en aquel lecho improvisado a Juan de Ayala y le había cubierto con pieles, después de lo cual salieron.

Apenas se quedó sola la penitente con Juan de Ayala, se acercó y se puso de manera que la luz de la lámpara daba de lleno en su semblante.

Entonces sucedió una cosa extraña: los ojos del herido se fijaron, primero vagos, en la penitente; luego aquella mirada se hizo más intensa, más fija; al fin se pintó en ella una expresión de espanto; se incorporó violentamente, a pesar de sus heridas, y exclamó:

—¡Doña Estrella!

—Al fin me habéis reconocido, señor Juan de Ayala. Yo os reconocí desde el momento que os vi, y a fe que no me ha causado poca maravilla el encontraros en este estado después de tantos años como hace que no os veo.

—¡Vivís!—exclamó con asombro Juan de Ayala.

—Sí; pero he muerto para el mundo; hace muchos años que estoy en estas ruinas, sin que me conozca nadie más que esos sencillos pastores que me tienen por santa.

—Y, en efecto, debéis serlo, señora; tanta resignación, tanto sufrimiento, la paz que se ve en vuestro semblante, todo indica que vuestro esposo se engañó.

—¡Mi esposo!—exclamó doña Estrella, a quien llamaremos así, puesto que Juan de Ayala nos ha revelado su nombre—, mi esposo...

Y calló, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Vuestro esposo vive, señora—dijo Juan de Ayala.

—¿Que vive?

—Pero la melancolía le devora..., acaso el remordimiento...

—¡El remordimiento!

—Sí, por cierto; han sucedido cosas extrañas. Poco tiempo después que se tuvo noticia de vuestra muerte, muerte que nadie dudó, porque vuestro esposo presentó bastantes pruebas, se casó...

—¡Que se casó!—exclamó la penitente, palideciendo—. ¿Y con quién?... No..., no me lo digáis..., os lo adivino: se casó con doña Elvira de Herrera.

—¡Es verdad!

—¡Ah!—exclamó de una manera profunda la penitente, y guardó por algún tiempo silencio.

Luego levantó la cabeza; miró fijamente a Juan de Ayala y le dijo:

—¿Y mi hija?... Y mi pobre hija..., ¿qué ha sido de ella?

—Vuestra hija, señora...; yo estaba aún en la casa cuando una noche...

Juan de Ayala se detuvo irresoluto.

—Continuad, continuad—dijo doña Estrella—. ¿Creéis que la infeliz que ha sufrido los insultos, los sonrojos y las calumnias más crueles, no tendrá valor para escuchar cuanto la podáis decir?... Mi hija ha muerto..., sí, lo leo en vuestro semblante...

—Si hubiera muerto, señora, tendríamos una certidumbre..., pero vuestra hija..., como os decía, una noche, cuando aún era yo escudero de vuestro esposo, sentí un ruido extraño en la casa..., ruido de armas y de voces. Levantéme despavorido, y

como me encontraba, cogí mi espada y salí al sitio donde resonaba el tumulto; vi a vuestro esposo en el huerto con sus criados, luchando con seis hombres; cuando llegué a él, aquellos hombres huyeron, ganaron un postigo y desaparecieron en la oscuridad. Vuestro esposo, yo y los criados los seguimos, o, por mejor decir, seguimos a vuestro esposo. Perdóneme Dios si creo que en vez de seguir a los fugitivos tomó una dirección opuesta. Recorrimos juntamente algunas calles y al fin nos volvimos desalentados. Pero vuestro esposo se esforzaba en vano por disimular un gozo cruel. «¿Lo ves, Juan? me dijo cuando estuvimos solos en su cámara, ¿puedes tener duda de que esa niña no era hija mía?» «¡Ah, señor!, le contesté. Vuestra esposa ha muerto; respetad su memoria; yo estoy seguro de que no os ha engañado y que esa infeliz que nos han robado esta noche...»

—¡Cómo! ¿Habían robado a mi hija?...

—Qué, ¿no os he dicho, señora, que el tumulto y las estocadas habían sido causadas por algunos hombres encubiertos que habían entrado por el jardín y habían robado a su nodriza vuestra hija doña Leonor?

—¡Robada! ¡Dios mío!

—Sí, robada o perdido. El señor Juan de Arévalo, vuestro esposo, me escuchó atentamente, y pareciendo como que cedía a mis palabras, que le aseguraban de vuestra virtud, me dijo: «Será necesario buscar esa niña; si es mi hija, cumpliré asisténdola, criándola y dándole un nombre con mi deber de padre; si no lo es, habré hecho una obra de caridad. Mañana será necesario que todos los ministros de justicia se pongan en su busca.» Pero cuando el señor Juan de Arévalo decía estas palabras, había algo de terrible en su semblante y de lúgubre en su voz. Sin embargo, al día siguiente el corregidor de Sevilla, soltó todos sus corchetes, que revolvieron la ciudad durante tres días, sin perdonar los pueblos de las inmediaciones; pero doña Leonor no aparecía.

—¡Oh, hija mía! ¡Hija mía!—exclamó con acento desesperado doña Estrella. ¡Mal haya la hora en que ese hombre fatal me vió! ¡Mal haya la hora en que nací hermosa!...

—Vuestra inflexibilidad, señora, lo cruel que fuisteis con él, fué la causa de vuestra desdicha.

—Decid que él es un malvado. Si no lo hubiera sido, yo le hubiera perdonado al fin; acaso le hubiera amado, porque era el padre de mi hija, de mi pobre hija; pero él no me amaba; él no me consideraba más que como una mujer hermosa que ex-

citaba sus bajas pasiones y como una rica heredera cuya cuantiosa dote halagaba su codicia... ¡Amarme..., amarme él! Si me hubiera amado, ¿hubiese sido tan miserable, tan infame, tan cruel como lo fué conmigo? ¿Se hubiera casado?

—¡Oh! ¡Si supierais cuán terribles fueron las circunstancias de su casamiento!...

—Todo hay que creerlo en ese hombre.

—Pocos días después de la noticia de vuestra muerte amaneció muerto a estocadas en la parroquia de San Isidoro, en el mismo lugar donde hoy ha amanecido muerto otro hombre, el adelantado Lope Arias, esposo de doña Elvira de Herrera. En vano la justicia buscó al matador; en vano el buen rey don Alfonso ofreció un considerable precio a quien le descubriese. Aquel delito quedó envuelto en el misterio como lo había quedado la desaparición de vuestra hija. Doña Elvira afectó un dolor agudo, se retiró con su hija doña Constanza, que entonces tenía cuatro años, a Archidona a llorar su viudez; pero yo sabía, porque acompañaba a vuestro esposo, que éste iba a consolarla de una manera recatada y misteriosa. Al fin, antes de los seis meses de la muerte de su marido, volvió a Sevilla y a su casa. Hiciéronse menos recatadas las visitas del señor Juan Arévalo, y al fin, al cumplirse el año de la muerte del esposo de doña Elvira de Herrera, se casó con ella.

—¡Se casó!

—Sí, y aún viven; vuestro esposo es corregidor de Sevilla y, como os he dicho, sufre profundas melancolías; doña Elvira, más vieja por los pesares que por los años, se ha hecho devota, y su pobre hija doña Constanza parece sufrir el castigo de las culpas de su madre. La pobre niña es muy desgraciada.

—¿Y vos no seguís en el servicio de mi esposo?

—¡Oh!, no; no pude dudar de sus crímenes; para mí él era vuestro asesino, él era el matador del adelantado Lope de Arias, esposo de la mujer que acababa de hacer con él su segundo casamiento. Sufría el lado de aquellas dos personas, dejé el servicio del adelantado y entré en el del rey. Después los tiempos han corrido; yo soy pobre y viejo; herido, expuesto a los furros del rey, más bien que esperanzado de sus favores, mientras el señor Juan de Arévalo es uno de los vasallos a quien más aprecia el rey don Pedro; es corregidor de Sevilla.

—Pero tiene remordimientos.

—Y yo desgracias.

—Las desgracias purifican el alma...; pero ¡Dios mío! es-

táis pálido; os habéis fatigado demasiado... Me había olvidado de que estabais herido...

En aquel momento llamaron a la puerta precipitadamente y escuchóse la voz de Marquillos, que pedía que le abriesen.

Doña Estrella fué a la puerta y la abrió.

Marquillos adelantó pálido y temblando.

—¿Qué tenéis, amigo mío?—le dijo doña Estrella.

—Callad, callad, señora—dijo en voz baja el mayoral—; pudieran oírnos.

—Oírnos, ¿quién?

Un caballero negro como la noche que espera en la puerta.

—¡Un caballero negro!—exclamó la penitente y recordó que cuando observaba por la ventana, había reparado que era negra la armadura del rey—. ¿Y qué quiere ese caballero?

—Pretende hablar con la penitente de la ermita del Amparo, y como esa penitente sois vos...

—¿Hablar conmigo?... ¿Acaso no le habéis dicho...?

—Le he dicho que vos no acostumbráis a recibir sino con grandes motivos a nadie en vuestra celda, que si ahora había un caballero...

—¿Le habéis dicho que hay aquí un caballero?

—Lo sabe, señora..., y luego es un hombre terrible...; ¡es un demonio!... Ha zurrado a Gilote y a nuestros zagales, y me ha dicho con voz terrible: «Si no me procuras que vea a la penitente, puedes contarte sin orejas.»

Doña Estrella meditó un momento y luego dijo:

—Entrad a curar al herido.

—¡Pero ese caballero que espera, señora!...

—Dejadme hacer...

Marquillos entró, y doña Estrella salió fuera de la ermita, después de haberse cubierto el semblante con su velo.

—¡Caballero!—dijo a un bulto negro que había en la penumbra, y decimos en la penumbra porque algún tiempo antes había salido la luna llena y resplandeciente.

—¡Doña Estrella!—contestó el rey, que él era, saliéndole al encuentro.

—¿Quién os ha dicho mi nombre?

—Lo he oído todo por cierto; es decir, he oído lo bastante desde vuestra ventana para saber vuestro nombre y algunas de las particularidades misteriosas de vuestra vida; si no he oído más, ha sido porque he ido en busca de esos pastores para que me anuncien a vos.

—¡Pobres gentes a quienes habéis maltratado! ¡Vos, el primer caballero de Castilla!

—¡Ah! ¡Se os ha quejado ese bergante! ¡Querían nada menos que hacerme cautivo, a mí, que, según decís, soy el primer caballero de estos reinos!

—¿Y qué nombre queréis que os dé?

—Retirémonos, señora, retirémonos donde podamos hablar sin ser oídos.

—¡De noche! ¡Tan tarde! ¡Sola!...

—¿No habéis dicho que soy el primer caballero de estos reinos?

—Soislo por vuestra alcurnia, aunque por vuestros hechos...

—¡Señora!...

—Un caballero debe ser humano y caritativo; la crueldad empaña la justicia.

—¡Qué traidor os ha dicho mi nombre!

—Mis ojos y mis oídos, señor.

—¿Eso quiere decir que tenéis conocimiento con los rebeldes?...

—Hace mucho tiempo que mis desgracias me han separado del mundo, señor.

—Y, sin embargo, ese mundo o, por mejor decir, las gentes que os rodean, os dan el nombre de santa.

—Mejor dijeran llamándome mártir.

—Pero ese martirio, señora, es un martirio en el cual no ha empaldecido vuestra hermosura.

—¡Señor!

—Venid, venid, doña Estrella; me ha traído a vuestra ermita el recelo y me retiene en ella el interés.

—¡El interés, señor!

—Sí, el interés de vuestras desgracias.

—¿Habéis escuchado?...

—Ya os he dicho que he estado largo rato tras la ventana de vuestra celda. Vos y el señor Juan de Ayala habéis acusado o sospechado de grandes crímenes a uno de mis más valientes y leales vasallos, a mi buen corregidor de Sevilla Juan de Arévalo... Habéis hablado de una niña perdida, que era vuestra hija.

—¡Ah!—exclamó la penitente.

—Y bien: ¿no queréis, señora, que el rey os busque con todo su poder esa hija perdida?

—¡Señor, señor! ¡No me deis tan hermosas esperanzas si no han de cumplirse!

—Os juro que, si está en lo humano, vuestra hija aparecerá; pero para ello es necesario que me refiráis vuestra historia.

—¡Ah!, señor, mi historia es muy breve, una historia de lágrimas.

—¡Pero por breve que sea, será una acusación a mi justicia, y os juro, señora, que os la haré!

—¡Pues bien, venid, señor, venid! La vasalla va a hablar al señor; la rica hembra, al rey; la desvalida, a la justicia.

Y saliendo de la penumbra, adelantó hacia el centro de las ruinas, se sentó en una piedra y el rey se sentó en otra junto a ella.

La luna iluminaba la blanca figura de doña Estrella, enteramente cubierta, produciendo un extraño contraste con la negra armadura del rey, que tenía cerradas sobre el semblante las barras de su celada de encaje.

Doña Estrella se preparaba a hablar, cuando don Pedro la dijo:

—¿Y pensáis permanecer encubierta?

—¡Ah!—exclamó ella—. Dejadme que encubra la vergüenza que en alguna ocasión ha de salir a mi semblante durante mi relato.

—Pero advertid, señora—dijo el rey, alzándose la visera, que en mí no habláis al hombre, sino al rey.

—Pero también, señor, sois ese mancebo audaz cuya fama llega hasta las ermitas.

—Y bien: ya que habéis nombrado mi audacia, juzgad de ella y no os ofendáis; quiero que la lumbre de vuestros ojos me aliente. ¿No creéis que la justicia no puede ser muy activa cuando tiene frío?

Y el rey, con una mano vacilante, levantó el velo de doña Estrella.

Entonces, dominado por la severa y fija mirada de la dama, dijo con acento grave:

—¡Hablad, señora; el rey os escucha!

Doña Estrella, sin cubrirse el rostro, empezó de esta manera el relato de su historia.

## CAPITULO XVI

—Me llamo Estrella de Molina; mi padre era un anciano y valiente rico-hombre de León, llamado Gutier de Molina, y era señor de Brañalonga en la montaña; mi madre era una hidalga dueña asturiana, y llamada Beatriz de Ureña.

Mi padre contaba muy cerca de sesenta años, y mi madre pasaba de los cuarenta cuando contrajeron matrimonio, lo que no impidió que al término preciso, contra todas las esperanzas de mi padre, mi madre se encontrase en cinta. Había sido su matrimonio, más que del amor, efecto de la conveniencia, y medio para cortar un antiguo litigio. Mi padre, pues, no contaba conmigo, y cuando mi madre me dió a luz, su júbilo no conoció límites; parecióle que el cielo no podía haberle concedido aquella prenda para arrebatársela, y me puso bajo la protección de la Virgen del Amparo, su patrona.

Apenas cumplí diez años, se retiró conmigo de la corte, donde tenía un oficio de guarda mayor al lado del rey don Alfonso, vuestro noble padre, y me llevó a su castillo de Brañalonga, en las montañas de León.

Transcurrieron algunos años y bien pronto supe lo que significaba la palabra amor; mis doncellas me hablaron de hermosos mancebos de cabellos blondos, ojos ardientes y palabras enamoradas, y acabé por soñar con un amante, con forjarle a medida de mi deseo y por no pensar más que en aquel ser ideal, que yo creía que alguna vez había de realizarse.

Entonces sólo tenía quince años.

Un día, una de mis doncellas mientras me peinaba me dijo:

—Gracias a Dios que, después de cinco años, vemos alguien que pueda llamarse hombre; que no esos zafios montañeses, que dan la guardia del castillo.

Es de advertir, que mi padre salvaguardaba de tal modo mi persona que ni aún me dejaba ver de sus hombres de armas; lo que no sucedía del mismo modo, respecto a las doncellas, que tenían libertad de entrar y salir en mis habitaciones y de vagar por el castillo.

—¿Y quién es ese?—pregunté conmovida.

—Es un hermoso mancebo, amigo de vuestro padre, que viene por vos—me contestó la doncella.

Al oír estas palabras, parecióme que Dios me enviaba el ser de mis sueños, el hombre en que me habían hecho pensar las confidencias de mis doncellas, e inocente y cándida, dije sin conocer los inconvenientes de lo que decía:

—Yo quiero verle.

—Pues si queréis verle, señora— me contestó la doncella—, es necesario que guardéis un profundo secreto acerca de lo que os he dicho; que nadie pueda sospechar, ni aun vuestra madre.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Vuestros padres quieren meteros en un convento.

Era verdad que este era el proyecto de mis padres.

—Y en el convento—continuó la doncella—no veréis hermosos caballeros, ni gozaréis de alegres fiestas. ni nadie admirará vuestra hermosura; os agostaréis como una planta a la que privan de los rayos del sol, porque vos no tenéis vocación de monja.

—¡Oh! ¡No, no!—contesté, sin conocer el valor de las palabras que pronunciaba.

—Os hablo así—añadió la penitente, levantando sus hermosos ojos negros, que hasta entonces había tenido inclinados, y posándolos en el rey—porque no sé mentir, porque tal era la situación en que me encontraba, y porque mi corazón está ya frío e insensible, como la losa de un sepulcro menos para el amor de mi pobre hija.

A pesar de estas palabras, don Pedro notó que era de fuego la mirada de la penitente, intensa, profunda, dulce, enteramente en contraposición, en fin, con lo que decía.

Doña Estrella siguió su relato.

—¿Y decís que viene por mí ese caballero?—pregunté a la doncella.

—Sí, por cierto—me contestó—; aunque sólo tenéis diez años cuando vinimos de la corte, y a pesar de vuestra poca edad, habéis dejado en ella la fama de vuestra hermosura, y más de un enamorado, que sólo esperaba a que tuviéseis más años para pedir os por esposa. Entre ellos está un doncel del señor rey: Juan de Arévalo.

—¿Se llama así?

—Ese es su nombre.

—¿Y es joven?

—Sólo cuenta veinticuatro años.

—¿Y hermoso?

—Muy hermoso, muy galán y muy valiente.

—¿Y cómo sabéis vos que viene por mí?

—Me lo ha dicho.

—¡Que os lo ha dicho!

—Sí; y aún ha hecho más..., me ha dado esta carta para vos.

La carta que me entregó la doncella era una de esas cartas apasionadas, respetuosas, en que un hombre jura consagrarse a la felicidad de una mujer, vivir por ella y para ella, no tener otro objeto ni otra ambición en el mundo.

Como podréis suponer, señor, esta carta causó en mí un efecto inexplicable; me puse sucesivamente encarnada y pálida, y tal fué mi turbación, que la doncella se atrevió a decirme:

—¿Queréis verle?

—¡Pero cómo, Dios mío! Ya sabéis que mis padres evitan que vea a ningún hombre, y, cuando lo evitan, no debe ser bueno que lo vea.

—Lo evitan porque quieren meteros monja.

—¡Oh! ¡No, no!—exclamé.

—Y el señor Juan de Arévalo morirá si no consentís en verle.

—¡Pero eso es imposible!—dije—. Ningún hombre puede entrar aquí, ni yo salir.

—Consentid, y ya encontraremos el medio.

—Pero ¿cómo?

—¿Queréis bajar al jardín esta noche?

—Bajaré.

—¿Y estaréis preparada para encontrarle?

—¡Oh! Vos me acompañaréis.

—Sí, os acompañaré. Estad atenta a la media noche, que vendré por vos.

Hablamos muchas cosas más, que nada importan. Yo había consentido en ver a un hombre extraño a quien no conocía, ciega en mi inocencia, sin conocer que una criada que de tal modo se interesaba por un hombre desconocido debía estar vendida a él.

Pasé el día en un estado de impaciencia cruel. Llegó la noche; mi madre, mi buena madre, se retiró a su aposento cuando me dejó acostada, y su beso, su tierno beso de costumbre me sonrojó, no porque yo comprendiese lo aventurado del paso que iba a dar, sino porque la engañaba.

Al fin me quedé sola; mis dueñas dormían descuidadas en la habitación inmediatada, y a la media noche entró la doncella mediadora, me vistió en silencio y, por una puertecilla

de mi cámara, salimos a un galería, y de ella, bajamos a un jardinito cerrado, que había destinado mi padre para mí sola.

Hacia una luna clarísima, y a su blanco reflejo vi, al fondo del jardín, el bulto de un hombre inmóvil. Un instinto poderoso me contuvo, y temblé; pero la doncella, a quien importaba mucho arrastrarme a los proyectos de aquel hombre, me asió de la mano y me impulsó dulcemente.

—No tembléis—me dijo—; es muy galán, muy joven, muy noblé, muy rico y os adora.

Tenia para mí nõ sé qué magia aquella voz tentadora, y me dejé conducir por la doncella, que me llevó por una senda entre los árboles, no en dirección a donde esperaba aquel hombre, sino a un pabellón situado en el fondo del jardín.

—¿Y a qué me traéis aquí?—la dije, cuando vi que la doncella abría la puerta del pabellón.

—La noche está muy clara, y podrían veros desde las ventanas de los aposentos de vuestro padre.

Yo no podía desconfiar, porque no conocía el peligro, y si me causaba repugnancia entrar en el pabellón era porque me parecía más bello el jardín con sus flores, iluminado por la luz de la luna.

Al fin entramos; la doncella me llevó a la habitación más profunda del pabellón, encendió luces que tenía preparadas, y salió, dejándome sola y cerrando la puerta.

Entonces un terror frío, del que yo no podía darme razón, se apoderó de mí. Quise salir, pero apenas había adelantado algunos pasos, cuando se abrió la puerta y entró un hombre.

Aquel hombre era Juan de Arévalo.

Mi ilusión se desvaneció: no era el hombre destinado a personificar el ser de mis sueños; por el contrario, aunque entonces era muy hermoso, la expresión de su semblante, fría, reservada, astuta, malévola, la aguda mirada de sus ojos, un no sé qué, que jamás he podido explicarme, y que le hizo odioso para mí desde el momento en que le vi, me separó de él con una repulsión invencible. Hubo de notar esto, cuando me dijo:

—No he venido al castillo de Brañalonga para volverme sin lograr mi objeto. Habéis dejado una gran fama en la corte, porque cuando érais niña prometiais ser una mujer hermosísima; sois la heredera más rica del reino de León; vuestro padre os guarda para encerraros en un convento, y yo he jurado a mis amigos y he prometido al rey que no volvería de Brañalonga sin llevaros conmigo, ya esposa mía.

No podía ser más cínico, más descarado, más grosero Juan de Arévalo; esto me le hizo más odioso; y le contesté:

—He recibido vuestra carta, y por ella creí, no conociéndoos, que me convendríais para vivir siempre a vuestro lado, como viven juntos los esposos; pero os juro que seré mil veces monja antes que teneros a mi lado un solo momento

—¡Ah! ¡Ah!—dijo con acento contrariado y sarcástico Juan de Arévalo—. Pues vuestra resistencia me empeña más, y os juro que no saldré de aquí sin que hayáis sido mía.

Yo no comprendí todo el horror de esta expresión, pero no tardé en comprenderlo. El pabellón esta distante y solitario; lejos la gente que podía haberme socorrido; la infame doncella me había vendido sin condiciones, y Juan de Arévalo, a pesar de mis esfuerzos, de mis gritos, de mi resistencia, cumplió lo que había afirmado que haría: fué suya, pero contra mi voluntad, violentada de una manera horrorosa, dominada por las brutales fuerzas de un hombre.

Cuando salí de allí, mi inexperiencia produjo una situación terrible: en cuanto llegué a mi cuarto desperté a las dueñas y a las demás doncellas e hice que llamaran a mis padres...

En vano la doncella cómplice de Juan de Arévalo quiso impedirlo, y fué tal su terror al entrar mi buen padre en mi cámara, que se arrojó por una de sus ventanas quedando muerta en el acto.

Mis padres escucharon estremecidos el relato que yo, en mi inexperiencia, les hice del hecho. Al saberlo mi padre, mandó a sus hombres de armas que, bajo ningún pretexto, dejasen salir a nadie del castillo; y mi madre, llevándome consigo, me hizo conocer la gravedad del hecho, que me sentenciaba por mi honor a ser esposa de Juan de Arévalo.

—¡No, no!—exclamé—. ¡Antes la muerte!

—Pero tu muerte no lavará la deshonra que mancha nuestras canas—exclamó mi madre llorando.

Al ver sus lágrimas, cedí. Al día siguiente era esposa de Juan de Arévalo.

Mi padre me entregó a él con mi dote, y mi esposo, mi fatal esposo, me trajo a Sevilla.

Pero no era ya la niña inocente, era la mujer aleccionada por la desgracia. En vano Juan de Arévalo reclamó sus derechos de esposo: yo no los reconocía sino delante del mundo; él demandó mi perdón, hizo cuanto estuvo de su parte por reducirme a su amor; pero en vano: me causaba horror, y era demasiado firme para rendirme a la compasión hacia un

hombre que de una manera tan infame me había hecho su esposa, y demasiado valiente para no ceder a sus amenazas.

Había además otro motivo que me hacía sentir un odio irreconciliable hacia aquel hombre: el dolor de mi pérdida y la rabia de haberme entregado contra su voluntad a mi esposo, atacaron la existencia de mi pobre padre, viejo ya y enfermo; pocos meses después de mi casamiento murió, y mi madre le siguió con pocos días de intervalo. Aquel hombre fatal había asesinado a mis padres; había agostado en flor mi corazón, me había robado mi porvenir, y como si esto no bastase, me veía próxima a ser madre. La infamia de Juan de Arévalo había producido su fruto, un fruto miserable que hizo acrecentar mi odio, y a quien, en mi desesperación, maldije cuando estaba aún en mis entrañas.

Transcurrió el tiempo.

Juan de Arévalo, irritado por mi resistencia a sus deseos, contrajo un odio mortal hacia mí, y su odio le hizo dudar de mi virtud.

¡Cuántas veces, pálido, convulso, irritado, me pidió cuenta acerca del estado en que me encontraba, como si él no hubiese sido la causa!

Llegó un día en que me dijo:

—El hijo que nacerá no es mío. Si yo fuera su padre, él hablaría en mi favor a su madre. Pero no importa; yo sé lo que debo hacer.

Rechazado por mí, ansioso de amor, necesitó buscarlo en otra parte, y lo encontró, pero de una manera criminal: en una mujer casada.

Aquella mujer era doña Elvira de Herrera.

Aunque no ya joven, puesto que entonces contaba la edad que yo cuento ahora...

El rey no pudo contenerse.

—¿Y no sois vos joven, señora?—la dijo—. Lo que me referís debe de haber sucedido hace pocos años, porque vuestra juventud y vuestra hermosura son poderosas.

—Tengo ya treinta y dos años, señor, y ésta juventud exagerada que represento es sin duda un castigo de Dios que me sostiene en una durísima prueba. Pero con la ayuda divina, como fui valiente y fuerte para con mi esposo, lo seré con mi suerte en adelante, sea ésta la que quiera. Pero seguiré con mi relato.

Doña Elvira, pues, era una mujer, aunque no en la flor de la juventud, hermosísima; su carácter tenía mucho de seme-

jante con el de Juan de Arévalo; se conocieron y se amaron. Pero Lope de Arias era un caballero que no hubiera sufrido la menor mancha de su honor, y tan celoso de él, sin duda porque tenía indicios de la liviandad de su mujer, que hubiera sido en vano cuanto hubieran imaginado los dos adúlteros para mancharlos.

Ignoro de qué manera pudieron entenderse: de esto os informará mejor que yo Juan de Ayala, que entonces era escudero de Juan de Arévalo. Sólo puedo deciros lo que pasó por mí.

Ofendido con mis desdenes, mi esposo no volvió a hablarme de amor; pareció que hasta olvidaba sus incomprensibles recelos; me trataba con dulzura, como si se hubiera tratado de una hermana, y cuando nació mi hija doña Leonor, la tomó en sus brazos, la llamó su hija, la bautizó dándola como debía su nombre, y por algún tiempo creí que Dios, apiadado de mi desventura, había mejorado mi suerte.

Así pasó un año tranquilo, el mejor año de mi vida, puesto que me le embelleció el amor purísimo de mi pobre hija. Al fin debía mostrármeme todo el horror de mi destino.

Un día mi esposo, que se mostraba más complaciente que de costumbre, me dijo:

—La peste negra se acerca, señora, y vuestra vida es harto preciosa para mí; para que no procure preservarla de tan terrible azote. Las grandes ciudades son más peligrosas que las aldeas, por razón del apiñamiento de sus casas y de su población, mientras que en los lugares pequeños el aire es más sano y se vive con más holgura; tenemos además otra vida preciosa que guardar: la de nuestra hija. Preparaos, pues, para marchar a Santiponce.

Yo nada recelé, no podía recelar nada. Me preparé al viaje, y, en efecto, nos trasladamos a Santiponce.

Nadie tenía noticias de que la peste negra hubiese entrado en Castilla. Sin embargo, como de la corte, mi esposo podía tener muy bien noticias que se recataran para que no aterrassen a la multitud; por otra parte, yo no tenía motivos para desconfiar. Juan de Arévalo me trataba con más intimidad, con más cariño; se había cubierto para conmigo de un hipócrita aspecto de dulzura; hablaba en su favor mi inocente hija, que al fin él era su padre, y si hubiera continuado en aquella noble conducta conmigo, acaso, andando el tiempo, le hubiera amado.

Pero otros eran los proyectos de Juan de Arévalo. Desde

que llegamos a Santiponce, noté que frecuentaba la casa un judío y que pasaba largo tiempo encerrado con mi esposo; éste, para prevenir mi extrañeza, me dijo que aquel hebreo era un sapientísimo médico, y que quería tenerle propicio para que uniese a su ciencia el estímulo de su amistad en el caso desgraciado que nos acometiese la peste.

Yo lo creí, porque los corazones sencillos todo lo creen; pero no tardé mucho en saber cuál era el verdadero objeto de la intimidad de Juan de Arévalo con el judío.

Una tarde, después de la comida, me sentí con dolores agudos en la cabeza. Dominada por un sueño tenaz, me acosté y me dormí; no sé cuánto tiempo estuve durmiendo, sólo sé que al despertar sentí frío, un frío cruel: estaba tendida sobre un lecho durísimo; quise levantarme y tropecé en una tabla; quise extender los brazos, y encontré atadas mis manos, y entre ellas un objeto de madera; me revolví, y me hallé en un lugar estrechísimo. Por el momento, como si hubiese vuelto en mí de un profundo letargo, nada pude explicarme, pero al fin conocí la horrible verdad: estaba encerrada en un ataúd, me habían enterrado viva.

La penitente se detuvo aquí, y el rey don Pedro exclamó con horror:

—¡Os habían enterrado viva! ¡Había llevado la crueldad vuestro esposo hasta el punto de sentenciaros a morir de hambre, de frío... de desesperación!

—No; no, señor; escuchadme hasta el fin. El terror de encontrarme en aquella situación horrorosa me privó de nuevo el sentido; cuando volví en mí, otra vez me encontré en un lecho cómodo, en una habitación alegre, y creí que había sido un horrible sueño aquel ataúd, aquella cinta que ligaba mis manos, aquella cruz puesta entre ellas; pero reparé al mismo tiempo que estaba en una habitación que no conocía, y de formas enteramente distintas a las que yo estaba acostumbrada a ver: era una cámara resplandeciente; la bóveda, que parecía un cielo estrellado, estaba sostenida por arcos calados labrados, matizados de oro y de colores, y aquellos arcos descansaban en delgadas columnas de alabastro; el suelo estaba cubierto por una hermosa alfombra; en un brasero dorado se quemaban perfumes, y la luz del sol de la mañana penetraba por grandes y hermosas ventanas, a través de tapices de sedas; el lecho en que me encontraba era muy bajo y estaba cubierto por una ancha plegadura de pabellones de púrpura; algunos pájaros encerrados en jaulas doradas, pendien-

tes de la bóveda, exhalaban su alegre canto, y escuchábase el grato murmullo de una fuente que brotaba en medio de la estancia en una taza de alabastro.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Doña Estrella, estábais en un alcázar árabe!  
—dijo el rey.

—Yo nunca había visto tanta magnificencia, y aunque aquello era muy hermoso, me aterraba porque me daba a conocer que no estaba en mi casa; una mujer joven y bastante bella, pero negra, negrísima, de piel reluciente y enormes y chispeantes ojos, estaba sentada junto a mí, observándome. El aspecto de aquella mujer me aterró; la hable y me contestó en una lengua extranjera que no comprendí; luego lanzó tres gritos agudos, y poco después entró en la habitación un hombre que me era conocido.

Aquel hombre era el médico con quien había pasado tantas horas encerrado mi espolo.

—¡El hebreo Saul!—exclamó el rey—. Sí será... ¿Qué edad tenía entonces aquel hombre, señora?

—Aún era joven.

—¿Supústeis dónde estaba situada la casa donde os encontrásteis?

—Sí; sí, por cierto, señor. Aquella casa estaba en la judería de Sevilla.

—¿Pero ese hombre no tenía otro nombre? Porque Saul es un nombre hebreo que se puede usar indistintamente por todos los judíos.

—Sí, señor; aquel hombre se llamaba Saul el Julani.

—¡Ah!—exclamó profundamente el rey.

—¿Le conocéis?—dijo la penitente.

—Continuad, señora, continuad—repuso don Pedro, sin contestar a aquella pregunta.

—Como era preciso, pretendí saber de Saul la razón de encontrarme en aquel sitio; entonces el judío hizo una seña a la negra de que se retirase, y quedamos solos.

—¿No habéis despertado hasta ahora, señora?—me dijo con un profundo interés.

—He creído despertar antes, pero debo haberme engañado; debe haber sido aquello un sueño horroroso.

—¿Qué habéis soñado?

—He soñado que estaba encerrada en un ataúd; enterrada viva.

—No ha sido un sueño, señora—dijo el hebreo—; habéis estado una noche entera sepultada en el panteón de la iglesia

de San Juan de la Palma, de Sevilla; además habéis estado durmiendo y con todas las apariencias de muerta durante tres días. Estando vos de cuerpo presente en la iglesia, sé os han cantado solemnes funerales. Todos los que os conocen os creen muerta; vuestro mismo esposo se cree viudo.

—Pero ¿cómo puede ser eso? ¿Cómo he podido parecer muerta y estar viva?

—¿Me juraréis, señora, ser prudente?—me dijo Saul.

—Os lo juro—contesté.

—¿Juráis guardar profundamente el secreto de lo que voy a revelaros?

—Sí.

—¿Por la fe de vuestros padres?

—Por Dios uno y trino.

—Pues bien, señora: vuestro esposo os aborrecía, creía que vuestra hija era hija de otro; además, estaba enamorado de otra mujer.

—¿De doña Elvira de Herrera?—le pregunté alentando apenas.

—Sí—me contestó.

—Pero esa mujer es casada.

—Vuestro esposo también lo era, y, sin embargo...

Quedeme mirando asombrada a Saul.

—Vuestro esposo es hombre que se para poco en los medios; del mismo modo que se resolvió a envenenaros, encontrará un tóxico o una espada para el marido de doña Elvira.

—¿Con que mi esposo ha querido envenenarme?—exclamé con horror.

—Sí; y para eso os llevó a Santiponce. Afortunadamente se valió de mí, que tengo ciencia bastante para que un ser viviente parezca un cadáver. Diéronme compasión vuestra hermosura, vuestra juventud y vuestras desgracias; me resolví a engañar a vuestro esposo, y le engañé. Dile un filtro que echó en vuestro vino, y poco después todos os creyeron muerta; vuestro esposo hizo los mayores extremos de dolor, os mandó conducir a Sevilla, y enterrar, después de un magnífico funeral, en la capilla que sirve de panteón a su familia. Yo sabía a punto fijo la hora en que debíais volver en vos. Conociendo las costumbres y los ritos de los cristianos, compuse de modo mi filtro que no pudiérais volver en vos sino cuando ya estuviéseis en el panteón. Después, a fuerza de oro, logré que el sacristán de San Juan de la Peña consintiese en entregarme, en venderme vuestro cuerpo. Bajé a la bóveda solo, abrí el

nicho, y os encontré vuelta del letargo, pero desmayada; lo comprendí todo. Me apresuré a sacaros de allí, os metí en una litera que me esperaba fuera de la iglesia, y os traje a mi casa. Así, pues, señora, estáis muerta, enteramente muerta para el mundo; si volviérais a presentaros ante los que os conocen, creerían que habíais resucitado.

—¡Muerta! ¡Muerta!—exclamé—. Pero yo no quiero morir así; tengo una hija, y esa hija...

—Desengañaos, señora. Si volvéis al mundo...

—Me presentaré al rey; acusaré a Juan de Arévalo...

—Recordad, señora, que me habéis jurado por vuestro Dios trino y uno guardar secreto acerca de lo que os he dicho.

—Pero mi hija...

—Yo os daré vuestra hija.

—¿Que me la daréis?

—Os lo juro.

La promesa de aquel hombre que me había salvado la vida me tranquilizó. Teniendo yo a mi hija, no quería volver al lado de mi infame esposo. Es más, me creía feliz por verme separada, libre enteramente de él, como si en realidad hubiera muerto y viviese en otro mundo distinto. Al día siguiente Saúl vino de nuevo a verme, y se sentó junto a mi lecho.

—He meditado mucho en vuestro deseo, señora—me dijo—, y le encuentro perjudicial a vuestra hija.

—¿Perjudicial a mi hija? Pues qué, ¿estará mejor con ese infame asesino que con su madre?

—Meditad, señora, que habéis muerto; que no tenéis bienes; que aunque yo os ofrezco un asilo en mi casa, no debéis privar a vuestra hija de vuestra herencia y de los cuidados de un padre.

—Pero su padre la aborrece—exclamé con ansiedad—; su padre la cree hija de otros amores...; su padre, que me ha querido asesinar, que ha creído asesinarme, será capaz de asesinar a mi hija.

—Pero como yo os he protegido, señora, la protegeré a ella—me dijo el judío—. Si llega un caso extremo, la salvaré como os he salvado.

Por más que mi amor hacia mi hija me impulsase a desear ardientemente tenerla a mi lado, ese mismo amor me dijo que, junto a mí, se vería condenada a la pobreza, a la miseria o a lo que era infinitamente peor, a vivir entre judíos, a adquirir sus costumbres, sus errores, a perder, en fin, su alma por salvar su cuerpo. Resignéme, pues, a dejar a mi hija.

en poder de Juan de Arévalo contando siempre con los buenos oficios de Saul.

Así pasó algún tiempo. Saul, a quien el servicio que había hecho a mi esposo le había procurado su amistad, valiéndose de pretextos ingeniosos, hizo de modo que algunas veces la nodriza de mi hija doña Leonor la llevaba a su casa en la Judería, y yo podía verla oculta; algunas veces, también con pretexto de que viesen a la niña las mujeres de su familia que no podían ser vistas de nadie, la tomaba entre mis brazos y yo podía abrazar y besar a mi hija y bañar en lágrimas su pequeño semblante, que me sonreía.

Pero esto, que era mi última ventura, pasó porque yo había nacido para ser desventurada. Llegó un día en que las visitas de Saul se hicieron más frecuentes, sus miradas más intencionadas, sus palabras más graves; no tardé en conocer con horror que aquel hombre sentía por mí una pasión profunda. Al fin, aquel amor habló. Propúsome que consintiese en ser su esposa.

—Habéis muerto para el mundo—me dijo—. Realmente doña Estrella de Molina no existe, sólo queda una mujer, demasiado desgraciada y demasiado hermosa para que yo no la ame.

—¿Pero no comprendéis—le dije—que por más que se me tenga por muerta puede llegar un día en que se descubra mi existencia?

—Nuestras mujeres jamás salen de nuestra casa. Yo puedo decir a mis compatriotas que sois una castellana convertida...

—¡Y he de apostatar yo de Jesucristo!

—Considerad que nada tenéis, que me lo debéis todo, que me he expuesto por vos a la cólera de vuestro esposo.

—Os habéis expuesto de una manera interesada, y nada tengo que agradeceros después de lo que me habéis dicho. Además, no pienso estar un momento más en vuestra casa.

—¡Oh! ¡Pensáis acaso...!

—¡Sí; quiero pedir justicia contra mi esposo!—contesté imprudentemente.

—Pues os juro que no saldréis de aquí. Vos lo habéis dicho: os he salvado de la muerte, engañando a vuestro esposo, porque os amaba, porque necesitaba teneros en mi poder, obligada, sola, abandonada a mí; me enamoráis, señora, y seréis mía, os lo juro.

En aquel momento comprendí que Saul pretendía conseguir por la violencia lo que no le otorgaba mi voluntad. La desesperación me dió fuerzas en el momento en que Saul se enca-

minaba a mí: así un taburete, única arma que encontré a mano, y lo lancé con toda mi fuerza sobre su cabeza.

Saul cayó sin exhalar un gemido.

Yo creí haberle muerto y aún ignoro lo que fué de él, y salí desatentada de la cámara. Sin saber cómo, me encontré en una galería, luego en unas escaleras, después en un jardín; aquel jardín tenía un postigo cerrado con un cerrojo, asegurado por un candado. Era la caída de la tarde, nadie había en el jardín, y los cultivadores habían dejado allí sus herramientas; cogí una de ellas, la introduje entre la madera y el cerrojo, y, estimuladas mis fuerzas por el terror y el peligro, logré forzar la puerta. Me encontré en una estrecha y oscura calleja. A poco que anduve en ella, encontré un hombre que, al verme, se detuvo, maravillado de ver una mujer sola en tal sitio y a tales horas.

Hablóme algunas palabras en hebreo que yo no comprendí; pero dominándome, le dije:

—He entrado esta tarde en la Judería y me he extraviado en ella; hacedme la merced de guiarme para que pueda salir.

—¡Ah! es una castellana—dijo aquel hombre—. A propósito, yo voy fuera de la Judería, venid y os acompañaré.

Asíme, temblando, del brazo de aquel hombre, y muy pronto me vi en las calles de la ciudad.

—¿Adónde queréis que os lleve?—me dijo el judío.

—Gracias—le contesté—. Necesito ir sola a mi casa; dejadme, pues.

—Paréceme, señora, que acabáis de salir de un peligro—me dijo aquel hombre.

Yo me turbé.

—Vuestro traje, vuestra palidez, vuestro temblar, todo lo indican. No sé por qué me intereso por vos. Os dejo libre, sin embargo, puesto que vos sabréis sin duda mejor que nadie lo que debéis hacer; pero tomad: en esta bolsa hay algunos castellanos de oro...; aceptadla, y no llores, y si alguna vez me necesitáis para algo, sabed que me llamo Simuel Leví y que estoy al servicio del señor rey don Alfonso.

—¡Ah! ¡El bueno de mi tesorero!—dijo el rey—. Pues paréceme que esta es la única obra meritoria que su codicia le ha hecho hacer en toda su vida.

—Yo tomé llorando aquel dinero, y besé la mano que me lo daba, después de lo cual se alejó, dejándome sola.

—Esto es muy de don Simuel, que cree que la mejor ayuda y compañía que puede tener una persona es dinero en la es-

carcela, y a fe que para pensar así no le falta razón—dijo el rey, interrumpiendo a doña Estrella.

—Yo—continuó ésta—tardé muy poco en decidirme acerca del partido que debía tomar; era demasiado conocida en Sevilla para que no temiese tropezar con algunos de los amigos de mi esposo. Por un momento tuve pensamiento de ir a pedir justicia a vuestro padre; pero preferí tomarme algún tiempo, buscar primero un asilo en alguna de las abadías de mujeres, situadas en el campo, y desde allí pedir protección al rey en nombre de su justicia. ¡Ojalá que así lo hubiese hecho!

—¿Os decidisteis por el convento?

—Sí; yo sabía que había uno de benedictinas más allá de Santiponce, y sin perder tiempo tomé el camino de la villa. Pero yo contaba demasiado con mis fuerzas: a la mitad de la marcha me sentí cansada, doloridos los pies hasta el punto de no poder dar un paso. Entonces, obligada a detenerme, consideré que estaba muy expuesta al lado de un camino; miré en derredor mío, buscando un albergue, y vi... estas ruinas donde nos encontramos.

—¡Dios os trajo la puerta de salvación!—dijo el rey.

—No; no, señor. Dios me trajo a un nuevo lugar de prueba.

—¡A un lugar de prueba!

—Sí, por cierto, y de una prueba horrorosa.

—Seguid, seguid.

—Creyendo lo más prudente ocultarme para descansar en las ruinas me encaminé a ellas; a nadie encontré. Las ruinas estaban silenciosas y solitarias como ahora; una luna tan clara como la que nos alumbraba las iluminada, y tenían este mismo aspecto misterioso y solemne.

Aquel misterio, aquella soledad estaban en armonía con el estado de mi espíritu. Por algún tiempo vagué, distraída, sobre los escombros cubiertos de musgo, y al fin me senté en el mismo lugar en que estamos sentados.

Mi distracción era profunda; pero de repente me sacó de ella una sombra oscura que vino a interceptarme la luz de la luna. Levanté la vista, y vi delante de mí un monje.

La vista de otro hombre me hubiera aterrado; pero me infundió confianza el hábito del desconocido, de cuya edad y semblante no podía juzgar porque tenía cubierta la cabeza con un capuz. Pero muy pronto su voz me demostró que era joven.

—¿Qué buscáis, señora—me dijo—, sola, triste y desamparada en esta soledad?

El acento de aquel hombre era dulce y lleno de unción.

—¿Sois sacerdote?—le pregunté.

—Lo soy, aunque indigno—me contestó.

—Pues bien, amparadme, padre mío, y dadme consejo—le dije.

—¿Os persiguen?—repuso.

—Me persigue mi desdicha—le respondí.

—¡Tan joven y ya desdichada!—exclamó con un profundo acento de conmiseración aquel hombre.

—Sí sí, muy desdichada, padre mío—exclamó llorando y llena al mismo tiempo de esperanza, porque esperaba encontrar un noble protector en el monje.

—¿No tenéis familia?

—La tenía, pero la he perdido; amparadme, amparadme, señor.

—Seais o no digna de amparo, un ministro del Señor no debe negároslo. ¿Qué queréis?

—Escuchadme en confesión, padre mío.

—Sí, os escucharé; pero puesto que queréis confesaros, venid a la ermita. Cualquier lugar puede consagrarse a la penitencia, pero teniendo cerca la casa de Dios, debemos recurrir a ella.

Yo no tenía motivos para desconfiar, y seguí a aquel hombre; abrió una puerta, entró, volvió a cerrar, y vi con terror que no era en la capilla de la ermita donde me había introducido, sino en su propia habitación.

—Paréceme que el tal—dijo el rey—era uno de esos bribones que encubren bajo un sayal sus crímenes.

—¡Ah! ¡Sí, señor! ¡Aquel hombre era un infame!

—¡Que os impuso su voluntad!

—No, por cierto; Dios me amparó.

—Vos sois siempre la mujer fuerte a quien Dios ampara—dijo el rey—. Yo creo que todo ha consistido en que no habéis amado todavía.

—No, no, señor—exclamó ruborizándose y bajando los ojos doña Estrella, dominada por la ardiente mirada del rey—. Nunca he amado; pero aunque hubiera adorado a un hombre, jamás hubiera faltado a mi recato. Podré ser desdichada, pero no impura.

—¡Oh! sí, es verdad; sois hermosa, pura, sublime como un serafín.

—Permitidme, señor, que os recuerde que estoy hablando con el rey, no con el hombre.

—Pues bien, señora, para que pueda oiros el rey, os suplica que del mismo modo que él os ha oído, vos escuchéis al

hombre. Ahora bien: sepamos cómo Dios os libró de las asechanzas de aquel grán bribón.

—Si yo hubiera resistido de una manera imprudente a sus deseos, acaso abandonada, sola, débil, me hubiera visto ultrajada; pero le entretuve con esperanzas: le prometí que sería suya en el momento que me diese noticias de mi hija, y aquel hombre prefirió esperar a provocar un lance funesto, porque mi firmeza le demostró bien claro hasta qué punto sería capaz de llegar. Yo esperaba que ganando tiempo podría verme libre de él huyendo de la ermita; pero me engañé: al día siguiente, cuando aquel hombre salió para ir a Sevilla me dejó encerrada.

—¡Ah!—dijo el rey—; desconfiaba.

—Pero la mano de Dios me libró de él. Algunas noches después, al volver, noté que estaba muy pálido, que su paso era vacilante. Cuando entró, se dejó caer en su tarima, y me dijo:

—Me han muerto por vos.

—¡Por mí!—exclamé.

—Sí. Contando con la promesa que me hicisteis de que seríais mía cuando os entregase vuestra hija, pretendí robarla. Había buscado algunos amigos en Sevilla, gente a propósito para el caso, y cuando habíamos ya robado a la niña, fuimos perseguidos. Yo he tenido la desgracia de recibir una grave herida...

—Pero mi hija...

—¡Vuestra hija!..., no sé lo que ha sido de ella.

Aquel hombre no pudo hablar más; su herida se empeoró, y al fin murió de ella a los tres días; pero antes de morir declaró que, queriendo yo consagrarme a la penitencia, me dejaba aquella ermita que él mismo con sus manos había construido.

Algunos villanos de las inmediaciones que tenían por santo al ermitaño le enterraron en la misma ermita, y yo, desde entonces, habito en ella.

—Y ¿cómo no fuisteis a pedir justicia al rey?—dijo don Pedro.

—Si mi hija hubiera vivido en poder de Juan de Arévalo, yo no hubiera descansado hasta ponerla a salvo de su odio. Pero por informe de algunas buenas gentes que consintieron en ir a Sevilla, supe que el mismo Juan de Arévalo la había buscado con un gran interés y no la había encontrado. Entonces me dije: ¿Dónde estará más a cubierto, de la desdicha

que me persigue que en este apartado retiro consagrado por la veneración de la comarca?

—¿Y, sin embargo, decís que en él habéis sufrido persecuciones?

—Sí; muchas veces el caminante, el peregrino, el bandido, el caballero han pretendido abusar de mi debilidad; pero entonces ha sonado esa campana, y las gentes de los alrededores han acudido a mi socorro.

—¿Y de qué habéis vivido, señora?

—De la caridad ajena.

—¡Ah! ¿Y erais rica?

—Mi esposo debe haber heredado a mi hija.

—Pues bien: os juro, señora, que yo llegaré al oscuro fondo de los crímenes de Juan de Arévalo; que los descubriré, que descubriré el paradero de vuestra hija si no ha muerto; que castigaré duramente las infamias y los crímenes que con vos se han cometido: el rey os ha oído, y os promete justicia; escuchad ahora al hombre.

—Perdonad, señor—dijo doña Estrella, levantándose con dignidad y echándose el velo sobre el rostro; yo no puedo ni debo oiros; además, tenedlo presente: aunque fuerais libre, aunque me ofrecierais vuestra corona y vuestros tesoros, no podría amaros.

—¡Me amaréis!—dijo el rey.

—Dios me defenderá de vuestro amor.

—Yo haré tanto que consintáis en mi felicidad.

—Vuestra felicidad está en el cumplimiento de vuestros deberes, señor.

—¿Os vais, doña Estrella?—dijo el rey, viendo que la penitente se encaminaba a la ermita.

—Sí, sí, ya es muy tarde, señor; volveos a vuestra corte, y dejadme que yo me acoja a mi retiro.

—Hasta mañana pues, doña Estrella; os juro traer os noticias de vuestra hija.

—¡Ah!, señor, si no puedo daros el amor que queréis, os daré el del agradecimiento.

—Adiós, doña Estrella, adiós—dijo el rey.

Y apoderándose por sorpresa de una de las manos de la hermosa penitente, la retuvo y la cubrió de ardientes besos.

Doña Estrella lanzó un grito, pugnó por desasirse, lo logró y escapó hacia la ermita, cuya puerta se cerró tras ella.

El rey quedó por algún tiempo inmóvil y murmurando:

—¡He aquí lo que son los caprichos de la suerte! Hace al-

gún tiempo que me fastidiaba, no encontrando una mujer bastante hermosa para calmar la sed de mis deseos, y ahora me salen al encuentro mujeres, cada una de las cuales es capaz de ablandar un corazón de mármol: doña María de Hínestrosa, Thamar, la hermosa hija del corregidor, la viuda del muerto, doña Estrella... y ¡cuán hermosa es doña Estrella!... Sus costumbres, su candor, su dulzura, la dan un encanto irresistible; y su voz temblaba al rechazar mi amor, y sus ojos se encendían en mi mirada y se agitaba su hermosísimo seno...; esa mujer enloquecerá por mí antes de mucho... Si su hija no ha muerto se la devolveré..., castigaré a ese infame Juan de Arévalo, a esa miserable doña Elvira de Herrera, y en cuanto a su hija la hermosa doña Constanza, yo me encargaré de consolarla... Vamos, dominemos por ahora el amor y pensemos en nuestros rebeldes. ¡Ah!, es necesario no olvidarse tampoco de ese buen Gilote, que dice que si él fuese corregidor, no se quedaría sin castigo el matador de Alvaro Gómez de Santaella... Lo veremos, señor patán..., lo veremos... Entre tanto, pienso divertirme a mi manera por algunos días.

Dicho esto, el rey salió de las ruinas y se encaminó a un sardero, donde le esperaba un hombre, teniendo dos caballos del diestro.

—Cabalga, cabalga, Rodrigo Pérez, dijo el rey, montando—; cabalga y sígueme a Triana.

Poco después el rey hacía sonar su corneta delante de la portera del castillo de Triana, en el que entró después de ser reconocido.

—¿Está en disposición el hebreo Saul de ser puesto a la cuestión del tormento?—preguntó el rey al médico del castillo.

—Su herida es leve, señor—contestó el médico.

—Pues bien, Pero López de Padilla—dijo el rey—: haz conducir a nuestro judío a la cámara del tormento.

El rey estuvo encerrado con el judío, con un escribano y dos atormentadores durante largo tiempo; al fin, antes de amanecer, a la débil luz del alba, pudo verse el semblante del rey, pálido, sombrío, torvo.

Montó a caballo y seguido de sus ballesteros entró en Sevilla.

Poco después se vieron salir dos ataúdes del castillo en dirección al cementerio de Triana; un escribano pequeño y

flaco y cuatro arqueros acompañaban a dos ataúdes. Cuando hubieron llegado al cementerio, los descubrieron.

—Estamos al corriente—dijo el escribano—. Ellos son; el llamado Saul, judío, muerto en el tormento, y el alférez de la puerta de Triana, Ruy Sancho, ahorcado de orden del señor rey.

Y el escribano firmó al pie de un testimonio, que llevaba extendido, después de lo cual se encaminó paso tras paso a Sevilla.

## CAPITULO XVII

Nunca Juan Diente se había visto más desesperado que cumpliendo el encargo del rey de buscar a Salomé.

Revolvió a Sevilla, indagó, buscó, recorrió las tabernas, puse en práctica cuantos medios y cuantas astucias estuvieron a su alcance, pero en vano. Presentóse al rey al día siguiente y le dijo:

—Señor, todo cuanto he hecho por encontrar a doña Salomé ha sido inútil; será preciso si queréis dar con ella que la pregonéis como habéis pregonado la cabeza del matador de Alvaro Gómez de Santaella.

—No es necesario tanto; yo he averiguado más que tú: ve al barrio de San Bernardo, a la calle de Vargas Machuca, introdúctete en una casa de vecindad que hay en ella, entre la casa de un odrero y la de un tabernero; para más señas: en el zaguán de la casa de vecinos hay un zapatero de viejo.

—Pues ha sido vuestra señoría más afortunado que yo—dijo el bravío balletero—; desde que me disteis ayer la orden para buscar a doña Salomé, no he descansado ni dormido; y en vano... parece que la tierra se la ha tragado... ¿Quién encuentra así tan de repente a una persona que se pierde en Sevilla?

—Yo, Juan; yo, que lo veo todo, que lo oigo todo. Ve a esa casa, pero lleva contigo a Rodrigo Pérez, que conoce a doña Salomé, para que con algunos ballesteros rodee la casa; pero de una manera recatada y que no se pueda escapar. Entra tú, procura verla, convencerla; si no bastasen tus razones, préndela, métela en una litera que llevarás contigo y llévala a su casa, en la cual no la perderéis de vista tú ni Rodrigo Pérez, y eso al momento.

Juan Diente salió del alcázar, en compañía de Rodrigo Pérez de Castro y de algunos ballesteros; al pasar por la plaza de armas, vió que algunos soldados, con los cuales iba el balletero mayor Pero Lope de Padilla, llevaban preso a un zagal joven.

Aquel zagal era Gilote, que marchaba de una manera des-  
embarazada y dándosele al parecer muy poco por su prisión.

—¿Qué diablos irá a hacer su señoría con ese rústico?—dijo Juan Diente a Rodrigo Pérez de Castro.

—Cosa debe ser de monta—contestó el otro balletero—, porque no es el guardián de ese mozo, punto menos que nuestro buen capitán, el balletero mayor.

—Digote, Rodrigo, que maldito lo que entiendo de estas cosas; pero calle. ¿Quién es aquel hidalgo que viene tan hinchado? Ciego me vea si no es maese Deogracias, el acólito del sacristán de la iglesia de San Juan de la Palma.

En efecto, Deogracias, vestido de una manera noble y flamante, aunque un tanto llamativa, adelantaba dando aire a sus largas piernas, en dirección al alcázar.

Se había lavado y recortado, o, por mejor decir, redondeado su larga y voluminosa cabellera, que domesticada por el peine, no se mostraba tan revuelta como de ordinario; llevaba una gorra de velludo rojo, tachonado de rosetas de plata, y prendida a la izquierda una pluma de águila parda; veíase sobre su largo cuello una limpia y fina camisa; ceñíale una especie de gabán de ante, bajo el cual se veía un justillo del mismo velludo rojo, tachonado con iguales rosetas de plata, y que parecía venirle un poco ancho. Sus calzas eran de grana y sus borceguíes de ante; ceñía espada y puñal, y de este último pendía una limosnera bastante bella. Ultimamente, sus pies se encerraban en unos borceguíes de ante bordado con seda de colores, que parecían venirle estrechos, porque su paso era semejante al de una persona a quien aprieta demasiado el calzado.

Cuando estuvo ya tan cerca de los ballesteros, que éstos pudieron juzgar detalladamente del traje, Juan Diente lanzó una exclamación:

—¡Oyes, Rodrigo!—dijo a su compañero—; yo conozeo esas ropas.

—¡Y yo, vive Dios!—exclamó Rodrigo Pérez—. Es un vestido completo del rey; como que hace ocho días se lo vi puesto.

—Y yo—dijo Juan Diente.

—¿Y le viene grande?

—Y chico.

—Ya lo creo, como que el rey tiene más hombros que ese avestruz, y menos cintura y menos pies. ¡Hola, amigo mío! —añadió, dirigiéndose a Deogracias, que había reparado a su vez en Juan Diente; pareceme que el paje Perucho se interesa tanto por vos, que os viste con sus ropas.

—Sí, sí por cierto, señor balletero—dijo el monago—; el señor Pedro de Espinosa es un gentil y buen hidalgo, muy rico y muy caritativo, que me ha tomado bajo su protección; como que me ha prometido intercederá cerca de su merced reverendísima el señor arzobispo para que me haga sacristán de San Juan de la Palma.

—¿Sacristán, hidalgo y armado?

—Y qué, ¿no ha habido hidalgos sacristanes?

—Y tanto. Ahí está el sacristán de la capilla real que es un noble señor.

—¿Y sabéis si el señor Pedro está en el alcázar?

—Preguntad a quien hayáis de preguntar y os darán razón; yo creo que sí está, a no ser que haya salido después de salir nosotros, porque yo acabo de hablar con él.

—Pues adiós, señor balletero; y escuchad: como me parecéis muy buen hombre...

—Mil mercedes, noble sacristán—dijo Juan Diente.

—Y lo mismo vuestro compañero...

—Muchas gracias, hidalgo—dijo Rodrigo Pérez.

—Y como tengo monedas buenas, limpias y sonantes en el bolsillo...

Y movía su escarcela, que lanzaba de sí un sonido aurífero.

—¡Ah! ¡Ah!—dijo Juan Diente—. Mucho os favorece el señor Pedro de Espinosa.

—En verdad que ese señor me demuestra mucho cariño—repuso Deogracias—. Por lo mismo, señores míos, y como yo sé que el señor Pedro os estima también mucho, quisiera ser vuestro amigo.

—Con mil amores—dijeron los balleteros.

—Pues bien; para entablar dignamente nuestra amistad, es pero que hoy comeremos juntos.

—Sí, por cierto; si Dios y el rey quieren.

—¡Ah!, por supuesto. Por tanto, yo os esperaré al mediodía en la taberna del Gato Blanco.

—Nos place—dijo Juan Diente—; pero entendámonos: a esote. ¿no es verdad, Rodrigo?

—Sea como vosotros queráis, señores hidalgos. Id, pues, a vuestra obligación, mientras yo voy a la mía y hasta las doce en la taberna del Gato Blanco.

—En el Gato Blanco estaremos, si nos es posible, a las doce. Adiós.

—Adiós.

Y Deogracias, después de haber extendido las manos a los dos ballesteros, siguió hacia la poterna del alcázar, mientras Juan Diente y Rodrigo Pérez, seguidos de los otros ballesteros, continuaron su camino.

—¿Sabes Rodrigo que el tal acólito me parece un tunante de siete suelas?—dijo Juan Diente.

—Cuando el rey le protege, Juan, debe tener algo de bueno.

—Sí, sí; parece de buena masa, pero debe de haber sospechado algo acerca del rey cuando quiere trabar conocimiento con nosotros.

—¡Ya!; pues me parece que el tal monago viene a buscar mendrugos a cama de galgos. Si el rey no se le da a conocer, yo le juro que no le ha de conocer por nosotros; pero vamos aprisa, Juan; nos hemos entretenido demasiado, y ya sabes que el rey es impaciente.

Los ballesteros salieron de la plaza de armas, y entre tanto Deogracias se encontraba cerca de la poterna. Pero de repente chocó el tacón de uno de sus borceguíes violentamente contra una piedra, sintió un dolor agudo en el pie, lanzó un grito de dolor y se puso pálido.

En aquel momento una joven, que adelantaba acompañada de una dueña, se detuvo delante de Deogracias, que estaba con el pie izquierdo levantado, los puños cerrados y el semblante pálido y alzado al cielo con una profunda expresión de dolor.

—¿Os habéis hecho mucho mal, caballero?—dijo la caritativa dama.

Al escuchar su voz de ángel, Deogracias volvió de su síncope, miró a la joven, apoyó su pie en el suelo y se echó a temblar: había llegado el momento en que el amor se le entrase de rondón por los ojos, y había sido tal y tan violento el flechazo, que apenas tuvo aliento para contestar balbuciendo:

—No, no, señora; un tropezón..., una maldita piedra..., pero ya ha pasado. Gracias, muchas gracias, señora

Y sin decir más, como si aquella mujer hiciera flaquear sus fuerzas, se encaminó a la cercana poterna.

Bien hubiera querido Deogracias marchar de una manera desembarazada y gallarda; pero había tropezado de una manera doble: primero, en la piedra, y después, en los ojos de la dama, y, por tanto, cojeaba, e iba visiblemente desencuarnado.

En otra ocasión la damita se hubiera reído; pero en su semblante había dolor y ansiedad y se limitó a exclamar:

—¡Pobre hombre!

Entre tanto Deogracias había llegado al alcázar y había preguntado al alférez de la guardia:

—¿Sabéis si está en el alcázar el señor Pedro de Espinosa, paje de su señoría?

—No le conozco—respondió agriamente el alférez.

—¡Bah!, decís bien; no tenéis vos cara de conocer a tan noble persona.

Y quiso seguir adelante.

—¡Eh!, ¿adónde vais?—dijo el alférez, deteniéndole—. ¿Qué se entra así, sin más ni más, en el alcázar del rey de Castilla?

—¡He sido llamado!

—¿Y quién os ha llamado?

—El señor Pedro de Espinosa.

—En el alcázar no se conoce a tal sujeto.

—Podrán en buena hora no conocerle soldadotes como vos; pero yo, como no es la primera vez que entro en el alcázar, sé que le conocen ilustres damas y nobles caballeros, y no sólo que le conocen, sino que le distinguen; y en fin, si no me dejáis pasar, podrá pesaros, y ya nos veremos, señor mastín.

Picado el alférez por la denominación de soldadote, y ya puesta en el colmo su irritación por el apodo de mastín, echó mano a su tizona, y no sabemos qué hubiera acontecido al monago si en aquel momento no hubiera aparecido el ballestero mayor Pero Lope de Padilla.

En el mismo punto la dama de que hemos hablado, acompañada de la dueña y causando la admiración de los soldados de la guardia y sus no muy reverentes miradas, estaba detrás de Deogracias, y exclamaba, interponiéndose, al ver que el alférez desenvainaba lívido de cólera, mientras el monago se hacía atrás en su ademán eminentemente dramático.

—¡Ah, señor alférez! ¡Caballero..., envainad! ¡Dejad vuestras espadas! ¡Mirad el lugar en que estáis!

Por más que la voz y la súplica de la dama influyesen de una manera extraordinaria sobre el alma y sobre el cuerpo de Deogracias, no acontecía del mismo modo con el alférez, que no se hubiera contenido ciertamente si Pero Lope de Padilla, a quien se veía obligado a respetar bajo su triple aspecto de ricohombre de Castilla, balletero mayor y pariente próximo de la Padilla, no le hubiese dicho con acento altivo y dominador:

—¡Eh, alférez Castro! ¿qué significa esto? ¿Mano a la espada en el alcázar contra un hombre que no os acomete?

—Me ha llamado soldadote y mastín—dijo el alférez dejando la espada, pero con la voz temblorosa.

—¡Ah! ¿os ha llamado mastín y soldadote? Pues mirad: debe conoceros cuando tan bien os ha nombrado.

—Pues no le he visto en toda mi vida—dijo Deogracias.

—Y vos, señor mío, ¿cómo, no teniendo confianza con el alférez Castro, os entrometéis a decirle verdades?

—El señor alférez no ha sabido contestarme cuando le he preguntado por una persona que debe ser muy conocida en el alcázar, y cuando iba a pasar para buscar noticias de otros menos torpes que él...

Palideció de nuevo el alférez.

—Al asunto, señor mío. ¿A quién buscábais?

—Al señor Pedro de Espinosa, paje de su señoría.

—¡Ah, sí, en efecto! ¿Y vos no conocéis al señor Pedro de Espinosa, alférez? Tiene razón este mancebo. Sois un torpe.

—¡Señor!

—Idos, vive Dios.

El alférez se entró murmurando en el aposento de la guardia.

—Venid, venid—dijo Pero Lope de Padilla—. Y vos, señora, ¿buscáis también al señor Pedro de Espinosa?—añadió, dirigiéndose a la dama.

—No; no, señor; yo pretendo una audiencia del rey.

—¡Una audiencia del rey! Difícil me parece en este momento.

—Vengo a pedirle amparo y justicia.

—¡Oh!; pues entonces siempre tendrá el rey algunos momentos para vos. Venid.

Pero Lope de Padilla, la dama, Deogracias y la dueña atravesaron el patio que hoy se llama de las Muñecas, y el balletero mayor los condujo, a través de largos corredores, a una antecámara solitaria en la que sólo se veía un maestresala.

—Esperad aquí—dijo el balletero mayor—. Anunciadme a su señoría—añadió, dirigiéndose al maestresala.

—¡El señor ballestero mayor!—gritó éste, abriendo la puerta. Y volviéndose a Pero Lope, le dijo:

—Su señoría el rey os manda entrar.

Quedóse Deogracias frente a frente de la dama; era ésta una joven como de dieciocho años, de hermosura delicada, de hermosos ojos negros, de hermosos cabellos también negros, de frente pálida y labios rojos. Deogracias, virgen hasta entonces de tales impresiones, la miraba de una manera tal y tan inconveniente, que la pobre niña, contrariada, fastidiada, ruborosa, fijaba tenazmente la vista en la alfombra.

La pronta vuelta de Pero Lope vino a sacarla de esta posición forzada.

—Señora—la dijo—, el rey siente no poder absolutamente recibirnos; mañana, tal vez... En cuantó a vos, hidalgo, el rey os manda esperar.

Y dicho esto Pero Lope salió de la antecámara.

—¡Que el rey se niega a recibirme!—dijo la joven con dolor—. ¡Ah! ¡En otro tiempo yo...!

—No os afijáis, señora—la dijo oficiosamente y temblando de emoción Deogracias—. Yo tengo que ver a una persona que puede mucho con el rey, y os prometo que le veréis.

—¡Oh!; gracias, gracias, caballero.

Y ya dulcificada la situación, se entabló una conversación indiferente, que nada importa a nuestros lectores; una de esas conversaciones que entretienen una espera.

Veamos en qué se ocupaba el rey entre tanto.

## CAPITULO XVIII

Cuando Pero Lope de Padilla introdujo a Gilote, el zagal, en la cámara del rey, quedóse asombrado de una manera tal como el que entra en un mundo desconocido para él.

Todo allí le maravillaba: las tapicerías, las alfombras, los muebles, el riquísimo artesonado de alerce, embutido de nácar, ébano y granaté; las paredes labradas, doradas y pintadas; las lámparas, las alhajas, las bujerías.

Gilote que, alentado por lo tranquilo de su conciencia, se había dejado conducir a Sevilla, cuando se encontró en la cámara del rey se creyó en la gloria, y con una sencillez lógica pensó que no podían haberle llevado para hacerle daño a tan hermoso lugar.

El joven pastor se devanó los sesos procurando encontrar la causa de que le hubieran llevado allí, y tuvo tiempo para pensar y volver a pensar y retornar a sus pensamientos, porque estuvo absolutamente solo durante un largo espacio; al fin se abrió una puerta y entró un gallardo mancebo, vestido de una manera deslumbrante por los brocados que le cubrían.

Era el rey.

Adelantó hacia Gilote, mirándole con una atención marcada, y, después de haberle examinado de pies a cabeza, le dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Gil Pando, señor—contestó el zagal sin turbarse—; pero en la majada me llaman los compañeros Gilote.

—¿Eres pastor?

—Pastor soy de cabras, señor, para servir a Dios y a vuesa-mercé.

—Bien, bien—dijo el rey—; no tengo ganados que darte a guardar y me importa poco que seas un pastor inteligente o no; pero me parece que no estás muy contento con tu suerte.

—¡Quiá!; sí, señor. Pastor fué mi padre pastor mi abuelo, pastor fué asimesmo mi bisabuelo, y tengo para mí que toda nuestra alcuña viene de rabadanas.

—Sin embargo, yo creo que mejor gobernarías tú un rebaño más noble.

—No me gustan las vacadas, señor, ni las yeguas; familia de cuernos y coces...

—¿Y si yo te diese un rebaño de hombres?

—Todavía sería peor, porque los hombres suelen tener peores vueltas que los animales bravos. Y dígame su mercé: ¿se usa ahora hacer rebaños de hombres como de cabras? El diablo que los guarde entonces y que los meta en paz.

—¡Hola! ¿Conque te parece difícil ser pastor de hombres?

—Por mi santiguada, que sólo se me alcanza que pueda haber un buen pastor para tal ganado.

—¿Y qué pastor es ese?

—El rey.

—¿El rey?

—Pues ya se ve; como que, según lo canta el licenciado de mi aldea, los reyes son imágenes de Dios sobre la tierra, y Dios los guía, y Dios los enseña; y les da fuerza y poder para gobernar y hacerse respetar de sus vasallos.

—Sí; pero si el rey es la imagen de Dios, no puede, como Dios, verlo, oírlo y saberlo todo.

—Sí: que puede—dijo el pastor—, porque, como dice el licen-

ciado de mi lugar, la justicia tiene cien ojos y cien oídos, y sus manos llegan a todas partes.

—¿Pero no ha dicho también ese buen licenciado que el rey se ve en la necesidad de entregar a los hombres la vara de la justicia, y que, por muy recta que se la entregue, siempre hay algún ministro traidor que la tuerza o la quiebre?

—Sí que lo ha dicho; pero también ha dicho que si entrega la vara, que mide, se queda con la espada, que corta.

—¡Hola, hola!; pues no decía mal el bueno del licenciado.

—Y todavía afirmaba que si las varas de la justicia se torcían en las manos de los ministros era porque el rey andaba remiso en cortar con su espada, y olvidadizo y apartado de lo justo y de lo honesto.

—¡Villano!—exclamó el rey.

—Villano soy—dijo Gilote—; pero honra tengo, y, ¡Dios vive!, que si yo fuese...

—Si tú fueras asistente mayor y corregidor de Sevilla..., ¿no es verdad?

—¡Quiá!; su mercé bien conoce que yo no tengo letras y que no puedo ser tal, pero si las tuviera...

—¿Y qué harías?

—No se torcería en mis manos la vara de la justicia, que antes bien mediría por un rasero al noble y al villano, al alto y al bajo, al rico y al pobre, y con más rigor a los poderosos, porque cuanto más altos están deben dar mejor ejemplo; y no como los vemos hoy, que cuanto más altos son más roban al pueblo y más desafueros cometen y más vicios muestran... No; si yo fuera corregidor y el rey me oyera y me ayudara, ¡Dios vive!, que si el mismo rey se desmandara y cometiera delitos, que yo tendería mi vara sobre el rey, porque no hay rey más alto que la justicia, y rey que no obra en justicia no debía de ser rey.

Don Pedro gozaba visiblemente con la charla del pastor, y le empeñaba en ella.

Gilote, con esa franqueza del campesino, que dice lo que siente, hablaba sin reparar si sus palabras le comprometían o no.

—¿Y por quién dices tú que tiene en la mano la espada de la justicia y no corta con ella?

—Dílogo—contestó el rústico, dando vueltas a su caperuza—; dílogo por el rey de Castilla.

—¡Ah! ¿Y qué encuentras tú de reprehensible en el rey don Pedro?

—Que deje que sus vasallos ricos desuellen a sus vasallos pobres.

—Llaman al rey el cruel por sus justicias.

—Pero la justicia cruel espanta y no escarmienta.

—¡Ah!

—Sí, pardiez; además, el rey tiene justicia para sus enemigos, pero no para sus amigos.

—¿De modo que el rey deja los delitos impunes?

—Y deja que se ensoberbezcan los malos.

—Bien; muy bien.

—Y que se maten los unos y los otros.

—¿De modo que no hay justicia ni gobierno en Castilla?

—¿Y puede llamarse justicia a la que no sabe dónde paran los malhechores?

—Sigue, sigue.

—Es que vuesamercé debe saber...

—Pues no sé nada.

—¿Conque que vuesamercé no sabe que anoche cometieron un homicidio en Sevilla, y que la justicia no ha podido dar con el malhechor y le han pregonado?

—Pasan muchas cosas en la corte que no sabemos en el alcázar.

—Pues yo tengo para mí, que aquí debía saberse todo.

—Pues mira, Gilote: yo no sé qué tienen los alcázares, que no entra en ellos más que lo que los arrimados del rey quieren que entre.

—La culpa la tiene el rey.

—¿También tiene el rey la culpa de que le engañen?

—¿Pues no? Diera audiencia a todos, y a todos amparara, para que el chico no tuviese que temer al grande, y lo sabría todo, porque no faltaría quien se lo dijese.

—Vamos; tú, sin duda, eres uno de esos que desde su choza y a su manera quieren gobernar al mundo.

—Yo soy uno que desde mi choza sé que el reino está mal gobernado; que se desualla al pobre; que el que no medra en la corte, se muere de hambre; y que los grandes señores se matan los unos a los otros, sin que nadie se lo estorbe ni se meta en ello; y si se mataran ellos solos..., cuantos menos lobos, menos cuidados...; pero los pobres... la sangre de los pobres...

—Me están dando ganas, Gilote, de decir al rey lo que me estás diciendo, a ver si el rey te pone en lugar donde puedas probar por ti mismo si es o no fácil regir a un reino.

—De modo que yo he nacido pastor, y con saber guardas mis ovejas sé lo bastante; y aun así, yo creo que quien tiene valor para salir al lobo, lo tendría para ahorcar al que se desmandase.

—Pues bien; yo te juro que dentro de muy poco se van a cumplir tus deseos.

—¡Mis deseos!

—Sí, por cierto: tú dijiste anoche en la ermita del Amparo que si fueras corregidor de Sevilla no habría necesidad de que el rey pregonase a los delincuentes para encarcelarlos.

—Es verdad que lo dije—contesté Gilote, poniéndose un tanto pálido—; pero...

—¡Ah! ¿Empiezas a tener miedo?

—Vuesamercé sin duda se chancea; yo lo dije, pero el rey no pensará en hacer así de un golpe, como quien dice de repente, corregidor de su corte a un rústico como yo.

—El rey, según me ha dicho, quiere que quien murmura de su justicia se ponga en el caso de cumplir mejor que ella, y si así no lo hiciere, que se le ahorque.

Púsose un tanto más pálido Gilote, y el rey, a quien sin duda esperaban otros negocios, le dijo:

—Espera aquí mientras yo entro a ver al rey.

—¿Pero vais a decirle al rey...?

—Qué, ¿no te atreverías tú a decir a don Pedro lo que me has dicho a mí que soy paje? Pues mira: has debido saber que ciertas cosas no pueden decirse en los alcázares sin que el rey las oiga, porque aquí, aunque no se oigan las cosas de fuera, para las de adentro tienen las paredes ojos y oídos.

Y dicho esto el rey salió de su cámara, dejando al zagal espantado.

—¿Y quién me mete a mí—dijo después de algunos minutos de silencio—en cosas que no me atañen? Con hablar no puedo remediar el mal y hablando me lo hago a mí mismo; vamos, soy un mastín, más mastín que *Leal*, el del aprisco. Pues bien; suframos la pena. ¡Y que no conociera yo, imbécil de mí, que aquel caballero que fué a buscarme a la majada no podía quererme para nada bueno! Pues no, como escape de ésta, juro a Dios y a mi ánima, que el que haya de traerme a la corte ha de tener más piernas que yo.

Aún no había acabado Gilote de decir estas palabras, cuando se abrió la puerta y apareció en ella el rey, a quien seguían cuatro camareros que traían ropas y una vara de justicia. El rey mostraba en su mano un pergamino enrollado.

—Vestid al señor Gil Pando, nuevo corregidor de Sevilla—dijo el rey a los camareros.

Estos, disimulando su admiración y su risa, por temor al rey que había dicho con seriedad las palabras anteriores, se acercaron al pastor, le hicieron una cumplida reverencia y se disponían a vestirle las ropas que traían.

—¿Pero esto va de veras?—dijo Gilote, más muerto que vivo.

—Tan de veras—dijo el rey—, que si no consientes en ser corregidor, mueres sin remedio ahorcado.

—Pues entre ser ahorcado o ahorcar, ahorquemos—dijo Gilote, y se entregó a los camareros.

Desnudáronle éstos, y le vistieron de pies a cabeza. Cuando la operación estuvo concluida, encontróse Gilote dentro de un sayo largo hasta los pies, azul, ancho y flotante, con un birrete encarnado en la cabeza y con una ancha espada al lado; en sus puños y en su cuello se veían vueltas de encaje.

Cuando Gilote se vió ataviado de esta manera, comprendió que no era burla lo que con él se hacía, y si lo era, era harto pesada. Cuando el zagal estuvo en el estado que hemos dicho, el rey tomó la vara de justicia de manos de uno de los escuderos, y dijo al rústico:

—Señor Gil Pando, seguidme.

Gilote le siguió; el rey fué a la capilla del alcázar, y tomando de sobre el altar los Evangelios, le dijo:

—Arrodillaos, y poned las manos sobre estas sagradas letras.

Gilote se arrodilló y extendió la mano como se lo ordenaba el rey.

—¿Juráis por estos santos Evangelios—le dijo—no torcer la justicia, amparar a los menesterosos, castigar a los malos y ser fiel a Dios y al rey?

—Lo juro—contestó maquinalmente Gilote.

—¿Juráis no recibir cohechos, ni doblegaros al temor, ni escuchar al amor, al odio, ni al interés para administrar la justicia?

—Lo juro.

—Pues si así lo hiciéreis—continuó el rey—, Dios os lo premie, y si no, os lo demande. Alzad.

Alzóse Gilote, y don Pedro le entregó la vara de justicia.

—Corregidor de Sevilla os hace el rey—continuó—; y para que así podáis acreditarlo, he aquí la real cédula en que su señoría os confiere este oficio. Ahora bien: lo que hayáis de hacer desde el momento os lo dirá uno de vuestros tenientes

que el rey ha puesto junto a vos y que no os perderá ni un momento de vista. Adelantad, señor Pero Lope de Padilla.

—¡Cómo! Este es el caballero que me ha preso y traído aquí—dijo el pastor—; por lo que veo, el rey quiere tenerme preso y acechado; pues juro al rey que, ya que ha puesto esta vara en mi mano, sabré ser corregidor y no han bastar conmigo temores ni amenazas...

—Eso quiere su señoría, y si este caballero os sigue es únicamente porque no entendéis de letras, para que os sirva de secretario.

—En ese caso, si el rey no lo tiene a mal, dejadme que vaya a empezar los cargos de mi oficio.

—Id, pues; pero tened en cuenta para hacer justicia que el rey os mira.

—Mírame antes Dios, que es rey de reyes, y en él confío.

—Bien, bien, marchad y ved lo que hacéis; porque quien os ha hecho corregidor puede quitaros la vida, y el rey me encarga deciros que si antes de quince días no habéis ahorcado al matador de Alvaro Gómez de Santaella, os ahorcará a vos.

Y dicho esto el rey salió, dejando al asombrado y novísimo corregidor en compañía y resguardo de Pero Lope de Padilla.

## CAPITULO XIX

En otra ocasión nuestro monago, que era impaciente, se hubiera desesperado con la larga antecámara que le había hecho sufrir el rey; pero entonces, merced a los negros ojos y a la blanca tez de la joven dama, de quien ya hemos hecho mención, parecióronle brevísimos los instantes que transcurrieron hasta que un camarero abrió la puerta, y, acercándose a él, le dijo:

—¿Sois vos el que busca al señor Pedro de Espinosa?

—Yo soy—contestó Deogracias.

—Pues venid conmigo.

—Adiós, señora, adiós—dijo con voz trémula Deogracias, dirigiéndose a la damita—; ya me llaman.

—No olvidéis mi encargo, caballero—dijo ésta—; y ved que me va en ello acaso la vida de un padre.

—No lo olvidaré, señora; y os juro que si el rey está en el alcázar, le veréis; y adiós.

—Id con él.

El monago lanzó una última y ansiada mirada a la joven y siguió al camarero.

Decididamente la vanidad, al verse cubierto de rico plumaje, había desvanecido a Deogracias, que se creía un águila poderosa, autorizada para mirar frente a frente el sol de la hermosura de las damas de la corte, que le deslumbraba, porque en realidad no era otra cosa que una lechuza de iglesia.

Estos pensamientos, si se quiere, soberbios y vanos, habían sido bastantes, sin embargo, para causar una transformación completa en nuestro hombre: su cabeza, antes abatida y humilde bajo el peso moral de su mugriento bonete, se había erguido, y aparecían en su semblante ciertos rasgos de hermosura y audacia; su espalda, antes encorvada, había abandonado su curva; había, en fin, en todo su ser cierto aplomó, cierta gravedad, cierta fuerza, cierto aspecto de confianza de sí mismo, que había hecho de Deogracias otro ser enteramente distinto. El monago había desaparecido, y en su lugar había quedado una cosa indeterminada, indefinible, una transición viviente, un objeto que se encontraba en la época de su traslación de un carácter dado a otro aún no conocido.

Cuando el rey le vió delante de sí se maravilló.

—¿Sabes, Deogracias—le dijo cuando se hubieron quedado solos—, que no te reconozco?

—Nada tiene de extraño que no me reconozcáis, señor Pedro—dijo el monago con una gravedad que rayaba en la impertinencia—; nada tiene de extraño que no me reconozcáis, porque yo mismo no me reconozco.

Y tras estas palabras nuestro acólito arrancó un suspiro de lo más profundo de sus entrañas, y le echó fuera, sin cuidarse ni un tantico de recatarlo.

—¡Ta, ta, ta!—exclamó el rey, comprendiendo, por la calidad del suspiro de Deogracias, la causa de su trasmutación—. ¡Pues ya sé, ya sé en qué consiste todo! Vamos, tienes suerte, hijo; el rey sabe lo bien que sirviéndome le has servido, y he aquí que se ha procurado del reverendísimo padre en Cristo arzobispo de Sevilla la provisión en ti de la sacristanía de la iglesia de San Juan de la Palma.

Púsose pálido Deogracias.

—¿Pues qué ha sido de maese Longinos, señor Pedro?—dijo.

—Maese Longinos se encuentra haciendo un viaje muy largo, tan largo, que antes de que vuelva de él habrá tenido tiempo su mujer, la señora Genoveva, de morir de vieja.

—¡Diablo!—exclamó Deogracias, soplándose los dedos.

—¿Qué quieres?—continuó el rey—. Maese Longinos era un traidor, y su señoría acostumbra a despachar buenamente sin ruido y con brevedad a los traidores. Como la señora Genoveva es una buena moza, y está acostumbrada a la sacristía, y tú has reparado, acaso en demasia, en sus buenos ojos y en otras buenas particularidades, puedes sin recelo contar con ella; eres joven, ella no es vieja; sacristana era, y querrá seguir en su oficio; cástate con la señora Genoveva, Deogracias.

—¿Conque es viuda?

—Viuda por la gracia del señor Pero de Chiclana, atormentador y ejecutor jurado de alta y baja justicia del muy poderoso y temido rey don Pedro.

—¡Qué desgracia!—exclamó el monago.

—¿Desgracia llamas a la muerte de ese sacristán traidor y vergante?

—Desgracia para su mujer.

—Consuélala tú.

—Es que yo no quiero consolarla.

—¡Cómo! ¿Pues por quién son esos suspiros tan profundos y vigorosos que pudieran mover un molino de viento?

—¡Ah, señor Pedro!; la sacristana viuda es demasiado gorda.

—No, algo matrona y nada más.

—Conócese que la habéis visto de lejos. Todo consiste en que se aprieta demasiado el talle. Antes de casarse con maese Longinos fué mujer de un mayordomo de la cofradía de las ánimas, a quien hizo padre de quince chiquillos.

—¡Pues cómo!; parece joven.

—Se adoba y se compone la infame vieja de modo que, vista a quince pasos, parece una moza garrida, señor; pero de cerca... ¡Dios me libre!... Además, yo no tengo nada que agradecerla, por tanto, y puesto que su reverencia el señor arzobispo de Sevilla me ha hecho sacristán de San Juan de la Palma, voy a echar a la calle a la señora Genoveva, para que busque libremente su tercer marido. Ya era tiempo de que yo me vengase de tanto ayuno forzado y de tanto cruel pellizco; porque la bruja me pellizcaba, señor.

—Pues véngate en buena hora; pero no olvidéis por eso servirme.

—¿Y cómo olvidarlo, señor? ¿A quién debo yo lo que soy?

—Es necesario que oigas, que veas, que estés siempre atento en servicio del rey. Entre los clérigos muéstrate su amigo para

que confíen en ti, porque has de saber que no hay un clérigo en Castilla que no aborrezca al rey.

—Harto lo sé, señor.

—La corregidora y su hija van mucho a la iglesia...; tenme muy en cuenta a esas dos damas.

—No lo olvidaré, señor.

—Será posible que tengas que dar algún billete a doña Constanza...

—¡Billete! ¿De quién?

—Billete mío.

—Se lo daré, y no solamente uno, sino diez, ciento, mil, cuantos fuere necesario darla. Pero en cambio, señor Pedro, y ya que tan dispuesto estoy a servirlos, quisiera de vos me hiciéseis otra merced.

—¿De qué se trata?

—Según lo que ayer oí, vos sois un poderoso señor en la corte.

—Ya lo creo.

—¿Priváis con el rey?

—Mucho que privo.

—¿El rey no os negará una gracia que le pidáis?

—¿Y qué gracia es esa?

—Hace una hora pidió una dama audiencia a su señoría.

—¿Una dama que había entrado en el alcázar acompañada de una dueña?

—Sí, señor.

—El rey no quiere ver a esa dama.

—¿La conoce su señoría?

—Sí, por cierto.

—Y ella, ¿conoce al rey?—dijo, poniéndose muy pálido Deo-gracias.

Don Pedro conoció que el monago, o, por mejor decir, el saristán de San Juan de la Palma, estaba enamorado de la dama, y contestó:

—No, ella no conoce al rey; pero es hija de uno de los traidores.

—¿Y el rey se niega a recibirla?...

—El rey no quiere quejas ni lágrimas.

—Pero es necesario que la reciba su señoría; he dado mi palabra a esa dama...

—¿Y qué te importa cumplírsela o no?

Fúsose más pálido Deo-gracias.

—Ven acá, ven—le dijo el rey, llevándole a una ventana—;

vas a contestarme con verdad: ¿tú estás enamorado de esa dama?...

—Señor...

—Contéstame.

—Yo... sí..., verdaderamente...

—Doña Elvira es muy hermosa.

—¿Se llama doña Elvira?

—Sí, doña Elvira de Ayala. Su padre, que ayer era mi enemigo, hoy es mi más leal vasallo; su padre es un caballero de los nobles de Castilla.

—Y ella me despreciará si sabe que soy...

—Pero ¿qué eres tú en fin?

—Yo, señor, era como sabéis acólito, y ahora sacristán: oficios menudos y cicateros, los menos apropiados para que una noble dama se interese por mí.

—¿Pero tu nombre, tus padres?...

—¡Ah señor! Sábelo eso la señora Genoveva.

—¡Cómo!

—Una mañana, hace veintidós años, me dejaron dentro de una cesta y encerrado en la puerta de la iglesia de San Miguel el señor Marcos, mayordomo de ánimas y marido de la señora Genoveva, me encontró; dile compasión, me llevó a su casa y la señora Genoveva, a quien acababa de morirle un chiquillo, me crió a sus pechos.

—¡Ingrato! ¿Y piensas ponerla en la calle? Eres malo, Desgracias.

—Es que la bruja ha sido para mí una madrastra: si me crió, fué porque la obligó a ello su marido; cuando éste murió, me conservó a su lado como un esclavo, dándome de comer por alquitara, vistiéndome de andrajos, pellizcándome continuamente y zurrándome tres veces al día. La tengo un odio cruel y viniéndoseme a las manos la venganza, no la he de dejar pasar.

—Te aconsejo que por el momento nada digas a la señora Genoveva: ella sin duda sabé algo acerca de tu nacimiento; no la irrites y deja lo demás de mi cuenta... casi, casi, me atrevo a asegurarte que doña Elvira será tuya.

—¡Ah señor!

—Y por lo que enamora (y ciertamente que la tal doña Elvira es una perla digna de un rey), consiento en hacer que el rey la reciba.

—Dios os colme de felicidades, señor.

—Ahora ve, dila al paso que espere un momento a que la avisen de parte del rey, y vete a la iglesia, componte cómo pue-

das con la señora Genoveva y toma posesión de la sacristía. Ella se domesticará contigo al ver que ya no eres el que eras, y lo demás déjalo de mi cuenta. Vete.

Deogracias salió, dejando solo al rey.

—Doña Elvira viene a verme—dijo éste—. Hace mucho tiempo que no la veo, pero debe de estar hermosa, porque según las apariencias ha herido de muerte al bueno de Deogracias. Y bien: ennoblezcamos a ese pobre diablo, aunque, averiguada su alcurnia, no se encuentre en ella una sola gota de sangre noble; le casaremos con ella..., y..., sí, sí..., ella me ama... pobre niña..., debo salvarla de la deshonra... ¡Hola!, id en busca de una dama que espera en la antecámara, y traedla...; pero a ella sola.

El camarero a quien se había dirigido el rey desapareció y poco después volvió con la joven dama, que tal revolución había causado en el alma de Deogracias.

Doña Elvira, pues ya sabemos que tal era su nombre, estuvo algún tiempo inmóvil a poca distancia de la puerta, pálida, cabizbaja y temblando.

El rey, en quien toda mujer hermosa causaba una sensación profunda, la miró de una manera afanosa.

Ella permaneció algún tiempo inmóvil, luego alzó los ojos y los fijó en el rey, que tenía fijos en ella los suyos; cruzóse entre los dos una mirada intensa, enamoradora, y ella adelantando y arrojándose en sus brazos, exclamó:

—¡Pedro! ¡Pedro! ¡Salva a mi padre!

## CAPITULO XX

Por algún tiempo el rey estrechó dulcemente contra su seno a la pobre niña, porque es de advertir que doña Elvira de Ayalá penas contaría diecisiete años.

—¡Mi padre!—exclamó con la voz ardiente y llena de ansiedad—. ¿Qué has hecho de mi padre, Pedro?

—Tu padre vive—respondió el rey.

—¡Vive! Pero ¿dónde está? ¿Preso acaso? ¡Sentenciado!

—Tu padre volverá a tu lado, apenas se cure de algunas heridas leves que recibió anoche. Dentro de pocos días le verás. Entre tanto Elvira, y ya que tienes la certidumbre de que tu padre vive y ha vuelto a mi gracia...

—A tu gracia, Pedro..., a vuestra gracia, señor—añadió la joven volviendo en sí y separándose de los brazos del rey.

—¿A qué ese forzado respeto, Elvira mía?—dijo don Pedro.

—Sí, sí; es verdad. ¡Por más que hago, por más que veo la horrible crueldad, yo no puedo ver en ti más que a Pedro Galán, al hermoso mancebo de mi amor, no al rey don Pedro el tirano y el cruel!

—¡El cruel! ¡El tirano!

—¿Acaso no has sido cruel y tirano conmigo? ¿Acaso no me has engañado? Eras rey, y te fingiste un simple caballero. Eras casado y me prometiste casamiento. ¡Oh! ¡Has sido conmigo cruel, muy cruel! Yo, al aparecer el rey, no he podido olvidar al amante..., y he perdido por ti mi honor, me he visto castigada por mi padre, he visto a ese noble anciano lanzado a la rebeldía por vengarse, y todo eso es obra tuya! ¿Quieres que no te llame cruel y tirano?

—¡Elvira, tu hermosura me disculpa!...

—¡Mi hermosura!

—¡Sí, Elvira mía! Si yo, después de haberte visto tan hermosa, tan pura; si después de haberse inflamado mi corazón en el ardiente amor que inspiras a cuantos te ven, te hubiera dicho: «Yo soy el rey de Castilla, ámame, sé mi mancebo», tú...

—¡Te hubiera despreciado!—exclamó con altivez doña Elvira.

—¡Oh!, demasiado lo sabía. Por eso me disfracé, oculté mi nombre, te dije amores, quise que me amases..., me amaste, y la desdicha reveló mi secreto...; pero tú me amas todavía, ¿no es verdad?

—¡Que si te amo! ¡Te amo como el ciego ama la luz y el preso la libertad; pero nuestro amor es imposible!

—¡Imposible! ¿Y por qué?

—Escucha, Pedro: si yo fuera dueña de mí misma, me importaría muy poco lo que el mundo dijese; pero mi padre..., mi padre jamás consentiría.

—Tu padre me debe la vida..., y luego, Elvira, no es el león tan bravo como lo pintan..., no hay hombre que no ceda a alguna pasión.

Coloreóse con un generoso rubor la noble frente de Elvira.

—¡Jamás, jamás me deshonraré voluntariamente ante los ojos de mi padre! He podido ser seducida, engañada, arrastrada a la deshonra por falaces promesas... Podría, siendo libre, deshonrarme a mí misma; pero consentir en que las gentes pudieran decir de mi padre: «¡Es un miserable que vende a vil

precio su honra, consintiendo los amores del rey con su hija!...»  
¡Oh! ¡Eso, no; nunca!

—Escucha, Elvira—dijo el rey, obedeciendo a una inspiración súbita—: hay un medio. Cásate.

—¡Que me case!

—Sí, una vez casada...

—Deshonraré a mi marido...

—Yo te daré marido tal, que te importe poco deshonrarle.

—¿Y qué marido puedes darme que sea digno de mí y consienta...? ¡Oh!, no, no..., imposible.

—Escucha, Elvira, escucha: tú has conocido hoy a un hombre que al verte se ha enamorado ciegamente de ti.

—¡Un hombre que me ha visto por primera vez y que se ha enamorado de mí!... ¡Ah! ¡Aquel hombre!... ¡El del tropézón!... ¡Ah!

Y Elvira se echó a reír.

—Pues bien, ese hombre será tu marido.

—¡Ah! ¡Pobre hombre! Temblaba delante de mí... Apenas acertaba con las palabras... Ese hombre, Pedro, si se casara conmigo, no me vendería...

—Ya encontraríamos medio.

—Y luego, ¿quién es ese hombre? Si he de juzgar por las apariencias... ¡Dios mío!, si creo que aquel hombre no tiene de noble más que el vestido, y aun ése le viene holgado.

—¡Dame una esperanza, Elvira!

—¡Ah! ¡Pedro, Pedro!, quiera Dios que no me obligues a que me avergüence de mí misma.

—Esta noche, ese hombre que está enamorado de ti rondará tu calle.

—¡Dios mío!

—Oye..., tu padre no puede ir esta noche a tu casa..., deja abierto el postigo de antaño y yo iré a aconsejarte lo que debes hacer cuando llegue tu enamorado.

—¡Ah! ¡Pedro, Pedro!

—No me repliques más: has venido ansiosa por tu padre. Sabes que vive, que no le amenaza ningún peligro y que le he vuelto a mi gracia... Ahora no me niegues una felicidad que merece mi amor... Espero encontrar abierto el postigo.

Elvira vaciló un momento; luego fijó una mirada saturada de amor y de emoción en el rey, y exclamó con la voz trémula:

—¡Os esperaré, señor!

—¡Adiós, ángel mío, adiós! Justo es ya que salgas; no acos-

tumbro a dar tan largas audiencias a los hombres, y siendo tú mujer, y tan hermosa, pudieran murmurar de ti.

Entre tanto, y para darle cierta indispensable instrucción, llevaba el señor Pero Lope de Padilla a una habitación retirada del alcázar al corregidor incipiente, al cual, después de haberse quedado solo con él, habló de esta manera:

—Ciertamente, amigo mío, que anoche anduvisteis muy poco cauto en vuestras palabras.

—Si me hubiera a mi pasado por el magín que podían haber llegado a los oídos del rey, cosídomé hubiera los labios y reventado antes que pronunciarlas.

—Sin embargo, no es tan grande el daño como creéis. Vos no tenéis letras, téngolas yo; vos no conocéis la corte, yo la conozco; el rey me ha puesto junto a vos, en lo que no ha hecho poco, y yo os ayudaré.

Quedóse pensativo el pastor, a quien sobraba de malicia lo que faltaba de ciencia, y dijo:

—Páreceme que si el rey me pone a vuesa merced por arriño, es más por asegurarse que por ayuda.

—¿Y qué tiene el rey que asegurarse de vos?

—En mi ánima que sí tiene. Como que al salir del alcázar había yo pensado en escurrirme muy lindamente hacia los montes; que sabiendo yo tan bien sus escondrijos y tan poco la justicia del rey en encontrar los nidos, no hubieran dado conmigo, ni aunque hubiesen llevado sabuesos.

—Mal habéis hecho en decírmelo, porque yo sé que el rey os quiere bien y confía mucho en vos, y sentiría que os perdieis así sin más ni más.

—¿Que confía el rey en mí y no me conoce?

—¡Y vaya si os conoce! Como os conozco yo. El rey lo ve, lo oye y lo siente todo en sus reinos.

—¡Bah! Pues no decía lo mismo el mancebo hidalgo que ha estado hablando conmigo.

—¡El señor Pedro de Espinosa! ¡Y qué sabe el señor Pedro de Espinosa! Con cumplir las órdenes del rey, cumple y no está obligado a saber más.

—Y si el rey lo ve, lo oye y lo siente todo como decís, ¿por qué ha pregonado al matador del hombre de anoche?

—Por probar el celo de su justicia; pero el rey sabe quién es el matador.

—Y si lo sabe, ¿por qué no me dice: se llama tal, en tal parte mora; préndelo?

—¿No dipisteis vos que si fuérais corregidor de Sevilla darías con el matador?

—Pues bien, sí, lo he dicho y daré con él, siempre que se haga lo que yo mande.

—¡Os juro que se hará! Por de pronto, voy a daros ocasión de lucir en vuestro oficio.

—¿Y cómo?

—Se trata de prender a un hombre que asesinó a su mujer, que se casó con otra, matando a su marido y que hizo perdiza a una hija suya:

—¿Y cuándo sucedió eso?

—Bien hará diecisiete años.

—¿Y no han ahorcado a ese hombre?

—¡Cómo habríamos de prenderle si se le hubiera ahorcado?

—Tenéis razón, caballero. Y a propósito: ¿cómo es vuestro nombre, para que yo pueda llamaros por él?

—Me llamo Pero Lope de Padilla, ballestero mayor del rey, de su cámara y consejo, y ahora vuestro teniente.

—Pues bien, señor Pero Lope de Padilla, vos acabáis de decir a la justicia que hay en Sevilla un hombre que...

—¿Quién os ha dicho que está en Sevilla? Habéis dicho que ibais a darme ocasión de lucirme; luego ese hombre está en mis términos.

—En vuestra jurisdicción querréis decir.

—Pues en mi jurisdicción.

—Ciertamente que lo está.

—¿Y cómo se llama?

—Juan de Arévalo.

—¿Y qué es él?

—Juan de Arévalo es corregidor de Sevilla.

—¡Corregidor de Sevilla!—exclamó con asombro Gil Pando—. Pues entonces, ¿qué soy yo?

—Mientras vos no os presentéis a él y le mostréis la cédula en que el rey os nombra corregidor y destituye a Juan Arévalo, corregidor es.

—¡Ah! ¿Conque es corregidor un hombre criminal y malo? ¿Y a tales entrega el rey su justicia y la vida y la salud de sus vasallos? ¡Ah! ¿Conque se pone al lobo por pastor del rebaño? ¡Pues juro que no en balde ha puesto el rey en mi mano esta vara!

Y Gil Pando se levantó y dió un furioso golpe en el pavimento con su vara de justicia.

Pero Lope no pudo contener una estrepitosa carcajada; pero

rióse en mala hora, puesto que Gil Pando, en sus sueños de ambición, sueños que todos tenemos por humildes que seamos, se había, por decirlo así, preparado y probado, aunque en teoría; quiso hacer la prueba de su poder, y encarándose con el balletero mayor, le dijo:

—¿No es ésta la vara de justicia?

—Cierto que sí—contestó Pero Lope, sin aflojar en su risa.

—¿No soy yo el corregidor de Sevilla, según debe contarle este pergamino?

—Cierto que sí—contestó Pero Lope, con el mismo acento ligero y burlón.

—¿Y hay alguien que sea más en Castilla que el rey?

—No.

—Entonces, pues, ¿por qué os reís vos de su justicia?

Quedóse un tanto parado Pero Lope, al notar la firmeza de Gil Pando, y contestó:

—Es que yo no me río del rey, ¡diablo!, ¡ni por asomo! No es el rey don Pedro persona de quien pueda uno reírse así como se quiera.

—¡Ah! ¿El rey os causa miedo, y no os lo causo yo? Pues yo os haré ver que donde está la justicia está el rey. ¡Hola!, señor Pero Lope, so pena de traición y desacato, como mi secretario que sois, seguidme.

—¡Hola, hola!—dijo Pero Lope, ofendido en su orgullo, y tomando a burla todo aquello. Páreceme que os formalizáis, señor patán.

—¡Que si me formalizo!; la yo veremos. ¡Hola!. ¡favor al rey!

—¡Diablo! Este hombre es capaz de mover un alboroto—dijo el balletero mayor—. Y es el caso que no sé cuáles son las intenciones del rey. Andemos despacio. ¡Eh! venir acá, señor corregidor, y no gritéis de ese modo: ¿Quién quiere aquí atropellaros? ¿Acaso no os puede tratar con confianza un amigo?

—Como amigo, bien; pero os advierto que no sufriré burlas a la justicia. Bien me sé yo que vos sois un señor poderoso y yo un patán rústico. No era menester que me lo dijerais; pero cuando tengo empuñada esta vara soy más que vos y tanto como el rey, y en algunas ocasiones más que el rey; y tratándose de esta vara, no he de aflojar ni un tantico, y aunque sea Gil Pando humilde, llano, zagál de cabras y rústico. quédese para otra ocasión la llaneza y por ahora cumplamos lo que conviene; y ya que como decís hay un malhechor que ha matado a su mujer y a su hija, vamos en su busca, que las dila-

ciones ofenden a la justicia, y en tiempos estamos que han menester escarmientos, y en ninguna parte está mejor el malo que entre prisiones; y no digo más y vamos y gué.

Levantóse Pero Lope, apretóse el talabarte, fué a la puerta y llamó.

—¡Hola, Garcí-Díaz!—dijo.

Por el corredor adelante apareció un balletero.

—Diez hombres contigo al momento en la puerta del alcázar—le dijo Pero Lope, después de lo cual se volvió al corredor.

—Podemos marchar, señor Gil Pando, cuando vuesamerced quiera.

—Pues marchemos, señor secretario, y vamos derechamente a casa de ese señor Juan de Arévalo.

Gil Pando o Gilote, que no conocía el alcázar, siguió al balletero mayor, que le sacó fuera de él, y en la plaza de armas encontraron a Garcí-Díaz de Albarracín con otros doce balleteros.

—Seguidnos—les dijo Pero Lope de Padilla.

Y dando la derecha al flamante, que enteramente extraño a ropas nobles, se embarazaba con su vestidura talar, tomó, seguido de los balleteros, por las calles que ahora se llaman de Rodrigo y de los Abades; salió al Corral del Rey, y rodeando por la iglesia de San Isidoro, llegó a la plazuela de este nombre; siguió por la calle del Velador, torció una esquina y se detuvo frente a una casa de noble apariencia.

Veíase sobre su puerta un ancho blasón, esculpido en mármol pardo, sosteniendo un balcón de colosales dimensiones; enormes rejas voladas, anchos aleros, fuertes muros, todo demostraba que aquella casa era de un poderoso señor.

Además, para que no quedase duda, veíanse en un ancho zaguán pajes, escuderos y palafreneros a vuelta de algunos alguaciles, y una enorme litera blasonada estaba al pie de las escaleras, como esperando a su dueño.

—Esta es la casa del señor Juan de Arévalo—dijo al llegar Pero Lope—. Así que manos a la obra, señor Gil Pando. ¡Hola, Garcí-Díaz!; hijo se trata de una prisión importante; toma con ocho hombres las avenidas de esta casa y déjame cuatro.

Cumplió el balletero las órdenes de su capitán, que acto continuo se entró con Gil y con los cuatro balleteros en el zaguán de Juan de Arévalo, a punto que éste, con un traje igual al del nuevo corregidor, iba a entrar en la litera, para encaminarse a las casas de la ciudad.

Al ver aquella especie de disfraz, en un hombre a todas luces, según su exterior, soez y rústico, brilló una llamarada de cólera en el semblante del noble corregidor, llamarada que se apagó, convirtiéndose en terror, cuando reparó en Pero Lope de Padilla y en sus cuatro ballesteros.

Adelantó entonces, y saludando cortésmente al ballestero mayor le dijo:

—¿Qué es esto? ¿Qué significa el disfraz de este hombre!

Gil Pando no le dejó concluir, sino que, abalanzándose a él y asiéndole y metiéndole la vara por los ojos, gritó:

—¡Aquí de la justicia de Dios y del rey! ¡Ayudadme todos a prender a este malhechor, asesino de su mujer y de su hija!

Al oír estas palabras, una palidez más profunda cubrió el semblante del corregidor. Volvió los ojos a sus pajes, a sus criados y a sus alguaciles, y vió que todos estaban contenidos por temor a los cuatro ballesteros y al tremendo Pero Lope de Padilla, que había desnudado la espada al grito de Gil, y echado mano al corregidor al mismo tiempo.

—¡Pero qué significa esto!—exclamó todo ácongojado Juan de Arévalo.

—Esto significa que la caña de la justicia es muy larga y pesca desde muy lejos—dijo Gil—, y entrégate y date preso, y obedece a Dios y al rey, que te lo mandan por mi boca.

En este momento algunos de los soldados y de los alguaciles se acercaron, como queriendo tomar parte en defensa de su amo y de su superior.

—¡Ténganse al rey!—exclamó Gilote, que con su recelo de rústico estaba atento a todo. ¡Ténganse digo! ¡Favor al rey! Ayudadme, o, de lo contrario, ¡vive Dios!...

Y agitaba la vara con una mano, sin dejar de asir con la otra al asustado corregidor.

—¿Pero quién sois? ¿Que queréis?...—exclamó éste todo trémulo.

—El rey acaba de quitaros vuestro oficio, señor Juan de Arévalo—dijo Pero Lope, sin soltarle, poniéndose bajo el brazo la espada desnuda y sacando de su escarcela un pergamino enrollado, que Juan de Arévalo abrió y leyó.

—El rey obra conmigo como puede—exclamó con acento inteligible—, y me manda entregar mi oficio al señor Gil Pando.

—Ese soy yo—dijo Gilote.

—¡Vos! ¡Vos! ¡Corregidor de Sevilla!—exclamó con asombro y desesperación Juan de Arévalo.

—Pues ahí veréis: los reyes, como decía el licenciado de mi aldea, a ejemplo de Dios, levantan a los humildes y soterran a los poderosos. Pero no es ahora tiempo de andarnos con disputas; vuesamerced, señor Juan de Arévalo, se entregue a la justicia, y vaya preparando su conciencia para una larga confesión que yo le tomaré, que para estos casos me creo tan buen confesor como el licenciado de mi aldea.

—Pero dejadme al menos despedirme de mi esposa.

—En la cárcel la veréis cuando fuere justo, y vamos, que ya me enfadáis, y dadme vos ayuda, señor Pero Lope, y vosotros ministros, que ya sabéis que corregidor soy, y nadie me pruebe, que podrá ser amargado, y obedezcan todos si no quieren pasarlo mal.

Entró cierto pavor en aquella gente, al ver que los ballesteros del rey auxiliaban al corregidor nuevo, y con ellos no menos que el señor ballestero mayor, a quien todo el mundo conocía en Sevilla; notaron que andaban pergaminos en el negocio, y con esa flexibilidad de los seres bajos, que se ponen siempre de parte del más fuerte, se volvieron contra el antiguo corregidor, y al grito repetido por el nuevo, de ¡favor al rey! rodearon al preso con las varas de justicia en alto.

—Metédmele en esta litera, y llevádmeme a la cárcel—dijo Gilote.

Los alguaciles y los ballesteros arremetieron a Juan de Arévalo.

—No me toquéis, que yo iré—dijo todo desconcertado—; el rey lo manda y obedezco.

Y entregando la vara de la justicia a Pero Lope de Padilla, y su birrete y su sayo talar, de que se despojó, juntamente con su espada, a uno de los alguaciles, entró en la litera.

—A Triana—dijo el ballestero mayor a los jayanes que habían levantado la litera, rodeándola de sus ballesteros

Y, dirigiéndose a Gil Pando, dijo:

—El rey quiere que doña Elvira de Herrera, la mujer del corregidor, sea presa en su casa. Ahora bien, ministros, añadió Pero Lope, volviéndose a los alguaciles que estaban en el zaguán, acompañad a esos buenos ballesteros y resguardad con ellos al preso: a Triana. Vosotros—prosiguió, volviéndose a los criados, que estaban consternados—avisad a vuestra señora que necesita verla el ballestero mayor del rey y otro caballero.

Algunos criados subieron en paso tardo las escaleras.

Poco después, uno de ellos bajó y dijo:-

—Mi señora os espera; venid y os guiaré.

Asió Pero Lope del brazo a Gilote y le dijo:

—Ahora será necesario que no habléis una palabra; para estos casos me tiene a vuestro lado el rey; vos no sabriais hablar con damas.

—Caso podrá llegar en que hable, si efectivamente esa dama es culpable.

—Pues hasta entonces os recomiendo la discreción; pero ved aquí, que hemos llegado; el maestresala abrió la mampara, forrada de cuero y tachonada de clavos dorados, y dijo:

—Mi señora os espera; podéis pasar.

El ballestero mayor y Gilote entraron, y la mampara volvió a cerrarse.

## CAPITULO XXI

Preparado con el recuerdo de la magnificencia de la cámara del rey, Gilote no se admiró a la vista de la de la ex corregidora, por más que Juan de Arévalo, como caballero rico y principal, ostentase en su casa una magnificencia extremada; pero el rey don Pedro era magnífico entre los magníficos: poseía inmensos tesoros, gustaba sobremanera de la ostentación, y era cosa poco menos que imposible igualarle, ni aun imitarle.

Gracias a la reciente impresión que había causado en Gilote lo maravilloso del alcázar moro del rey, pudo conservar su gravedad y como encubrir bajo ella parte de su rudez.

Sentada en el estrado había una dama, como de cincuenta años, a pesar de los cuales conservaba marcados restos de una hermosura que debió ser extremada en su juventud. Vestía de negro con una severa sencillez, y en su actitud, en su mirada, en lo tieso, por decirlo así, de su posición, se dejaba notar una altivez que podía calificarse de tiesura.

Al ver entrar al ballestero mayor y a Gilote, su semblante conservó su inmovilidad, por más que interiormente la afectase de una manera profunda el traje, por decirlo así, oficial de Gilote, traje que según los usos y ordenanzas de aquel tiempo, no podía usar otra persona que el corregidor de Sevilla.

Sin embargo, sonrió levemente y tendió su mano al ballestero mayor, que la besó, después de lo cual dijo a entrambos:

—Sentaos, caballeros, sentaos, y vos, señor Pero Lope, decidme a qué debo el placer de veros en mi casa, cuando a pesar de que sabéis el gusto con que se os recibe, hace mucho tiempo que no os dignáis poner los pies en ella.

—Duéleme mucho, hermosa señora—contestó Pero Lope—el ser un visitante infausto, después de tanto tiempo como, por mis ocupaciones, no tengo la honra de visitaros; pero el rey...

—¡Ah! ¡Os envía el rey!

—Sí; sí, señora; ya sabéis que su señoría cumple exactamente con estos que se llaman empeños de justicia...

—¿Y por un empeño de justicia venís a mi casa?—dijo, sin alterarse en lo más leve, doña Elvira.

—Ya os he dicho que me pesa... pero el rey...

—Y... ¿qué me manda el rey?

—El rey ha depuesto a vuestro esposo del oficio de corregidor.

—¿Y le ha proveído en este caballero?—dijo doña Elvira, volviendo su fría y acerada mirada a Gilote, que se estremeció bajo ella—. Pues, mirad, me alegro de que hayan descargado ese peso de los hombros de mi esposo; el oficio de corregidor en estos tiempos, en que todos conspiran, en que todos cometen desmanes, es muy espinoso.

—Páreceme que lo espinoso, y lo amargo y lo crudo—dijo Gilote—, cuando todos se revuelven y se conjuran contra el rey, será para los traidores, porque con ahorcarlos a todos...

Doña Elvira hizo tanto aprecio como si no hubiera oído las palabras de Gilote, y, dirigiéndose siempre a Pero Lope, continuó:

—Así, pues, para estar en continuos sobresaltos, viendo los crímenes, sin conocer la mano que los comete... como anoche...; cerca, muy cerca de nuestra casa, mataron al señor Alvaro Gómez de Santaella, y aunque los alguaciles acudieron al ruido de las espadas, sólo encontraron al difunto, porque el matador había desaparecido.

—¿Dicen que el muerto enamoraba a doña Constanza?—dijo Pero Lope.

—¡A mi hija!—exclamó con un describible acento de orgullo ofendido doña Elvira...— ¡A mi hija un hombre casado!

—No era culpa vuestra ni de doña Constanza, ni de nadie, el que el señor Alvaro Gómez de Santaella estuviese dado a los galanteos, como el mancebo más disoluto a pesar de ser casado y de tener hijos. Además, la hermosura de doña Constanza...

—Todo el mundo sabe que doña Constanza está destinada a Dios.

—Lo que no impide que por su hermosura haya continuas riñas y estocadas.

—¡Culpad a la audacia y a la vanidad de los hombres!

—Yo creo que ha de tener también mucha culpa el sitio en que está situada vuestra casa; ya sabéis que hay lugares malditos; recordad si no: en el mismo sitio donde se ha encontrado muerto a estocadas al señor Alvaro Gómez de Santaella se encontró muerto, asimismo a estocadas, a vuestro primer esposo, Lope de Arias, sin que hasta ahora se sepa quién le mató, como acontece con el matador del señor Alvaro Gómez.

—¡Y se le buscó, caballero, se le buscó!—exclamó suspirando doña Elvira, y se ofreció oro, y se pagó a la justicia...

—¡Pagar a la justicia!...—exclamó escandalizado, sin poderse contener Gilote.

—Y no se le encontró, bien lo habréis oído decir.

—Pues el rey dice—exclamó Gilote rudamente—que lo que no se encuentra es porque no se busca bien; y que justicia que no sabe buscar no es justicia; y por lo mismo ha quitado la vara al otro corregidor y me la ha dado a mí, que encontraré, no sólo a este matador, sino al otro, y a todos los matadores del mundo, sin que me paguen, y sin que me alienten, y sin que valgan cohechos, lloricos ni amenazas.

—¡Ah!—dijo doña Elvira, dirigiendo por primera vez la palabra a Gilote—. Pues si tal os habéis empeñado, trabajo os mando... señor corregidor.

—Y no hay que andarse conmigo en burlas—exclamó Gilote, ofendido por el acento sarcástico de doña Elvira—, que Dios vive, que yo no conozco a nadie, alto ni bajo, y que descargaré la vara que me ha dado el señor rey sobre el rico y sobre el pobre, y meteré en la cárcel a mi abuela y...

—El señor Gil Pando es un hombre muy hombre de bien, señora—dijo Pero Lope de Padilla, y aunque habla así, tiene muy buen corazón.

—Sí, sí—dijo doña Elvira, que estaba duramente contrariada—; concluyamos, porque hay cosas que debe procurarse sean lo más breve que puedan ser. ¿A qué habéis venido, señores?

—Vuestro esposo está preso de orden del rey.

—¿Y sabéis por qué?—dijo sin desconcertarse aún doña Elvira.

—Lo ignoro, pero debe ser una mera precaución para evitar que ofendido...

—Bien, bien, caballero. ¿Y qué queréis de mí?

—El rey os manda prender también, señora.

—¡Cómo! ¿El rey teme que yo promueva alguna rebeldía?

—Ignoro las intenciones del rey.

—¿Y el rey manda que yo salga de mi casa?

—No; no, señora. En vuestra casa estaréis presa, pero sin comunicación con nadie, ni aun con vuestra hija.

—Pues entonces ya sé las intenciones del rey; pero no importa. Señor corregidor, vos habéis dicho que tenderéis vuestra vara sobre todos los que ofendan a la justicia.

—Lo he dicho y lo sostendré.

—Pues bien; voy a ponerlos en ocasión de probar vuestra fuerza: os confío mi hija; en vuestro poder la pongo; pero tened en cuenta de que algún día os pediré cuenta de ella.

—Mejor fuera que la entregarais a alguna honrada dueña, si es que hay dueñas honradas en el mundo, o que la metierais en un convento.

—Pues bien, yo os juro que guardaré vuestra hija, sin que salga de vuestra casa, como si fuera mi hermana, y a fe que una hermana mía estaría bien guardada.

—¿Doña Berenguela?—dijo doña Elvira, levantándose y llamando.

No tardó en aparecer una dueña vieja, viejísima y de aspecto formidable en cuanto a lo guardador y severo.

—Haced que venga doña Constanza, la dijo doña Elvira.

La dueña salió, y poco después entró con una joven hermosísima.

Ya hemos hecho parte de su descripción al presentar al principio de nuestro libro, orando en la iglesia de San Juan de la Palma:

Su magnífica hermosura, su continente majestuoso, lo puro y brillante de sus hermosos ojos negros, la poderosa magia, en fin que emanaba de ellos, produjeron en Gilote un efecto idéntico al que había producido poco antes en Deogracias la no menor hermosura de doña Elvira de Ayala. Se puso sucesivamente rojo y pálido, miró a la joven, bajó los ojos, los tornó a alzar hacia ella, y los bajó de nuevo confundido.

Doña Elvira de Herrera notó todo esto y comprendió que la justicia tenía un poderoso enemigo en la hermosura de su hija.

La experimentada dama, que a pesar de su serenidad se había aterrado al saber la prisión de su marido, al notificarle la suya, y al oír en estas circunstancias el nombre de su primer esposo, pronunciado por un servidor tan allegado al rey como

Pero Lope de Padilla, apreció en lo que debía la conmoción que había agitado a aquel rudo y extraño corregidor a la vista de su hija.

Había comprendido que en ella tenía un poderoso auxiliar, y dijo:

—Hija mía, la desgracia pesa sobre nosotros; mi esposo...

—¿Qué ha sucedido a vuestro esposo, madre mía?

—Está preso.

—¡Preso! ¿y por qué?—exclamó palideciendo doña Constanza.

—Lo ignoramos, lo ignora también el señor Pero Lope de Padilla, que ha venido con este caballero, que ha sustituido en el cargo de corregidor a mi esposo, a notificarme que yo también estoy presa por orden del rey.

—¡Presa vos!

—Sí, hija mía; pero mi prisión será en mi casa.

—¡Ah! ¡Os podré ver al menos!

—No, hija mía, no; estaré enteramente apartada, puesto que así lo quiere el rey.

—¡Apartada de mí!

—Pero este caballero (y señaló a Gilote) me ha dado su palabra de guardarte como si fuera su hermana.

—¡Ah, caballero!—exclamó doña Constanza juntando las manos en una actitud tal que acabó de trastornar a Gilote.

—Confiad, confiad en mí, señora, la dijo, que yo os juro... sí, Dios vive, que... en fin, yo haré que os guarden tan bien...

—¡Pero esto es un sueño!—dijo doña Constanza, prestando poca atención a las protestas de Gilote.

—¡No, hija mía, no es sueño!; pero esto pasará y pasará muy pronto; sin duda alguno de nuestros enemigos ha sorprendido al rey, que, al fin, en su justicia nos devolverá la libertad, y con ella su confianza. Adiós.

Y besando en la frente a su hija, la hizo salir.

Doña Constanza se retiró llorando, y doña Elvira notó que Gilote se enjugaba una lágrima.

—Ahora, pues, caballero, acabad de cumplir las órdenes del rey—dijo doña Elvira.

Pero Lope de Padilla, de la manera más dulce que le fué posible, constituyó en prisión, en una de las habitaciones de su casa, a doña Elvira de Herrera, puso a la puerta de aquellas habitaciones una guarda de cuatro ballesteros y salió de la casa con Gilote, para encaminarse a la casa de la ciudad, donde ya,

por orden del rey, estaba constituido en cabildo el Ayuntamiento.

—¡Ah, ah!—decía por el camino Gilote, pensando en doña Constanza—, sin duda que se necesita un corazón muy duro para ser corregidor; pero no importa, primero es la justicia, y seré más duro que un pedernal.

Y siguiendo adelante, no habló más palabra hasta llegar al Ayuntamiento, en donde le presentó Pero Lope de Padilla, en nombre del rey.

## CAPITULO XXII

Al ver los nobilísimos veinticuatro, regidores perpetuos de Sevilla, la extraña catadura del hombre que había de presidirlos y mandarlos alzóse un murmullo nada reverente, a pesar de que Pero Lope de Padilla había hecho leer por un secretario la cédula en que el rey hacía merced del oficio de corregidor a Gilote. No faltó quien se levantase de su asiento, ni quien aventurase una protesta; y a tanto llegó el desacato, que amostazado ya Gilote y perdido el primer respeto que le había causado aquella respetabilísima corporación, dijo, dando un formidable golpe con su vara de justicia sobre las tablas de la tarima del estrado, en el cual, detrás de una mesa, se encontraba sentado en un sillón de terciopelo carmesí:

—¡Ténganse todos!—dijo—, y callen y siéntense y guarden miramiento, si no quieren que les ponga de claro en claro que el rey ha dado su vara a quien sabrá tenerla y aun castigar con ella de modo que no se olvide, aunque sea más noble que el rey que rabió. Ténganse, digo o Dios vive que los meto a todos en la cárcel y hago un escarmiento.

—¡El rey no puede permitir esto!

—¡Esto es indigno!

—¡Nos dan un patán por presidente!

—¡Se rebelará Castilla!— gritaron acá y allá.

—¡Ténganse, digo, y obedezcan!—exclamó Gilote con voz potente, y de no, señor Pero Lope, haced entrar vuestros ballesteros para que pongan en paz a estos señores.

Al oír la palabra *ballesteros*, y a un ademán de Pero Lope, los concejales se sentaron; dominados por el terror que sabía causar a sus vasallos el rey don Pedro.

Entonces Gilote revolvió una mirada gravísima por los veinticuatro del concurso, y dijo, dirigiéndose a uno de los próximos:

—¿Por qué estáis vos aquí, empuñando vuestra vara de regidor?

—¡La he heredado de mi padre, que la heredó de mi abuelo, y éste del suyo!—dijo con altanería el preguntado.

—¿Pero por qué causa está esa vara en vuestra familia?

—¡Somos nobles, tan nobles como el rey!

—¡Mentís como un bellaco!—dijo Gilote—. El rey da y quita la nobleza, y vosotros no podéis quitar al rey; conque así no sois ni con mucho tan nobles como su señoría, y, al fin, vamos al propósito de mi pregunta: estáis aquí porque sois nobles, ¿y quién os ha hecho nobles?

—Nuestras hazañas.

—Os ha hecho nobles un rey. ¿Y creéis ahora que como otros reyes hicieron nobles a los vuestros no ha podido el señor rey don Pedro hacerme noble a mí? Es verdad que diréis: ¿Qué has hecho tu? Y yo responderé: Guardar cabras. Todo esto es verdad; pero cuando guardaba cabras las he guardado bien, y con peligro muchas veces, y ahora que guardo esta vara, que es como la persona del rey, la guardaré derecha, mal que os pese, y, lo que es más, os haré andar derechos a vosotros y a todos, desde el rey abajo, y aun al mismo rey, si se desmandase, mientras esta vara no me quite. Y mirad cómo hacéis y obráis, porque si llego a entender en vosotros amaño o desobediencia, Dios vive que con esta vara en la mano os mandaré cortar las cabezas.

Calláronse todos, aterrados y maravillados del caso, sin saber cómo explicarse el extraño capricho del rey en haber hecho a aquel hombre corregidor, y Gilote, volviéndose a uno de los secretarios, le dijo:

—¡Oh! ¡eh!, vos que tenéis la péñola en la mano, ved cómo escribís el pregón que voy a deciros.

El secretario se puso en posición y enderezó la pluma para escribir.

«Buenos y leales ciudadanos de Sevilla—dijo Gilote dictando—: A nuestros oídos ha llegado un ruido que trae atemorizados a todos y con la mosca detrás de la oreja; dícese que de noche no puede andar ningún hombre honrado por las calles sin exposición de recibir heridas o insultos de estos que con el achaque de eso que llaman *pelar la pava*, están arrimados a una reja o a un postigo, no sabemos si acechando a la hon-

ra de una doncella o al bolsillo y la vida del prójimo; por ello, y para poner remedio a tanta muerte, robo y mal hecho como con escándalo se ejecuta, mando yo, Gil Pando, corregidor de Sevilla, que el que quisiera *pelar la pava* la pele de día y que al toque de la queda no me ande ningún cristiano, ni judío, ni moro por las calles, salvo que no vayan en demanda de médico o sacramento para enfermos, sin exceptuar de este mi pregón a noble ni clérigo, señor o vasallo, rico ni pobre; y al que contraviniere sacaránsele diez escudos de plata de multa y otrosí se le llevará a la cárcel, donde se le tendrá tres días, y por la segunda vez se le pondrá en la jaula, y si volviera se le azotará en la picota; todo lo cual se avisa a los vecinos de Sevilla para que no aleguen ignorancia, que pueda librarlos de la pena.»

—Ya está—dijo el secretario, poco después que hubo acabado de dictar Gilote—; puede vuesa merced firmar.

—Bien quisiera y firmara si supiera—contestó el zagal, pero a bien que el señor ballestero mayor del rey es mi letrado, y firmará por mí; firmad, pues, señor Pero Lope, y vos, señor secretario, decid por bajo que este caballero firma por mí y por mi mandado.

Llenáron estas formalidades, y cuando el pregón estuvo corriente, Gilote dijo:

—Ahora que se publique; yo me acuerdo de haber visto otras veces que delante del pregonero iban trompeteros; y detrás de los trompeteros atalaberos montados en sendas mulas empenachadas, y luego unos hombres con sayos colorados y porras doradas. ¡Ah!, sí, como aquellos que están a la puerta de la sala—dijo el corregidor lego, señalando los reyes de armas, que por estar la ciudad en cabildo asistían en su lugar, con sus dalmáticas, sus birretes y sus mazas al hombro.

—¿Queréis que éste pregón se haga a son de clarín y que se fije a las puertas de las parroquias?—dijo Pero Lope.

—Eso quiero, y hágase y pronto, porque interesa y tengo grandes deseos de que Sevilla sepa que aunque soy corregidor, tengo el alma en el cuerpo, y no han de suceder en la ciudad los escándalos que en otro tiempo pasaban.

—Pero si vuesa merced empieza así—dijo Per Afan de Rivera, uno de los veinticuatro—, se va a levantar un torbellino de faldas en la ciudad que nos va a poner en aprieto, porque esto de pelar la pava...

—Esto de pelar la pava—dijo otro de los regidores con cierta

sorna, acordándose en mala hora de un estribillo popular—tiene mucho que entender, y no hay que tomarlo a broma; las buenas mozas de Sevilla creerán que no queremos que se casen, y tendremos un motín de mujeres.

—Una conspiración—dijo otro.

—Saldremos de ello, como yo saldré de vosotros, señores regidores; los meteremos en estrecho, como yo os meteré a vosotros, nobles caballeros. ¡Hola! ¡A mí, a mí, alguaciles! ¡Llebadme a la cárcel a esos cuatro!

Y señaló a Per Afán de Rivera y a los otros tres que habían levantado su voz burlándose del corregidor.

Moviése un tumulto difícil de describir; protestaron los unos, gritaron los otros, y si no hubieran dejado fuera las armas, como se acostumbraba en los cabildos de entonces, no sabemos hasta qué punto hubiera llegado el exceso.

Pero las habían con un corregidor a prueba de bomba, como diríamos en nuestros tiempos. Gilote se lanzó de su silla con la vara empuñada, y como era recio y forzado, sacó del escaño a Per Afán de Rivera y hasta otros seis, y gritando: ¡Favor al real! y excitando a los alguaciles y con la ayuda de algunos ballesteros que Pero Lope de Padilla hizo entrar, obedeciendo las órdenes del rey, que había previsto este caso, llevaron presos a los alborotadores; con lo cual, y viendo los restantes que el rey amparaba abiertamente a aquel extraño corregidor restablecióse el orden, cada cual de los que quedaron ocupó sus asientos, y Gilote, ocupando de nuevo su poltrona y enorgullecido con el buen éxito de su golpe de autoridad, dijo con voz entera y campanuda:

—Esto he hecho, y esto haré de hoy en adelante mientras el rey no me quite la vara que me ha dado; y tengan esto presente y entendido, y pregónese lo que he mandado pregonar a son de trompeta, y váyanse todos, que por hoy no se ocurre otra cosa, y Dios les guarde y nos guarde a todos, que bien lo habemos menester.

Levantáronse los nobilísimos veinticuatro que no habían sido presos, saludaron profundamente al tremendo corregidor y salieron cabizbajos y mohinos.

Quedaron solos Pero Lope de Padilla y Gilote, espetado y tieso, en la actitud en que había recibido el medroso saludo de los regidores.

—¡A!—exclamó Gilote—. ¡Yo os compondré, mala ralea! ¡Estabais acostumbrados a hacer lo que mejor os venía en mi parte, a tiránizar al pueblo, a recibir cohechos, a vender la justicia!

Qué os parece, señor balletero mayor, ¿no es cierto que salían esos poderosos señores temblando como las liebres que sienten ladrar a los perros?

—¡Sí, pardiez!, pero andaos con pulso, señor Gil Pando, porque si seguís así, me parece que vais a dar que hacer a mis ballesteros.

—¡Dar que hacer a vuestros ballesteros! ¿Y qué importa? Parece que no es tan gran trabajo llevar algunos nobles a la cárcel.

—En llevarlos a la cárcel habéis obrado contra los fueros de la nobleza, y eso los irrita más, mucho más, que si los hubierais mandado encerrar en el más profundo calabozo de la fortaleza de Triana o de las Atarazanas, o de la torre del Oro. Reclamarán al rey su derecho, y el rey, por sostener vuestra autoridad, los retendrá en la cárcel; esto les hará levantar el grito, y el rey, que no quiere que nadie más que él levante el grito en Castilla, arrojará algunas cabezas a mis buenos ballesteros; he ahí por qué os he dicho que estáis dando que hacer a mi gente.

—Pues mejor, mucho mejor; si el rey mata a rebeldes, no hará más que lo mismo que yo haría; pero no hablemos más de eso; creo que para lo que llevo de corregidor he hecho bastante, y que será bueno que piense en mí mismo ¿Sabéis que tengo una hambre de los diablos, señor Pero Lope?

—Pues alégrome de que tengáis apetito; téngolo yo también, y por cierto que no nos ha de faltar con que satisfacerlo.

—¿Y dónde?

—¿Dónde? Aquí mismo en las casas de la ciudad, donde moraréis y donde tenéis habitaciones y servidumbre dispuesta. Venid, venid conmigo y veréis que el rey no se ha olvidado de nada de cuanto habréis menester.

Y precediendo a Gilote, salió con él de la sala del cabildo, atravesaron algunas habitaciones, y le introdujo al fin en el departamento que el rey le había destinado y que se cerró tras ellos.

### CAPITULO XXIII

Entre tanto pasaban estas cosas, los dos buenos y leales ballesteros se encaminaban, seguidos de su acompañamiento, a la calle de Vargas Machuca, y después de haber rodeado el cuartel en que estaba la casa de vecindad, Juan Diente se entró

en la taberna a la disimulada, mientras Rodrigo Pérez se metía en la tienda del odrero.

La taberna del Gato blanco era un lugar muy concurrido por cierta clase de gentes de no muy buen vivir. Juan Diente, mozo de vida alegre, cuando estaba libre de las faenas de su oficio, frecuentaba mucho la taberna, y según decían malas lenguas, no frecuentaba menos el trato particular de la tabernera, hermosa garzona de veintidós años, corpulenta, ancha de hombros, alta de pecho, encajada de talle, con unos ojos negros que hablaban en pícaro, y una sonrosada boca que siempre tenía una sonrisa alegre; esta moza era morisca por su padre, judía por su madre y cristiana por el bautismo; lo que no impedía el que todos los mozos del barrio y aun algunos hidalgos de la ciudad anduviesen tras ella, excitados por las bellezas enérgicas de la Paloma, que así se llamaba esta perla de las tabernas de extramuros.

Sólo Juan Diente había logrado ciertos favores de la desdñosa tabernera, tales como hablar horas tiradas con ella, apoyado en la mesa del despacho, y como pelar la pava desde después de la queda, en que se cerraba la taberna, hasta las once de la noche, en que se cerraba el postigo de la puerta de Adohar (1).

Algunas noches en que nuestro ballestero estaba libre de servicio, solía pasar la noche entera enamorando a Paloma pero no ya fuera y por la reja, sino dentro de la casa; nadie sabía si había algo de reprehensible en estas entrevistas interiores, pero lo cierto del caso es que Juan Diente era tratado por Paloma con mucha lisura, que nunca pagaba el vino aunque era del mejor el que bebía, y más de una vez algún ojo perspicaz había visto que Paloma daba, aunque recatadamente, al ballestero, algo que sonaba como plata de buena ley.

Esto había producido muchas envidias y asechanzas a Juan Diente; pero el formidable ballestero hidalgo del rey, había salido de estos pequeños tropiezos a cintarazos, a costa de las costillas y de las cabezas de los envidiosos.

Así es que Juan Diente era una potencia en la taberna del Gato Blanco.

Cuando entró en ella, estaba por acaso solitaria, y Paloma comía con muy buen apetito, ayudándose con repetidos tragos de un jarro, sendas magras de jamón.

—Bien huele—dijo, adelantando, Juan Diente.

---

(1) Hoy de la Carne.

—Mejor sabe—contestó Paloma, mirando al balletero con el semblante un tanto hosco.

—¿Hay para todos?—dijo el balletero.

—Váyase a, que le sirvan y regalen donde ha estado tres días—contestó con acento breve y áspero Paloma—. Aquí ya han ocupado su puesto.

—¿Pero no ves, pecador de mí, que vengo armado hasta los dientes y con la maza al hombro, Paloma? ¿No sabes que la que tiene amante soldado no le tiene sino cuando el rey se lo deja?

—¡Ah! ¿Te ha tenido desde hace tres días ocupado el rey?

—¡Y tanto como me ha tenido y aún me tiene!

—A pesar de lo cual has tenido tiempo para venir hoy.

—Es porque viniendo aquí sirvo al rey.

—¡Ah!

—Y cuento contigo para servirle más pronto.

—¿Conmigo?

—Sí por cierto; tú lo ves todo, tú sabes todo lo que pasa en la casa de vecindad.

—Como en la casa de vecindad saben todo lo que pasa en la mía.

—Pero...

—Pues deshónrese vuesa mercé por un hombre, cuando los hay así—y Paloma apilaba los dedos de su linda mano—, que suspiran por una ricos y jóvenes y nobles y poderosos señores, pues que sepa toda la vecindad que el tal entra y sale cuando quiere y en donde quiere; y que le canten a una coplas desvergonzadas, para que luego el hombre por quien se hace todo esto se esté tres días por allá; sin saber una si es muerto o vivo o si quiere a otra. Señor Juan Diente, esto no es justo, y si sigue así, me quejaré al rey; que ya sabéis que le conozco y que su señoría no me negaría nada con tal de que yo nada le negara.

—¡Paloma!

—Ya sabes que tú eres mi dueño y que nadie lo ha sido más que tú ni lo será, ni el mismo rey; porque yo aprecio más la media suela de tus zapatos que todos los reyes del mundo; pero págame, Juan, y no seas cruel conmigo.

—Vamos, dejémonos de niñerías, Paloma, y de celos necios que no vienen a qué, y contéstame: ¿No ha entrado ninguna persona nueva en la casa últimamente?

—Sí—dijo Paloma—; esa bruja vieja doña Berenguela trajo

ayer por la mañana en una litera a una dama muy hermosa.

—¿Como de dieciocho años?

—Sí; pero ¿de qué conoces tú a esa dama?—dijo con acento celoso Paloma.

—Esa dama es una querida del rey, que se le ha escapado.

—¡Oh! ¿Conque también se le escapan al rey las queridas?

—Sí; pero no quieras tú estar en su pellejo. Buscándola ando de parte del rey.

—Pues has llegado tarde, Juan.

—¿Que he llegado tarde?

—Sí por cierto; porque esa dama está ya acomodada con otro.

—¡Con otro!

—Sí por cierto; con un hermoso caballero que gasta una vesta de ante, bordado de seda negra. Ayer vino y esta mañana salió con ella.

—¿Que salió con ella?

—Sí por cierto; ella era, aunque iba disfrazada de hombre.

—¿Y doña Berenguela?

—Doña Berenguela tiene un aposento en los corredores altos que casi siempre está solo, menos cuando ella viene a ocuparlo; nadie sabe lo que pasa en ese aposento; lo cierto es que doña Berenguela ha salido también.

—¿Conque será inútil registrar la casa?

—Inútil de todo punto, y además imprudente, si interesa el encontrar a esa dama.

—¡Imprudente! ¿Y por qué?

—Porque creo que aquí tiene el nido; y si sabe que el rey anda sobre su pista, volará tal vez sin que sepamos adónde.

—Se me ocurre un medio.

—¿Cuál?

—Quedarme esta noche en tu casa.

—¡Ah, desharrapado!—exclamó sonriendo Paloma—; he aquí un medio cómodo de servir al rey.

—¿Quedamos convenidos?

—¡Pues no! ¿Cuándo ha sido más que lo que tú has querido que sea?

—En ese caso voy a llamar a Rodrigo Pérez, que está en la tienda del odrero.

—Y yo a acabar de aviar cierta comida, que me tiene perdida un hidalgo para las doce.

—¡ah!—dijo el balletero—. ¡Es verdad! Con estas cosas me

había olvidado. El tal hidalgo, ¿es un mozangón zanquilargo, un tanto feo...

—No me ha parecido muy feo, Juan. Otros hay peores; y el pobre está tan triste..., debe de andar enamorado, porque de cuando en cuando soltaba unos suspiros...

—Dime: ¿ha mandado poner comida para tres personas?

—Sí por cierto. ¿Quién te lo ha dicho?

—Es que Rodrigo y yo estamos convidados por ese hombre; es menester que nada sospeche de que venimos aquí en servicio del rey; voy a llamar a Rodrigo, y en seguida a enviar los ballesteros a la torre del Oro.

Y sin decir más, Juan Diente salió.

Apenas había entrado en la casa del odrero, cuando apareció un hombre en la taberna, y Paloma levantó la vista de los guisados.

—¡Ah!, ¿sois vos?—dijo—. Pues no habéis tardado; venís de tomar el sol, ¿no es verdad? Hace un hermoso día.

—¡No sé de dónde vengo, señora!—dijo Deogracias, que él era, sentándose desalentado en un banco y extendiendo sus largas piernas.

—¿Que no sabéis de dónde venís?

—No por cierto; he andado por esos campos y por esas veredas, sin pensar más que en una cosa, ni ver más que una cosa.

—¡Vaya!, pues ya sé qué os sucede, señor—dijo Paloma—: estáis enamorado y enamorado por la primera vez.

—Pues si estáis enamorado, amigo mío dijo a la puerta una voz que hizo estremecer a Deogracias, no hay como decirlo a quien tenga la culpa.

Aquella voz era la voz de Juan Diente, al que acompañaba Rodrigo Pérez.

—¡Ah!, sois vos; pues venís a tiempo; no sabéis cuántas cosas me han sucedido desde que nos vimos en la plaza de Armas.

—Nos las contaréis y os aconsejaremos; ya sabéis que somos buenos amigos. Traednos vino del bueno para remojar la palabra y que no se nos pegue el cielo de la boca, señora Paloma—dijo Juan Diente, que en público hablaba con cierto recato a su querida.

Puso la sevillana un enorme jarro y tres cubietés de estaño sobre la mesa, y Juan Diente, después de haber hecho la razón al vino, dijo:

—¿Y qué os ha acontecido, amigo mío?

—En primer lugar, tropecé y caí.

—¡Diablo!

—Si por cierto, tropecé en una mujer.

—¡Iráis ciego!

—Quiero decir que tropecé en su hermosura.

—¿Tan hermosa era?

—¡Era doña Elvira de Ayala!... Ya sabéis tiene fama en Sevilla.

—¡Diablo! ¡Diablo! ¡Alto rayáis, vive Dios! ¿Y ella os ha dicho de buenas a primeras su nombre?

—No por cierto; pero dejadme seguir, que ya llegaré a eso. Como os decía, después de tropezar en la hermosura de doña Elvira, tropecé en la brutalidad del alférez de la guardia del alcázar.

—Cierto que es un tanto salvaje el tal alférez—dijo Rodrigo Pérez—, y os aconsejo, amigo mío, que no os metáis con él.

—Pues metíme y nada me aconteció.

—Tenedlo a milagro.

—Es cierto que sobrevino el señor Pero Lope de Padilla, que me dió razón de lo que no había sabido dárme la el alférez, y le mandó que me dejase el paso franco. ¿Querréis creer que aquel animal no conocía al señor Pedro de Espinosa?

—Os diré: eso nada tiene de extraño, porque al paje Pedro de Espinosa le conocen pocos en el alcázar.

—Conócele, sin embargo, el señor Pero Lope de Padilla. Conocéisle vos; conócele, sin duda, el señor Rodrigo Pérez de Castro.

—¡Y tanto como le conocemos!—dijo este último.

—Y decidme, señores, ¿quién es el señor Pedro de Espinosa?

—¡Oh! El señor Pedro de Espinosa es un señor muy poderoso y muy valiente, y muy fiero y muy rico.

—¡Y ese hombre es paje!

—Paje del rey; a nadie sirve más que a él.

—Pues mirad: tengo deseos de conocer a un rey que se hace servir de tales pajes.

—Ya le conoceréis. Pero proseguid con vuestras aventuras. Después de tropezar con doña Elvira de Ayala, tropezasteis con el alférez de la guardia, del cual tropiezo salisteis afortunadamente con la mediación del señor balletero mayor. ¿Con quién tropezasteis después?

—Después no tropecé, sino que estuve puesto en un potro.

—¿Pues cómo?

—En las antecámaras de su señoría, donde estaba esperando que me dejasen entrar a ver al señor Pedro de Espinosa, estuve al lado de doña Elvira.

—¡Ah! ¡Ya comprendo! Y la hermosura de doña Elvira os atormentó.

—¡Me enloqueció, me puso fuera de mí! ¿Y cómo no? ¿La conocéis vos, señor Juan?

—¡Vaya si la conozco! ¡Como que conozco mucho a su padre Juan de Ayala el viejo! ¡Es una perla! ¡Qué ojos!

—¡Sí, qué ojos!—exclamó Deogracias, embocándose un cubilete de vino.

—¡Y qué cuello!, ¡y qué hombros!, ¡y qué todo!, y tan joven. Vamos, concéese que sois delicado de gusto, señor acólito.

—Poco a poco, sacristán de la iglesia de San Juan de la Palma; el señor Pedro de Espinosa se ha empeñado en favorecerme; cuando entré a verle, me dijo que el rey sabía mis servicios, que los apreciaba y que en premio, y habiendo muerto maese Longinos, me hacía sacristán.

—Pues estáis de enhorabuena—dijo Paloma, terciando en la conversación—. Cuando seáis cura, avisadme; tal vez os necesite para casarme.

—Pues si no habéis de casaros hasta que yo os case, doncella tenéis para tiempo.

—¡Cómo!

—Porque yo también pienso en casarme.

—¿Con doña Elvira?—dijo Juan Diente.

—O perezco, o me caso con ella.

—¡Brava determinación!—repuso el balletero—; y mirad no me parece muy difícil. ¿A qué iba doña Elvira al alcázar?

—A pedir una audiencia al rey. Se lo dije al señor Pedro de Espinosa, y...

—Pues entonces vió al rey.

—Sí que lo vió.

—¿Y sabe el señor Pedro de Espinosa que estáis enamorado de doña Elvira?

—Lo sabe y me ha dado esperanzas.

—Pues si el señor Pedro os ha dado esperanzas, contaos por casado con ella. Os lo aseguro a fe de hombre honrado. Vamos, señora Paloma: extended vuestros manteles, traed vuestros guisos; como quien dice, esta comida es una comida de esperaboda.

—Eso es señal de que la comida de bodas se hará en mi casa—dijo Paloma, extendiendo los manteles.

—¡Os lo prometo!—exclamó fuera de sí Deogracias.

—¡Pero cómo sabéis que esa dama se llama doña Elvira de

Ayala!—dijo Rodrigo Pérez—. ¿Os ha dicho ella su nombre?  
—Díjome lo, cuando después de esperarla en la plaza de Armas la acompañé a su casa, y aún pidiéndole yo que bajara a la noche a la reja, me contestó: «Bajaré, si no tengo sueño, después del toque de queda.»

—¿No os lo decía yo?—exclamó Juan Diente—. Contaos por marido de doña Elvira de Ayala.

En aquel momento se oyó una ruidosa trompetería.

—¿Qué diablos es eso?—dijo Juan Diente, asomándose a la puerta con sus dos comensales.

—Que nos van a echar el pregón delante de nuestra casa—dijo alegremente Paloma, saliendo con los otros a la puerta.

—Oíd, oíd—dijeron algunos de los que habían formado corro alrededor de la comitiva del pregón.

Entonces el pregonero, con el acento peculiar a todos los pregoneros, lanzó palabra por palabra el pregón que había dictado Gil Pando en las casas de la ciudad. después de lo cual pasó la comitiva.

—¿Habéis oído?—dijo Juan Diente a Deogracias, que se había quedado extático al oír el pregón—. Ya no podéis pelar esta noche la pava con doña Elvira, sino exponiéndos a pagar diez escudos de multa y a estar en la cárcel tres días. Pero a la mesa, señores, que el conejo se enfría.

Entráronse y se sentaron alrededor de la mesa, pero estaba escrito que Deogracias no tuviese un punto de tranquilidad. Cuando iba a engullir el primer bocado, Paloma vino de la puerta, a donde estaba asomada, y le dijo:

—Señor sacristán, una dueña pregunta por vos.

—¡Una dueña!—exclamó todo azorado Deogracias, saliendo.

En efecto, una vieja encubierta se acercó a él y le dijo algunas palabras al oído. Después de las cuales, entró azorado, pagó la cuenta del gasto y sin recibir la vuelta y despidiéndose y disculpándose con medias palabras, escapó.

## CAPITULO XXIV

Apenas sonó el toque de queda, y pese al pregón del corregidor, que prohibía severamente a los enamorados de Sevilla *pelar la pava*, cuando apareció Deogracias estirando sus largas zancas por uno de los extremos de la calle en que estaba situada la casa de Juan de Ayala el viejo.

Adelantándose hasta ponerse bajo los miradores de doña Elvira, permaneció por un momento irresoluto y como dominado por la emoción; luego, dió tres palmadas tímidas y esperó.

Al instante se abrió recatadamente una celosía del mirador, y una voz dulce y juvenil dijo desde ella:

—¿Sois vos, caballero?

Ardió en las venas de Deogracias el sonido de aquella voz y contestó todo trémulo:

—Soy yo, mi señora.

—Esperad—dijo doña Elvira, pues ella era, retirándose del mirador.

Deogracias quedó esperando impaciente; pasáronse algunos minutos, y al fin se oyó rechinar una puerta en una reja.

Deogracias se acercó y pronunció un tímido Dios os guarde, al que contestó la voz de doña Elvira con un acento hechicero.

—Está visto—dijo para sí el ex monago—que Dios me lo da todo en un día. Para que yo hiciera caso del pregón de ese patán corregidor.

—¿Qué queréis de mí, caballero?—dijo doña Elvira, viendo que Deogracias guardaba silencio.

—Quería hablaros, hermosa señora—contestó Deogracias.

—Ya me habéis hablado harto esta mañana en el alcázar y desde el alcázar a mi casa.

—Sin embargo, señora... Aún no os he dicho todo lo que tenía que deciros.

—Pues me lo habéis dicho todo.

—¡Todo!

—Sí por cierto; me habéis dicho que me amáis.

—¡Ah, señora! Creo que no me he atrevido a tanto.

—¡Que no os habéis atrevido! ¿Tan terrible es eso?

—¡Ah, señora! Vos sois hermosa..., muy hermosa; hombres que sin duda valen más que yo...

—¿Y quién os ha dicho eso?

—¡Cómo! ¿Para vos valgo lo que cualquiera otro?

—Valéis más, mucho más, caballero; me habéis obligado a que os esté agradecida.

—¡Agradecida! ¿Y de qué?

—Vos me procurasteis esta mañana ver al rey... y si supierais cuanto bien me habéis hecho con que vea al rey...

—¿El rey os ha oído?

—¡Oh, sí! Y me ha hecho feliz.

—¡Feliz!

—Sí por cierto; yo ignoraba lo que había sido de mi padre,

y el rey me ha vuelto mi alegría y mi esperanza..., todo eso os lo debo. ¿Cómo queréis que no os lo agradezca?

—Pues mirad, no creía haber hecho tanto por vos.

—¿Creéis que a no ser así, hubiera yo consentido en hablar con vos por la reja?

—¿Es decir, que consentís sólo por agradecida?

—¿Y qué más queréis?

—Yo quisiera, y esto es lo que no me atrevía a deciros, porque conozco mis pocos merecimientos, yo quisiera que vos me amaseis como yo os amo.

—¿Como vos me amáis, y hoy me habéis visto por primera vez?

—¡Sí!—exclamó Deogracias, lanzando un vigoroso y profundísimo suspiro—. Si es amor no pensar en otra cosa que en vos, no esperar felicidad que no venga de vos...; en fin, señora, yo no sé lo que me sucede; yo nunca, nunca...

Deogracias se detuvo; doña Elvira soltó una de esas hechiceras carcajadas, que en vez de ofender alientan a un enamorado tímido.

—¡Sí, sí!—dijo Deogracias—; reños cuanto queráis, pero no por eso será menos cierto que por vos soy capaz de todo..., de todo... y, en fin, señora—y Deogracias hizo un esfuerzo—, si pierdo la esperanza de que seáis mía...

—¿Qué haríais?

—No tendría que hacer nada, porque el dolor me mataría.

—Pues esperad.

—¡Que espere!... ¿Y qué puedo esperar de vos?—exclamó con ansia el ex monago.

—Esperadlo todo.

—¡Ah, señora!

—¡Pero si tanto valgo para vos, será preciso que me merezcáis!

—¡Que os merzca! ¿Y cómo?

—Ya sabéis que ha ido el rey en busca de mi padre. Por las palabras que he oído al rey, sospecho que está preso.

—¿Y qué queréis que yo haga?

—Es necesario que averigüéis dónde está encerrado.

Acordóse Deogracias del señor Pedro de Espinosa y de Juan Diente, y contando con que por uno u otro conducto averiguaría lo que hubiese de cierto en cuanto al padre de doña Elvira, contestó:

—Muy pronto os diré, señora, lo que es de vuestro padre.

—En ese caso, os repito que lo esperéis todo; pero entre tanto...

—¿Tan pronto os vais?

—¿Creéis que sea bien visto que una doncella permanezca hablando mucho tiempo a solas con un hombre a quien no conoce bien? Además, que he oído que el corregidor ha mandado hacer un pregón (y lo han hecho) en que se prohíbe que nadie hable con mujeres después de la queda.

—Aunque lo mandasen seis corregidores, os juro que no me movería de aquí en toda la noche, a no ser porque vos me obligaseis a ello; y aun así permanecería en la calle guardándoos el sueño.

—La casa sería—contestó doña Elvira.

—Pero como vos estáis dentro de la casa...

—No me parece prudente. Creedme, retiraos y volved mañana; yo he burlado a la dueña, pero la burla no puede durar mucho tiempo; y el corregidor, por vuestra parte..., me han dicho que es un hombre terrible; que ha preso al corregidor pasado y a algunos regidores.

—Pues a mí no me prendería...

—¿Y por qué no había de prenderos?

—Tengo buenos arrimos en la corte.

—Dios os libre de un corregidor nuevo.

—Pues mirad: creo que vais a tener pronto una prueba.

—¡Cómo!

—Por lo profundo de la calle asoman linternas.

—¿Y os esperáis?

—¡Tanto como espero!

—¿Y si es el corregidor?

—¡Que sea en buena hora!

—Pero ¿vais a comprometerme? Ninguna doncella noble y honrada habla por las rejas; eso se queda para las villanas.

—Entonces, señora, y sólo por vos, me retiro.

—Adiós—dijo doña Elvira—, hasta mañana; pero venid de día.

—Adiós, doña Elvira..., adiós...

Pero doña Elvira ya no le escuchaba, había cerrado las maderas de la reja.

Para desdicha de Deogracias, se le echó encima la ronda, que ronda era la que venía, y con el corregidor Gil Pando a la cabeza, que le cogió como quien dice *in fraganti*.

—¡Hola! ¡Eh!—dijo, echándole mano—. ¿Conque así se obedecen las órdenes de la justicia? Amarrad a este hombre.

—¡Mirad lo que hacéis!—exclamó con energía Deogracias, que en aquel punto, al lado de la reja de doña Elvira se sentía valiente como un león y capaz de acometer a todos los corregidores y rondas del mundo—. Mirad lo que hacéis con prenderme, que os pudiera pesar.

—¿A la justicia amenazáis?—dijo Gilote, escandalizado—. He aquí a lo que ha conducido la lenidad en la justicia. Todos se atreven a ella. Pues no, no lo hemos de sufrir; es necesario que se sepa que han pasado aquellos tiempos. ¡Hola! A ver, ¡amarradme a ese hombre y pronto, y con él a la cárcel!

Se puede tener mucho corazón, mucha rabia, mucho valor y no tener al mismo tiempo fuerza. Esto fué lo que aconteció a Deogracias: por más que procuró evitarlo, vióse cercado, sujeto y amarrado en menos tiempo que hemos tardado en escribirlo.

Esto era verdaderamente una desgracia, que no pudo resistir pacientemente nuestro ex monago, y como lo único que le habían dejado suelto era la lengua, la desató en denuestos y amenazas, jurando y perjurando que, a no ser tantos los prendedores, no le hubieran puesto tan *ahina* en aquel estado.

Pero este exceso de valor empeoró la situación de Deogracias: el corregidor mandó ponerle una mordaza, que en el momento le fué puesta, en cuya última operación quedó nuestro hombre sujeto y mudo y sin otros órganos libres que la vista y los oídos.

Y afortunado hubiese sido Deogracias en que le hubiesen imposibilitado de ver y oír, porque lo que vió y oyó poco después fueron cosas más para no sabidas que para sufridas con paciencia, como verán nuestros lectores.

En vez de seguir el corregidor adelante, hizo llamar a la puerta de la casa de Elvira, porque, según él decía con su inflexible lógica *parda*, en aquel pelamento de pava ejecutado contra los pregones y en desprecio de su autoridad había dos culpados: primero, él, que había ido; segundo, ella, que había bajado. La responsabilidad de ella no la hacía recaer Gilote en ella, sino en el padre, madre, tutor o hermano, porque era cosa clara y demostrada que cuando los jefes de la familia son rígidos y duros, los dependientes de ellos son obedientes y sumisos.

Bien hubiera querido Deogracias oponerse a aquella que él creía una enormidad del corregidor, pero estaba amarrado y amordazado, y al verse impotente, lanzó un rugido inarticula-

do, que le valió un golpe de partesana de uno de los hombres de la ronda.

Entre tanto, los golpes se repetían, uno tras otro, a la puerta de la casa de doña Elvira, sin que por esto nadie contestase. Entonces Gil Pando, perdida la paciencia, adelantó hacia la puerta, dió en ella un terrible golpe con su vara y gritó:

—Abrid a la justicia del rey, o echo la puerta abajo.

—A aquella voz se abrió una ventana junto al tejado, y una vieja dijo desde ella:

—¿Quién llama de una manera tan brutal?

—Abra a la justicia—dijo con energía Gilote.

—Perdone la justicia, pero mi señor no está en casa y no abriré.

—¡Cómo que no abriréis!

—Estamos solas mi señora y yo.

—Eso es menester verlo.

—Pues no lo veréis.

—¿Cómo que no lo veré?—exclamó enteramente fuera de sí Gil Pando—. ¡Hola, ministros! ¡Echad la puerta abajo!

Los ministros se acercaron a la puerta y empezaron a descargar en ella furiosos golpes.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció un hombre en ella, con una lámpara en la mano, sereno, altivo, frío y amenazador.

Aquel hombre era el rey, pero debemos recordar a nuestros lectores que ni Gil Pando ni Deogracias le conocían más que como un paje del rey.

—¿Os ha dado el rey esa vara—dijo severamente don Pedro—para que turbéis la paz de una casa honrada?

Gilote miró de alto abajo al rey y contestó sin turbarse:

—No sois vos persona a quien yo diga para lo que el rey me ha dado esta vara, ni vos os podréis alabar de haberos atrevido de tal modo a la justicia.

—¿Sabéis quién os ha hecho corregidor?

—El rey.

—Pero el rey no se hubiera acordado de vos si yo no le hubiera hablado en vuestro favor.

—¿Y qué queréis decir con eso?

—Que de la misma manera que os he hecho corregidor, puedo enviaros a galeras.

Púsose un tanto pálido Gilote, pero con una palidez colérica, y dijo al rey:

—¿Os acordáis de lo que me hicisteis jurar esta mañana sobre los santos Evangelios?

—Concluyamos; idos y no volváis a aparecer por estos sitios.

—Sí que me iré, pero será para llevaros a la cárcel, cumpliendo con el juramento que hice de no torcer la vara de la justicia por interés, temor, ni odio. ¿Podéis quitarme de corregidor? ¡Quitadme! Pero yo puedo decir: faltó al respeto que se debe a la justicia, y prendiéndole cumplí con mi obligación.

—¿Es decir, que os habéis empeñado absolutamente en llevarme a la cárcel?

—Es mi obligación. Entregadme vuestra espada.

—Eso no haré, ¡vive Dios!—exclamó el rey.

—¡Cómo! ¿Que no entregaréis vuestra espada a la justicia?

El rey se iba ya cansando; comprendió que si no resistía, Gil Pando era muy hombre de llevarle a la cárcel, y en aquel momento arrojó la lámpara que tenía en la mano, y desnudando la espada, cerró a cintarazos con el corregidor y su ronda.

—¡Favor a la justicia del rey!—exclamó Gilote con voz dolorida, en razón a haber recibido un furioso planazo del rey en la cabeza, planazo que le hizo ver un millón de estrellas.

—¡Favor al rey contra el rey!—exclamaba a media voz y riendo don Pedro—. Pues allá veremos.

Y con su feroz valentía, arrojándose como un vendabal sobre el corregidor, y sacudiendo al uno, amagando al otro, dando a éste un cintarazo, a aquél un puntapié, se llevó al corregidor y su ronda por delante; y tanto apretó los puños y sacudió tan de prisa, que al fin se pronunció la justicia en desordenada fuga.

—¡Pues no hubiera estado del todo mal el que ese guarda cabras me hubiese llevado a la cárcel! ¡Diablo! Pero hay que confesar que el tal Gilote es hombre duro, y que a haber sido tan diestro, y tan valiente como es severo y rígido, en la cárcel me emboca o me obliga a descubrirme. No ha sido mala suerte el que no me conozca ninguno de esos alguaciles. ¡Pero calla! ¿Qué bulto es aquel que se revuelve en aquel rincón?

Y el rey se acercó y reconoció, a la escasa claridad de la noche, a Deogracias.

—¡Ah! ¿Eres tú, señor sacristán de San Juan de la Palma? Mala aventura ha estado ésta, y no has tenido mala suerte de que yo tercié en el lance. Has tenido mucho miedo, ¿eh?

Deogracias contestó con un sonido inarticulado.

—¡Diablo! ¡Diablo!—dijo el rey riendo—. Pues te han tratado como carne de perro; te han atado como a un ladrón, y te han puesto una mordaza como a un blasfemo. Vamos, ven aquí y te soltaré, pobre amigo mío.

Y el rey quitó la mordaza a Deogracias, que apenas tuvo la lengua libre, soltó un turbillón de juramentos

—¿Cómo es eso?—dijo el rey, desatándole.

—Esto es que me habéis muerto, señor Pedro de Espinosa—dijo entre llanto y cólera Deogracias—. ¿Qué hacías encerrado a estas horas en casa de doña Elvira de Ayala?

—¡Ta, ta, ta!—exclamó el rey, cuya risa crecía—. ¡Tienes celos!

—No son celos, sino evidencias. Vos habéis jugado conmigo, en lo que habéis tenido muy poca caridad, porque doña Elvira... doña Elvira es mi vida.

—Vamos—dijo el rey, poniéndose serio—; dejémonos de disparates. Yo he venido aquí porque soy amigo del padre de doña Elvira, que en estos momentos está herido fuera de su casa. He venido para llevarla con su padre.

—Doña Elvira no me ha dicho nada de eso.

—Pues no hablemos más; la misma doña Elvira te convencerá; espera aquí y cállate de una vez.

Tenía tal influencia don Pedro sobre Deogracias, que calló y esperó, no sin ver con sobresalto y celos que el rey se metía como por su casa en la de doña Elvira.

Sigamos al rey.

Subió a oscuras unas escaleras, atravesó unos corredores y entró en una cámara; a la puerta había una vieja temblando; doña Elvira oraba arrodillada delante de un reclinatorio.

—¡Qué ha sucedido, señor!—dijo la vieja.

—Nada. Buscad el manto de vuestra señora y pronto, porque importa. Preparaos vos a acompañarla.

Y adelantó hacia doña Elvira, que al sentir pasos se volvió asustada, y al reconocer al rey, se levantó y se arrojó entre sus brazos.

—¡Sálvame, Pedro, sálvame!—exclamó.

—Nada temas, vida mía—dijo don Pedro—. ¿No soy yo absoluto señor de Castilla? ¿Qué puedes temer estando a mi lado?

—Tú no puedes librarme de la deshonra, Pedro; si los vecinos han visto...

—Dentro de poco te verán casada con tu novio.

—¡Ese hombre, Dios mío..., y luego... habrá visto!...

—Le he dicho que soy amigo de tu padre, y que, estando

herido fuera de tu casa, había yo venido a conducirte al lugar donde se encuentra.

—¿Conque ese hombre no sabe que eres el rey de Castilla?

—No.

—Te llamas para él también Pedro Galán?

—No; me llamo Pedro de Espinosa, y soy paje del rey. Asimismo soy amigo de tu padre, y he venido a conducirte a donde está. Vamos.

—¿Me acompañarás tú, Pedro?

—Sí, hasta la puerta de Triana; desde allí te acompañaré Deogracias y doña Ursula, así que no tienes por qué temer nada; y vos—dijo el rey, dirigiéndose a la dueña—, seguidnos; cerrad la puerta de la casa y llevad la llave.

Bajaron los tres; durante el descenso, don Pedro dijo a doña Elvira:

—En el momento que salgamos, será necesario que te agarres del brazo de tu futuro esposo; yo debo ir delante, por lo que pueda ocurrir.

Salieron poco después, y Deogracias se acercó anhelante.

—Amigo mío—dijo el rey—, dad vuestro brazo a esta dama y seguidme, yo voy delante a descubrir terreno.

Deogracias no contestó: la emoción le había cortado la palabra; se acercó a doña Elvira y la presentó su brazo.

Emprendióse la marcha en silencio. Don Pedro, rebozado en su manto, con la espada desnuda, marchaba delante; a alguna distancia le seguían doña Elvira y Deogracias, y un tanto más atrás la dueña.

Ni una sola palabra se dijo, ni una sola persona encontraron durante el interminable tránsito, que hicieron por calles oscuras y tortuosas, hasta llegar a la puerta de Triana. Un poco antes de llegar a ella, don Pedro se detuvo, y mandó a los que le seguían que esperasen unos instantes.

Adelantóse hacia la guardia, hizo llamar al jefe de ella y habló con él algunas breves palabras. Desapareció el alférez, y poco después volvió con cuatro ballesteros. El rey habló con ellos algunas palabras, después de las cuales dijo a los que esperaban:

—Adelantad.

Doña Elvira, Deogracias y la dueña adelantaron.

—Estos cuatro valientes—dijo el rey—os conducirán a donde debáis ir. Señor alférez, mandad abrir la puerta; tú, Gaspar de Arévalo—añadió, volviéndose a uno de los ballesteros—, no olvides lo que te he encargado.

—Descuidad, señor—dijo el ballestero.

—Ahora, amigos míos, salid e id en paz—dijo el rey.  
 Los cuatro ballesteros, dos delante y dos detrás, salieron llevando en medio a doña Elvira, la dueña y Deogracias.  
 Inmediatamente se cerró la puerta.

\* \* \*

En aquel momento el corregidor Gil Pando, con la cabeza atrapada y acompañado de una numerosa ronda, hacía forzar la puerta de la casa de Juan de Ayala, después de haber llamado a ella inútilmente por largo tiempo. Una vez abierta la puerta, entró dentro, recorrió la casa, pero a nadie halló: estaba abandonada.

—Tomad inventario de cuanto aquí hay—dijo Pero Lope de Padilla, que acompañaba a Gilote, dirigiéndose a un escribano—. Después sellad la puerta y poned sobre ella un cartel que diga: «Nadie toque a esta puerta ni la abra, so pena de traición al rey.»

Tras esto, Gilote, Pero Lope y su gente salieron.

—Seguidme, seguidme, señor teniente; necesito ver al rey, pedirle justicia, en nombre de la justicia, para que me entregue la persona del señor Pedro de Espinosa—dijo Gilote.

—Dificilillo me parece eso, señor corregidor—dijo con cierto acento burlón Pero Lope.

—¡Cómo! ¡Después de haberme maltratado y no sólo a mí, sino también a los míos!

—¿Conque tal os ha puesto el señor Pedro?

—Hecho un santo Cristo..., era un demonio.

—El señor Pedro es muy valiente.

—Pero es más valiente la justicia.

—Cuando no corre.

—Traía gente floja.

—Si la hubierais tenido fuerte, hubiese sido peor.

—Os juro que he de ahorcar a ese hombre.

—No juréis.

—¿Creéis que yo no sea capaz?...

—Vos seréis capaz de mucho, pero el señor Pedro es capaz de más. El mismo rey no os lo podrá entregar.

—¡Cómo!

—Pedid a Dios que no volváis a verle.

—Pues al alcázar, señor Pero Lope, al alcázar.

—¿Y qué queréis en el alcázar?

—Ver al rey. El rey es justiciero, según dicen.

—Mucho que sí; pero yo sé que el rey no se dejará ver de vos hasta...

—¿Hasta qué?...

—Hasta que hayáis descubierto quién fué quien dió muerte al señor Alvaro Gómez de Santaella.

—Al alcázar, al alcázar, señor Pero Lope, y si no podemos ver al rey, veremos si podemos prender al señor Pedro de Espinosa.

—¿Olvidáis que el alcázar es un lugar inmune? Y que dentro del recinto no puede prenderse ningún criminal, como no le prenda el mismo rey...

—¿Y su señoría se negaría a prender al señor Pedro de Espinosa... a un criminal? Eso no sería justo.

—Pues mucho me temo que el rey cometa esa injusticia. Pero si os empeñáis vamos al alcázar, ya que vos no queréis convenceros sino por vos mismo.

En efecto, cuando llegaron al alcázar, después de haber recibido bruscamente al señor corregidor, se negaron redondamente a pasar recado al rey.

Gilote en vista de esto se retiró de la poterna murmurando:

—Yo sé lo que tengo que hacer; pero a pesar de todo, bueno sería pedir consejo al tío Marquillos; mañana iré; esta noche a rondar.

Y Gilote, rabioso con las desventuras que le habían sucedido, se echó por la ciudad a bulto, en busca de alguno en quien desfogar su cólera de corregidor aporreado.

## CAPITULO XXV

El rey estaba contento: se había divertido a su manera, como hacía mucho tiempo que no se divertía. Había encontrado a una antigua y hermosísima amiga, había asistido, divirtiéndose mucho con la conversación de Deogracias con ella por la reja, y por último había aporreado a un corregidor lego y a unos cuantos alguaciles. Estas calaveradas de don Pedro eran ciertamente muy reprehensibles; pero es necesario tener presente: primero, su juventud y después, su carácter de déspota. que le hacía cometer actos, muchos de los cuales castigaba severísimamente en sus vasallós, cuando se los permitían.

—¿Y dónde acabo yo de pasar la noche?—se dijo el rey, separándose lentamente de la puerta de Triana—. Es temprano.

Salomé, mi hermosa Salomé se me ha escapado, pero me quedan dos mujeres, hasta las cuales puedo llegar mediante las dos llaves que tengo en el bolsillo: doña María de Hinestrosa y doña Constanza de Arias. ¿Pero adónde iré primero? Decididamente a casa de doña María; esa mujer me encanta; tiene para mí el aliciente de su carácter, de su pureza..., y cayó anoche enloquecida entre mis brazos... ¡Oh!; doña María es mi mejor joya..., siempre después de su sobrina la Padilla; aquel amor tan impetuoso apenas nacido, aquel rubor tan intenso por una debilidad de que no ha podido librarse..., aquella pureza..., y, sobre todo, chasquear al buen Juan Fernández de Hinestrosa, mi sagaz favorito... Vamos, vamos a casa de doña María.

Y sin dudar más don Pedro se encaminó a la calle de las Culebras.

Antes de dirigirse al postigo, don Pedro observó la casa: estaba silenciosa y oscura, sólo se veía luz por las rendijas de las maderas de los miradores de doña María.

Don Pedro miró si alguien podía observarle, y viendo que la calle estaba desierta, buscó la llave del postigo, se acercó a él, abrió, entró y cerró de nuevo.

Don Pedro subió a tientas, y encontró abiertas todas las puertas hasta la cámara de doña María.

Al abrir la puerta doña María salió al encuentro del rey, ruborosa, confusa, pero dejando ver una alegría infinita tras su confusión y su rubor.

—¡Ah señora!—la dijo el rey, estrechándola entre sus brazos.

Doña María se retiró.

—Apartad, caballero, apartad—dijo con una dignidad que empuñó más a don Pedro, porque no esperaba dificultades.

—¡Ah señora!—dijo con acento apasionado—, ¿así me rechazáis?

—No; no os rechazo, os amo, os amo con toda mi alma...; pero lo que ha acontecido entre nosotros..., cuando recuerdo... ¡ah caballero! ¡Anoche me volvisteis loca!, no me conozco, me parece un sueño...

—Pero un sueño de gloria, un sueño de felicidad, luz de mis ojos, adorada mía, ¿no es verdad que ese que os parece un sueño debe convertirse en una realidad continua, interminable?

—¡Ah!, sí. Ved a mi hermano, vedle; ya que sois noble, rico, poderoso, protegido por el rey, decidle: yo amo a vuestra hermana doña María...; y ella, ella que nunca ha amado, que nunca creía amar, me ama también, me ama con toda su alma. Decídselo así, yo os autorizo a ello. Decidle también, si se nie-

ga: vuestra hermana está resuelta a ser mi esposa, y si os pide licencia es solamente porque sois su hermano mayor; pero si se la negáis, se casará conmigo. Si mi hermano consiente, seremos esposos antes de una semana; si no consiente, lo seremos mañana mismo. Os he dejado la llave de ese postigo podéis entrar por él con un sacerdote y con dos testigos amigos vuestros, y en mi oratorio...

—Sí, sí es verdad, pero rechazarme hasta tanto que... ¡y decís que me amáis!

—Si no os amara, ¿me encontraría en la vergonzosa posición en que me encuentro?

—¡Cómo! ¿Tenéis vergüenza de ser mi amante?

Coloróse de una manera intensa el semblante de doña María.

—¡Vuestra amante! ¡Decís vuestra amante! ¡No, no, os engañáis! ¡Yo no soy vuestra amante, ni lo he sido, ni he podido serlo! ¡He sido vuestra!... ¡No sé por qué! ¡Me fascinasteis me enloquecisteis!...

—Escuchadme, doña María, escuchadme.

—¡Yo vuestra amante!... ¡Yo!... ¡Entre un vergonzoso misterio!... ¿Y habéis podido creer...? ¿Tan pervertido estáis que no habéis comprendido que una mujer honrada, cuando es libre, puede..., no sé por qué..., pero puede deshonorarse como yo me he deshonrado?... ¿Habéis creído que yo olvidaría mi linaje, mi honor?... Idos..., obrad como mejor queráis..., ya estoy deshonrada a mis ojos...; quiera Dios que mi desgracia no haga que los resultados de mi locura me deshonren ante el mundo...; pero de cualquier manera que sea, si no me volvéis la honra que me habéis arrebatado..., temedlo todo..., todo...; sería capaz de asesinaros yo misma, si el rey se negase a hacerme justicia.

—Escuchadme por piedad...

—Nada tengo que oíros más que un sí ante el altar.

—Y cuando llegue a ese caso, ¿no me perdonaréis?...

—Yo no puedo perdonaros jamás el que me hayáis confundido por un solo instante con esas mujeres que se deshonran sin pudor.

—¡Pero esto es horrible!...

—¡Sí, horrible y desesperado y cruel para mí!... Pero no importa; tendré valor para sufrir mi suerte. Ahora salid y no volvéis sino con mi hermano y un sacerdote.

—Os juro, señora—dijo el rey, apelando a un recurso muy usado por los amantes infelices—, que no me volveréis a ver más.

—¡Yo no puedo amaros!—exclamó tenazmente doña María.

—Y yo—contestó el rey—no puedo vivir sin vuestro amor.

Doña María calló; don Pedro cobró alientos con aquella muestra de debilidad, y forzó su papel.

—Os pagaré vuestra honra, señora; seré vuestro esposo... pero después... os dejaré libre. Seréis viuda...

—¡Viuda!

—¡Ah!—exclamó el rey—, ¡tanta desgracia por una palabra impremeditada!... perder la felicidad... el cielo en la tierra!... ¡amar con todo el corazón, con toda el alma, y tener el corazón desgarrado, y el alma desesperada! ¡Ah, Dios mío!

Y don Pedro tuvo la suerte de conseguir ponerse en la situación que fingía; las lágrimas se agolparon a sus ojos, y rompió a llorar, pero un llanto en el cual parecía salir envuelta su alma.

Doña María lo olvidó todo; el rey la había causado una impresión demasiado profunda; estaba enamorada de él, le amaba, y al verle llorar, lloró también, se arrojó a sus brazos, le colmó de caricias y murmuró en sus labios con voz trémula y opaca:

—Sí, sí, yo te amo, te amo con toda mi alma, tú eres mi felicidad... mi ambición; yo soy tuya, tuya para siempre.

Don Pedro había vencido, pero con unas armas que no había usado hasta entonces.

Convirtióse doña María en una amante dócil, enamorada, enloquecida, y el rey sonreía para sus adentros, y daba las gracias al diablo, que le había concedido tan a tiempo aquellas salvadoras lágrimas, a él, que no había llorado nunca.

Pasaban las horas para los dos enamorados como instantes; pero cuando más abstraídos estaban del mundo y de lo que no era ellos mismos, resonaron grandes golpes en el postigo.

Don Pedro se levantó sobresaltado, y doña María corrió trémula a los miradores.

—¡Mi hermano! ¡Es la voz de mi hermano, que llama!—exclamó trémula doña María.

—¡De tu hermano!

—¡Oh! ¡Dios mío!... ¡Y van a abrirle! Será necesario que os escondáis; sí, por mi honor; ya han abierto.

Doña María empujó a don Pedro hacia los tapices de su alcoba y se quedó pálida y muda en medio de la estancia.

Poco después sonaron violentos pasos en el corredor, que correspondía a la salida del postigo; se abrió de golpe la puerta, y apareció un hombre con la espada desnuda y ensangren-

tada; aquel hombre era alto, robusto, de fisonomía severa, pálido y grave, y en aquel momento sus ojos arrojaban relámpagos de ira; era Juan Fernández de Hinestrosa, hermano mayor de doña María.

Al verle, ésta lanzó un agudo grito y se retiró dos pasos.

—¿Por qué gritáis? ¿Por qué os estremecéis, hermana mía?—dijo Juan Fernández.

—¡Qué sangre es esa que tiene vuestra espada, hermano!—exclamó ella.

—¡La sangre vil de un encubridor de mi deshonra!—gritó furioso Hinestrosa.

—¡Estáis loco, hermano!—dijo, sobreponiéndose a su terror doña María—. ¿De qué deshonra habláis? ¿Quién es ese que la ha encubierto?

—¡Vuestro infame escudero García de Coca!

—¡Le habéis muerto!

—¡Sin darle lugar a hablar, como debía haberos muerto a vos!

Y Juan Fernández de Hinestrosa se puso la espada debajo del brazo, sacó una carta de su escarcela y la entregó a su hermana.

Esta la leyó, y Juan Fernández notó que su hermana palidecía y temblaba.

La carta estaba concebida en estos términos:

*Señor Juan Fernández de Hinestrosa: No parece sino que vuestra familia está sentenciada a la deshonra; vuestra hermosa sobrina es amante del rey, y, como si esto no bastase, vuestra santa, vuestra virtuosa hermana, ha olvidado en un momento lo que debe a sí misma y a su nombre. Si queréis comprender mejor lo que os digo, id esta misma noche, a las doce, a casa de vuestra hermosísima hermana. Allí veréis que si vuestra sobrina goza los amores del rey, no los goza menos vuestra hermana. Esto, bien mirado, no importa; un rey que además que con doña Blanca de Borbón, se ha casado con doña Juana de Castro, siendo ambas vivas, bien puede casarse con doña María de Padilla y con doña María de Hinestrosa; de este modo seréis a un tiempo tío y cuñado del señor rey don Pedro.—Una mujer que se vengá.»*

—¿Qué os parece de esa carta, hermana?—dijo Hinestrosa, mirando profundamente a doña María.

—Digo que, dándole crédito, me habéis gravemente insultado.

—¡Pareceme que después de haber leído esa carta no es vuestra voz tan segura, señora! ¡Estáis pálida, tembláis!

—¡De indignación!

—¡Ah! y decidme, ¿qué hacéis levantada a estas horas?

—¿Aún dudáis de mí?

—¡Decidme!—repitió Hínestrosa con voz de trueno, asiéndola con fuerza de un brazo: ¿Qué hacéis tan tarde fuera de vuestro lecho!

—¡Ved, hermano, que me lastimáis, que me atropelláis!—exclamó con altivez doña María.

—¡Y si no me contestáis decididamente, si no me probáis que este escrito es una calumnia, os mato, como acabo de matar a vuestro escudero!

—Tú no harás eso; Juan, mi buen amigo—dijo una voz fría e incisiva, entre los tapices de la alcoba.

Juan Fernández de Hínestrosa, con la espada aún en la mano, se volvió hacia donde había sonado la voz, y vió delante de sí al rey don Pedro, que le miraba severamente.

—Tienes en la mano una espada desnuda y ensangrentada—dijo el rey.

Juan Fernández de Hínestrosa permaneció pálido, mudo por la sorpresa, inmóvil como una estatua; domiñado por cien encontradas pasiones; al mismo tiempo, doña María, más pálida que su hermano, más trémula que él, fijaba en don Pedro una mirada indefinible.

—¡Conque era verdad!—exclamó Hínestrosa con voz cobarde.

—Sí, sí, es verdad, Juan Fernández; sí, es verdad doña María; el rey es quien os ama.

La situación era altamente difícil para los dos hermanos; Juan Fernández, aterrado, apenas alcanzaba a pronunciar algunas palabras ininteligibles; doña María, sobrepuesta a la situación, miraba al rey frente a frente y con confianza, casi con amor. Aquella era una transformación incomprensible: Hínestrosa pasaba alternativamente su mirada de doña María al rey y del rey a doña María.

—Lo hecho hecho está, y no me pesa de ello, Juan Fernández—dijo el rey—; si tú hubieras presentado a tu hermana francamente en la corte, yo la hubiera mirado de seguro con indiferencia, a pesar de su hermosura; pero me la has recatado, me la has escondido; como que me la has disputado. Ya sabes que las provocaciones me irritan; el primer paso fué un empeño; la vi, y puedo asegurártelo, Juan: en este momento amo más, mucho más, a tu hermana que a tu sobrina. Concluyamos, pues, amigablemente, ya que tú, con tus misterios acerca de tu hermana, has sido la causa de todo. Envaina tu es-

pada, abraza a tu hermana, que es inocente, puesto que ha sido engañada, y no hablemos más del negocio, porque te advierto que si la molestas con una sola palabra, si te permites el más leve escándalo, te destierro, doy de lado a tu sobrina, me caso con tu hermana, a pesar de todas mis esposas, y la pongo sobre el trono de Castilla.

—Señor, vuestras palabras...

—Son las palabras de un tirano... concedido; pero te advierto, Juan, y no necesito advertírtelo porque lo sabes, que mi voluntad es antes que todo, y que mi justicia...

—Cuando se trata de vos, don Pedro, vuestra justicia es larga, ancha, profunda; cabe en ella todo.

—Culpa a tu hermana, cúpate a ti mismo; te lo confieso, Juan: al verla tan hermosa, tan noble, tan pura, no pude contenerme y... la he engañado; tu hermana, no lo dudes, está enamorada de mí, ha cedido a mi amor, a mis promesas mi amor es cierto; mis promesas se cumplirán.

—Vuestras promesas no pueden cumplirse porque estáis casado con doña María de Padilla, mi sobrina; porque tenéis en ella sucesión.

—¿Y quién te asegura de que no la tenga yo de tu hermana?

—¡Señor, señor!

—Basta; tu venganza es imposible; para vengarte sería necesario hacerme traición; te aconsejo que no me la hagas; para herir al hombre era necesario que hirieras al rey. No te atrevas a ello. Tenías gran deseo de los molinos del Guadalupe, que son de mi corona; yo los doy en dote a tu hermana, y la fundo con ellos mayorazgos; yo la daré noble marido...

—Mi hermana, señor...

—Sí; vuestra hermana no acepta las mercedes del señor rey, pero acepta su amor; vuestra hermana no quiere recibir nada del rey.

—Pero el rey es mío—dijo doña María, asiendo una mano de don Pedro y estrechándola contra su hermoso seno

Y la voz de doña María era entonces una voz dulce, enamorada, en la que rebosaba felicidad.

Sin embargo, Juan Fernández de Hínestrosa se estremeció al sonido de aquella voz; profundo conocedor del carácter de su hermana, encontró en ella algo de lúgubre y amenazador; por el contrario, el rey, extraviado por su amor propio, dijo para sí:

—¡Oh! No hay virtud posible cuando se sujeta a ciertas pruebas; para hacerme amar, aunque yo no fuese el rey don Pedro, me bastaría con ser rey.

—Ya, señor, que lo he hecho no tiene remedio—dijo Hinestroza—; ya que mi hermana, escudada por vos, se obstina en vuestros amores, nada tengo yo que hacer aquí; os suplico únicamente, señor, por los servicios que os he hecho, por mi lealtad, que pasa por cima de la deshonra; por mi sobrina, por mi hermana, por vuestros hijos, que vuestros amores con esta desdichada sean un misterio. Os juro que aunque me habéis herido gravemente en lo más sensible de mi alma, en la honra de mi hermana, que es lo que más amo en el mundo, no faltaré a la lealtad que os he jurado; pero os afirmo también que jamás, jamás olvidaré que habéis seducido y hecho desgraciada a mi pobre hermana.

Y dejando caer su espada el buen caballero, se arrojó a los brazos de doña María, que mientras su hermano lloraba en silencio sobre su seno, murmuró con voz dulce y conmovida:

—No llores, hermano; soy muy feliz; le amo con toda mi alma, y él me ama también.

Y doña María lloraba.

—¿En qué parará esto?—murmuró el rey.

Esta pregunta, que se hacía a sí mismo y en aquella situación don Pedro, revelaba lo duro de su alma.

—Adiós, hermana—dijo Juan Fernández, separándose de los brazos de doña María, y recogiendo su espada, que envainó después de haber limpiado friamente con su tabardo la sangre que la manchaba—. Adiós, señor.

—Espera—dijo el rey—: ¿no has dicho que has muerto al pobre García de Coca?

—Sí—contestó lúgubrementemente Juan Fernández.

—Es necesario sacar el cuerpo a la calle, para evitar escándalos; yo te ayudaré; vamos.

Juan Fernández y don Pedro salieron del dormitorio de doña María; el primero llevaba una lámpara; atravesaron un corredor, bajaron una escalera, y al pie de ella encontraron al desventurado García de Coca, muerto, herido en el corazón de una estocada.

—Apaga la luz y abre el postigo—dijo el rey.

Juan Fernández obedeció.

—Ahora carguemos con el muerto.

Cargaron a tientas con él, le sacaron a la calle, doblaron dos esquinas y le dejaron en un callejón sin salida.

Después se volvieron hacia el postigo.

—Con la muerte de García de Coca—dijo el rey—nadie sabe que soy amante de tu hermana; evitemos, pues, que nadie lo

sepa; para eso es necesario que no viva tan retraída; es necesario, además, que se case, y que se case bien; preséntala en la corte, que viva en el alcázar con tu sobrina... ¿Lo entiendes?

—Será lo que vos queráis—dijo sombríamente Hinestrosa.

Y deseando abreviar aquella escena, que le hería a un tiempo en su corazón y en su orgullo, se despidió del rey y se perdió en paso apresurado por las oscuras callejas.

El rey se volvió hacia el postigo, pero le llamó la atención el reflejo de una luz. Miró por la cerradura y vió a doña María llorando, inclinada sobre el charco de sangre que había dejado García de Coca sobre el pavimento, al pie de la escalera, y lavando apresuradamente la sangre con un paño que sumergía de tiempo en tiempo en una cubeta de madera.

El rey hizo ruido en la cerradura con la llave, como avisando a doña María que se retirase; pero cuando abrió vió que doña María seguía con la misma precipitación en su faena.

—¿Qué hacéis, señora?—le dijo el rey—. Dejad, dejad, vida mía; yo he causado esa sangre..., yo la lavaré... yo la borraré y procuraré haceros tan feliz como pueda serlo una mujer sobre la tierra.

Y don Pedro, que sabía ser muy galante, continuó la faena empezada por doña María.

Afortunadamente, el pavimento era de enormes losas de mármol, y la sangre no había caído más que sobre una de ellas; en un momento quedó lavada; después el rey arrojó el lienzo y el agua a una cloaca que había en un patinillo cercano; luego tomó la lámpara y subió las escaleras con doña María, llevándola rodeada con un brazo trémulo la cintura.

La situación se había aclarado para el rey, y estaba contento; doña María parecía satisfecha; su mirada devoraba la ansiosa mirada de amor del rey.

—¡Oh, qué feliz soy!—dijo ella, dejándose caer indolentemente sobre el diván.

—¿Es verdad que eres feliz, vida de mi vida?—dijo el rey.

—Sí—contestó doña María—: ¿sabes acaso cuánto te amo? Si hubieras sido un simple caballero; si mi hermano, que es valiente y feroz, te hubiera muerto... ¡oh!, ese era mi terror; tu muerte hubiera causado la mía; pero ahora tu poder protege nuestros amores; tú serás discreto y no comprometerás mi honra; viviremos el uno para el otro en medio de un delicioso misterio; ese postigo será el único confidente de nuestra felicidad.

—Mañana morarás en el alcázar, vida mía... en mi alcázar,

donde hay pasadizos secretos, puertas ocultas; antes de ocho días serás esposa de uno de esos hombres que venden su nombre para cubrir el honor de una dama...

—¡Pertener a otro hombre que no seas tú; tú, el único hombre a quien he amado, a quien amo, a quien amaré!...

—Ese hombre será para ti tan extraño como si no fuese tu esposo, pero te dará un nombre legítimo. Siempre se encuentra lo que se necesita, si se paga bien; tú serás la querida de mi alma; la corte no verá en ti más que la noble, la honrada, la pura doña María de Hinestrosa.

—¡Ah!, yo seré lo que tú quieras que sea; si no te place el misterio, si quieres que te envidien mis amadores, di a todo el mundo: doña María de Hinestrosa, la mujer sin mancha hasta que me conoció, la mujer a quien atribuían un corazón de granito, me pertenece... ¿Qué me importa si te tengo a ti, rey mío, tan hermoso, tan valiente y tan enamorado?

Y doña María rodeó con sus frescos brazos el cuello de don Pedro.

En aquel momento dos sombras entraban en el callejón sin salida donde el rey e Hinestrosa habían dejado a García de Coca.

—De aquí salieron, Adonias—dijo una voz de mujer.

—Sí, de aquí fué—contestó la voz de nuestro conocido.

Sacó entonces el hombre una linterna sorda de debajo de su manto, y un rayo de luz iluminó el callejón; vióse entonces que la mujer era Salomé.

Inclinóse la bella hebrea con ansia sobre el cadáver y le reconoció.

—No es el rey—dijo con desaliento.

—¿Tanto aborreces a don Pedro—dijo Adonias.

—Con toda mi alma—repuso Salomé.

—¡Oh!, pues alégrate de que el rey viva.

—Silencio; yo te lo explicaré después; gente viene.

En efecto; se escuchaba un tropel de gente que adelantaba por la calle a la cual daba la embocadura del callejón.

Adonias y Salomé guardaron un profundo silencio y se armaron cuanto pudieron a la pared.

Pero al llegar el tropel a la embocadura del callejón, detúvose un hombre que venía delante, y al que acompañaba otro con una linterna, y dijo:

—Detengámonos aquí.

—Este es un callejón sin salida, señor corregidor—dijo otro hombre.

—Pues cabalmente los callejones sin salida son los que mejor amparan a los peladores de pava. Necesito hacer un escarmiento, Dios vive; adelante, y tras mí la ronda.

A poco que Gil Pando adelantó en el callejón tropezó con el cadáver de García de Coca. Adonias y Salomé se habían retirado al fondo del callejón.

—¡Un muerto!—exclamó severamente y con voz sorprendida Gilote.

—Y en el fondo del callejón dos bultos—dijo uno de los alguaciles.

Apenas pronunciadas estas palabras, la ronda en masa se precipitó al fondo del callejón y se apoderaron de Salomé y Adonias.

—¡Ah, ah!—dijo Gilote—; he aquí cómo anda el reino: las mujeres, para huir con sus amantes, matan a sus parientes o tutores; tomad, tomad testimonio de ello, escribano; llevar a estos dos a la cárcel y el muerto a una iglesia.

Las órdenes del corregidor fueron cumplidas; poco después el callejón estaba abandonado.

\* \* \*

Antes del amanecer se abrió el postigo de la casa de doña María de Hinestrosa y salió don Pedro.

Doña María le vió alejarse desde sus miradores, a la dudosa luz del crepúsculo, y cuando desapareció se apartó de los miradores; la luz de la lámpara dejó ver su semblante; había en él cansancio, languidez, alegría, felicidad, dolor, desesperación; un conjunto inexplicable de encontrados afectos.

—¡Oh!—exclamó—. Estoy deshonrada, y, sin embargo, le amo; soy feliz con su amor... ¡Oh! ¡Si! ¡Ah, rey don Pedro! ¡Sé solamente mío! ¡No ames, no desees a otra mujer que a mí, y me importa poco la deshonra! Pero si los celos que me devoran continúan... ¡Oh! ¡Entonces, rey don Pedro, me vengaré de ti!

Y doña María se dirigió lentamente hacia los tapices de su alcoba. los abrió y desapareció tras ellos. Un momento después, rendida por el sueño, soñaba con don Pedro.

## CAPITULO XXVI

Volvamos a doña Elvira de Ayala, a Deogracias y a la dueña, que, acompañados de un balletero del rey, como saben nuestros lectores, se encaminaban a la ermita de Nuestra Señora del Amparo.

El balletero debía conocer el camino, puesto que antes de llegar a Santiponce, torció por una trocha y a poco rato entró en las ruinas y llamó a la puerta de la ermita. Y, siguiendo instrucciones, cuando Marquillos el pastor preguntó desde dentro qué querían, respondió:

—Decid al señor Juan de Ayala, el viejo, que aquí está su hija doña Elvira.

Retiróse Marquillos de la puerta, y poco después volvió, abriéndola de par en par.

—Entrad—dijo.

Doña Elvira, que no sabía que allí estaba su padre, al saberlo se precipitó dentro de la ermita, exclamando:

—¿Dónde está mi padre?

—Aquí, Elvira mía, hija de mis entrañas—dijo Juan de Ayala desde una habitación inmediata.

Doña Elvira se lanzó desalada dentro, y se arrojó en los brazos de su padre, que estaba en el mismo lecho de pieles que le había procurado Marquillos.

Padre e hija permanecieron durante mucho tiempo abrazados, y al fin, cuando se separaron, las preguntas se cruzaron.

—¿Conque estáis fuera de peligro, padre mío?—dijo la joven.

—Sí—contestó Juan de Ayala—; pero ¿quién te ha dicho que yo estaba aquí?

—Ese hidalgo que me acompaña; acercaos señor Deogracias; acercaos.

Y al decirle esto la joven le indicó con una expresiva mirada que debía ser prudente.

—Yo os he visto en alguna parte—dijo Juan de Ayala, mirando fijamente al ex monago.

—Bien podrá ser, caballero, dijo Deogracias; en cambio, yo no recuerdo haberos visto hasta ahora.

—¿Quién os ha dicho que yo me encontraba herido en este lugar?

—Es una historia.

—¿Una historia?

—S', por cierto; sabed que yo tengo un amigo en el alcázar. Es un paje del rey, y por cierto que priva mucho con su señoría: el señor Pedro de Espinosa.

—¡Pedro de Espinosa! No conozco a ningún paje de ese nombre.

—Es raro—dijo para sí Deogracias—que nadie conozca al señor Pedro de Espinosa más que el balletero mayor del rey. Pues vuestra hija le conoce—añadió un tanto picado Deogracias.

—¿Que le conoce mi hija?

—Sí, padre mío; sólo que nosotros le conocíamos sin duda por su segundo apellido: el señor Pedro de Espinosa es el mismo que nosotros conocíamos por Pedro Galán.

Y doña Elvira se ruborizó al pronunciar aquel nombre delante de su padre.

—¡Ah!—dijo profundamente Juan de Ayala—. ¡Conque tan privado sois del señor Pedro Galán, quiero decir del señor Pedro de Espinosa!

—Le debo lo que soy, caballero.

—¡Y qué... sois!

—Soy de la casa del señor Pedro de Espinosa—contestó Deogracias, no atreviéndose a decir delante de un caballero que era padre de su prometida, que había sido monago y que entonces era sacristán.

—Pues si sois de la casa debéis saber quiénes son los padres del señor Pedro de Espinosa.

—Os diré: le he encontrado en la corte; hace poco tiempo que le sirvo; ni me ha preguntado ni le he preguntado; bástame con saber que en el alcázar le respetan, que entra en lo más vedado, que vive por fuero propio; me ha hecho grandes beneficios; me paga y le sirvo.

Juan de Ayala no se atrevió a preguntar más, temiendo cometer una imprudencia; además llamaron en aquel momento a la puerta y sobrevino un incidente, que cortó la conversación.

El que había llamado era el balletero mayor del rey.

Apenas entró el buen Pero Lope de Padilla, que venía armado hasta los dientes, cuando pidió quedar a solas con Juan de Ayala y con doña Estrella, que estaba junto al lecho desde hacía un buen rato.

Salieron doña Elvira, Deogracias y la dueña, y quedó solo el balletero mayor con el herido y la penitente.

—Acercaos al lecho, señora—dijo Pero Lope a doña Elvira—,

puesto que necesitamos hablar tan bajo que no podamos ser escuchados.

Y diciendo esto se quitó el casco y se sentó sin ceremonia en el lecho del herido.

Doña Estrella acercó un taburete y se sentó, formando las tres personas un apretado grupo.

—Ha llegado el día de la justicia, señora—dijo Pero Lope—. Mañana el corregidor de Sevilla vendrá a preguntaros acerca de ciertos crímenes.

—¡A mí!

—Eso me ha dicho el rey.

—¡Pero yo!...

—El rey quiere que contestéis como debéis contestar a la justicia, hablando en verdad. Además, que el corregidor que vendrá a preguntaros os es muy conocido.

—¡Es mi esposo!

—No por cierto; es el pastor Gil Pando.

—¡Gilote!—exclamó con asombro doña Estrella.

—El rey, señora, obra a veces de una manera extraña, pero nunca sin razón y sin justicia. Gilote, pues, vendrá; al encontrar aquí a vuestra hija, a su dueña y al hombre que les acompaña, querrá prenderlos.

—¡Prenderlos! ¿Y por qué?

Pero Lope refirió brevemente a Juan de Ayala cómo Gilote había hecho pregonar un bando en que se prohibía a los vecinos de Sevilla *pelar la pava* en las rejas después del toque de queda; cómo había encontrado a Deogracias con notoria infracción de dicho bandó, en amante conversación por la reja con doña Elvira de Ayala, y cómo el rey, por un acaso, había logrado salvar de la severidad del flamante corregidor a Deogracias y a doña Elvira.

Por descontado, Pero Lope de Padilla se abstuvo de decir que el rey se encontraba dentro de la casa de doña Elvira, lo que hubiera sido una vergüenza para Juan de Ayala y un escándalo para doña Estrella, motivando sólo la presencia del rey en aquel lance por un encuentro casual durante una ronda nocturna.

Sin embargo, Juan de Ayala se alarmó cuando supo que su hija tenía amores, y amores de reja con un hombre que se llamaba lisa y llanamente Deogracias.

—¿Y qué hombre es ése?—dijo el hidalgo.

—Mucho debe valer—contestó el balletero mayor, puesto que el rey le distingue.

—¡Ha distinguido el rey a tantas gentecillas!—dijo profundamente Juan de Ayala.

Sin embargo, amigo mío—dijo Pero Lope—, bien sabéis que el rey no acostumbra a honrar más que a los que merecen ser honrados, sea cualquiera su condición; en fin, el intervenir en los amores de vuestra hija es asunto que os compete exclusivamente; lugar tendréis de ello; por ahora vamos a lo que importa, que me urge partir: Gilote vendrá y querrá prender a vuestra hija, a Deogracias, que, juntamente con la dueña, se le escaparon anoche; además de que esta casa, como ermita, tiene privilegio de inmunidad y asilo por las leyes, aquí tenéis un resguardo firmado por el rey, y refrendado por uno de sus secretarios.

Y uniendo la acción a la palabra, Pero Lope entregó un pergamino enrollado a Juan de Ayala, se puso de pie, se cubrió con el yelmo y dijo al noble y a doña Estrella:

—Quedad, pues, con Dios, amigos míos. Os he explicado ya cuanto sé; por lo demás estoy harto de prisa, como que antes de una hora tengo que estar en las casas de la ciudad.

—Id, pues, con Dios; pero esperamos que en otra ocasión...

—En otra ocasión, señor Juan de Ayala, podré ser más largo.

—Una palabra no más: ¿qué se han hecho los rebeldes que prendió el rey en estas ruinas?

—Lo que ha sido de esa gente sábenlo el castillo de Triana, las Atarazanas y la torre del Oro. Conque adiós, mis buenos amigos.

—Id en paz, señor Pero Lope de Padilla—dijo Juan de Ayala.

—Que el Señor os bendiga—dijo doña Estrella.

Pero Lope salió tras esto, dijo algunas palabras al paso a Deogracias y a doña Elvira, salió de la ermita y montó en un hermoso caballo, cuyas riendas sostenía un escudero.

Señor y escudero partieron un momento después al galope hacia Sevilla, y en menos de una hora llegaron a ella, y se apearon delante de la casa de la ciudad.

Notó Pero Lope que había delante de ella, y en el zaguán, y en el patio, gran número de corchetes y gente de justicia, preparados como para una expedición, puesto que entre ellos había algunas mulas. Tomó el balletero mayor las escaleras arriba, y se detuvo en la antecámara del corregidor, delante de uno de los criados que había puesto a su alrededor.

—¡Hola, Periáñez!—le dijo—; ¿sabéis a dónde va nuestro hombre?

—El diablo que lo sepa—dijo Periáñez—; lo que sí sé, por

mi parte, es que me hallo muy mal con semejante amo, y es necesario que esto concluya; no se puede resistir a ese hombre; manda de un modo insoportable, y más de una vez he estado a punto de emprender con él a golpes. Un rabadán... ¿Qué digo rabadán? Un villano insufrible...

—Tened en cuenta que el rey lo manda. ¿Qué está haciendo ahora?

—Está comiendo.

—¿Cómo? ¡Aun no es el medio día!

—Todo demuestra que se prepara a una expedición larga.

—No puede ser más larga que hasta donde alcanza la jurisdicción de la ciudad. En fin, sea como sea, señor Periañez, tened en cuenta que el rey quiere que se le sirva bien, y puesto que sirviendo a ese hombre servís a su señoría, ved lo que hacéis, porque sentiría mucho que os aconteciera algo indeseable. Ya sabéis que os estimo.

Y tras esto, Pero Lope se entró en la cámara y encontró a Gilote con la servilleta puesta a manera de babero de niño, delante de una mesa servida, atracándose de salpicón, al que ayudaba de tiempo en tiempo con sendas embestidas a una enorme copa llena de vino.

Un maestro-sala y un paje servían la mesa, servidumbre puesta por el rey, y que eran, sin saberlo, otros tantos fiscales del corregidor.

Pero Lope hizo una seña a los dos servidores, que instantáneamente se retiraron.

Al notar lo Gilote miró fijamente al ballestero mayor y díjole con marcado acento autoritario.

—¿Quién manda en mi casa, caballero?

—En vuestra casa, en vos, en mí, en todos sus reinos, en todos sus vasallos manda el rey.

—¡Ah! ¿y el rey se entromete en que esos dos criados?...

—Esos dos criados no deben oír las órdenes del rey que tengo que daros urgentemente por mandato de su señoría.

—¿Órdenes urgentes de su señoría?—dijo un tanto contrariado Gilote—. ¡Y yo que pensaba emplear el tiempo desde ahora hasta la tarde en ciertos quehaceres míos!

—Un corregidor no tiene dos momentos suyos.

—¿Sabéis, señor Pero Lope, que el oficio de corregidor es un muy mal oficio, y que no sé cómo hay gentes a quienes les pase por el pensamiento el codiciarlo? Pesaroso estoy de serlo desde el punto y hora en que el señor Pedro de Espinosa, a quien Dios libre de mis manos, me mandó que lo

fuese, de orden del rey. Y ahora que hablamos del señor Pedro de Espinosa, ¿habéis dicho a su señoría que ese desalmado se ha atrevido a zurrar al corregidor en prueba de lo cual, yo pecador pudiera mostrar como señal más de un verdugón negro y sangriento?

—Sí que se lo he dicho.

—¿Y qué os ha contestado el rey?

—El rey se encogió de hombros, y luego añadió: ¡justicia a quien aporrea un solo hombre, bien merece ser aporreada! El rey es muy recto y debéis saber que le gustan los valientes, porque su señoría lo es y mucho.

—Pues bien—dijo con cierto despecho Gilote—: yo os prometo, señor Pero Lope, que si llego a coger a ese paje del diablo, que le cogeré, y le ahorco, que le ahorcaré veremos si el rey se encoge de hombros.

—¡Diablo! No sé yo si el rey podría encogerse de hombros si vos ahorcarais al señor Pedro de Espinosa—dijo con acento guasón el ballestero mayor.

—Pero, en fin, ¿el rey se ha negado a entregar a la justicia al señor Pedro de Espinosa?

—El rey, al hacerlo yo esta petición de vuestra parte, me ha respondido: Decid a mi buen corregidor de Sevilla que no soy yo su corchete para entrometerme en prendimientos, ni es justo que cuando tan bravo se ha mostrado le allanemos nosotros el camino: que busque él con los suyos a ese hombre, que le prenda si puede y se concluyó. No me habléis más de esto.

Movióse impaciente en su sillón Gilote, y como hubiese acabado de comer, se quitó la servilleta, apuró la copa, se limpió la boca con el envés de la mano, y dijo con acento decidido:

—Es necesario ir a pedir consejo a Marquillos, que sabe más que yo.

—Antes de pedir consejos a nadie será necesario que en el momento obedezcáis las órdenes del rey.

—¿Y qué órdenes son esas?

—Hace muchos años, en el mismo sitio donde se ha encontrado muerto a estocadas el señor Alvaro de Santaella, se encontró asimismo muerto a hierro el señor Íñigo de Arias: del mismo modo que se ignora quién fué el matador de Santaella, quedó encubierto en el misterio, por más que hizo la justicia, el nombre del matador de Arias. Ahora bien; el rey quiere que, siendo vos tan dado a hacer justicia, la hagáis sobre aquel primer homicidio.

—Es que yo no he ofrecido más que averiguar quién fué el matador de Santaella.

—Es verdad; por lo mismo el rey quiere abriros camino para que sepáis quién fué el matador de Arias. El rey tiene algunos indicios desde hace muy poco tiempo y...

—¿Y dónde ha encontrado esos indicios?

—En la ermita de Nuestra Señora del Amparo, y en una mujer a quien vos conocéis mucho.

—¡Cómo! ¿Será acaso?...

—La hermosa penitente.

—¿Y es allí donde tenemos que ir?

—Allí.

—Pues mi camino es—dijo alegremente Gilote—. Vamos, pues, señor Pero Lope, vamos. No perdamos un momento.

Al saber que iba a la ermita de Nuestra Señora del Amparo, como si dijéramos, a su país natal, la resistencia pasiva de Gilote se transformó como por encanto en actividad, y en una actividad tal, que cinco minutos después, el corregidor cabalgando en su mula, Pero Lope en su corcel, los lacayos y los escuderos en sus respectivas cabalgaduras, y los ministros de justicia a pie y jadeando tras los jinetes, se encontraban en el camino de Santiponce.

Dos horas después, aquella negra nube rodeaba la ermita del Amparo.

La puerta de las habitaciones de doña Estrella estaba cerrada. Pero Lope echó pie a tierra, dejó su caballo a su escudero y asentó un fuerte golpe en la puerta con su manopla.

—¿Quién llama?—contestó desde adentro la voz de doña Estrella.

—Abrid a la justicia del rey, señora—contestó Pero Lope.

Inmediatamente se abrió la puerta y apareció radiante con su hermosura doña Estrella.

—¡Ah, Gil Pando!—dijo doña Estrella—, ¿qué galas son ésas, amigo mío?

—¡Qué!, ¿no sabéis, señora, que el rey me ha nombrado corregidor de Sevilla?

—¡Vos corregidor!—exclamó doña Estrella—. ¿Y qué letras habéis leído? ¿Qué escuelas habéis cursado? Pero no importa. Entrad; entrad vos también, caballero.

Gil Pando y Pero Lope de Padilla entraron. Este último cerró la puerta.

—Lo que va a decirse aquí—dijo el ballestero mayor—no debe

oírlo nadie más que Dios y la justicia del rey. ¿Qué personas tenéis en vuestra casa?

—Tengo un caballero herido que se llama Juan de Ayala, y su hija doña Elvira, su novio, su dueña, y un ballestero del rey.

—¡Cómo! ¡Aquí están doña Elvira de Ayala y su novio! ¿Aquellos por quienes me zurraron anoche de lo lindo? Son ganancias del oficio de corregidor; pero ya que tengo aquí a los delincuentes, me apoderaré de ellos.

—No haréis tal—dijo doña Estrella.

—¿Cómo que no lo haré? Vaya si lo haré.

—No lo haréis, en primer lugar porque no son delincuentes.

—Yo sé que lo son, y mucho.

—Aunque lo sean, esta casa es lugar inmune.

—¿Y qué es eso de lugar inmune?

—Lugar de asilo; como que es la casa de Dios.

—¿De modo que en logrando un delincuente meterse en un lugar de asilo, está sano y salvo?

—Así lo mandan Dios y el rey.

—¡Ah! Si Dios y el rey lo mandan...

—Además, tiene una cédula de seguro del rey.

—Y si el rey da carta de seguro a los delincuentes, ¿para qué quiere en sus reinos a la justicia?

—Esas son cosas que no entendéis vos, señor entrometido—dijo con cierto descaro, asomando la cabeza a la puerta de la otra habitación interior Deogracias—. ¿Y cómo os va de la paliza, señor amordazador?

Púsose rojo de cólera Gilote.

—¿Conque es decir—exclamó—que se dan reales cartas de seguro a los málhechores para que insulten a la justicia?

—Señor mío—exclamó Deogracias—, vos tenéis la culpa de que yo esté desesperado, porque si vos no os hubierais metido en camisas de once varas, yo no hubiese visto lo que ninguna gracia me ha hecho ver. De alguna manera me he de vengar.

—Tomaréme yo la justicia por mi mano—dijo Gilote, que tenía poco aguante, levantándose furioso y enhiestando su vara contra Deogracias, que adoptó una heroica y amenazadora actitud de resistencia.

Pero Lope, que se divertía con aquella escena, intervino en el momento preciso para evitar una colisión en que la justicia, por mucha fuerza material que hubiese desplomado sobre la insolencia, hubiera siempre perdido su decoro. Deogracias fué relegado al interior y Gilote obligado a sentarse.

—Ahora bien—dijo Pero Lope—: la venida del corregidor a vuestra casa se refiere a ciertos crímenes cometidos por vuestro esposo, el señor Juan de Arévalo, anterior corregidor de Sevilla, preso por orden del rey.

—¡Cómo!—dijo Gilote—. ¿Vuestro esposo era el corregidor?

—Sí, sí por cierto; no puedo negarlo—dijo ruborosa doña Estrella.

—¿Y desde cuándo acá pueden tener los hombres dos mujeres en tierra de cristianos?—dijo escandalizado Gilote.

—Desde que el atrevimiento de los nobles y de los poderosos ha roto por todo sin temor a Dios ni al rey—dijo Pero Lope.

—Con que es decir que el señor Juan de Arévalo, sin ser viudo, se casó con la otra mujer que tiene, y la cual está asimismo presa?

—Juan de Arévalo me creía muerta.

—Pero vuestra muerte, señora, según las noticias que el rey tuvo, debió cometerse por un crimen meditado y pagado por Juan de Arévalo—dijo Pero Lope.

—No creía yo que el rey, abusando de una confianza mía, me obligase a ser acusadora de ese hombre, cuando me he retirado del mundo y le he perdonado de todo corazón.

—¡Os habéis olvidado de vuestra hija!—dijo Pero Lope.

—¡Ah! ¡Mi hija! ¡Mi pobre hija!

—¿Conque tan criminal es el señor Juan de Arévalo?—exclamó Gilote—. Pues os juro, señora, que pagará sus delitos. ¡En buenas manos está el pandero para que no suene! Señor Pero Lope de Padilla, preparaos a escribir.

Pero Lope sacó de su escarcela, un rollo de pergamino y un tintero.

—Ahora, señora—dijo Gilote con toda la autoridad que pudiera haber demostrado el más rígido corregidor seguidme.

—¿Que os siga? ¿Y adónde?

—¿Dónde mejor podréis responder a la justicia que en el templo de Dios?

Y uniendo Gilote la acción a la palabra, salió seguido de la penitente y de Pero Lope de Padilla, y entró en el pequeño santuario de la ermita.

Cuando estuvieron allí, Gilote cerró la puerta, y empuñando la vara, se acercó al altar e hizo poner sobre él las manos a doña Estrella.

—¿Juráis a Dios y al rey—le dijo—decir verdad en cuanto os preguntaren?

—¡Lo juro!—contestó la penitente.

—Ahora sentaos, señora, y responded a lo que os pregunta re el señor Pero Lope de Padilla.

Sentóse en un escaño doña Estrella y en él se sentaron también Pero Lope y Gilote.

—¡Cómo os llamáis, señora?—dijo el ballestero mayor.

—Doña Estrella de Molina—contestó la penitente.

—¿Sois doncella, casada o viuda?

—Soy casada.

—¿Con quién?

—Con Juan de Arévalo.

—¿Sabéis lo que ha sido de él?

—Le creía muerto.

—Declarad lo que sabéis acerca de los crímenes obrados contra vos y vuestra hija por ese hombre.

Doña Estrella vaciló; sin embargo, el temor de faltar al juramento que había prestado la decidió.

Entonces relató a Gilote y a Pero Lope cuanto había contado al rey y que ya conocen nuestros lectores.

Pero Lope escribía impasible, pero Gilote escuchaba horro- rizado.

—¡Os juro que seréis viuda, señora!—dijo el corregidor—, porque ahorcaré al señor Juan de Arévalo.

—¡Ah, Dios mío!

—No era menester tanto para que yo ahorcase a un bribón..., y no lo sabemos todo. Recordemos. ¿En vuestra declaración habéis dicho, señora, que el señor Juan de Ayala era escudero de vuestro esposo?

—Sí, sí, señor—dijo doña Estrella.

—Bien. En seguida interrogaremos al señor Juan de Ayala. ¿Habéis dicho, además, señora, que tuvisteis una hija llamada doña Leonor y que esa hija fué separada de vos?

—Sí por cierto.

—¿Y creéis que vuestro esposo...?

—Le acusó de ello.

—¡Además, vuestro esposo os envenenó o creyó envenenaros, y si no lo hizo fué porque el judío Saul le engañó, dándoos un brebaje en vez de un tóxico!

—Así es.

—¿Y ese judío sabía lo que había sido de vuestra hija? Bien lo averiguaremos.

—Tened en cuenta—dijo Pero Lope—que el judío Saul ha muerto en Triana de orden del rey.

—Pero Saul habrá dejado parientes y papeles, y rastro tras

de sí... Tenga yo su rastro, y yo probaré al señor rey que para ser un buen corregidor no se necesita otra cosa sino querer serlo. En cuanto a vos, señora, estad segura de que se os hará justicia y de que si vuestra hija vive, tendréis a vuestra hija.

—¡Oh! ¡Si me devolvierais mi hija, Gil!

—¡Oh! ¡Si vuestra hija fuese la que yo sé!

—¡La que vos sabéis!

—El corregidor Juan de Arévalo tenía en su casa y tiene una doncella...

—Esa doncella, señor Gil Pando, que, según me parece, os agrada más de lo justo—dijo Pero Lope—, es doña Constanza de Arias, hija del buen hidalgo marido de doña Elvira de Herrera, a quien se encontró hace muchos años muerto en el mismo sitio en que se ha encontrado recientemente al señor Alvaro Gómez de Santaella.

—¡Y yo que había concebido una esperanza!—dijo la penitente.

—Alentad, señora, alentad—dijo Pero Lope—. Vuestra hija vive sin duda, y vuestra hija os será devuelta. Pero para eso es necesario que averigüemos, que indagemos—dijo Gilote—. Vamos a interrogar al señor Juan de Ayala.

—Dicho esto, salieron de la capilla, se trasladaron al aposento donde estaba Juan de Ayala y se encerraron con él permaneciendo durante tres horas.

Cuando Gilote salió, iba terriblemente preocupado.

—Ahora bien—dijo Gilote a Pero Lope—, ¿podré ya ir a verme con Marquillos?

—Id en buena hora, amigo mío; por mi parte os dejo, voy a llevar al rey este interrogatorio y vos entre tanto podéis hacer lo que mejor os plazca.

Pero Lope montó a caballo y se alejó con su escudero hacia Sevilla. Gilote salió de las ruinas, y sin ningún acompañamiento se encaminó a la majada de los pastores.

## CAPITULO XXVII

Antes de llegar a la majada, encontró Gilote a Marquillos sentado en un ribazo, acabando de construir con un cuchillo una flauta de caña, cuyos tonos probaba de cuando en cuando.

—¡Eh, Marquillos, tío Marcos!—exclamó Gilote—. Dejaos de músicas y ved que viene a visitaros todo un corregidor.

Llevantó los ojos Marquillos y dijo reposadamente, mirando a Gilote:

—Si no lo viera, no lo creyera.

—¿Y qué es lo que vos no creeráis, tío Marquillos?

—Que fueras tan tonto y tan imprudente, Gilote. El rey juega contigo, Gil; pero el juego es muy peligroso que cada día hace rodar abajo alguna cabeza.

—¡Cabezas rebeldes!

—No siempre. Algunas veces caen también gentes que han tenido la desgracia de enojarle; el rey es cruel, Gilote.

—Pues hay otra cosa más cruel que el rey.

—¿Y qué cosa es ésa?

—Las damas de la corte.

—¡Las damas! ¿Estás loco, Gil? ¿Te has enamorado?

—No sé si me he enamorado o no; lo que sé es que no puedo olvidar a cierta dama.

—¿Y crees tú que esa dama te hará su esposo, ni más ni menos que como el rey te ha hecho corregidor?

—¡Quién sabe, tío Marcos, quién sabe!... Porque al fin...

—Al fin y al cabo, si una dama se casara contigo, sería por interés; y tú, casándote con ella, serías tan tonto como lo has sido tomando la vara de corregidor.

—¡Ay, tío Marcos, si vierais los dos ojos de doña Constanza!...—exclamó, suspirando, Gilote.

—No se ha hecho la miel para la boca de asno—dijo reposadamente el tío Marcos.

—No es eso lo malo; hay otra cosa peor, por la que vengo a pedir os consejo.

—¿Y qué cosa es ésa?

—¡Qué ha de ser sino que tengo presa la madre de doña Constanza de orden del rey! Y la cosa por que la tengo presa, como asimismo a su esposo, el antiguo corregidor, es cosa honrada, cosa grande, que Dios quiera que no dé en el tajo con su madre y con el marido de su madre. ¡Cuando os digo, tío Marcos, que yo voy a volverme loco! Si sentencio a la madre, ¿cómo ha de quererme la hija? Y si salvo a la madre, que bien pudiera...

—Pues si puedes y estás tan enamorado, salva a la madre.

—En primer lugar, que yo no torcería la vara de la justicia que el rey me ha dado por todas las mujeres del mundo; y en segundo, que si yo la torciera, el rey me quebraría a mí; no hay suerte más endiablada que la mía. Estoy metido en un atolladero, tío Marquillos, y vengo a que me saquéis de él.

—Allá, allá tú; tú te has metido en el atolladero, mira, pues, cómo sales. No me gusta entrometerme en cosas en que anda el rey.

—Pero si yo sólo os pido un consejo—dijo con voz trémula Gilote.

—¿Me lo pediste para ser corregidor?

—Es que no me dejaron escoger, que si tal hicieran, yo me quedara de zagal; soy corregidor a la fuerza, tío Marquillos; o tomar la vara o perder la cabeza.

—Vamos, eso es distinto—dijo el tío Marcos—; pues no eres corregidor por tu gusto, quiero ayudarte en lo que me pides; pero para que yo te aconseje, menester será que me cuentes cuanto te ha sucedido desde que saliste de la majada.

Reconcentróse un tanto Gilote, como quien quiere recordar hasta los más mínimos sucesos, y luego, a su manera, contó punto por punto al tío Marquillos cuanto le había acontecido desde que el rey le llamó a la corte hasta el momento en que lo relataba al mayoral Marquillos, y éste le escuchó con gran atención y gravedad, sin dejar de tañer de tiempo en tiempo la flauta.

Cuando hubo concluido Gilote, el tío Marquillos dejó su flauta, la puso cuidadosamente en su cinto y miró por un gran espacio y con una profunda meditación a Gilote.

—Verdaderamente—le dijo—estás en un atolladero del diablo, y atollado hasta el cuello, Gilote.

—Eso bien me lo sé yo—dijo con semblante compungido el corregidor.

—De lo que me has contado, resulta que no conoces al rey; que sólo conoces a ese tal paje Pedro de Espinosa; y que a ese tal paje no te le han dejado prender, a pesar de haberte zurrado la badana.

—Eso es.

—Que al tal paje no le conoce nadie en el alcázar más que el señor Pero Lope de Padilla. Pues mira, guárdate de ese paje.

—A Dios juro que he de prènderle y hacerle que se acuerde de mí si le cojo.

—Guárdate de ese paje, Gil, porque ese paje no es paje.

—Ya me lo había sospechado yo. ¿Le conocéis, tío Marcos?

—No le conozco, pero lo barrunto.

—¿Será por dicha el rey?

—Yo no te he dicho eso.

—Pero lo que vos me habéis dicho y lo que yo he pensado...

¡Como sea el rey, le prendo con mejor voluntad que, si fuera el paje!

—Mira lo que haces, Gil.

—¿Que mire lo que haga? La justicia es antes que todo.

—Antes que todos somos nosotros mismos.

—Es que el rey me ha puesto a prueba.

—Pues bien: procura no encontrarte con el paje; pero una vez que el señor Pero Lope de Padilla te trata como de burlas, al primer desacato, préndele, empózale en un calabozo y tráta-le duro: por el hilo se saca el ovillo, y el ballestero mayor del rey es uno de los mejores hilos que puedes asir.

—Pues mirad, ya lo había pensado yo; pero si prendo al señor Pero Lope de Padilla, ¿quién será mi secretario? Ya sabéis que yo no sé leer ni escribir.

—Por eso no paso pena. Ahí está el señor Alvar Yáñez, escribano del tribunal de la Mesta, el que nos hace todas nuestras escrituras, y que corta un pelo en el aire. Quedamos, pues, en que prenderás al señor Pero Lope de Padilla en el momento que se desverguence contigo, lo que no es muy fácil.

—¡Y vaya si lo es! ¡Si tal, señor...!

—Bien. Una vez preso, te encierras con él en la cárcel del tormento y le haces cantar de plano todo lo que sepa acerca de tu negocio. Mucho será que él no te diga, si le aprietas bien, quién es el matador del señor Alvaro Gómez de Santaella y aun del otro que mataron hace veinte años; quiero decir del padre de doña Constanza, tu bien amada.

—¡Ay, tío Marcos! Si las cosas viniesen de modo...

—No pienses en eso; ya te he dicho que no es la miel para la boca del asno. Procura salvar tu pellejo, por el cual no daría yo dos ochavos, y date por satisfecho si lo salvas. Porque el rey es cruel, muy cruel, Gilote.

—Demasiado lo sé, cuando por una palabra imprudente mía me ha puesto en tal aprieto.

—¿Y quién te mandaba decir que la justicia del rey no cumplía con su obligación?

—Yo creía que nadie me oía.

—La palabra que no se dice, Gilote, es la que no se oye.

—Luego dije la verdad. ¿No es una vergüenza que se haga una muerte en la ciudad y la justicia no dé con el asesino?

—Muchas veces la verdad no puede decirse.

—Pero ya está hecho, tío Marcos, y no puedo volverme atrás.

—Ya lo veo; por lo tanto, si el señor Pero Lope canta y dice el nombre de alguno, prende también al que haya nombrado y

hazle cantar. En fin, Gilote, aprieta y atormenta a todos los que tengas presos, prende a todos los que los atormentados nombrasen en sus declaraciones y haz con ellos otro tanto. Mucho será que no descubras tales cosas, que el rey se dé por satisfecho de ti, y te suelte, y te dé por libre del corregimiento malhadado que tan asustado te tiene.

—Es que yo quisiera que nadie se enterase de esto, y siempre tendrá que enterarse ese tal escribano Alvar Yáñez.

—No le sueltes.

—¿Cómo que no le suelte?

—¿Cómo? Le llamas a la casa de la ciudad, y cuando haya comparecido, le dices: Señor Alvar Yáñez, la justicia del rey os necesita; pero como son asuntos muy importantes y muy secretos, no os separaréis de mí ni hablaréis con nadie, ni desapareceréis de mi presencia hasta que yo os suelte.

—Pues me parece bien—dijo, restregándose las manos alegremente Gilote—, y voy a empezar desde el momento mis prisiones.

—Prende, hijo mío, prende: buen corregidor, buen prendedor. Y adiós, que ya es tarde y me voy a la majada.

—Id con Dios, tío Marcos, y hasta más ver.

Y Gilote, pensativo por los consejos que había recibido y pensativo el tío Marcos por los que había dado, se separaron; el uno, en dirección a la majada, y el otro, en dirección a la ermita de las ruinas.

Al llegar Gilote, reunió sus corchetes y su gente y les dijo:

—Es necesario prender a dos personas que están en la ermita.

—¿Y cómo, señor?—exclamó el que hacía punta de los alguaciles—; la ermita es un lugar de asilo.

—Bien; pero si salen fuera de ella...

—Si salen fuera de ella—repuso el corchete—, es ya distinto, puede prendérseles.

—En ese caso, escuchad vos—dijo el corregidor, apartándose a un lado con el corchete que había tomado la palabra—: cuando un conejo se mete en el asilo de su madriguera, se le echa el hurón.

—Así es, señor.

—Resulta de aquí que esas dos personas a quienes hay que prender están como si dijéramos en su madriguera.

—Así es, señor.

—Pues bien: echémosles el hurón de la mentira.

—¡Ah! ¡Sí, señor!—exclamó el corchete.

—Cuando la justicia necesita haber a las manos personas que, aunque no sean criminales, pueden servir para descubrir crímenes, puede hacer lo que en otra ocasión sería mal hecho.

—Indudablemente, señor.

—Pues bien: vos os quedaréis, con algunos ministros, emboscado en las cercanías; pero nada haréis hasta que yo os envíe algunos hombres de las milicias de la ciudad.

—Muy bien, señor.

—Cuando tengáis esos hombres y esa litera, iréis vos solo a la ermita y pediréis hablar de mi parte a doña Estrella de Molina y al señor Juan de Ayala.

—Muy bien, señor.

—Cuando entrareis, diréis a doña Estrella: «El corregidor, que sabe que el rey va a venir a prenderos, a pesar del asilo, me envía para salvaros; venid conmigo y con ese caballero y entrad en la litera que traigo para el caso.»

—Muy bien, señor.

—Si pusiesen alguna dificultad, ponderad el peligro que corren.

—Ponderaré, y tanto ponderaré, que caerán en el garlito.

—Si no cayesen, rodearéis la ermita y no dejaréis entrar mantenimientos ningunos hasta que se entreguen por hambre.

—Así lo haré, señor.

—Y cuando se hubiesen entregado, llevaréislos presos: el uno, doña Estrella, a la alcaidía de la cárcel, donde mandaréis de mi orden que se la dé el mejor aposento, sin que por esto se la deje hablar con nadie; en cuanto al señor Juan de Ayala, le meteréis en un calabozo.

—Muy bien, señor.

—Nada más tengo que deciros; ved cómo cumplís, si no queréis ir a galeras.

—Descuidad, descuidad, señor.

—Ahora apartaos con cuatro ministros; emboscaos a la entrada de las ruinas y esperad a los hombres que yo enviaré, y a la litera.

Dadas estas órdenes, Gilote montó en su mula y, seguido del resto de la gente de justicia, se encaminó a Sevilla.

## CAPITULO XXVIII

Apenas llegó Gilote a las casas de la ciudad, cuando empezó a poner en práctica los consejos de Marquillos.

Dicen, y es la verdad, que hay cargos públicos que imprimen carácter; y nosotros añadimos que los hay que al poco tiempo de practicados por un hombre, le transforman.

Esto aconteció cabalmente con Gilote, humilde pastor, aunque astuto y valiente: al poco tiempo de ser corregidor, transformóse de tal modo, que nadie le hubiera conocido; echó soberbia, y con la soberbia aspecto aseñorado. Avivósele la imaginación con el miedo de los compromisos en que se encontraba metido, y el amor intenso que le inspiraba doña Constanza de Arias animó y ennobleció su mirada. Gilote, en fin, cambió enteramente, y al cambiar, empezó a causar respeto a la canalla curial que le rodeaba. Comprendieron que el tal corregidor no era un corregidor de burlas, sino entero, indomable, prendedor como él solo y dispuesto a hacer cualquier atrocidad gubernamental por quitarme allá esas pajas, y el mismo Perriáñez, puesto en su servidumbre por el rey, le cobró miedo.

Así es que cuando entró en su cámara y preguntó con voz tonante por Pero Lope de Padilla, todos le miraron sin saber qué contestarle.

Perriáñez, en fin, tomó la palabra y dijo:

—El señor ballestero mayor del rey se ha ido a sus negocios.

—¡Cómo que se ha ido a sus negocios el señor ballestero mayor! ¿Qué quiere decir eso de ballestero mayor tan huecamente hablado? Pues véngaseme a las barbas y verán si salen bien parados: el señor Pero Lope de Padilla es mi secretario por orden del rey, y nada tiene que hacer más que estar atento a su obligación. A ver, váyanme a buscar al señor Pero Lope de Padilla, que le he menester, y tráiganmele, si es necesario, atado.

Nadie replicó; una docena de alguaciles salieron al momento a buscar al ballestero mayor, que no tardó en comparecer.

—¿Dónde habéis estado, caballero?—dijo con acento provocador, por lo imperativo, Gilote.

—¿Cómo que dónde he estado? Pues qué, ¿soy yo acaso vuestro esclavo?—contestó con arrogancia Pero Lope, sin conocer el lazo que Gilote le tendía y contrariado por la presencia de algunos alguaciles en la antecámara, a donde con intención, para

hacerse testigos de un desacato, que estaba seguro de provocar, había salido Gilote.

—Paréceme, señor secretario, que habláis más alto de lo que debíais.

—En cambio vos, ensoberbecido sin razón, os subís adonde no debierais subiros, si no es ya que nada os importe el romperos la cabeza.

—¿Sabéis que estáis hablando con el corregidor de Sevilla?

—Sólo sé que soy rico-hombre de Castilla, caballero, ballestero mayor del rey, de su consejo y cámara, y que ni a vos ni a nadie aguantaré insolencias.

—Y a mí, señor caballero, rico-hombre y demás que habéis dicho, me basta saber que puedo prenderos, y os prendo por desacato a la justicia.

—¿A mí?—gritó Pero Lope, poniendo irreflexivamente mano a su espada, arrastrado por la cólera.

—¡Hola! ¡Resistencia a la justicia!—gritó Gilote—. ¡Favor al rey! ¡Al corregidor, valientes, al corregidor!

Una nube de corchetes y otra nube de soldados de las milicias de la ciudad que tenía preparados Gilote rodearon a Pero Lope como otros tantos perros de presa, le desarmaron y le sujetaron.

—A la cárcel con él—dijo Gilote—, y al calabozo más fuerte.

Pero Lope rugió, forcejeó, procuró desasirse; pero estaba tan bien asido, que aunque era forzado como un toro, fué conducido a la cárcel.

Periáñez miraba todo esto asombrado.

—¡Ah! ¿Estáis ahí, señor mío?—dijo Gilote—. Pues me alegro de encontraros tan a mano. ¿Vos sabréis o podréis informarnos dónde vive un tal Alvar Yáñez, escribano de la real cofradía de la Mesta?

—Vive en la calle del Comendador.

—Pues id a buscarle y traedle al momento.

Media hora después el escribano Alvar Yáñez, que era un hombrecillo con todas las trazas de una ave de rapiña, estaba delante del corregidor, que se encerró con él en su cámara.

—Sois preso—dijo Gilote, desplomando sobre él una mirada digna por todos conceptos de un corregidor de la edad media.

Estremeciése el golilla, que sin duda tenía mucho por qué temer a la justicia, a pesar de ser miembro de ella; palideció y dijo con voz sumisa y servil:

—¿Preso, señor? ¿Y tendréis la dignación de decirme cuál es mi culpa?

—No se os prende por culpa alguna; que aunque muchas tengáis, yo no tengo noticia de ellas; sino porque conviene al servicio del rey y de la justicia que estéis preso.

—Y si me permitís, señor, ¿en qué puede convenir a su señoría el rey ni a su nobilísima justicia la prisión de una tan humilde persona como la mía?

—Vuestra prisión conviene porque hay que hacer ciertos procesos secretos, y tan secretos, que no fiándome yo de nadie, quiero tener perennemente junto a mí, sin perderle de vista hasta que se concluya, al secretario que haga estos procesos; así es que andaréis conmigo, comeréis conmigo, dormiréis en mi misma cámara; no os apartaréis, pues, un punto de mí.

—¡Ah! En ese caso—dijo el escribano respirando—, mi prisión, señor, es una insigne honra.

—Pláceme que por honra lo toméis, señor Alvar Yáñez; pero os anuncio que si pretendéis evadiros de la tal honra, os cazo, os encalabo y con cuatro letras que haré escribir y bajo las cuales pondré una cruz, os envío a galeras.

—Descuidad; descuidad, señor; por interés propio estaré pegado a vós como la sombra al cuerpo.

—Pues preparaos, porque vamos a empezar muy pronto. ¡Hola! ¡Periáñez! ¡Periáñez!

Acudió incontinenti el llamado.

—Id a la cárcel—le dijo—y mandad al alcaide que tenga preparados los menesteres del tormento para cuando yo vaya, que va a ser al instante.

Periáñez partió.

—Ahora bien, señor secretario—dijo Gilote—: tomad de mi mesa el pergamino que necesitéis y marchemos.

Tomó Alvar Yáñez algunas hojas de pergamino, arrollólos cuidadosamente y los guardó entre su ropilla.

—Creo que estamos al corriente—dijo Gilote.

—Sí, señor.

—Pues a la cárcel. ¡Hola!, seis ministros y diez soldados y mi litera—dijo el corregidor, saliendo de la cámara.

Quando llegó al pie de las escaleras, todo estaba dispuesto. Gilote abrió la litera y dijo a Alvar Yáñez.

—Entrad.

—¡Cómo, señor!—dijo servilmente el escribano—. ¿En esta litera juntamente con vos?

—Ya os he dicho que no os apartaréis de mí.

—¡Cuántas mercedes, señor!

—Dejaos de agradecimientos y entrad.

Entró el escribano, empujó tras él el corregidor en la litera y mandó que guiasen a la cárcel.

Cuando se pusieron en marcha, era ya bien entrada la noche. Llegaron, salieron de la litera el corregidor y su secretario, y el alcaide, que había salido hasta la calle gorra en mano, les franqueó rastrillos y puertas, les hizo subir y bajar escaleras y atravesar callejones lóbregos y al fin los dejó en la cámara del tormento.

Gilote, que nunca había visto esta habitación tan famosa como impresionante, aunque había oído hablar mucho de ella, se estremeció.

Era un espacio tenebroso de bóveda chata, sostenida en robustos pilares; al fondo había un hornillo, en el cual dos hombres de horrible catadura estimulaban con un enorme fuelle un fuego vivísimo, cuyo resplandor, saliendo por la boca del horno, alumbraba de una manera rojiza y viva el lugar de la escena. A aquel resplandor, contra el cual luchaban de una manera débil las luces de dos bujías puestas sobre una enorme mesa de pino, se veían colgados de las paredes hierros de formas espantosas, argollas, cadenas, barras, todo un horrible arsenal destinado a arrancar por medio del tormento una declaración forzada a los reos inconfesos; pendían de la bóveda cuerdas y cadenas, algunas de las cuales tenían en sus extremos enormes garfios. Veíase acá y allá sobre el pavimento máquinas espantosas: la rueda, el potro, el torno, el aparato del borcegüí; últimamente, arrojados por el suelo, se veían instrumentos tan espantosos como los que pendían de las paredes.

Gilote no estaba acostumbrado a este espectáculo, y al entrar en la cámara, a la primera ojeada, se le abrieron, como suele decirse, las carnes. A más de los dos hombres que alentaban el fuego en el hornillo, había otros dos que nivelaban la enorme máquina de la rueda, metiéndola cuñas sobre las cuales golpeaban con enormes mazos; alguna vez, al andar aquellos hombres, tropezaban con algunos de los hierro arrojados en el suelo, que producían un ruido estridente. Gilote se encontraba allí mal, y podía decir que una de las amarguras por que había pasado desde que era corregidor era su entrada en aquella cámara.

—¿Para qué avivan ese fuego esos hombres?—dijo pálido como la muerte—. ¿Para qué golpean esas ruedas? ¿Para qué arrojan esos hierros al suelo y los reúnen en un solo lugar? Y, sobre todo, ¿para qué entran aquellos dos con tan enormes cántaros?

—¿No habéis mandado preparar la cámara del tormento, se,

ñor—dijo con una sutil y sesgada sonrisa el escribano, saboreando el terror que causaban a Gilote aquellos aprestos.

—Sí que la he mandado preparar—contestó el corregidor.

—Pues bien: como no habéis hablado de ninguna clase de tormento en particular, los están preparando todos: el del fuego, el del agua, el de la suspensión, el de la comprensión, el del estiramiento, el de la rueda, todo cuanto se practica en esta parte a gusto del juez, señor.

—¿Y cuál os parece el tormento más benigno y que al mismo tiempo sirva para que declaren los reos?

—El del borceguí.

—¿Y qué es el tormento del borceguí?

—Venid acá, señor. ¿Veis este lecho de cuero y esta caja formada por cuatro barras de hierro con su emplanchadura?

—Sí.

—Bien; figuraos que se tiende en ese lecho un hombre, se le sujeta con esas correas y se le meten los pies entre las planchas de esas barras.

—Me lo figuro.

—Si luego metéis una cuña entre las dos planchas del centro claro está que esas dos planchas, que no están fijas, se correrán hacia los costados.

—Claro está.

Al correrse oprimirán los pies que están metidos cada uno entre dos planchar, una de las cuales se mueve y la otra, fuertemente clavada, resiste.

—Sí, sí

—Si al primer apretón el reo no canta, se mete otra cuña; las planchas del centro se estrechan más, producen en los pies y los tobillos del paciente un dolor más agudo, y con tres cuñas puede suceder que se rompa enteramente el hueso y pierda los pies el atormentado.

—¿Y a esto llamáis el tormento más benigno?

—Sí por cierto; rara vez un reo resiste a la primera cuña, porque el dolor es agudísimo, pero no estropea el pie; después del tormento, no habiendo habido por medio más que una cuña, se anda mal durante algunos días, pero después ni señal queda; por el contrario, si aplicáis el tormento del fuego, sobre tener generalmente malas consecuencias, queda la cicatriz de la quemadura; si ponéis a un hombre en el potro o en el torno, le dislocáis; si en la rueda, al más leve descuido de los atormentadores, que es gente ruda, le desrifiñáis y hombre muerto; si le suspendéis, os exponéis a desnucarle; si le aplicáis el tor-

mento del agua, podéis ahogarle; os digo, pues, que el tormento más suave, el que generalmente se da a las mujeres y a los jóvenes, es el del borceguí.

—¿Y está preparado el borceguí?

—Mirad sus cinco cuñas de encima, la una más delgada que la otra, ensebadas perfectamente las dos planchas del centro para que corran; las correas de seguridad puestas sobre el lecho; ya no faltan más que los reos.

—Pues si no hemos de usar más que del borceguí, que dejen de avivar ese fuego.

—Por. el contrario, señor, debéis mandar enrojecer algunos hierros.

—¿Y para qué si no han de usarse?

—¿Para qué? Para asustar al reo. Algunas veces basta sólo el aparato del tormento para que declaren todo lo que se quiere. ¿Qué digo algunas veces? Por lo general hay muy pocos reos que resistan al terror que les causan todas estas cosas, y que no declaren sin necesidad de más procedimientos.

—Pues dejemos lo espantable y principiemos. ¡Hola alcaide!

—Señor—dijo el alcaide, presentándose.

—¿No trajeron anoche un hombre y una mujer?

—Sí, señor; trajeron muchos hombres y muchas mujeres, porque como los tiempos están tan malos, hay muchos robos y muchos asesinatos.

—Hablo de un soldado joven y hermoso que vino con una mujer hermosa también y joven, ya a la madrugada.

—¡Ah! Ya sé quiénes son los que decís, señor.

—Pues bien, traed a la mujer.

Poco después entró el alcaide trayendo consigo una mujer vestida a lo oriental.

Aquella mujer era Salomé.

—Acercaos, niña—dijo Gilote, que había tomado asiento a un lado de la mesa en un sillón de baqueta, mientras Alvar Yáñez, sentado en otro apoyaba sobre la mesa los brazos y tenía la pluma sobre el papel, dispuesto a escribir.

Salomé adelantó.

—¿Cómo os llamáis?—le dijo Gilote.

—Salomé—contestó la joven.

—¡Salomé! ¿Y qué santa es el santo de vuestro nombre? Nunca lo he oído.

—Nada tiene de extraño—dijo Salomé—. Vos sois cristiano y yo soy judía.

—¡Judía!—exclamó con repugnancia Gilote—. Escribid, señor secretario: la acusada se llama Salomé y es judía.

Alvar Yáñez escribió.

—¿Qué edad tenéis?—dijo Gilote.

—Diecisiete años—contestó ella.

—Temprano, pues habéis empezado a cometer delitos.

—Yo no he cometido ningún delito.

—¡Ya empieza a negar! Pero no importa. ¿Qué hacíais anoche en la calle a la madrugada?

—Seguí a un hombre.

—Decid, más bien, que ibais acompañada de un hombre.

—Aquel hombre me acompañaba para celar a otro, a un hombre a quien amo.

—Y sin duda celando a aquel hombre le encontrasteis, y vuestro compañero le dió muerte.

—Aquel hombre le mataron en una casa de la calle de las Culebras.

—¿Quién le mató?

—Un hombre que entró en aquella casa y que al abrirle el muerto le dió una estocada.

—¿Sabéis quién vive en aquella casa?

—Una dama.

—¿Y cómo se llama esa dama?

—Doña María de Hinestrosa.

Dió un salto en la silla el escribano.

—Alcaide—dijo Gilote.

El alcaide entró.

—Haced que pase uno de mis ministros, el que se llama Mochuelo.

Poco después entró el llamado Mochuelo.

—Alguacil—dijo Gilote.

—Señor—repuso Mochuelo.

—Ahora mismo iréis a prender a doña María de Hinestrosa, que vive en la calle de las Culebras.

Movióse impaciente el escribano de su asiento.

—¿Y adónde la conduciré, señor?

—A las prisiones de la alcaldía; en el momento que esté aquí, avisadme. Id sin perder tiempo.

Mochuelo salió.

—¿Va a venir esa mujer?—dijo con ansia Salomé.

—Sí—contestó Gilote.

—Pues quiero verla, para que no niegue, para que no pueda

negar, para que sepa todo el mundo que el rey es un miserable.

—¡Mirad lo que decís del rey, vive el cielo!

—¿Y qué me importa ni vos, ni el rey, ni el cielo, ni el infierno!—dijo con energía Salomé—. ¿No habéis tenido nunca celos?

—¡Celos yo!—exclamó asustado Gilote, acordándose de doña Constanza.

—Si habéis tenido celos, y celos como los míos; si habéis sido villanamente engañado como yo, comprenderéis que todo lo aventuramos para vengarnos, para vengarnos de la persona que nos ha engañado villanamente, que nos ha destrozado el corazón.

—Pero vos ibais con un hombre—dijo Gilote—. ¿Y qué hacéis vos, señora, tan tarde, de noche, sola y a tal hora en la calle, en una calle sin salida, acompañada de un hombre joven?

—Iba en seguimiento del hombre que me había engañado, del hombre a quien aborrezco y que me injuria por doña María de Hinestrosa. ¿Vos no conocéis a doña María de Hinestrosa? Pues es hermana de Juan Fernández de Hinestrosa y tía de doña María de Padilla, la querida del rey.

—¡Diablo!—dijo para sí Gilote, a quien no agradaba mucho el giro que iba tomando el asunto—. Pero—añadió alto—de lo que aquí se trata es de saber quién era el hombre que os acompañaba.

—Aquel hombre es mi hermano.

—¡Vuestro hermano!

—Le llamo hermano porque es judío como yo, y nos hemos criado juntos.

Gilote se volvió a Alvar Yáñez y le dijo, más que por otra cosa, por dominar la confusión que se iba apoderando de su cerebro, a causa de hallarse practicando un oficio difícilísimo para él:

—¿Habéis escrito todo lo que ha dicho la acusada?

—Sí, señor—contestó flemáticamente el escribano.

—¿Acusada?—dijo Salomé—. ¿Pues de qué estoy yo acusada?

—Se os ha encontrado ya muy tarde en la calle, acompañada de un hombre. ¿No es verdad?

—Sí, señor.

—¿Ese hombre no es vuestro marido?

—No, señor—dijo con precipitación la joven.

—No basta que vos lo digáis. Contra lo que decís está lo que se ha visto: estáis, pues, acusada de mancebía y de escándalo contra los buenos usos y costumbres de estos reinos.

Salomé hizo un mohín harto significativo y guardó un silencio de desprecio.

—Además, se os ha encontrado en un callejón sin salida, en el que había un hombre muerto a hierro. Estáis acusada de ese asesinato.

—¿De asesinato yo?—exclamó Salomé con indignación.

—O al menos de haber tenido parte en el tal asesinato.

—Os juro—dijo Salomé, asustada por las consecuencias que podía tener aquella acusación—; os juro que ni Adonias ni yo tenemos parte en esa muerte.

—¿Y quién es Adonias?

—El hombre que me acompañaba.

—¿De modo que cuando entrasteis en el callejón ya estaba allí el muerto?

—No, no, señor; al muerto le mataron dentro de la casa de doña María de Hinestrosa.

—¡Ah! ¿Le mataron dentro de la casa de doña María?

—Sí, señor.

—¿Y quién le mató?

—El señor Juan Fernández de Hinestrosa.

—¡Alcaide!—exclamó Gilote, empuñando fuertemente su vara y levantándose.

Presentóse el alcaide.

—Que vayan a prender al momento al señor Juan Fernández de Hinestrosa.

—¡Al señor Juan Fernández de Hinestrosa!—exclamó aterrado el alcaide—. Ved, señor, que ese caballero es gran privado del rey.

—¿Y porque sea gran privado del rey ha de estar fuera del alcance de la vara de la justicia? Id, don bellaco, y mandad de mi orden a uno de los alguaciles que con la gente necesaria de las milicias de la ciudad vaya a prender a ese caballero. Id, o por Dios vivo que lo pasáis mal. Volved en seguida por si he menester llamaros.

—Muy bien, señor—dijo el alcaide, saliendo más que a paso.

Alvar Yáñez, entre tanto, se mostraba inquieto y disgustado.

—Escribid, señor secretario—dijo Gilote—, y nada os importe de lo que suceda. Deciais vos que quien mató al muerto fué el señor Juan Fernández de Hinestrosa.

—¿Y cómo sabéis eso?

—¿Que cómo lo sé? ¿No os he dicho que estoy enamorada de un hombre que me engaña y que tengo celos?

—¿Y qué tienen que ver con el homicidio vuestro amor ni vuestros celos?

—Nada ciertamente. Pero si yo no hubiese tenido celos, no hubiera ido a rondar la casa de doña María de Hinestrosa, ni hubiera visto la muerte de ese hombre.

—¡Ah!—dijo Gilote—. ¿Conque doña María de Hinestrosa es la dama por quien os han abandonado?

—¡Sí!—dijo sombríamente Salomé.

—¿En esa casa entró el hombre a quien amáis?

—Sí.

—¿Y sobreviniendo el hermano de la tal dama y encontrando sin duda dentro al amante, le mató? En ese caso, hizo bien, porque la primera ley con que debemos cumplir es la ley de la honra, sólo que hubiera debido matar también a la hermana.

—El amante de la mujer es demasiado grande, demasiado fuerte, para que nadie se atreva a matarle.

—¡Ah! ¡Es demasiado fuerte!... ¿De modo que el señor Juan Fernández de Hinestrosa le teme por grande y por fuerte?

—Sí, por fuerte y por grande—repitió con sarcasmo Salomé.

—Pues si el muerto no fué el amante, ¿quién fué?

—Un criado de doña María.

—¡Ah! ¡Mató al encubridor! Hizo bien. Los encubridores son una mala peste, y en asuntos de honra...

—Pues cuando nos hieren en la honra, tenemos derecho a matar.

—Sí, indudablemente; pero también tiene la justicia derecho a ahorcar al que mata, por más que el muerto le haya herido en la honra.

—¿Y qué importa la muerte si nos hemos vengado?

—Conque ello, en fin, es el caso que vos visteis que el señor Juan Fernández de Hinestrosa mató al criado de su hermana. ¿Y cómo le mató?

—Al abrirle la puerta. Entonces, Adonias, que conoce al señor Juan Fernández de Hinestrosa, le reconoció en la voz con que pronunció algunas palabras irritadas. Cerróse la puerta y Adonias y yo quedamos esperando. Oyóse arriba un fuerte altercado. Aunque las voces llegaban a nosotros de una manera confusa, creí reconocer en una de las de los dos hombres que hablaban la voz de mi amante.

—¿Y quién es vuestro amante, señora?

—Un paje del rey—dijo Salomé, no atreviéndose a descubrir demasiado.

—¡Un paje del rey! ¡Apostamos a que es ese paje endemoniado que me trae de cabeza! ¿Cómo se llama ese paje?

—Se llama Pedro de Espinosa.

—¡Cuando decía yo que por aquí debía de andar el señor Pedro de Espinosa! Y decidme, señora, ¿no tiene ese paje otro nombre? Vos habéis dicho que era una persona alta y fuerte, y ahora entiendo bien lo que quisisteis decir con esas palabras: que era una persona poderosa, muy poderosa.

—Todo el que es noble, rico y valiente es fuerte y alto.

—Bien. Dejemos esta cuestión para luego. Resulta que el señor Juan Fernández de Hinestrosa mató a un hombre, criado de su hermana, dentro de la casa de ésta, que encontró dentro a otro hombre que es paje del rey y se llama Pedro de Espinosa, y que este Pedro de Espinosa es vuestro amante, y amante asimismo de doña María de Hinestrosa.

—Eso es.

—Ahora bien: esto no explica cómo el muerto se encontró en la calle sin salida.

—Le sacaron de la casa de doña María el señor Juan Fernández y el señor Pedro de Espinosa.

—¿Cómo vuestro acompañante y vos os encontrasteis en la calleja junto al muerto?

—Cuando vimos luz por las rendijas de la puerta, temimos, como la noche era tan oscura, que saliesen alumbrándose y nos viesen; nos importaba no ser conocidos y huímos. Poco conocedores de la ciudad, nos metimos en la calle sin salida; poco después el señor Juan Fernández y Pedro de Espinosa llegaron con el muerto. Poco después, cuando íbamos a salir de la calleja, llegó la justicia y nos prendió.

—¿Es eso todo lo que sabéis?

—Sí, señor.

—Ahora bien, decidme: ¿el señor Pedro de Espinosa os ha engañado?

—De una manera infame.

—¿Y podéis vos probar el engaño?

—Sí puedo.

—¡Cómo!

—Por medio de testigos.

—¿Testigos de vuestra deshonra?

—Gentes que saben que el señor Pedro de Espinosa era mi amante.

—¿Y qué personas son ésas?

—Juan Diente y Garcí-Díaz de Albarracín, ballesteros del rey, y mi dueña doña Berenguela.

—Apuntad, señor secretario, esos nombres en un pergamino aparte. Decidnos vos dónde encontraremos a vuestra dueña.

—En el barrio de San Bernardo, en la calle de Vargas Machuca, en una casa de vecindad.

—Apuntad.

—Ya está—dijo Alvar Yáñez.

—Ahora seguid con el proceso.

—Ya sigo.

—¿Tenéis que acusar a alguna persona de haberos aconsejado y seducido para que, olvidando vuestra honra de doncella, si la teníais, siguieseis al señor Pedro de Espinosa?

—Sí, señor; hay una persona que tiene la culpa de mi desdicha, y la acuso.

—¿Y qué persona es ésa?

—Don Simuel Leví, tesorero mayor del rey, que me hizo conocer a don Pedro de Espinosa.

—Apuntad, señor secretario, en ese pergamino que habéis puesto aparte el nombre del tesorero del rey.

Alvar Yáñez apuntó.

—Las culpas de los que os han seducido no os disculpan de vuestras faltas: vos habéis usado mal de vuestro cuerpo.

—Yo he amado.

—¿Habéis abandonado a vuestros padres?

—No tengo padres. Quien pasaba por mi padre no lo era.

—¿Cómo se llamaba ese que pasaba por vuestro padre?

—Era hebreo: su nombre, Saul.

—Apuntad ese nombre en el papel consabido, señor Alvar Yáñez.

—Es inútil—dijo Salomé—, porque el rey ha ahorcado a Saul.

—No importa; apuntad, apuntad, señor secretario.

Alvar Yáñez apuntó.

—¿Tenéis algo más que declarar, señora?

—Nada más.

—Pues yo creo que sí—dijo Gilote.

—Preguntad.

—Ese vuestro amante no es paje del rey—dijo el terrible corregidor, posando una intensa mirada en el semblante de Salomé.

—¿Quién os ha dicho eso?—exclamó asustada la joven, que amaba aún con toda su alma a don Pedro y no quería pronunciar su nombre.

—Vos habéis dicho que es alto y fuerte?

—Lo he dicho porque es noble, rico y valiente.

—No; ni es paje, ni se llama Pedro de Espinoza.

—En ese caso sabéis más que yo, señor.

—¿Es decir que no queréis declarar?

—Digo lo que sé.

—Ved que estoy dispuesto a esclarecer la verdad.

—Yo, señor, no os engaño.

—Yo sé que engañáis, pero afortunadamente tenemos aquí muchos medios de haceros hablar; por lo pronto os pondremos un par de borceguíes.

—¡Un par de borceguíes! ¿Qué queréis decir?

—Eso quiere decir, niña—le contestó Alvar Yáñez cediendo acaso por la primera vez de su vida a un sentimiento de humanidad—, que os pondremos en cuestión de tormento hasta que declaréis.

—Eso es, os pondremos en cuestión de tormento hasta que declaréis—repitió gravemente Gilote.

—Y os advierto—dijo el escribano—que son tan ajustados, aprietan tanto los tales borceguíes, que podrá suceder muy bien que perdáis esos bonitos pies.

—Lo que sería una lástima—añadió Gilote, que al fin era un buen alma, y que por falta de costumbre no sabía sostener su dignidad de corregidor.

—Pero... ¿queréis asesinar-me?—exclamó aterrada Salomé.

—Sólo queremos que digáis la verdad.

—He dicho todo lo que sé.

—Mirad de lo que se trata—dijo Alvar Yáñez, levantándose y mostrándola el aparato de los borceguíes—; si os obstináis en callar, os tenderán sobre ese lecho; os sujetarán con esas correas, os meterán los pies entre estos hierros, y apretarán, apretarán hasta que salte la sangre, y apretarán si calláis hasta que se os rompan los huesos.

—¡Oh! ¡Qué horror!—exclamó la pobre niña, cubriéndose el rostro con las manos.

—Declarad—la dijo rápidamente Alvar Yáñez al oído—; nada importa, esto acabará bien.

—¿Qué decís a la acusada, señor secretario?—exclamó Gilote, que era malicioso y desconfiado como buen rústico.

—La convenzo, señor corregidor.

—¿Y os habéis convencido, niña?—añadió Gilote.

—Sí, sí, señor—dijo con terror Salomé—. ¡Ponerme ahí! ¡Atarme! ¡Despedazarme! ¡Y todo por él! ¡Por el que ya me

ha despedazado el corazón! ¿Y luego qué importa? ¿Qué podéis hacer vosotros contra él?

—Su verdadero nombre—dijo con impaciencia Gilote.

—Pues bien: el hombre que me ha engañado, el hombre que me ha ocultado su grandeza, que me ha hecho amarle, que me ha ofrecido ser mi esposo, cuando no podía serlo porque es casado, es su señoría el rey don Pedro de Castilla.

—¡Ah, bien lo sabía yo! ¿Conque el señor Pedro de Espinosa es el señor rey de Castilla; y el señor rey de Castilla aporrea a la justicia y se burla de ella, y seduce doncellas, anda en homicidios y otras torpezas? Apuntad, apuntad en el pergamino de marras, señor escribano.

Alvar Yáñez escribió debajo de los nombre anteriores el nombre del rey:

—Por ahora—dijo Gilote—hemos concluidos con vos, señora. ¡Hola alcaide!

—Señor—dijo el funcionario apareciendo en la puerta.

—Conducid esta dama a su prisión, y que no hable con nadie.

—¿A mi prisión, señor? ¡Tened compasión de mí! Es una prisión fría, húmeda, oscura; tengo miedo en ella, un miedo terrible.

—¿Es verdad esto?—dijo Gilote, volviéndose al alcaide

—Es uno de los calabozos subterráneos, señor; y naturalmente las infiltraciones de los fosos...

—¿Y no tenéis una prisión más cómoda?

—Sí, señor; una torre alta en la alcaidía, pero se acostumbra a que los presos paguen...

—¡Cómo, bergante! ¡Conque también en la cárcel ha de haber pobres y ricos? ¿Conque al pobre se le ha de empozar sólo porque es pobre? Será necesario visitar la cárcel y condenar, soterrar los calabozos perjudiciales a la salud. ¿Cómo es esto? ¿Vivimos entre herejes? ¡Hola, don pícaro! Llevadme a esta dama a un calabozo seco y ventilado; si no os pongo en la rueda y os desrriño.

—Perdonad, señor; pero los alcaides no tenemos más sueldo que nuestros derechos de carcelaje.

—Si me replicas una palabra más, yo veré el medio de hacerte obedecer. Lleva a esa dama donde te he dicho, y vuelve. Mira: tráete de camino al hombre que vino anoche con ella.

—Muy bien, señor—dijo el alcaide todo mohino, saliendo con Salomé.

—Resulta, pues, de esta declaración, que arroja de sí más de

lo que yo creía—dijo Gilote—; que están revueltos en la muerte del hombre de anoche...

—El señor don Juan Fernández de Hinestrosa, doña María su hermana, y su señoría el rey, a más de esa dama y del otro judío.

—Resulta, además, que esta judía ha sido engañada por el rey.

—Así resulta de su dicho.

—Para probarlo tenemos...

—Al tesorero don Simuel Leví, acusado de tercería; a los balleneros Juan Diente y Garcí Díaz de Albarracín, según la dueña doña Berenguela, acusados de encubridores.

—Si eso se prueba, el rey es reo...

—De estupro a una doncella, de seducción, de engaño

—¿Y qué pena tienen esos delitos?

—O casarse con ella, o dotarla, o ir a galera...; sólo puede sentenciarse al rey a dotarla.

—Y a algo más; ¿pues qué el rey ha de cometer delitos sin recibir castigo? Y decidme: ¿qué pena tiene el que hace armas contra la justicia, y llevando adelante su insolencia la maltrata con obras?

—Mutilación de la mano derecha, horca y perdimiento de bienes.

—Apuntad: el rey está acusado de haber insultado y maltratado a la justicia, y de haber perdido y seducido a una doncella. Apuntad, apuntad.

—Ya apunto, señor corregidor.

—Ahora bien: pareceme que nos traen al otro reo.

—En efecto, ahí está.

El alcaide introdujo a Adonias y le dejó solo con Gilote y el escribano. El joven adelantó con desembarazo.

—¿Sabéis por qué estáis preso?—le dijo Gilote.

—Sí, señor; es decir, creo que se me ha preso creyéndome autor de la muerte de un hombre que encontró anoche difunto la justicia.

—¿Y qué descargo podéis dar de esa acusación?

Adonias reveló, de la misma manera que Salomé lo había hecho antes, todo lo que sabía acerca de la muerte de García de Coca.

Después de esto, Gilote le preguntó:

—¿Sois, según parece, judío?

—Por judío me he tenido y me tienen—contestó Adonias—; pero además de que hace algún tiempo que me he bautizado,

hace poco descubrí que hay misterios en mi nacimiento, y que debo pertenecer a una noble familia castellana.

—¿Cuál es vuestro nombre cristiano?

—Juan.

—¿Y cómo habéis descubierto o traslucido que no venís de judíos?

Adonias contó su llegada a Sevilla, su entrevista con Tamar, su traslación a la sinagoga y las misteriosas revelaciones de la nodriza del rey en presencia de Daniel; su juramento de servir lealmente al rey, su presencia entre los conjurados de San Juan de la Palma y sus nombres.

Todos estos nombres fueron apuntados por Alvar Yáñez, por orden de Gilote.

—Ahora bien—dijo—: ¿sois amante de la judía Salomé?

—Soy su hermano, es decir, me he criado con ella, y la amo como a una hermana; algún tiempo estuve enamorado de Salomé, pero ella me desdeñó; su desdén me irritó. Después vi un día una dama castellana, hermosa como un arcángel, y olvidé a Salomé como amante; pero yo era judío y pobre. Entonces pensé que un hombre puede todo lo que quiere: yo era pobre, pero podía con el trabajo y la industria ser rico. Entonces emprendí el oficio de joyero, y logré ser el mejor joyero de Sevilla, adquirí algún oro, huí de casa de Saul, me hice cristiano y anduve oculto algún tiempo en Sevilla; sólo me dejaba ver en una calle.

—¿Vivía en ella la dama que os enamora?—dijo Gilote, alentando una celosa sorpresa.

—Sí.

—¿Cómo se llama esa dama?

—¿Por qué he de callar su nombre, si es noble, y ella es pura como el sol? La dama es hija de la corregidora doña Elvira de Herrera, hijastra del corregidor Juan de Arévalo. y se llama Constanza de Arias.

—¿Y esa dama os ama?—exclamó respirando apenas Gilote.

—Así lo creo, puesto que mil veces me lo ha dicho.

—¿Y sabe ella que sois judío?

—No...; a una mujer que ama, ¿qué le importa el linaje de donde venga el hombre amado? Jamás me ha preguntado por mi familia.

—¿Y vos habéis tenido la desvergüenza de engañarla? ¿Acaso de corromperla?

—He respetado la virtud de doña Constanza, porque la quiero para mi esposa.

—¡Esposa doña Constanza de un judío que no tiene padres conocidos!

—Por lo mismo que no tengo padres conocidos, no podéis llamarme judío; yo, es verdad, hasta hace muy poco tiempo ignoraba el misterio de mi nacimiento; pero me dije: un hombre que ama y tiene valor y audacia, puede llegar a serlo todo; y salí de España, y serví como aventurero en Francia, y he vuelto caballero, honrado y rico... Ya sé lo que debo hacer para encontrar a mis padres, y cuando los encuentre, y tenga un nombre, iré a ponerle a los pies de doña Constanza.

—¿Y qué tenéis que hacer para llegar a ese punto?

—Servir lealmente al rey don Pedro.

—¿Y le servís andando de noche a trasmamo con una judía joven y hermosa?

—Es que esa judía está injuriada por el rey, le persigue, y es capaz de asesinarlo, o por su propia mano, o conspirando contra él.

—¿De modo que vos...?

—Me finjo enemigo del rey para confiar a Salomé y servir mejor a su señoría.

—¿Y don Pedro es el hombre que estaba en casa de doña María de Hinestrosa cuando entró su hermano?

—Sí, señor.

—¿En qué le conocisteis?

—En que le sonaban las canillas.

—Bien, bien. ¿Habéis dicho todo lo que tenéis que decir?

—Sí, señor.

—¿Tenéis que quejaros del lugar que ocupáis en la cárcel?

—Es frío y húmedo.

—Bien. ¡Alcaide!

—¡Señor!

—Conducid este preso a las habitaciones de la alcaidía.

—Pero, señor...

—¡Dios vive, que os ahorcaré, bribón!—exclamó todo iracundo Gilote:

El alcaide partió con Adonias.

Apenas hubo desaparecido, Gilote, que había quedado sumamente pensativo en su sillón, se levantó y se puso a pasear a lo largo de la cámara del tormento, tropezando acá y allá en hierros, sin reparar en ello; el escribano Alvar Yáñez se levantó también, y se fué a la boca del hornillo, donde permaneció calentándose, porque hacía frío, y meditando, porque el proceso de que se ocupaba era el más grande que había tenido entre

sus manos, y suponía que de él iban a salir terribles consecuencias.

Aquel corregidor, ignorante de todo derecho escrito y guiándose solamente en sus actuaciones por lo que le dictaba su conciencia, derecho natural de los hombres constituidos en sociedad, le espantaba más que un corregidor letrado por terrible que hubiese sido; tan colosales dimensiones iba tomando el proceso, que temió, porque su conciencia no estaba muy tranquila, verse comprometido por algún raro e imprevisto incidente.

Mientras esto meditaba el escribano, Gilote murmuraba, siguiendo su monótono paseo:

—¿Conque es decir que sólo encuentro amarguras por mi imprudencia de haberme querido meter a redimir el mundo?... Y sobre todas las amarguras, esa dama tan hermosa, sí...; esa doña Constanza... ama a ese hombre, le ama..., y el bellaco lo dice con una confianza que es necesario creerle... ¡Válgame Dios, y quién me mandaba a mí zaherir a la justicia, para que ese diablo de rey se le ocurriera hacerme corregidor y divertirse conmigo!... ¡Divertirse! Cosas van saliendo en el proceso que más son para que yo me divierta que para que se divierta el rey...; y le ahorco...; sí, señor, le ahorco... ¡Vaya si ahorco a su señoría!; dejaría yo de ser Gil Pando si no lo hiciese. Pues qué ¿no hay más que porque un hombre es rey deshonor doncellas, mate vasallos y apalee corregidores? ¿Qué es la justicia si no juzga lo mismo al rico que al pobre, al rey que al vasallo? Cuando se trata de hacer justicia todos son iguales; no sino Dios se detendrá mucho en mirar si un alma perversa y mala ha sido acá abajo de rey o de vasallo para conducirla... Sí; sí, señor; yo ahorcaré al rey..., pero también el rey puede ahorcarme a mí si no descubro al matador de Alvaro Gómez de Santaella... Y bien, que me ahorque; ¿para qué quiero yo vivir si no tengo la más mínima esperanza de que ella sea mi mujer?... ¿Y quién me manda a mí quererla? Bien dice el tío Marcos: «No se ha hecho la miel para la boca del asno...»; pero si yo ahorcara a ese Adonias del diablo, y diera carpetazo a ese proceso, y entregase al rey sus enemigos..., el rey me recompensaría..., me haría rico; además, podía librar a doña Elvira, a la madre de doña Constanza, a condición de que ella fuera mi mujer..., pero eso no. Afuera, afuera tentaciones...; la justicia es lo primero. Derecha me ha dado el rey su vara, y derecha se la he de entregar; que al buen juez no deben apartarle de la justicia ni amistades,

ni dinero, ni amor, ni miedo. Yo me tengo la culpa de la desgracia que me sucede...; pues bien, yo solo me la sufriré sin condenar inocentes ni perdonar malvados.

En aquel momento se abrió la puerta, y el alcaide dijo desde ella:

—Acaban de traer presos a doña Estrella de Molina y al señor Juan de Ayala.

—Que entre doña Estrella—dijo reponiéndose Gilote y ocupando de nuevo su sillón.

Ocupó asimismo su puesto, junto a la mesa, Alvar Yáñez, y poco después entró doña Estrella de Molina.

## CAPITULO XXIX

Al entrar doña Estrella miró con espanto en torno suyo.

—¿Por qué me han preso, sacándome engañada de mi ermita?—dijo, sin conocer por el momento a Gilote; pero acercándose más, le reconoció y añadió con extrañeza—: ¡Cómo! ¿Sois vos, Gil Pando, vos que debéis tantos beneficios, quien ha mandado prenderme?

—Yo no soy ahora, doña Estrella—dijo con gravedad Gilote—el Gil Pando que conocéis, sino el corregidor de Sevilla. Vuestra prisión importaba.

—¿Y en qué he delinquido yo?

—¿En qué? Voy a decíroslo. Vos sois casada.

—Lo soy.

—¿Cómo habéis desaparecido de junto a vuestro marido?

—Ya os lo he dicho esta mañana: mi marido tenía necesidad de deshacerse de mí; me dió un brebaje creyendo que era un tóxico, y el judío Saul me salvó. Ya os lo he referido.

—¿Vos teníais una hija?

—¡Ay!; sí.

—¿Qué me habéis hecho de esa hija?

—La perdí.

—¿Y por qué la perdisteis, señora?

—Me la arrebataron.

—¿Por qué no habéis acusado ante la justicia a los que creíais causantes de entrambos delitos?

—No lo sé—exclamó aturdida doña Estrella.

—¿Y creéis que se puede decir no lo sé a la justicia?

—He obrado sin duda mal.

—Pues porque habéis obrado mal se os prende. ¿Sabe acaso nadie si vuestro esposo os dió el brebaje, o si lo tomásteis vos para apartaros de él y vivir a vuestras anchas? ¿Sabe nadie si os arrebataron a vuestra hija, o si vos os deshicisteis de ella? La justicia os acusa, señora.

—¿Que me acusa la justicia?

—Sí; y si vos no os sinceráis, la justicia os condenará.

—¿Y qué he de hacer? ¡Dios mío! Yo soy inocente—exclamó asustada la pobre dama.

—Acusad y probad vuestra acusación.

—¿Y cómo la he de probar? ¡Dios mío!

—Acusad, y la justicia os ayudará. ¿No tenéis testigos...?

—Sí, tengo uno.

—¿Quién?

—El señor Juan de Ayala.

—¿Era, según recuerdo, escudero de vuestro esposo?

—Sí.

—¿Y quién evita que alguien crea que el señor Juan de Ayala es vuestro cómplice?

—¡Oh! ¡Qué horror, Dios mío! Todos los de los alrededores de la ermita del Amparo me conocen; todos saben que mi vida es penitente.

—Vuestra vida penitente ha hecho creer a algunos que tenéis grandes crímenes que satisfacer sobre la tierra.

—¡Dios mío! Yo he hecho penitencia para que Dios me volviera mi hija.

—Acusad, acusad, señora—dijo Alvar Yáñez.

—Pues bien: yo acuso al señor Juan de Arévalo, mi esposo, de asesinato, de adulterio y de parricidio.

—¿Quiénes son vuestros testigos?

—El señor Juan de Ayala, el judío Saul el Julani y don Simuel Leví.

—Saul el Julani ha muerto—dijo el escribano—; pero viven el señor Juan de Ayala y don Simuel Leví.

—La justicia, señora, para esclarecer ciertos malos hechos, se ha visto precisada a acusaros, a prenderos. Siendo inocente como yo estoy seguro que lo sois, nada tenéis que temer; y si vuestra hija vive, como lo espero, tendréis a vuestra hija. No paséis, pues, pena; nada temáis: la vara de la justicia está en mi mano, y ya sabéis quién soy yo: pobre y rústico, pero honrado.

—¡Oh! ¡Sí, Gil Pando, sí!

—Ahora bien: aunque en la cárcel, voy a hacer que os apesenten de una manera digna de vos. ¡Hola, alcaide!

Presentóse éste.

—De mi cuenta y a mi costa, sin perdonar gasto alguno, acomodad a esa dama en vuestra habitación: buen lecho, buena comida, buena servidumbre, y, sobre todo, respeto Id.

El alcaide salió con doña Estrella, mostrándose en su trato extraordinariamente cortés y amable, cortesía y amabilidad que le costaba mucho trabajo, porque no estaba acostumbrado a ellas.

Inmediatamente Gilote hizo comparecer a Juan de Ayala.

Presentóse el anciano apoyado en un alguacil, débil y vacilante a causa de sus recientes heridas, y Gilote que, no tocándose a la justicia, era un excelente corregidor, le hizo poner un sillón, después de lo cual se retiró el alguacil, quedando solo Juan de Ayala con Gilote y Alvar Yáñez.

—¿Sabéis por qué se os ha preso?

—Lo ignoro—dijo el anciano—; pero tengo que quejarme de la forma de mi prisión.

--¡Quejaros!

—Ciertamente que no me quejo por mí, sino por doña Estrella.

—Pues qué, ¿alguién se ha atrevido...?

—Nos han sacado con engaño de la ermita, que era un lugar de asilo, y nos han preso al encontrarnos fuera de él.

—¡Ah! ¿Conque estábais acogidos a asilo? ¿Luego sois criminales?

—No he querido decir eso: sólo que, no habiendo podido entrar en la ermita por ser un lugar de asilo nos han sacado con engaños de ella.

—Yo sólo he mandado que se os prendiera, y estáis preso. Ahora bien, os repito: ¿sabéis por qué estáis preso?

—Lo ignoro, señor corregidor.

—Pues estáis preso por antiguos delitos.

—¿Por antiguos delitos, decís?

—Sí, por cierto. ¿No os acusa de nada la conciencia?

—No, señor.

—Tenéis, pues, muy poca memoria. ¿No os acordáis de nada de lo que os aconteció cuando érais escudero del señor Juan de Arévalo?

—¡Ah!—exclamó Juan de Ayala.

—Señor secretario—dijo Gilote—: leed la declaración de doña Estrella de Molina.

Leyó Alvar Yáñez aquella declaración de cabo a rabo, y cuando hubo concluído, Gilote se volvió gravemente a Juan de Ayala.

—¿Nada tenéis que decir acerca de eso?—preguntó al anciano.

—Sí; sí, señor; tengo que decir mucho—contestó Juan de Ayala—. Y Dios me perdone si no lo he dicho antes de ahora. Dios es justo, y hace que al fin y al cabo los crímenes se descubran.

Tras estas palabras y de concentrarse un gran espacio para coordinar sus recuerdos, Juan de Ayala empezó la siguiente declaración con voz reposada, declaración que copió el escribano Alvar Yáñez.

—Hace veinte años, el señor Juan de Arévalo, a quien yo servía como escudero, conoció en un sarao de la corte a una dama muy hermosa. Esta dama se llamaba doña Elvira de Herrera, y era esposa de un noble y valiente caballero llamado Iñigo de Arias, con quien hacía dos años que se había casado, y del cual tenía una hija de corta edad llamada doña Constanza. Doña Elvira, aunque había pasado de la flor de la juventud, era una mujer hermosísima; huérfana desde sus primeros años, educada por dos tías que eran independientes, que se mantenían solteras, y que eran bastante ricas para satisfacer todos sus deseos, doña Elvira recibió una mala educación: se hizo soberbia, voluntariosa, indolente y lasciva. Ya antes de que se hubiese casado con Iñigo de Arias había habido por ella escándalos, y aun se hablaba de una niña que había sido apartada misteriosamente de su lado para que no la deshonrase. Sus tías no se atrevieron a reprenderla por una falta de que ellas habían dado el ejemplo, y se redujeron a ocultar su estado, enviándola a una aldea de sus señoríos, y encerrándola en ella en un convento, del cual era abadesa una parienta próxima. Cuando doña Elvira pudo presentarse de una manera conveniente en la corte, sin que nadie pudiese sospechar su falta, volvió, y conmovido su seductor, de una parte, por los ruegos de su tía; de otra, por la hermosura y el candor de doña Elvira, y arrastrado por la codicia de poseer el enorme dote de la mujer que había deshonrado, consintió en casarse con ella; pero había serios obstáculos que vencer. Alfonso Cortés, que así se llamaba aquel caballero, era comendador de la orden de la caballería de Calatrava, freire, por tanto, y como freire obligado al celibato por su voto de castidad; pero era muy rico, éralo también doña Elvira, y como a Roma se

va por todo, Alfonso Cortés envió a ella su mayordomo con algunos miles de doblas castellanas, y con la orden de no volverse sin la dispensa de su voto. Pero estos negocios suelen tardar años en concluirse, y aunque este sólo tardó algunos meses, hubo tiempo bastante para que sobreviniese un incidente fatal. El amor fué la causa de este incidente. Tenía Alfonso Cortés una hermana, ya matrona, pero hermosa a maravilla, que vivía con su anciana madre en un castillo señorial de Alfonso Cortés, en las montañas de Galicia. La madre murió, al fin, y el comendador se vió obligado a traerse consigo su hermana a la corte. ¿Pero cómo cuidar de una doncella un hombre solo? Esto era imposible. Por más que la hubiese rodeado de dueñas, Alfonso Cortés no hubiera podido salvar a su hermana de la seducción y del engaño o, al menos, de la murmuración de las gentes, porque todos sabemos lo que es una dueña; en este apuro, el cuidadoso hermano pensó que salía del paso poniendo a doña Sol bajo el amparo y protección de doña María de Aragón, esposa del rey don Alfonso el Onceño, padre del rey don Pedro. Alfonso Cortés era muy estimado del rey y de la reina; doña Sol era hermosa y honrada, y fué admitida en la servidumbre de la reina doña María como camarera. Alfonso había pensado que de aquel modo ponía a su hermana a cubierto de asechanzas y seducciones, descansó enteramente del cuidado que se tenía en el alcázar con las damas de la reina, y se entregó tranquilo, por aquella parte, a sus cuidados. Pero sin saberlo había metido a su hermana en la boca del lobo. Las dueñas de las damas de la reina, que hubieran sido incorruptibles, más que por honradez por temor, a las sugerencias y a las dádivas de los más altos caballeros de la corte, se encontraron de repente con un enemigo a quien no podían resistir: aquel enemigo era el rey don Alfonso. Joven, impetuoso, enamorado por la magnífica hermosura de doña Sol, temeroso de que su honra la hiciese desdeñar sus reales amores, se decidió a dar un golpe decisivo, valiéndose para ello de las dueñas de la servidumbre. Estas no se atrevieron a contrariar los deseos del rey, que lograron hacerse realidad. No tardó mucho tiempo en saber la reina, sin poder decir quién se lo había dicho, las relaciones de su real esposo con la más hermosa, la más respetada, la más virtuosa y la más querida de sus damas. Sus celos de mujer y de reina fueron fatales para doña Sol; vióse un día repudiada por la reina; sobrevino el rey, tomó la defensa por la hermosa joven, desplegó toda la energía de su carácter, hizo temblar a la reina, que calló y de-

voró su indignación; doña Sol continuó en el alcázar, respetada por todos; ya no fueron un misterio los amores del rey y la dama de la reina hasta que Alfonso Cortés hubo de enterarse ya que la maledicencia llega en alas del viento a donde menos interesa siempre que llegue. Pudo sorprender a su hermana en el momento en que nacía el fruto de su pecado. Ciego de ira, la cosió a puñaladas, jurando vengarse en la honra y en la cabeza del que había infamado su linaje.

Su venganza fué terrible. Aprovechando la ausencia del rey, entonces en guerra con los moros, logró enamorar a doña María, haciéndola suya. Cuando llegó el momento culminante en que ésta no podía ocultar su deshonor, mandó un sarcástico mensaje al rey don Alfonso, que mandando inmediatamente a caballo y sin reposar un punto, llegó en pocos días a Sevilla sin más compañía que su espada y su feroz cólera. Hubo una escena imposible de narrar aquí. El caso es que el rey llamó a don Simuel Leví y le entregó a un recién nacido mandándole que le expusiese en una iglesia; don Simuel tomó el niño, le metió en una cesta de mimbrres, y le expuso en la puerta de la iglesia de San Miguel.

—¿Y sabéis vos, que tan enterado estáis de estos asuntos, como que los sabéis por dentro y por fuera, lo que fué del tal muchacho?—dijo Gilote.

—Si yo sé estos negocios es porque esta historia la dejó escrita el señor Alfonso Cortés, con la piadosa intención de que llegase a noticiás de todo el mundo.

—Pues bien se ve que quería vengarse el tal Alfonso Cortés. Pero el paradero del muchacho...

—El señor Alfonso Cortés, que había sido testigo de lo que había pasado entre el rey la reina oculto tras una puerta de servicio y con la salida franca para huir si era necesario, siguió a don Simuel, porque al fin aquel recién nacido era su hijo y le importaba su suerte. Vió que le llevaba a la parroquia de San Miguel y esperó toda la noche; al amanecer vió que le recogía un hombre, y le siguió hasta su casa; informóse de quién era, cuando pudo meterse en averiguaciones, y supo que se llamaba Marcos Perea, y que era marido de una honrada dueña llamada Genoveva.

—¿Y qué se ha hecho del muchacho?

—El señor Marcos murió, y la señora Genoveva, que hacía tiempo, aun en vida de su marido, andaba pretendida por el sacristán de la iglesia de San Juan de la Palma, maese Lon-

ginos, se casó con él. El muchacho sigue en su compañía, es monago de la iglesia, y se llama Deogracias.

—¡Cómo! ¡Se llama Deogracias; es ese maldito Deogracias, acólito de los diablos, el hijo natural de la reina doña María y del señor Alfonso Cortés?

—Ni más ni menos.

—Pues alegraos, señor Juan de Ayala, porque yo mismo he encontrado a ese mozo, en contravención de mis pregones, pelando la pava con vuestra hija.

—¡Ah!

—Sólo que será bueno, si el hermano bastardo del rey, el buen Deogracias, ha de casarse con doña Elvira, quitarle ciertas aprensiones.

—¡Aprensiones! ¿de qué?—exclamó Juan de Ayala.

—Más que aprensiones son: como que vió salir de vuestra casa al señor Pedro de Espinosa, que sin duda no habría ido a ayudar en sus devociones a vuestra hija. Ya sabía el verdadero nombre del señor Pedro de Espinosa.

—¡Ah!—exclamó Juan de Ayala, aterrado al ver que su honor andaba en manos de justicia y envuelto en un proceso—; ¿pero esta circunstancia no constará?

—Nada temáis, señor Juan de Ayala, de lo que resulte de este proceso. Se hará justicia, pero estad seguro de que el proceso se perderá. Continúad ahora con vuestra declaración. Decíais que el señor Alfonso Cortés...

—Sí; sí señor. La reina se restableció en secreto y tornó al alcázar desde el castillo de Carmona; el rey se volvió de incógnito a la frontera, como había venido a Sevilla. Pero habiendo estado oculto algunos días en cierta noble casa, conoció en ella a doña Leonor de Guzmán, y empezaron unos amores de los que habréis oído hablar mucho.

—Sí, ya sé que durante muchos años doña Leonor de Guzmán ha sido la verdadera reina de Castilla. y que dió al rey don Alfonso hijos bastardos, que ahora son enemigos abiertos del rey don Pedro; pero continuad.

—No bastó sin duda esta venganza a Alfonso Cortés. Había dicho al rey que después de herirle en la honra le heriría en la cabeza, y fiel a su amenaza apareció un día, desplegando una bandera rebelde, unido con algunos nobles descontentos del rey; las mesnadas de todos estos ricos hombres, parientes los unos, los otros amigos de Alfonso Cortés, formaban un ejército respetable, y todos creyeron que aparecía de nuevo la terrible guerra civil, en los primeros años del reinado de

don Alfonso, había afligido a Castilla. A más de esto, y no estando muy seguros los rebeldes de sus propias fuerzas, se unieron al rey de Granada, que rompió al mismo tiempo por la frontera; pero no era rey don Alfonso a quien aterraba el peligro. Apellidó guerra, levantando su estandarte real, reunió a sus lanzas las de los nobles leales y las de la familia de doña Leonor de Guzmán, su favorita; envió la una mitad con Alfonso Ferrández Coronel, que entonces era mozo, a la frontera de Granada, y con la otra mitad salió el mismo al encuentro de los traidores, que se acercaban a Sevilla. La victoria fué completa: el rey destrozó a los rebeldes, prendió a la mayor parte de los sus caudillos, entre ellos a Alfonso Cortés, y los encerró en el castillo de Triana; la justicia del rey no se hizo esperar: Alfonso Cortés y los demás caballeros traidores fueron sentenciados a morir degollados. Por un acaso, el señor Juan de Arévalo, de quien yo era entonces escudero, se encontraba fuera de Castilla, en unas haciendas que tenía en Asturias, cuando estalló la rebelión, y no pudo tomar parte en ella, lo que hubiera hecho a no estar ausente, porque era grande amigo de Alfonso Cortés. Sentenciado éste a muerte, envió a buscar a su amigo Juan de Arévalo y no habiendo vuelto éste a la sazón, Alfonso Cortés me mandó llamar a mí porque sabía la confianza que me dispensaba mi señor. Costó un gran trabajo obtener licencia del rey para que me dejase ver a Alfonso Cortés. Al fin se consiguió, pocos momentos antes de su ejecución. En cuanto entré me dijo: «Os llamo para un asunto de conciencia, amigo Juan de Ayala: debajo de mi jergón tengo una caja de hierro, dentro de la cual se encuentran unos papeles, que quiero que entreguéis a la buena Berta Ramírez, nodriza que ha sido del príncipe Pedro. Esa mujer vive en la Judería, por vivir oculta, en casa de un judío que se llama Saul, donde cría un niño y una niña: la niña es hija mía y de doña Elvira de Herrera, con quien por no tener a tiempo la dispensa de mi voto de freire no he podido casarme. El niño es hijo natural de mi hermana doña Sol y del rey don Alfonso el Onceno; amo a esos dos niños como si los dos fueran mis hijos; el rey me confisca los bienes y nada puedo dejarles; pero cuidad vos, en lo que podáis, de ellos. Dentro del cofre donde están los papeles que justifican su nacimiento hay una sortija; la sortija de desposorios de mi madre, en que está el sello de mis armas; confío que vos cumpliréis como bueno lo que os encargo. Los dos niños, como señal de reconocimiento, tienen una cicatriz en la oreja derecha, en la

parte baja de su borde exterior; estos dos niños no deben jamás conocer el nombre de sus madres; esto deshonraría a mi hermana y a la reina doña María: a fuerza de oro ha consentido el judío Saul en que estos dos niños pasen por hijos de dos hijas suyas: con la una, con Judith, aparece como manceba del rey.» Pero le dije: «Contadme bien esa historia para que yo pueda cumplir vuestro encargo.» «No tenemos tiempo, dijo Alfonso Cortés; pensarían que yo usaba de la licencia del rey para hablar con vos, por miedo a la muerte; pero no importa, añadió como decidiéndose; yo había resuelto quemar estos papeles, y sacó unos de su seno, pero vos los quemaréis después de que los hayáis leído. ¿No es verdad?» «Os lo juro, señor», le contesté. «Pues bien, tomad, me dijo dándomelos; ahí está toda la historia. Cuando la hayáis leído, quemadla.»

—¿Y la quemásteis?—dijo Gilote.

—No, no, señor. Después de muerto Alfonso Cortés pensé que era asunto de conciencia el que dos niños, aunque bastardos, tuviesen mancha de judíos. Guardé los papeles.

—¿Y dónde están esos papeles?

—En mi casa.

—Apuntad, señor secretario, para que no se nos olvide; que es necesario apoderarnos de esos papeles.

Apuntó este incidente en otro papel Alvar Yáñez. Juan de Ayala no hizo ninguna observación en pro ni en contra.

—¿Y los otros papeles del cofrecillo, que decía tener el señor Alfonso Cortés bajo su cama?

—Me los entregó, y yo los entregué a Berta Ramírez.

—¿Y los visteis esos papeles?

—Sí, señor.

—¿Y qué decían?

—De ellos, por una completa legalización, resultaba que Judith y Raquel, hijas del judío Saul el Julani, eran madres, la primera de Thamar, la segunda de Adonias. Es de advertir que las pobres doncellas, que después se casaron con hebreos, nada saben de esto...

—Pues fué mucho que el señor Alfonso Cortés tuviese tanta cuenta con la honra de la reina, dijo Gilote.

—Alfonso Cortés era un bueno y leal caballero, que nunca se hubiera rebelado contra el rey si el rey no le hubiera deshonrado, y aquel secreto quedó entre él y don Alfonso.

—Y además vos.

—Necesario era que alguno lo supiese.

—Continuad.

—Después de encargarme de esto Alfonso Cortés, me dijo: En mi castillo de Aracena, al pie de la gran torre, debajo de una enorme piedra cuadrada, hay unas escaleras; estas escaleras conducen a un aposento subterráneo: en ese aposento encontraréis un cuento de doblas de oro en joyas, y otros tres cuentos de la misma moneda en dinero; haced por desenterrar ese tesoro que yo he enterrado antes de rebelarme contra el rey, y entregádselo bajo recibo a don Simuel Leví: este recibo lo entregaréis a la nodriza Berta: cuando mi hija, que se llamará Thamar, haya cumplido veinte años, se le entregará un testamento apócrifo a nombre de su madre fingida, en que hay una cláusula que dice: «Es mi voluntad que cuando mi hija Thamar cumpla veinte años, se la deje libre para contraer matrimonio o disponer de sí misma a su arbitrio: entonces se la entregarán mis tesoros; pero no se la revelará su nacimiento, sino cuando se vea que se ha hecho digna de llevar un nombre ilustre.»

—Pues hay que confesar que el señor Alfonso Cortés había atado bien todos los cabos, dijo Gilote: y volviéndose a Alvar Yañez, añadió: y vos, señor secretario, ¿vais anotando hasta la más mínima circunstancia?

—Si señor.

—Vuestros escritos nos valdrán, porque yo os confieso que tanto voy sabiendo, que tengo la cabeza como una olla de grillos, esto es una madeja.

—Y enmarañada, dijo Alvar Yañez.

—Ya la desenmarañaremos con la ayuda de Dios: continuad vos.

—Yo me hice cargo de todos estos asuntos. Recibí la dolorosa comisión de llevar a doña Elvira de Herrera la última despedida de Alfonso Cortés, y éste fué degollado según me dijeron, pocas horas después de haber salido yo del castillo de Triana. Después cumplí punto por punto las instrucciones de Alfonso Cortés, salvo en lo de quemar la verdadera historia de los dos niños.

—¿Y el tesoro?

—Le encontré en el castillo de Aracena y le entregué a don Simuel Leví.

—¿Hemos mandado prender a don Simuel Leví?—dijo Gilote al secretario.

—No, señor.

—Pues prendámosle. ¡Hola, alcaide!

Apareció el alcaide.

—¿Han traído ya a la cárcel al señor Fernández de Hines-trosa?

—Sí, señor—dijo el alcaide—; pero protesta.

—Pues que proteste cuanto quiera. Que la misma gente que ha presa a ese caballero vaya a prender a don Simuel Levi.

—Muy bien, señor.

—Tened preparado al señor Fernández de Hines-trosa para que entre en audiencia.

—Muy bien, señor.

—Idos. Ahora bien, señor Juan de Ayala—dijo Gilote, después que hubo salido el alcaide—: creo, si no me engaña la memoria, que nos hemos entrometido en estos amores criminales a propósito de que vos dijisteis, hablando de doña Elvira de Herrera, que había tenido hijos antes de casarse con el señor Iñigo de Arias?

—Sí, señor.

—Habéis dicho también que después de casada con Iñigo de Arias y de haber tenido de este matrimonio a doña Constanza, se enamoró de ella vuestro señor Juan de Arévalo?

—Sí, señor.

—¿Y ella le correspondió?

—Sí, sí, señor; le correspondió hasta el punto de engañar a su marido.

—¿A quién engañó ocultándole sus amores con Alfonso Cortés?

—Sí, señor; y este secreto que yo revelé al señor Juan de Arévalo le sirvió de mucho para rendir a doña Elvira.

—Hicisteis muy mal en meteros en asuntos tan tenebrosos—dijo Gilote—, y sin duda que tenéis por ello vuestro tanto de pena.

—Sí, lo hecho no tiene remedio... Y el señor Juan de Arévalo, ¿era mozo?

—No, señor; estaba casado con doña Estrella de Molina.

—¡Ah!—exclamó Gilote—. Ya vamos descubriendo algo que importa mucho. ¿De modo que éstos eran unos amores adúlteros?

—Sí, señor.

—¿Y vos os atrevíais a servir a un hombre tan perverso?

—Sin duda hice mal..., y Dios quisiera que no hubiera obrado peor.

—¡Ah! ¿Obrasteis peor?

—Sí, señor.

—¡Y lo confesáis!

—Me remuerde la conciencia.

—Continuad.

—Los amores llegaron a un punto en que los amantes no pudieron vivir separados; pero había graves obstáculos para unirse; los dos estaban casados; sin embargo, Juan de Arévalo era hombre que no se detenía en nada: una noche apareció muerto junto a su casa Iñigo de Arias.

—¿Y quién le mató?

—Juan de Arévalo.

—¿Qué pruebas tenéis de ello?

—Me lo reveló el mismo Juan de Arévalo, que tenía en mí una gran confianza.

—¿Y vos no le acusasteis a la justicia?

—Me repugnó faltar a la confianza que se había hecho de mí.

—Pues os hicisteis cómplice como encubridor.

—¡Ah, señor corregidor! Los hombres tenemos debilidades...

—Debilidades que acaban por llevarlos a la horca; pero continuad.

—Muerto Iñigo de Arias, viuda doña Elvira de Herrera, quedaba aún un obstáculo para que se casase con ella Juan de Arévalo; este obstáculo era doña Estrella de Molina, su esposa.

—¿Y qué hizo el señor Juan de Arévalo?

Juan de Ayala contó punto por punto a Gilote la desaparición de doña Leonor, la pequeña hija de doña Estrella y Juan de Arévalo, el brebaje dado a ésta para hacerla parecer muerta y su casamiento con doña Elvira de Herrera, conforme en un todo a lo que ya conocen nuestros lectores

—Pero la niña ¿murió o se perdió?—dijo Gilote.

—No, no, señor; la niña fué criada por el judío Saul, y se llama Salomé.

—Apuntad, apuntad, señor secretario; la llamada Salomé, judía, es doña Leonor, hija legítima del señor Juan de Arévalo y de doña Estrella de Molina. ¿Habéis concluído?

—Sí, señor.

—Ahora bien: ¿qué más tenéis que declarar señor Juan de Ayala?

—Nada más sobre doña Estrella y el señor Juan de Arévalo que es lo que me habéis preguntado.

—Pues yo pienso que tenéis más que declarar. ¿Vos estáis herido?

—Sí, señor.

—¿Quién os hirió?

—No puedo decirlo.

—¿Cómo que no podéis decirlo? ¿Creéis que porque os he tratado con mansedumbre, no soy capaz de sacaros las palabras del cuerpo mal que os pese? ¿Sabéis en dónde estáis?

—Sé que estoy preso.

—Es que además de preso estáis en la cámara del tormento de la cárcel de Sevilla.

—¡Ah, señor!

—Y yo estoy dispuesto a daros tormento hasta despedazaros si os empeñáis en callar.

—Pero yo no puedo decir el hombre que me hirió.

Hizo un ademán enérgico Gilote y tal, que Juan de Ayala, viejo ya y quebrantado por las heridas, se aterró.

—Declararé cuanto queráis—dijo—, aunque en ello me va la vida.

Y refirió punto por punto la conspiración de la nobleza, su encuentro con el rey don Pedro, los amores de éste con su hija, como disculpa de su rebeldía, y nombró, por último, uno por uno, a los conspiradores.

Alvar Yáñez tenía el alma en un hilo, y Gilote se restregaba las manos de alegría.

—¿Habéis apuntado los nombres de esos caballeros y villanos que conspiran contra el rey?—dijo Gilote al secretario. —

—Sí, señor.

—¿Y las señas del lugar donde pueden ser habidos!

—Sí, señor.

—Y vos, ¿no tenéis nada más que declarar, señor Juan de Ayala?

—Nada más, señor.

—Leed al preso su declaración—dijo Gilote—, y que la firme.

Alvar Yáñez emprendió aquella larga lectura, y entre tanto Gilote se puso a pasear por la cámara.

—Esta es una maraña, una verdadera maraña—exclamaba para sí—; pero que arroja de sí grandes cosas; arroja que en Castilla hay muchos criminalès sin castigo, muchos bribones, y sobre todo que ese señor rey a quien alaban de justiciero es el mayor bribón de su reino. ¡Ira de Dios! Pues no, no; yo he de hacer un ejemplar castigó con el rey. Pero ¿cómo? ¿Podré? Bien procuraré hacerlo y yo habré cumplido con mi obligación; habré entregado al rey derecha y muy derecha la vara de la justicia. Pero entre tanto vamos a cuentas;

aunque he descubierto muchos delitos que nadie me había mandado que descubriera, sólo he descubierto uno de los autores de los homicidios que me ha encargado el rey que castigue; ya sé quién es el matador del señor Iñigo de Arias. ¿Pero el de Alvaro Gómez de Santaella? ¿Será acaso el mismo? Se le ha encontrado muerto en el mismo sitio en que se encontró al otro. Veamos, veamos de indagar algo; puede ser que el señor Juan de Ayala me abra camino. ¡Con este turbión de declaraciones me había olvidado! ¡Hola, señor secretario! ¿Habéis concluido ya?

—Es muy larga la declaración—dijo Alvar Yáñez—, y es necesario leerla despacio para que el declarante se entere bien.

—Pues esperad un momento, porque aún tengo que preguntar al señor Juan de Ayala.

—¿Qué tenéis que preguntarme, señor?

—¿Conocisteis al señor Alvaro Gómez de Santaella?

—Sí, señor; era un hombre que no tenía muy buenas costumbres.

—¿Sabéis que le han muerto?

—Sí, señor.

—¿Y no sabéis quién le haya muerto?

—No, señor.

—¿No tenéis ningún antecedente?

—Creo que entre sus aventuras amorosas el señor Alvaro Gómez de Santaella andaba en la conquista de doña Elvira de Herrera, que aún se conserva hermosa.

—Sí, sí; es verdad, conozco a esa señora. ¿Y ella correspondía al señor Alvaro Gómez.

—Lo ignoro. Sólo sé que el señor Juan de Arévalo se quejaba de que Alvaro Gómez frecuentaba su casa, que de noche se oían músicas, que su mujer estaba triste y que iba mucho a San Juan de la Palma, donde solía concurrir Alvaro Gómez.

—¡Ah! ¿Conque el señor Juan de Arévalo estaba celoso del señor Alvaro Gómez?

—Así me lo ha dejado entender varias veces.

—Y... dice: ¿el señor Alvaro Gómez era casado?

—Sí, señor.

—¿Con quién?

—Con doña Inés de Alvarado.

—¿Y dónde para esa dama?

—En Sevilla, señor; en la calle de Bustos Tabera.

—Bien, muy bien; seguid leyendo la declaración.

Siguió leyendo Alvar Yáñez, y Gilote volvió a su paseo y a la máquina de pensamientos que se revolvía en su cabeza.

Al fin concluyó la lectura de la declaración de Juan de Ayalá, la firmó, mandóle tornar a su prisión Gilote, y por su orden fué introducido en la cámara del tormento Juan Fernández de Hinistrosa, que adelantó severo y altivo.

—¿Sois vos—dijo con insolencia, encarándose a Gilote—quien ha mandado prenderme?

—Sí, señor—contestó con aplomo Gilote.

—¿Y sabéis lo que habéis hecho?

—Y tanto como lo sé.

—Habéis preso contra fuero y razón a un rico-hombre; y dad gracias de que me han sorprendido y desarmado en la calle, que de otro modo...

—Os hubiera preso también, aunque hubiera tenido que cercar vuestra casa.

—Protesto contra esa injusticia que os ha de pesar.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Conque es decir que los ricos-hombres pueden matar a un pobre hombre, sin que la justicia pueda entrometerse en castigarlos?

Apломóse un tanto Juan Fernández.

—¡Qué decís de matar!

—Que vos habéis muerto un hombre en casa de vuestra hermana.

—¡Yo!

—Vos.

—¡Miente quien tal diga!

—Cuidad de que yo no os haga confesar la verdad, señor mío; para ello me servirían la rueda, el potro, los borceguíes, los hierros; además que si lo hacéis por cubrir el honor de vuestra hermana, es inútil, inútil de todo punto.

—¡El honor de mi hermana!

—Sí; ya sabemos que es amante del rey; lo que nada tiene de extraño. Vos estáis ya acostumbrado. ¿No es también amante del rey vuestra sobrina?

—Os han engañado.

—Tengo la prueba.

—¿Que tenéis la prueba?

—Completa.

—Pero eso es imposible, no puede ser.

—¿Que no puede ser? Pues mirad si estoy bien informado: Al abrir la puerta un criado de vuestra hermana, le disteis una estocada; después subisteis y tuvisteis un fuerte alter-

cado con vuestra hermana y con el rey; al fin, ayudado por el rey, sacasteis por el postigo el cadáver del criado y le llevasteis a una calleja excusada.

—¡Ah!

—¿Confesaréis?

—Sí..., en verdad..., las liviandades de ese...

—¿Matasteis, pues, a ese criado?...

—Castigándole.

—¿Y no os atrevisteis a matar al seductor?

—¡Era el rey!

—Declarad en forma.

Irritado Juan Fernández de Hínestrosa, declaró, acusó al rey y pidió un convento para su hermana.

—Leed su declaración al señor Juan Fernández y que la firme.

Cuando esto estuvo concluido, Juan Fernández de Hínestrosa salió, y poco después trajeron a su hermana doña María.

Adelantó ésta avergonzada, confusa; pero colérica bajo su vergüenza.

—Me han arrancado de mi casa a viva fuerza, a nombre del rey—dijo—. ¿Por qué se ha hecho esto?

—El rey lo manda—dijo Gilote.

—¡Que lo manda el rey!

—Sí por cierto, porque el rey quiere que en sus reinos haya justicia.

—¿Y qué tengo yo que ver con la justicia?

—Anoche se cometió en vuestra casa un asesinato.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¿Y quién ha dicho eso?

—No puedo deciroslo; basta que sea cierto.

—Pero esto es una infamia—exclamó doña María—; nunca hubiese creído que fuese tan villano...

—¿Quién? ¿El rey?—exclamó bruscamente Gilote—. ¿Y cómo siendo una dama honrada habéis sucumbido?

—Me vengaré de este sonrojo—exclamó irritada doña María—; me vengaré y pediré justicia.

—Justicia tendréis y sobrada, señora—exclamó Gilote.

—Pues bien: acuso al rey de haberse introducido fraudulentamente en mi casa; de haberme engañado.

—¡Cómo! ¿El rey se introdujo, o le introdujisteis vos?

—Mi desdicha—exclamó doña María.

—¿Es decir que el rey estaba de acuerdo con alguno de vuestros criados?

—García de Coca era un servidor fiel.

—¿Es ése el nombre del muerto?

—Sí.

—Y, en fin, ¿cómo entró en vuestra casa el rey?

—Valiéndose de la llave de un postigo.

—¿Y quién le había dado aquella llave?

—La encontró sobre un hombre a quien había dado muerte.

—¿Y quién era ese hombre?

—Alvaro Gómez de Santaella.

Dió un salto sobre su sillón Gilote. Sin saber cómo, se le venía a las manos el terrible secreto. Sin embargo, dudó de alcanzar la prueba, y exclamó:

—Mirad lo que decís, señora; acusáis al rey de homicidio.

—Y puedo probarlo.

—¿Que podéis probarlo?

—Sí; el mismo rey lo confiesa en una carta escrita de su mano.

—¿Y dónde está esa carta?—dijo anhelante Gilote.

—Aquí—dijo doña María, sacándola del pecho—: la llevo conmigo por temor de que se extravíe; ¿queréis más pruebas aún? Tomad estas cuatro cartas más manchadas aún con la sangre de Alvaro Gómez de Santaella; Dios ha querido que no las haya quemado, porque ellas son mi justificación.

Apoderóse Gilote con alegría de aquellos papeles y se los hizo leer por el secretario, que estaba aturdido ya, con el miedo del resultado que podía tener aquel proceso.

—Bien; bien, muy bien—exclamó Gilote ebrio de gozo—; es cuanto podía pedirse; pero vos, señora, vos... ¿cómo habéis podido ceder a la seducción?

—¡Oh, Dios mío!—exclamó doña María cubriéndose el rostro con las manos.

—Esto es un escándalo—exclamó Gilote—, ¡y así son los reyes! ¡Así se olvidan de que representan a Dios en la tierra, y se encenagan en vicios y pisan la justicia y la despedazan! ¡Ah! ¡ah! ¡Y nunca ha de haber justicia para los reyes. Pues juró Dios... Sí, sí... Es necesario un escarmiento.

Y Gilote se paseaba agitado por la cámara.

Leyóse la declaración a doña María, que la firmó llorando. Después salió.

Preguntado el alcaide si había sido hallado a don Simuel Levi, tesorero mayor del rey, y habiendo declarado que sí Gilote mandó que compareciese.

Don Simuel, a la vista del tormento, declaró cuanto sabía

acerca de Salomé, de Thamar, de Adonías y de Deogracias, después de lo cual se le leyó la declaración; firmó y salió.

A pesar de lo avanzado de la hora, que no era menos de las once de la noche, Gilote se obstinó en no levantar mano hasta que el proceso estuviese concluido. Hizo traer hasta sí al señor Pero Lope de Padilla, y entre tanto mandó que se fuese a prender a Juan Diente, Garci-Díaz de Albarrán, a doña Berenguela y a la nodriza del rey, Berta Ramírez...

Al aparecer Pero Lopez de Padilla demostró bien claro que era el preso más rebelde de los que hasta entonces había hecho comparecer Gilote. Trataba a éste con desprecio, y se comprendía bien claro que nada se obtendría de él sino por la fuerza.

Gilote apeló al último extremo. Pero Lope de Padilla, a pesar de sus fuerzas de toro, se vió sujeto por los brazos de hierro de los atormentadores, a quienes Gilote había mandado llamar, y tendido y atado en el lecho de cuero del aparato del borceguí.

—Pero tened en cuenta—dijo a Gilote—que yo soy noble y caballero, y que, según ley, no puedo ser puesto a cuestión de tormento.

—Cuestión es ésta—dijo Gilote—de la que trataremos más adelante, señor Pero Lope de Padilla; entre tanto, si no declaráis acerca de lo que os voy a preguntar os dejo lisiado para toda vuestra vida. ¡Hola! Poned un par de borcegués a ese caballero.

—Nos veremos—dijo Pero Lope—; pero no habéis de decir, don villano, que el miedo me ha hecho declarar.

—Apretadle los borcegués—dijo Gilote a los atormentadores.

—¿Cuántas cuñas, señor?—preguntó uno de aquellos hombres.

—Empecemos por una.

Oyóse el golpe seco de un mazo, y Pero Lope de Padilla hizo un gesto de dolor, pero se mantuvo firme en su silencio.

Sonaron otros dos golpes, y Pero Lope lanzó un rugido y una horrorosa blasfemia.

—¿Declararéis?—dijo Gilote.

—Mandad primero que me quiten de aquí.

—¿Declararéis?

—Declararé.

Mandó Gilote que dejaran libre a Pero Lope; hicieronlo los atormentadores; salieron, y el ballestero mayor probó a ponerse de pie.

Cojeaba notablemente; se quejaba y amenazaba al cielo y a la tierra.

—Quiero perdonaros vuestras desvergüenzas, señor Pero Lope. en gracia de que no debe haberos gustado la prueba; pero os aviso que no se os ha quitado del tormento sino para que declaréis.

—¿Y qué tengo que declarar?

—¿Quién es el paje Pedro de Espinosa?

—El rey—contestó secamente Pero Lope.

—¿Para qué ha encubierto su nombre su señoría?

—No lo sé.

—Bien podrá ser que no lo sepáis; pero sí sabréis por qué os puso a mi lado.

—Para que os vigilase, para que le diese parte de todo lo que hiciérais.

—Pues ya veis que yo he sabido más que vos y que el rey. Ahora bien, ¿nada más tenéis que declarar?

—Nada más.

Leyó el escribano la declaración a Pero Lope, que la firmó.

—Id, id—le dijo Gilote—, y que os curen los pies, porque mañana probablemente estaréis en libertad.

Salió Pero Lope, y fué necesario esperar un largo espacio antes de que avisasen a Gilote que las cuatro personas que había mandado prender últimamente estaban en la cárcel.

Juan Diente fué el primero que entró.

—Adelantad, valiente—le dijo Gilote—; he oído hablar mucho de vos, y sé que sois de los más leales vasallos del rey. Pero sé también que le servís de mala manera.

—Yo sirvo al rey en cuerpo y en alma—dijo Juan Diente.

—Sí; pero en ciertas cosas no debéis servirle; por ejemplo, no debéis haber sido guardian de una dama a quien el rey ha enamorado llamándose Pedro de Espinosa y fingiéndose soltero.

—Hago lo que el rey me manda, ¡y no sé por qué me digáis eso! Yo no conozco a esa dama.

—¿Conque no conocéis a doña Salomé?

—¿Y dónde está doña Salomé?

—¡Ah! ¡Declaráis!

—En efecto; esa dama era amante de un paje del rey, y yo la acompañaba algunas veces; pero el rey nada tiene que ver en eso.

—¡Cómo! ¿Pensáis que no sabemos quién es el señor Pe-

dro de Espinosa? ¡En nombre del rey y de su justicia, decid la verdad!

Juan Diente, creyendo que en aquello andaba el rey, declaró cuanto podía desearse en cuanto a los amores de don Pedro con Salomé. Garci-Díaz de Albarracín, de igual modo engañado, declaró también, y en cuanto a doña Berenguela, en cuanto se vió entre aquellos espantables instrumentos fué tan explícita como hubiera podido desearse.

Resultó plenamente probado que el rey se había burlado de Salomé como de tantas otras.

Acto continuo entró Berta Ramírez.

Era una anciana de semblante candoroso, tranquilo, simpático; adelantó sin temor y dijo con voz reposada a Gilote:

—¿Por qué me han preso, señor. Todos los vecinos de la calle de las Ranas saben que soy una honrada mujer que fué nodriza de su señoría.

—¡Cómo! ¿Vivís vos en la calle de las Ranas?

Es de advertir que la calle de las Ranas estaba inmediata al lugar en que se encontró muerto a Alvaro Gómez de Santaella.

—Sí, señor—contestó Berta—; en la calle de las Ranas vivo, en la esquina misma y pared de por medio con la casa del corregidor pasado, que dicen que está preso por delitos...

—Y decidme, buena mujer, la noche antes de que se prendiese al pasado corregidor, ¿no aconteció un homicidio en vuestra calle?

—¡Ay, Dios mío!—exclamó la anciana poniéndose pálida—; yo no sé nada de eso!

—Si no sabéis nada, ¿por qué os habéis turbado?

—Porque cuando oigo hablar de un muerto me estremezco, señor; si yo supiese algo lo diría.

—Pues yo creo que sabéis mucho. Vos visteis el homicidio; yo sé que lo visteis.

—Sí; sí, señor; es cierto que le vi; estaba yo ocupándome de mi cena cuando oí ruido de espadas y un triste ¡Dios me valga! Tomé el candil y me asomé a la ventaña; un hombre pasó huyendo, y nada más.

Pero la vieja seguía temblando.

—¡Aquel hombre era el rey!—dijo Gilote; ¿no oísteis el crujir de sus canillas?

—¡Ay, señor! ¿Quién os ha dicho eso?

—Si no declaráis os doy tormento, vieja; y mirad que aunque parezco ser buen hombre, soy muy duro de corazón!

—¡No; no, señor; yo no quiero que me atormentéis! ¡yo declararé... lo declararé todo! ¡El rey no querrá que su madre, porque yo le he criado con mi sangre, acabe miserablemente! Y luego, cuando él mató a aquel hombre, razón tendría para ello, porque mi hijo es muy justiciero, señor.

—Bien, bien; pero declarado.

—Como decía, estaba yo ocupada en mi cena, cuando, como os he dicho, oí ruido de espadas; luego una voz que gritó: ¡Dios me valga! Abrí la ventana, asomé el candil y vi pasar aquel hombre; ¡al asesino! grité, pero callé en seguida porque en el crujir de las canillas de aquel hombre conocí que era el rey. Nadie, por fortuna, oyó mis gritos; yo soy caritativa, y bajé por ver si podía favorecer al herido; al acercarme a él tropecé con un birrete de tela de oro. ¡Oh!, me dije este birrete debe ser de mi hijo; si le encuentran pueden descubrirle por él, y lo guardé... Luego... como el muerto estaba muerto, me volví.

—¿Y el birrete?

—Le tengo en mi casa, en mi arca.

—Apuntad, señor secretario. Esta mujer tiene en su casa el birrete del rey.

—Apuntó Alvar Yáñez.

Gilote, desvanecido por la alegría de haber encontrado tan a poca costa el misterio que creía iba a dar con su cabeza en la hora, despidió afablemente a Berta y levantó la sesión.

Era la una de la madrugada.

### CAPITULO XXX

Retrocedamos un tanto a la hora en que el alguacil Mochuelo sacó con engaño de la ermita de Nuestra Señora del Amparo a doña Estrella de Molina y a Juan de Ayala.

Habían quedado solos, abandonados a sí mismos Deogracias y doña Elvira de Ayala, porque es de advertir que la dueña, al ver la situación dudosa en que se encontraban sus amos, con esa nunca bien ponderada abnegación de los criados, se había despedido, sin duda para no serles gravosa en aquella especie de peregrinación en que se encontraban, lanzados de su casa por la justicia y sin tener más que lo que llevaban encima.

Lo cierto del caso es que Deogracias se alegró muchísimo de encontrarse en libertad con doña Elvira y encerrado con ella en una ermita de la cual eran los únicos habitantes.

Juan de Ayala había recomendado mucho a Deogracias guardase a su hija, y Deogracias había declarado que la guardaría como cosa propia.

El temor de que como a cosa propia la tratase había puesto cuidadosa a doña Elvira, y no era para menos.

No hay mujer que no conozca la verdadera situación que ocupa respecto a un hombre, y doña Elvira comprendió que estaba entregada a merced de Deogracias; recordó también que el rey le había dicho que aquel hombre debía ser su marido.

Con la misma rapidez comprendió que su situación era muy difícil a solas con un hombre enamorado y celoso, y se decidió a salir de aquella situación a todo trance.

Esto acontecía, o por mejor decir iba a acontecer un momento después de haber salido de la ermita doña Estrella y Juan de Ayala.

—¿Sabéis, señor Deogracias—dijo doña Elvira poniéndose de pie y empezando de este modo a salir de la situación, que me tiene inquieta la salida de mi padre y de doña Estrella?

—¡Bah! no debéis inquietaros; ese Gil Pando, ese corregidos, que a pesar de todo parece ser un buen hombre, se interesará por ellos, y nada hay que temer. Me pareció ver desde la puerta una litera, y que metieron en ella a doña Estrella y a vuestro padre.

—¿Y no habéis visto más?

—Mirad; me parece que entre la espesura había soldados. Asustóse entonces de veras doña Elvira.

—¿Soldados decís? Es necesario que sepamos adónde llevan a mi padre.

—También es necesario que yo sepa muchas cosas, que son demasiados misteriosas, señora.

—Pues os juro que nada sabréis y que no seré vuestra mujer, aunque os viera morir de enamorado, si no averiguáis a dónde.

Asustóse terriblemente Deogracias.

—¡Pero yo no puedo dejaros aquí sola, abandonada!—exclamó.

—Pues no perdamos momento; ya deben estar lejos—dijo doña Elvira poniéndose su manto.

—¿Pero vamos a dejar desamparada la ermita?

—¿Y qué nos importa la ermita? Además la gente de estos

alrededores la respeta, y nada acontecerá. Vamos, venid o me voy yo sola.

Y doña Elvira ganó la salida. Preciso le fué a Deogracias resignarse, aunque podemos decir en confianza a nuestros lectores que tenía otros proyectos. Redújose a encajar cuidadosamente la puerta de la ermita, y dando su brazo a doña Elvira, que lo aceptó de muy buena gana, se dirigió a través de las ruinas hacia el camino real.

Allá a lo lejos, entre el crepúsculo, vió la comitiva enviada por Gil Pando.

—Si hemos de alcanzarlos para no perderlos de vista, andemos de prisa, señora—dijo Deogracias—. Y si os parece, aprovecharemos el tiempo hablando de cosas que nos interesan a entrambos, por ejemplo lo sucedido anoche.

—¿Y qué sucedió anoche que de referir sea?

—¡Cómo! Pues qué, ¿no sucedió nada?

—Me vi obligada a salir de mi casa.

—No; no me refiero a salidas, sino a entradas. ¿Que teniais vos que tratar con el mancebo que había entrado en vuestra casa antes de que yo fuera a pelar con vos la pava, y que salió después que yo estaba por vuestra causa atado y amordazado por la justicia?

—¿Y qué os importa a vos eso? Creéis acaso que tenía algo que ver con aquel hombre?

—Ya sé que el señor Pedro de Espinosa es una persona principal—explicó Deogracias—, como que le he visto en el alcázar hablar mano a mano con la querida del rey, que le conocía y casi casi le hablaba con amor.

—Ya lo creo; como que el tal señor Pedro de Espinosa es muy pariente del rey.

—A pesar de lo cual yo no quisiera que fuese por ningún concepto pariente mío.

—Desengañaos; el señor Pedro de Espinosa no iba a mi casa para nada bueno.

—Pues bien; eso es cabalmente lo que yo me temo: que no fuese para nada bueno.

—Pues ya veis que si el tal paje fuera mi amante, no podía haber para mí cosa mejor que sus visitas

—Yo no digo eso—se apresuró a decir Deogracias—; pero quisiera saber...

—¿A qué iba, no es verdad?

—Ciertamente, sí, señora; ¿a qué iba?

—Pues bien; iba a prender a mi padre, de orden del rey.

—¿De orden del rey?

—Sí por cierto; mi padre, por ciertos agravios, aborrece o aborrecía al rey; por una casualidad, trayéndome a buscar un asilo en la ermita de la penitente, sus gentes han visto a mi padre, y he ahí por qué temo le lleven preso

—Lo mismo me temo yo—dijo Deogracias—; vuestro padre ha andado sin duda en malos pasos, y el rey, que es justiciero... pero no importa... ya veremos... por lo pronto no hay nada que haga temer... así pudiera yo esperar...

—Pues qué ¿estáis desesperado?

—No se me aparta de la memoria que el tal paje estaba dentro de vuestra casa.

—Vuestros celos me ofenden, y vuestra desconfianza...

—¿Me habéis dado alguna prueba de amor para que yo pueda confiar?

—Os la daré siénd' vuestra mujer.

Esta promesa estremeció de placer a Deogracias, que estrechó con fuerza el brazo de doña Elvira.

—Ved lo que hacéis, señor mío—dijo la joven—, porque si os excedéis os juro que no seré vuestra mujer. Y avivemos el paso, porque esas gentes van más de prisa que lo que creíamos.

Deogracias apresuró la marcha.

—¿Pero nada me diréis para tranquilizarme, señora?—exclamó Deogracias.

—Justo es, amigo mío, que paguéis la pena por vuestra desconfianza; además de que tiempo sobrado tendremos. Por ahora perdonadme si no os contesto, porque como vamos har-to de prisa, el hablar me fatiga.

Vióse, pues, Deogracias reducido al silencio, bien a pesar suyo; lo que arrancaba de tiempo en tiempo unos suspiros, el menor de los cuales hubiera bastado para mover un molino de viento.

Así, pues, callando y siguiendo a las gentes que llevaban presos a doña Estrella de Molina y al señor Juan de Ayala, entraron en Sevilla, y siguieron a aquellas gentes hasta un lóbrego edificio, en cuya puerta había soldados de la ciudad de guarda, y en el cual entraron la litera y los que la acompañaban.

—¿Qué casa es esa que tiene soldados a la puerta—dijo con terror doña Elvira?

—Esa es la cárcel—contestó Deogracias.

—¡La cárcel! ¡Mi padre en la cárcel!—exclamó la joven.

—No paséis pena por ello; yo tengo para mí que no acontecerá nada a vuestro padre; pero para eso es necesario que yo quede libre.

—¡Libre! ¿Y qué he de hacer entre tanto yo? La justicia ha entrado en mi casa.

—Vendréis a la mía, señora...

—¡A la vuestra!

—¿Y qué importa? ¿No estáis decidida a ser mi mujer.

—Sí, pero...

—En mi casa, además, hay una honrada mujer, que os guardará: la señora Genoveva, viuda de maese Longinos

—¿Y dónde está vuestra casa?

—En la sacristía de San Juan de la Palma.

—¡Ah! ¡Sois sacristán!—exclamó con repugnancia doña Elvira..

—Sólo lo soy desde ayer, y os juro, señora, que no lo seré mañana. Pero vamos, si es que os interesáis por la suerte de vuestro padre...

Doña Elvira se doblgó a la situación y siguió a Deogracias. Cuando llegaron a las habitaciones de la sacristía encontraron a la señora Genoveva llorando y enteramente vestida de una saya blanca, que era el luto riguroso de aquellos tiempos.

—Encomendada os dejo esta dama, que es casi casi mi esposa, señora Genoveva—dijo Deogracias con todos los fueros de un amo.

La señora Genoveva, que de repente se había visto transformada de ama en criada, siguió llorando con más fuerza.

—Y os anuncio—continuó Deogracias, que guardaba rencor a la señora Genoveva—, que si no la tratáis con todo el respeto que merece, os planto en medio de la calle, ni más ni menos que como vos habéis querido hacerlo tantas veces.

Creció el llanto de la desgraciada viuda.

—Y dejémonos de lloriqueos—dijo Deogracias—, que nadie os azota ni os quiere mal; cuidad sólo de esta dama, que os importa, y vos, doña Elvira, tened entendido que ésta es mi casa, y, por lo tanto, vos sois en ella la señora. Conque adiós, que urge la diligencia y estoy impaciente por saber lo que hay acerca de vuestro padre.

Y sin más, Deogracias salió, y con gentil talante se encaminó al alcázar y preguntó por el señor Pedro de Espinosa.

—Por fortuna suya, el rey salía en aquel momento rebozando por la poterna, y oyó la demanda de Deogracias. De otro modo nadie le hubiese dado razón del tal paje.

—¡Eh, mancebo!—dijo el rey con voz imperiosa, ¡venid acá!

—¡Ah! ¿Sois vos?... Pues mirad, os buscaba.

—¡Que me buscabais!—dijo el rey adelantando con Deogracias por la plaza de Armas.

—Sucedan muchas cosas—dijo Deogracias.

—¿Y qué cosas son esas que suceden, señor sacristán?

—Sucede que el rey ha preso a doña Estrella de Molina y al señor Juan de Ayala; sucede, además, que doña Elvira de Ayala está en mi casa.

—¿Conque el rey ha preso a doña Estrella y al señor Juan de Ayala?

—Sí, señor.

—¿Y contenéis en vuestra casa a una noble y hermosa dama?

—Sí, señor.

—Habéis hecho bien en decirme lo primero; en cuanto a lo segundo creo que estáis obligado a casaros con doña Elvira.

—Una palabra no más, señor Pedro de Espinosa—dijo Deogracias—: ¿qué hacíais vos anoche en la casa de esa dama?

—¿Tenéis celos?

—Pudiera ser...

—Pues no puedo, señor mío; yo estaba en aquella casa por otros asuntos.

—¡Ah!

—Sí, señor; por otros asuntos. ¿Acaso ignoráis que el señor Juan de Ayala es un mal vasallo?

—¡Ah! ¿Y vos ibais...?

—Pues yo estaba emboscado en su misma casa, porque para que lo entendáis bien, señor Deogracias, yo sirvo al rey con todas mis fuerzas, con toda mi alma.

—Y sin embargo, apaleais a su justicia.

—Cuando la justicia es impertinente...

—¡Ah!, cuando es impertinente.

—Por lo tanto, cuidado de no serlo vos, no sea que me entre en gana de apalearos como apaleé anoche al corregidor y a su ronda. ¿Dónde están presos el señor Juan de Ayala y doña Estrella, en las Atarazanas o en el castillo?

—Están en la cárcel.

—¡Oh!; pues vamos a la cárcel.

—Vamos.

Quando llegaron, el rey mandó llamar al alcaide y se encerró con él. Al verse el alcaide delante de la grandeza de don Pedro, se echó a temblar.

—¿Quién ha enviado a la cárcel preso a mi balletero mayor, el señor Pero Lope de Padilla?—le preguntó el rey.

—El corregidor, señor.

—Y decidme: ¿ha venido el corregidor?

—Sí, señor, está en la cámara del tormento ,acompañado del escribano Alvar Yáñez.

—¡Ah! ¿Por aquí anda ese cuervo?, ¡famoso bribón! ¿Y qué hace el señor Gil Pando?

—Toma declaraciones a ciertas personas que han sido presas de anoche acá, y por el tenor de las declaraciones, sigue mandando prender de tal modo, que temo no prenda a medio Sevilla.

—Pues dadle todo el auxilio que necesite, señor alcaide. Vos sois noble y caballero y una autoridad de mi corte; cuente con que lo que manda el corregidor lo mando yo, y que una simple equivocación o descuido os pudiera costar la cabeza.

—Yo, señor...

—Basta. ¿No habrá un medio para que yo pueda ver y oír sin ser visto, lo que sucede en la cámara del tormento?

—Cabalmente, señor, hay en la cárcel una escalera que conduce a los calabozos secretos y tiene respiraderos a la cámara del tormento, cerca, muy cerca del sitio donde ha puesto su tribunal el señor corregidor.

—Pues llevadme a uno de esos respiraderos.

Algunos minutos después, el rey, sentado en un peldaño de una tenebrosa escalera de caracol, veía a través de una especie de saetera lo que pasaba a poca distancia de él en la cámara del tormento, y oía perfectamente lo que en ella se hablaba.

—¡Ah, rústico malicioso!—exclamó el rey, al ver la manera como iba desenredando la maraña Gil Pando—. Nunca hubiera yo creído que te valieras de tales tretas; si sigues así, acabarás por saber todo lo que sucede y ha sucedido en mis reinos desde cincuenta años atrás. ¡Y ese bribón de Alvar Yáñez suda la gota tan gorda y el miedo rebosa de él por todas partes! ¡Ah!, señor Gil Pando, mucho averiguáis; acabaréis por saber quién mató a Alvaro Gómez de Santaella; pero ¡ay de vos si no os atrevéis a hacer justicia en el homicida!

Inútil es que sigamos las observaciones del rey; baste decir que lo vio todo, que lo oyó todo y que él fué el verdadero juez de los crímenes que allí se denunciaron.

Cuando Gilote salió, el rey salió en pos de él.

Iba don Pedro taciturno y preocupado.

—¡Incomprensibles misterios!—dijo—. No debíamos jamás pretender saber la verdad. ¿Conque ese judío Adonias y ese monago Deogracias son hermanos míos? Hijos como yo, el uno de mi buen padre el rey don Alfonso XI, que gloria haya, y el otro, de mi buena madre doña María de Aragón. ¡Dios de Dios! ¡He aquí un merecidísimo castigo de mis locuras! Afortunadamente he descubierto a tiempo que Salomé es hija de doña Estrella.

—Muy pensativo vais, señor Pedro de Espinosa—dijo Deogracias, que le acompañaba. ¿Tanto os hace pensar lo que habéis visto en la cárcel?

—Señor mío—dijo el rey—, a vos no os importa lo que haya visto o dejado de ver, ¿entendéis?

—Sí, señor.

—Lo que os importa es pensar en vos mismo.

—Y demasiado que pienso, señor.

—¿Estáis verdaderamente enamorado de doña Elvira de Ayala?

—¡Ah, señor Pedro, lo estoy con toda el alma!

—Pues bien, contadla por vuestra; pero os anuncio que dejaréis de ser desde mañana sacristán.

—¡Ah, señor!

—Y entraréis en la servidumbre del rey.

—¿En qué estado?—exclamó cuidadosamente Deogracias.

—¿Os tenéis por valiente?

—Os diré: hasta ahora no he tenido motivo para pensar en ello; pero el amor de doña Elvira...

—El amor hace verdaderamente milagros; pues bien, si os encontráis con valor, el rey, que sabe quiénes fueron vuestros padres, os nombrará su halconero mayor.

—¡Ah, Dios mío! Qué, ¿se sabe quiénes fueron mis padres? ¡La señora Genoveva no lo sabe ni ha podido averiguarlo! ¿Y lo sabéis vos, señor Pedro!

—Sí que lo sé. Vuestra madre era hija de rey, y vuestro padre, infanzón.

—¡Dios mío, hijo de un infanzón y de una princesa y haber sido monago!

—¡He aquí los resultados de los amores criminales!

—¿Con que mi padre...?

—A vuestro padre le costó la cabeza el serlo, y a vuestra madre, ser abandonada por su esposo. Y no me preguntéis más, porque no os oiré más.

—¿Y no podré esperar que alguna vez...?

—¡Jamás! Y para que no insistáis, sabed que el rey es pariente de vuestra madre y que por lo tanto no dará parte de su deshonra ni a su hijo.

—Bien, muy bien, señor Pedro. Pero con qué nombre y con qué bienes estaré en la corte?

—El rey os procurará padres postizos, que todo el mundo creará verdaderos, y estados para que mantengáis vuestro nombre.

—¡De modo que yo soy tan noble como doña Elvira de Ayala!

—Sois más noble que ella.

—¿Y lo sabrá eso su padre?

—Lo sabrá.

Deogracias, abandonado a su alegría, dió tres zapatetas en el aire.

—Tened juicio y vamos a lo que importa; ya que decís que sois valiente, y teniendo como tenéis un seguro del rey para que nadie pueda prenderos, quiero que me guardéis las espaldas.

—¿Dónde, señor?

—En una aventura que pienso acometer, y la cual ya estaría cumplida si no me hubiese detenido tanto tiempo en la cárcel. Vamos.

Y el rey, a buen paso, se encaminó a la parroquia de San Isidoro, llegó a la casa de Juan de Arévalo y dejando a Deogracias en la misma esquina frente a la cual mató a Alvaro Gómez de Santaella, y después de haber mandado a Deogracias que le avisase con un silbido si sobrevenia algún suceso, se entró en la casa del corregidor, después de haber abierto con una llave un postigo.

—¿Por qué he de renunciar yo—se decía—la hermosa doña Constanza, por más que mi hermano Adonias y ella se amen; afortunadamente esos amores han sido honestísimos, y si doña Constanza cae entre mis brazos, como caerá, con que no se casen ni vuelvan a verse, hemos concluido. Adelante, adelante, pues; la casa está silenciosa; la servidumbre duerme muy lejos de doña Constanza, su madre está encerrada y presa..., según me han informado, al fin de esta escalera hay un corredor, en este corredor la primera puerta a la derecha es la de la habitación de doña Constanza. Adelante, pues.

Como se ve, el rey don Pedro era siempre el mancebo libertino que corría tras sus placeres sin respetar la virtud, la debilidad, ni la justicia.

Un momnto después, don Pedro empujaba una puerta y entraba en una antecámara; apenas había dado algunos pasos en ella, cuando oyó la voz de un hombre en la cámara.

—¡Diablo!—dijo el rey—. ¿Y ésta es la doncella virtuosa? No hay como fiarse de apariencias para encontrarse cuando menos se piensa uno engañado. La cándida paloma aprovecha la libertad en que la dejan la prisión de Juan de Arévalo y de su madre. Y no puede ser Adonias el que habla con ella, no. Adonias está preso. Veamos, pues, quién es.

El rey procuró, cuanto le fué posible, que no se oyesen sus canillas, se acercó recatando sus pasos, llegó junto al quicio de la puerta y miró por sus rendijas.

Maravillóse al ver lo que pasaba allí dentro; doña Constanza, vestida con un desalifio que demostraba que había dejado apresuradamente el lecho, pugnaba en vano por levantar a un hombre que estaba arrojado a sus pies.

Aquel hombre era Gil Pando, el tremendo corregidor, que desvanecida la cabeza por lo que había descubierto aquella noche, rabiando de celos por los amores de doña Constanza y Adonias, y aprovechando la ocasión de haber ido a tomar declaración a doña Elvira de Herrera, había sucumbido a la tentación de ver a doña Constanza.

—La joven había sido avisada de que el corregidor pedía verla a solas, se había vestido de prisa y corriendo y había despedido a su servidumbre. Por su parte, Gilote, al saber que doña Constanza estaba dispuesta para recibirle, dejó a Alvar Yáñez y a sus lebreles en las galerías del patio y se encaminó acompañado de una dueña a la habitación de doña Constanza. Apenas entró en ella, la dueña salió por otra puerta opuesta a aquella donde escuchaba el rey.

Ante la hermosura de doña Constanza, más resplandeciente aún por la negligencia de su traje y de su peinado Gilote tembló, balbució algunas palabras y cayó a los pies de doña Constanza.

La joven se asustó de aquella turbación, de aquella acción imprevista, y pretendió alzar a Gilote.

—No, no me levantaré, señora, hasta que pronunciéis mi sentencia—dijo el corregidor.

—¡Vuestra sentencia!—exclamó asombrada doña Constanza—. ¿Pues qué puedo yo sentenciaros?

—Sí, sí, señora; porque yo...

—Acabad.

—Porque yo moriré si no sois mi esposa.

—Eso, eso es imposible, caballero—dijo con dulzura doña Constanza.

—¡Imposible! Ya lo sé—dijo Gilote—. Ya sé que amáis a otro hombre.

—Es verdad—dijo, bajando la frente ruborosa, doña Constanza.

—Pero ese hombre..., ese hombre, acaso cuando sepa quién es..., cuando el rey le reconozca...

—¿Pues quién es Juan?

—Juan es hijo de...

No pudo concluir Gilote; el rey tembló de que el honor de su padre se viese arrojado al mundo por la imprudencia del corregidor, y entró y le asió vigorosamente por el cuello.

Todo fué obra de un momento, y doña Constanza apenas tuvo tiempo para exhalar un grito de terror.

—¡Miserable charlatán!—dijo el rey—. ¿Conque así te atreves a usar en tu provecho de secretos que te deja conocer la administración de justicia?

Aunque el rey tenía puños de hierro, Gilote era forzado y logró desasirse y volverse frente a frente.

—¡Ah!—gritó, enarbolando su vara—. ¡El señor Pedro de Espinosa!

No sabemos lo que hubiera acontecido, porque el golpe era inevitable, la vara fuerte, y Gilote se había olvidado con su turbación del verdadero nombre de Pedro de Espinosa, si doña Constanza, que conocía a don Pedro por razón del oficio de su padrastro, que la había llevado muchas veces al alcázar, no hubiera exclamado:

—¡El rey!

—¡El rey!—exclamó recordando a su vez Gilote.

—Sí, ¡vive Dios!, el rey, que está en todas partes y lo ve todo; el rey que llega a tiempo de evitar que cometáis una infamia, señor corregidor justiciero. Os juro que como no os justificuéis de este atentado, os he de ahorcar.

—Veremos quién a quién—exclamó Gilote

—En buena hora, veremos quién a quién.

Doña Constanza creyó que el rey y el corregidor estaban locos: el uno, porque sufría que le amenazase un vasallo; el otro, porque se atrevía a amenazar al rey.

—Idos al momento de aquí—le dijo don Pedro, y cuenta con que reveléis a alma viviente lo que lo habéis averiguado esta noche.

—Sí, sí, me voy y callaré; pero dése por emplazado vuestra señoría por la justicia.

—¿Para cuándo?

—Para mañana.

—¿Dónde?

—En la casa de la ciudad.

—No faltaré.

—Guárdeos Dios, señor.

Y sin despedirse de doña Constanza, el corregidor salió.

—¿Qué significa esto, señor?—dijo la joven.

—Esto significa, hermosa doña Constanza—dijo el rey, que no se atrevió a presentarse con peores pretensiones que las de Gilote, después de haberle apostrofado y, como quien dice, castigado—; esto significa que el rey os conoce y os aprecia, que el rey, que lo sabe todo y que puede entrar en todas partes, vela por vos.

—¡Ah, señor!, yo había pensado arrojarme a los pies de vuestro trono para pedir os gracia por mis padres, y ya que mi ventura ha traído hasta aquí a vuestra señoría...

Y la joven se arrojó a los pies del rey y le besó las manos.

—Alzad, señora, alzad; soltad mis manos y no las beséis; podía el rey tener tentaciones de devolveros vuestros besos; estamos solos, vos sois hermosa, yo enamorado y mancebo; dejad que el rey sea rey y no descienda al joven impetuoso y audaz.

—¡Ah, señor!

—Nada temáis, y pedid lo que pedirme queríais, que si es justo, os lo concederé.

—Mis padres están presos.

—Y vuestro padre, vuestro verdadero padre os pide justicia desde el cielo.

—¡Justicia!

—¡Sí, justicia! Juan de Arévalo es el matador de Iñigo de Arias, y doña Elvira de Herrera, su cómplice.

—Mi padre fué... asesinado.

—Por Juan de Arévalo, por los amores de su cómplice doña Elvira de Herrera, vuestra madre.

Doña Constanza lanzó un grito ahogado y cayó en tierra sin sentido.

Don Pedro se inclinó sobre ella y pasó por su pensamiento una ardiente tentación; pero tuvo fuerzas bastantes para reprimirla. Sin embargo, la levantó entre sus brazos, la estrechó en ellos, la cubrió de besos y la puso en un sillón.

—¡Qué hermosa, qué hermosa es!—exclamó—. He aquí el primer sacrificio que hago respecto a una mujer que me enamora tanto como ésta; pero después de lo que aquí ha sucedido, mi dignidad me lo aconseja. ¿Quién había de creer que ese miserable patán había de atravesármeme en la más hermosa de mis aventuras? Pero yo os juro, don rústico, que me la habéis de pagar. Doña Inés de Alvarado es hermosa también, sí, muy hermosa..., y ejerzo sobre ella una fascinación irresistible; vamos, pues, a casa de doña Inés de Alvarado.

Y abandonando con pena a doña Constanza, salió de su habitación, atravesó el corredor, bajó las escaleras y abrió el postigo. Deo gracias esperaba junto a su quicio temblando de frío

—¿Habéis concluido ya, señor Pedro?—dijo Deo gracias.

—Ya he concluido, señor halconero mayor del rey.

—No me hagáis consentir, señor.

—Dadlo por hecho, pero servidme bien.

—¿Y no os sirvo? ¿No os estoy sirviendo mejor sin duda que os ha servido ninguno de vuestros criados?

—Vamos, ¿qué habéis visto desde que me estáis esperando?

—He visto salir mucha gente por la puerta principal.

—¿Y qué clase de gente era.

—Por lo que he podido oír, era gente armada; pero nada he podido ver a causa de la oscuridad, y además esa gente ha marchado por el lado opuesto.

—Pues bien: dejémosles ir en paz. Entre tanto, vamos nosotros a la calle de Bustos Tabera.

—Sabéis, señor Pedro, que tenéis unas horas de hacer visitas...

—Cada cual tiene sus costumbres, y las mías son tan buenas como las de cualquiera otro. Pero apresuremos el paso, que ya es tarde.

—Mejor sería decir temprano; ya es por la mañana.

—Por lo mismo, andad de prisa, señor halconero mayor.

Poco después llegaban a una casa de modesta apariencia, según podía juzgarse entre la media sombra de la noche.

—Llamad a esa puerta—dijo el rey a Deo gracias.

—¿Y qué responderé cuando me pregunten?

—Diréis: Abrid al rey.

—¿Y dónde está el rey?—señor Pedro.

—¡Imbécil! ¿No sabéis que al nombre del rey se abren todas las puertas en Castilla?

Deogracias llamó. Pasó un corto espacio, se abrió un mirador, y una voz de dama, dulce y argentina, dijo:

—¿Qué queréis?

—Abrid al rey—dijo Deogracias con autoridad.

—Que me haga la merced de esperar un momento su señoría—dijo la dama con voz temblorosa.

Transcurrió un espacio como de cinco minutos, después del cual se oyeron en la escalera unas de esas pisadas fuertes de las buenas mozas, y al fin se abrió la puerta.

Deogracias abrió tanto ojo al ver la persona que la había abierto; tan hermosa era: doña Inés de Alvarado, en fin, que tenía en la mano una lámpara de hierro.

—Esperad aquí, caballero—dijo el rey.

—Esperaré, señor—contestó Deogracias.

El rey entró y la puerta se cerró. Deogracias se quedó temblando de frío pegado al quicio de la puerta, y murmurando:

—¡Qué suerte tiene ese maldito paje! ¡Vaya una morena hermosa!

Entre tanto el rey entraba en una modesta cámara con doña Inés.

—¿Recibisteis mis letras, señora?—la dijo.

—Sí, sí, señor; las he recibido—dijo doña Inés, permaneciendo de pie por respeto, a pesar de que don Pedro se había sentado.

—Sentaos, sentaos, amor mío—la dijo el rey—; y si os agrada más, sentaos sobre mis rodillas.

—¡Ah, señor!—dijo doña Inés toda ruborosa.

—Supongo que me esperabais.

—Os he esperado, señor, temblando porque vinieseis, pero cuando vi que tardabais tanto, me dije: «Mi buena suerte habrá procurado al rey otro entretenimiento mejor.»

—¿Sabéis que debía ofenderme de vuestras palabras, doña Inés?

—¡Ofenderos, señor! ¿Y por qué?

—¿A qué temblar por mi venida? ¿A qué decir que podía evitarla un entretenimiento?

—Joven sois, señor, y, sin embargo, todo el mundo sabe que sois galanteador; yo he oído decir que sois violento antojadizo; que nada resiste a vuestra voluntad; por lo mismo, para evitar una violencia, he hecho lo que me decíais en vuestra carta, me he quedado sola en la casa, os he esperado..., yo esperaba que vinieseis solo.

—Quien me acompaña nada sospechará; sabe sois la viuda de Alvaro Gómez de Santaella, sabe que yo me ocupo misteriosamente de la averiguación de esa muerte, averiguación que me ha entretenido hasta ahora, y no puede creer sino que por esa muerte vengo a veros.

—¿Y decís que habéis averiguado...?

—Os diré; desde el momento en que aconteció la muerte, conozco al matador; pero es mi más leal vasallo, casi pariente mío; fué provocado, mató como bueno poniendo su vida, espada contra espada, sin ventaja ni traición; yo hubiera querido que no se hubiese encontrado al matador pero la justicia ha dado con él; yo mismo he permitido que se hagan averiguaciones que pudiera haber evitado...

—¿Y decís que el matador está preso?

—No lo está; pero está emplazado por la justicia.

—¿Y se hará justicia?

—Se hará; pero entre los dos, doña Inés; para vos ha sido una fortuna la muerte de vuestro esposo. Os daba mala vida; no apreciaba el tesoro que poseía, andaba en galanteos, os despreciaba; vos no le amabais, le aborrecíais. ¿No es verdad?

—Sí. ¡Pero mis hijos! ¡Mis pobres hijos sin padre!

—¿No me he encargado yo de su suerte?

—Pero lo que vos, señor, en vuestra magnanimidad habéis hecho, no disculpa al matador.

—Es que yo lo he hecho en nombre del matador.

—Pero, en fin, señor, ¿quién mató a mi esposo?—dijo doña Inés, posando una profunda mirada en el rey.

—Decidme antes que le perdonáis y os digo su nombre.

—Si es verdad que Alvaro le provocó, que la riña fué leal, que murió en buena lid, le perdono en el fondo de mi alma, porque conozco que mi esposo estaba destinado a morir de mala muerte; pero no puedo perdonarle ante los hombres; aun está caliente el cadáver de Alvaro; yo soy su viuda... ¿Qué se diría de mí si perdonase a su matador?

—Ya os he dicho que se hará justicia. Pero afirmadme que no aborreceréis al que os ha dejado viuda, al que no sólo ha acudido a la suerte de vuestros hijos, al que siente por vos un amor ardiente, al que se arroja a vuestros pies y os pide vuestra alma entera, porque la necesita para ser feliz.

Y el rey se arrojó a las plantas de doña Inés.

—¡Cómo! ¡Sois vos, señor!—exclamó pálida de espanto la dama—. ¿Y por qué me lo habéis dicho?—exclamó doña Inés, trémula de pena—. ¿No habéis conocido que os amo y que

os amo con toda mi alma? Ya que tan generosamente os habéis hecho cargo de la suerte de mis hijos me retiraré a un convento.

—¡A un convento! ¡Y habré yo de perderte!

—Media entre nosotros un cadáver; ese cadáver nos separa.

—Si Alvaro Gómez no hubiera muerto a mis manos hubiera muerto a manos de mis maceros—dijo el rey—; hubiera muerto como mueren los traidores, bajo la justicia del rey, y tus hijos hubieran tenido un nombre deshonrado.

—¡Pero mi honra! En mi familia yo sería la primera que arrojase una mancha sobre la virtud de mis abuelos. ¡Oh! ¡Tened compasión de mí!

—Porque la tengo no quiero que seas desgraciada.

—¡Estoy segura de serlo!—dijo solemnemente doña Inés—; podréis procurarme algunos días de felicidad suprema, pero después me abandonaréis como habéis abandonado a tantas otras.

—Si te abandono, si te olvido, Inés, que me desgarré el pecho el puñal de mi hermano bastardo y que arranqué de mí cabeza mi corona.

—¡Dios os oye, don Pedro!; pero en estos momentos os suplico, señor, que me dejéis abandonada a mí misma; apelo a vuestra generosidad, a vuestra hidalguía; sed generoso; id, id y decid al matador de Alvaro Gómez que le adoro; es más, que le amo.

El rey comprendió que debía ceder y cedió; besó las manos de doña Inés, y alumbrado por ella salió de la casa.

Doña Inés subió a sus habitaciones, se arrojó delante de su reclinatorio y exclamó llorando:

—¡Oh, perdón! ¡Perdón, Dios mío! ¡Pero es imposible resistirle!

## CAPITULO XXXI

Al día siguiente, muchos grupos de curiosos estaban parados delante de la casa de la ciudad.

La única cosa que justificaba la existencia de estos grupos era el haberse reforzado la guardia de milicias de la ciudad,

—Pero el recelo del pueblo se engañaba entonces; todo consistía no en que se tratase de vejarle con un impuesto mu-

nicipal, carga o gravamen opuesto a los libres usos y fueros del reino, sino en que Gilote, que, como recordarán nuestros lectores, había emplazado al rey por ante la justicia, se precavía a todo evento por lo que pudiese acontecer.

Habíase visto, además, por la mañana entrar ciertos maderos y oficiales de carpintería, y el buen pueblo se preguntaba para qué podía ser aquello, incluso un largo busto como de hombre que había entrado también en hombros de dos jayanes.

Gilote, entre tanto, en una recámara de la casa de la ciudad, estaba sentado a una mesa, y frente a él Alvar Yáñez resolvía un pesado mamotreto.

—¿Conque es decir, señor secretario—decía Gilote—, que el rey está acusado y convicto de los crímenes siguientes: de ocultación de nombre con malicia y para fines criminales; de robo de una doncella judía llamada Salomé, de estupro adúltero, puesto que es casado, contra esta misma doncella; de seducción y engaño, puesto que se fingía libre y soltero; de los mismos delitos de estupro, de seducción y de ocultación de nombre contra doña María de Hinestrosa; de desacato y violencia contra la justicia, de tender asechanzas a la justicia y, principalmente, de homicidio contra el señor Alvaro Gómez de Santaella, alcalde de casa y corte de estos reinos de Castilla?

—Así resulta del proceso—contestó Alvar Yáñez.

—¿Y decís vos que por cada uno de estos delitos merece...

—Por el de ocultación de nombre, prisión y multa; por el de seducción y estupro, dotar y casar convenientemente a esas dos damas, ya que no pueda casarse con ellas por ser casado; por el de adulterio, prisión larga y afflictiva a merced de la esposa injuriada; por desacato y resistencia a la justicia, mutilación de la mano derecha, muerte de horca y perdimiento de bienes; por homicidio, muerte de horca y resarcimiento de daños y perjuicios a la familia del muerto. Pero os advierto que vos no tenéis autoridad para mandar ejecutar esta sentencia—concluyó Alvar Yáñez—. En primer lugar el sentenciado no es un hombre, sino un rey.

—Pues dígoos, señor secretario, que esta sentencia se cumplirá, y no se entrometa en lo que nadie le pregunta, y deme la pluma para que yo haga mi cruz al pie de ella y testifique cómo yo, Gil Pando, corregidor de la muy noble y leal ciudad de Sevilla por el rey, he hecho con mi mano esta cruz.

Hízose como lo mandó Gilote, después de lo cual y apenas

hecho, abrió un portero la puerta y dijo con voz reposada y grave:

—Su señoría el rey.

—Dejad, dejad ahí el proceso y la sentencia, señor secretario—dijo Gilote a Alvar Yáñez—, y venid conmigo.

Siguió el escribano a Gilote, que le llevó a una habitación inmediata, desde donde nada pudiese oír, y le encerró en ella.

Luego tornó, se sentó en el sillón detrás de la mesa y dijo al portero que aún esperaba:

—Que entre el rey.

Poco después don Pedro, con un traje de simple caballero, entró.

Gilote no se levantó. El rey, que venía cejijunto y letal, lanzó sobre Gilote una mirada terrible como un rayo.

—¿Ignoras quién soy yo—le dijo—, que así permaneces sentado y cubierto?

—Bien pudiera ignorarlo—dijo Gilote sin alterarse—, a no ser por cierto proceso que me ha dicho quién es el paje Pedro de Espinosa.

—¿Sabes quién soy?

—El rey.

—¿Y ante el rey permanece sentado y cubierto el vasallo?

—No es el vasallo el que está sentado y cubierto, sino la justicia; la justicia ante quien debe inclinarse y descubrirse el rey.

El rey se descubrió, rindiéndose a sí mismo homenaje al rendirlo a la justicia; colocada la cuestión en aquel terreno, esperó en silencio a que Gilote le interrogase.

Gilote le miró por algún espacio frente a frente.

—El señor rey de Castilla y de León—dijo al fin—, don Pedro I el Justiciero, me encargó, al hacerme corregidor contra mi voluntad, de que descubriese el matador de un alcalde de casa y corte llamado Alvaro Gómez de Santaella, so pena de que si no descubría antes de transcurrido cierto tiempo desde el punto en que se hizo la muerte, al homicida, me mandaría ahorcar sin compasión. Yo, en cumplimiento de las órdenes del rey mi señor, he averiguado y formado proceso de cuyo proceso resulta que el señor rey de Castilla y de León don Pedro I el Justiciero está acusado, y ha sido convicto de los crímenes siguientes: de raptó a una doncella judía llamada Salomé, de atentado contra su honra, de seducción y de engaño en su perjuicio, de adulterio, de seducción y engaño contra doña María de Hinestrosa, de complicidad en la muerte de García de Coca,

escudero de la doña María, muerte causada por el señor Juan Fernández de Hinestrosa; de desacato y violencia contra la justicia en la persona del corregidor de la muy noble y leal ciudad de Sevilla, Gil Pando; de tender asechanzas a la justicia y, principalmente, de la muerte de Alvaro Gómez de Santaella.

Revisó don Pedro aquel proceso como un juez, impasible, meditando, severo, tarea en la que invirtió bastante rato.

Al fin levantó la vista de sobre los autos y pidió a Gilote la sentencia.

—Hela aquí, señor—contestó Gilote, dando al rey un pergamino.

—¿Y crees tener fuerzas bastantes para cumplir esa sentencia contra el rey?

—La sentencia, en lo principal, está cumplida: el matador de Alvaro Gómez de Santaella está ya ahorcado.

—¡Ahorcado!—exclamó el rey—. ¿Estás loco, corregidor?

—El matador de Alvaro Gómez de Santaella está ahorcado de la única manera que puede ahorcársele.

—¿Y cómo? Quisiera verlo.

—Venid, señor.

Y Gilote se levantó y abrió la puerta de la sala del capitulo. En medio de ella había una horca, y pendiente de la horca un muñeco de tamaño de un hombre; en el semblante de aquella especie de maniquí se había remedado, aunque grotescamente, el semblante del rey, y sobre su cabeza se vía el birrete de brocado que el rey llevaba puesto la noche de la muerte de Alvaro Gómez de Santaella, y que había perdido en la rifa.

Gilote adelantó y señaló aquel patíbulo a don Pedro.

—¡He ahí la justicia de Dios y del rey!—le dijo.

Don Pedro inclinó la cabeza, sintió rodar un vértigo en ella; parecióle que sentía la agonía de la muerte que era efectivamente ahorcado; pero aquella situación duró un momento.

—¿Quién ha sido el ejecutor de ese hombre? Quiero decir: ¿quién ha colgado ese muñeco de esa horca?

—Yo he sido el juez y el verdugo, señor.

—¿Quién ha actuado en ese proceso?

—El escribano Alvar Yáñez y yo.

—¿Ha visto alguien ese proceso?

—Dios, vuestra señoría, Alvar Yáñez y yo.

—¿Ha visto alguien esa ejecución?

—Dios, vuestra señoría y yo.

—Has cumplido bien, Gil, y con un valor que yo no espera-

ba en ti—dijo el rey, siempre con terrible acento—; no has temido mi cólera.

—Cuando me hicisteis corregidor, juré obrar con justicia, aunque me costase la vida.

—¡Bien, muy bien! Has sentenciado al hombre y has respetado al rey. Has obrado con justicia sin temor y mereces un premio; yo te premiaré y al mismo tiempo te castigaré: la memoria de este hecho durará lo que puede durar una piedra, yo te lo aseguro.

—No os entiendo, señor.

—Una imagen mía de piedra con corona en la cabeza, manto real en los hombros y un dogal al cuello será puesta en la misma esquina junto a la cual maté a Alvaro Gómez de Santaella. Le maté con razón, pero no importa. No quiero que se diga que el rey don Pedro ha dejado de ser justiciero, tratándose de sí mismo. En mí, el rey castiga al hombre; en cuanto a los demás extremos de la sentencia, los cumpliré, porque está ajustada a derecho, y bien se conoce en ella la experiencia de ese viejo zorro de Alvar Yáñez, salvo la mutilación de mi mano derecha, que me hace falta para empuñar la espada, y del perdimiento de mis bienes, que me hacen falta para pagar las guerras a que me obligan mis vasallos rebeldes.

—¡Ah, magnánimo rey!—dijo Gilote—. ¡Lástima que vuestra señoría no sepa reprimir los hervores de su sangre moza!

—Gil, yo soy dos en uno: el hombre y el rey; el mal que hago como hombre, lo reparo como rey.

—Hay pérdidas irreparables, señor: la honra de una doncella...

—Se pagan con un marido y un buen dote, y quedan muy contentas, Gil; yo tengo en esto más experiencia que tú; y si no, ya verás si se quejan Salomé y doña María.

—Señor, pero ¿y el escándalo?...

—Escucha, Gil, aún no ha llegado la Cuaresma, y fuera de ella me hacen muy mal efecto los sermones.

—Perdonad, señor; pero...

—Tú has cumplido ya, y desde este momento dejas de ser corregidor. No eres letrado, y este oficio es demasiado pesado para ti; en tu lugar le servirá el señor Pero Angulo de Vadillo, hombre docto y grave. Satisfácete, pues, con haber salido del oficio sin ser ahorcado, pero no pienses que escaparás sin castigo.

—¡Castigo yo! ¿Y por qué? ¿Acaso porque me he atrevido a hacer justicia en el rey?

—No, por eso no; te premiaré por ello. Pero ¿no te recuerda la conciencia un mal hecho?

—¡Yo!... Señor...

—¿Qué fuiste a hacer anoche en los aposentos de doña Constanza Arias?

—¡Señor!

—Recuerda bien...

—Yo...

—Fuiste a decir amores, amores insensatos, a una doncella cuyos padres tenías presos y acusados. Esto era abusar de la justicia.

—Yo creía...

—Tú, ciego por ese amor, estuviste a punto de revelar un secreto, que como ministro de justicia había llegado a tu conocimiento. En aquel secreto estaba el nombre de mi padre...

—¡Señor! ¡Señor!

—¡Tu desacato es imperdonable! Tu falta de sigilo un crimen que no quedará sin castigo.

—Pero, en fin, señor...

—Elige, Gil Pando; o morir ahorcado...

—¡Dios mío!

—O casarte con la viuda de Alvaro Gómez de Santaella.

Gilote, que no tenía un pelo de lerdo, comprendió en un solo pensamiento muchas cosas; tantas, que repentinamente acometióle un terrible dolor de cabeza.

—Al quitarte el oficio de corregidor, que no te compete—siguió hablando el rey—, te doy uno en que puedes robarme y ponerte rico... Te hago receptor de las alcabalas de Toledo.

—¿Y me llevaré conmigo mi mujer?

—Tu mujer se quedará en la corte.

—Pues digo que no me conviene.

—Entonces te ahorco.

—Pues entonces me caso.

—No hay más que hablar. Dame ese proceso y esa sentencia

—Tomadlos, señor.

—Descuelga ese monigote y que nadie sepa lo que ha sucedido.

En un momento Gil Pando destruyó el maniquí.

—Ahora haz venir al escribano Alvar Yáñez.

Gilote fué por él; cuando el escribano vió al rey, se inmutó.

—Es necesario que nadie sepa—le dijo—lo que ha acontecido anoche en la cárcel.

—Descuide vuestra señoría—contestó todo trémulo el escribano.

—Ahora mismo pones, de orden mía, en libertad a todos los presos contenidos en estos autos, menos a Juan de Arévalo, a doña Elvira de Herrera, a Salomé y Adonias. A media noche, entrarás en el calabozo del señor Juan de Arévalo con mi agonizante fray Sancho, y después de haberle leído al preso su sentencia de muerte por envenenamiento a su esposa doña Estrella de Molina, por parricidio en su hija doña Leonor de Arévalo y por asesinato de don Juan de Arias, le dejarás solo con el agonizante.

—Muy bien, señor.

—Luego irás al calabozo de doña Elvira de Herrera, le notificarás la sentencia por complicidad en el asesinato de su primer marido Iñigo de Arias, y harás, cuando fray Sancho haya concluido con Juan de Ayala, que mi balletero mayor presente a doña Elvira de Herrera cierta tisana que él ya sabe.

—Muy bien, señor.

—Darás, además, al alcaide Diego de Soldevilla esta lista de caballeros y nobles que han sido presos hoy, por declaración del señor Juan de Ayala el viejo, y le dirás que es necesario que esos nobles amanezcan mañana colgados de las almenas del castillo, para escarmiento de traidores.

La mayor parte de aquellos hombres, pertenecían a la conspiración de la iglesia de San Juan de la Palma.

—Inmediatamente—continuó el rey—conducirás al alcázar a Salomé y a Adonias.

—Muy bien, señor.

—Vete y avisa al señor Pero Angulo de Vadillo, que está en las antecámaras, que entre.

Entró Pero Angulo, que era un caballero anciano, y con él el cabildo.

Hizo Gilote la solemne entrega de su vara de corregidor en las manos de Pero Angulo, juró éste en las manos del rey y seguidamente don Pedro, llevando consigo el proceso y la sentencia e ítem más a Gilote, que iba aturdido por lo que le acontecía, se restituyó al alcázar, en donde encerró en una cámara, para que no se le escapase, al aturdido ex corregidor.

Aquella noche, porque el rey era ejecutivo en todo, Gil Pando, receptor por el rey de las alcabalas de Toledo, entregó su rústica mano a doña Inés de Alvarado en la capilla del alcázar. El rey era padrino de la boda.

Cuando los nuevos desposados volvieron a su casa, doña Inés notó que había a la puerta algunas acémilas.

—¿Para qué es esto?—dijo temblando la dama.

—Es para mí, que en este momento me separo de vos, señora esposa—contestó todo mohino Gilote; mi oficio de receptor me llama con urgencia a Toledo; será muy posible que sólo nos veamos una vez al año y por poco tiempo; y tened en cuenta que no me he casado con vos sino por no ser ahorcado.

### EPILOGO

El rey honró a sus dos hermanos Deogracias y Adonias, sin decirles el misterio de su nacimiento; Deogracias se llamó Pedro de Villoslada, y Adonias, Juan de Escalante.

El señor Pedro de Villoslada, halconero mayor del rey, caballero de su consejo y cámara, casó con doña Elvira de Ayala, hija de Juan de Ayala el viejo. El señor Juan de Escalante, contador mayor del rey, caballero de su consejo y cámara, casó con doña Constanza Arias, huérfana y dama de doña María de Padilla.

En cuanto a Salomé, le fué más difícil al rey ponerla en razón. Al fin, consintió en ser presentada a su madre, doña Estrella de Molina, que olvidó todas sus desgracias al estrechar entre sus brazos a su perdida Leonor.

Esta doña Leonor de Arévalo aparece en las crónicas casada con un noble caballero de la montaña, cuyos cuatro hijos tenía junto a sí y muy favorecidos por el rey, en calidad de pajes.

Juan Fernández de Hinestrosa y su hermana, se vieron obligados a tener paciencia, y esta señora casó más adelante con un caballero muy principal.

Por último, algunos días después de la ejecución en efigie del rey, se vió con asombro por los habitantes de Sevilla, en la misma esquina junto a la cual se encontró muerto al señor Alvaro Gómez de Santaella, el busto de piedra del rey, con corona, manto real y dogal al cuello.

Desde entonces variaron de nombre dos calles: la una se llama Candilejo; la otra, de la Cabeza del Rey Don Pedro.

